LA MUERTE NO TIENE COLOR

Hugo Sanz Rodero

Narrativa

Ediciones Eunate

LA MUERTE NO TIENE COLOR

Hugo Sanz Rodero

Ediciones Eunate

Composición y diseño de cubierta: Carlos Ortega-Iglobal 3D
Fotografía de autor: Juan Manuel Peña

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares, mediante alquiler o préstamo públicos.
Dirîjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 7021970 / 93 2720445).

©2024 Ediciones Eunate
e-mail: eunate@eunateediciones.com
www.eunateediciones.com
©Hugo Sanz Rodero
ISBN: 978-84-7768-486-2

A Charo y José Ángel, por todo

En las pruebas que había hecho antes, nunca había estado más de cinco minutos dentro del disfraz de oso de peluche y por eso no había previsto todas las incomodidades que tendría que soportar: calor, torpeza de movimientos, dificultad para respirar. Hace ya diez minutos que estoy en posición y alerta, pero Silvia se está retrasando. Su rutina era de las más sólidas; en tres meses y medio de observación no había fallado ni un día. Ya sería mala suerte que hoy fuera la excepción.

No lo es, ahí aparece al final de la calle: alta, pelo corto, ropa deportiva. Menos mal. Aprieto un poco el paso para interceptarla antes de que entre en su jardín. Ahora viene la parte más difícil: la conversación. En mi mano derecha tengo el teléfono móvil con una aplicación de reproducción de sonido. Espero que las veintiséis frases que grabé sean suficientes. Hago *play* en la primera; mi voz sale más aguda que la real y a mayor velocidad, de forma que resulta irreconocible:

—Hola, ¿tienes un momento?

El tono de dibujo animado cumple su objetivo y Silvia sonríe, algo confundida, sin saber si dirigirse a mi cabeza de oso de peluche o al teléfono parlante. Trata de escabullirse.

—Eh, bueno, tengo prisa, llego tarde a comer.

Vamos bien. Hago *play* en la frase número dos:

—Es solo un minuto, soy de la ONG Faada y estamos haciendo una campaña especial para salvar la foca monje del Mediterráneo. Quizá no lo sepas, pero esta foca, que es supermona, está en peligro de extinción y tenemos que actuar cuanto antes para conseguir salvar la especie. Estamos lanzando una campaña *flash* de diez meses, con una aportación de solo nueve euros al mes. Contigo y otros como tú podremos conseguirlo.

Silvia se queda pensativa. Juego con ventaja, sé que le encantan los animales.

—Pero yo no tengo cuenta en el banco —dice—, acabo de cumplir trece años.

La siguiente frase sale de mi móvil casi al momento:

—Ah, pareces mayor. ¿Y tus padres están en casa? Ya ves que mi charla dura menos de un minuto. Si no los convenzo, prometo marcharme sin insistir.

Ella duda, mira hacia el camino de piedra que va desde la puerta del jardín hasta la puerta de la casa. Hago *play* en la frase número siete para rematar:

—Venga..., es por una causa muy muy justa.

Silvia suspira. La tengo.

—Vale, vamos a intentarlo, pero creo que va a estar difícil.

Abre del todo la puerta de entrada al jardín y me deja pasar. Atravieso el umbral mientras me guardo el móvil en un bolsillo del disfraz. Silvia pasa después de mí y se gira para cerrar la puerta tras ella. Aprovecho para acercarme. Ella es un poco más baja que yo, lo que ayuda a la maniobra de cerrar mi brazo derecho sobre su cuello de forma brusca. Me agarro la muñeca con la mano izquierda y presiono el cuello de Silvia con el antebrazo derecho. Así le impido gritar y consigo que pierda la consciencia en cuatro segundos. Aflojo la presión, pero evito que su cuerpo laxo caiga al suelo, sujetándolo por las axilas. La arrastro por el camino hasta quedar frente a la puerta. No me apresuro; no hay riesgo de que nadie me vea ya que la entrada a la casa queda oculta a la calle por un muro de ladrillo.

Llego a la puerta y me agacho, dejando el cuerpo de Silvia en el suelo, pero con su tronco erguido, apoyado sobre mis piernas. Me quito la cabeza del disfraz de oso con alivio. En estas circunstancias mi cara va a transmitir al padre más confianza que la de un peluche gigante. Llamo a la puerta. Se oyen pasos y abre Fernando, sonriente. El tiempo se ralentiza y observo con interés la súbita sucesión de emociones en su rostro: primero, desconcierto; después, tras inclinar la cabeza y ver a su hija inconsciente en el suelo, terror. Me obligo a respirar rápido para fingir nerviosismo y digo:

—La he encontrado a la entrada del jardín, creo que se ha desmayado.

Fernando me mira como sin entender por un instante y acto seguido se abalanza al suelo a comprobar el pulso de su hija. Alargo la mano a la mochila, saco el martillo y lo golpeo en la cabeza. No he imprimido suficiente fuerza, ya que Fernando es capaz de girarse, aturdido, para mirarme. Lo vuelvo a golpear, con algo más de potencia, pero sin pasarme, no quiero que muera del martillazo. Compruebo con alivio que esta vez sí pierde el conocimiento. Perfecto.

La parte de mayor riesgo ya ha terminado, así que me permito disfrutar de unos segundos de tranquilidad.

Arrastro al padre y a la hija, uno a uno, hasta el interior de la casa.

Saco de la mochila la jeringuilla con el sedante y se lo inyecto a Silvia; me interesa que esté fuera de juego las próximas dos horas.

Inmovilizo con bridas las manos de Fernando, que sigue inconsciente. Doy cinco vueltas de cinta de embalar por su cara, de forma que tapo por completo la boca, pero dejo la nariz libre para respirar.

Todo está bajo control. Ahora puedo dedicarme a preparar el baño con calma.

Dos

Coral se despierta sola en la cama enorme del único dormitorio de su apartamento. Los domingos suelen tener para ella un color gris azulado, aunque algunos, como este de noviembre, adquieren un tono marrón canela.

Coral fantasea con un plan de día festivo antes de la semana laboral: explorar con Maksim algún pueblo pintoresco de los muchos que salpican la sierra de Madrid, dar un paseo por sus calles, encadenar un vermú tras otro y comer en un restaurante con paredes de piedra y vistas a la montaña. Pero la realidad destruye pronto esa pequeña fantasía; hoy comerán con la madre de Maksim en su oscuro y deprimente apartamento.

No es que se lleve mal con su futura suegra, pero las conversaciones no fluyen; las sobremesas se eternizan y se llenan de incómodos momentos de silencio. Coral confía en salir de allí lo antes posible y remontar la tarde con unas cervezas, a ser posible en algún garito con música en directo.

Se levanta de la cama dispuesta a desayunar en su café preferido del barrio, cuando un lejano crotoreo la hace sonreír. La oportunidad de oír el peculiar saludo entre cigüeñas es uno de esos pequeños lujos que le brinda vivir en el casco histórico de Alcalá de Henares.

De pie en la bañera, justo después de haberse mojado la espesa melena rizada, suena el teléfono con una melodía que solo tiene asignada a un contacto de su agenda: Enrique Bosh, su jefe. No habría interrumpido la ducha si el tono del móvil hubiera sido cualquier otro, pero sabe que Bosh no la llamaría en un día de fiesta sin un motivo de peso.

—Dime, Bosh.

—Hola, Soto. Mira, ni Goiko ni Castro me cogen el teléfono, así que es tu oportunidad; me han llamado para acudir al escenario de un crimen. No sé más, pero seguro que es algo gordo, nunca nos llaman tan pronto. Cógete un taxi, te paso ahora la localización, ¿vale?

—Vale, salgo ya mismo.

Coral llama a un servicio de taxi mientras trata de secarse el pelo con la mano libre. El operador le informa de que uno de sus conductores llegará a la dirección indicada en cuatro minutos. No puede pensar en qué ropa ponerse, así que elige lo primero que tiene a mano, se viste rápido y sale de casa. Los antiguos escalones de madera crujen bajo las pisadas apresuradas que descienden hacia el portal.

Una vez en ruta, sentada en la parte de atrás del taxi, toma conciencia del ritmo acelerado de sus palpitaciones; esta es la primera

vez que va a asistir al escenario de un crimen real.

Hace apenas unos meses consiguió el puesto de inspectora de la Policía Nacional, tras dos años de formación en la academia de policía más otros seis meses de prácticas. Desde que inició este camino tenía claro adónde quería llegar: a la Sección de Análisis de Conducta de la Policía Judicial. Sabía que no iba a ser fácil, pero ya había conseguido entrar en la escala ejecutiva de la policía y contaba también con el título de Psicología, así que se presentó en el despacho de Enrique Bosh, el inspector jefe de la Sección, y le manifestó su ilusión por formar parte del equipo. Bosh, tras escucharla, le contestó que necesitaba acumular al menos dos años de experiencia en investigación antes de poder ser candidata. Ella no se arrugó ante la respuesta y le pidió que le hiciera una prueba. «Vuelve en dos años y te la hago», contestó él sin inmutarse, dando por concluida la reunión con una actitud que a ella le pareció algo arrogante.

Coral insistió cada semana por distintos medios: en persona, por email e incluso mediante cartas manuscritas. Por fin la recompensa a su empecinamiento llegó y Bosh la hizo llamar a su despacho un viernes a última hora. Le entregó una caja con varios informes en papel y un pendrive. En un tono seco le explicó que aquello era la documentación de un caso real:

—Aquí están todos los informes recogidos por el grupo de investigación y dentro de ellos aparece el autor de los hechos, entre otros muchos sospechosos. Si el lunes a primera hora tienes el nombre correcto, te reclamo para nuestra Sección.

Coral llegó a casa y comenzó a analizar informes de investigadores, transcripciones de entrevistas a víctimas, declaraciones de sospechosos e informes del forense y de la Policía Científica. Esa primera lectura de la documentación alargó la noche del viernes hasta casi la madrugada. Tras un par de horas de sueño, el sábado al completo lo ocupó analizando documentos en profundidad, así como extrayendo y clasificando datos. A medianoche se obligó a dormir cuatro horas para descansar y ayudar a que su cerebro asentara la información. El domingo por la mañana, algo más fresca, empezó con la parte creativa del método de análisis: esbozar hipótesis acerca de la autoría del crimen. Pero el día avanzaba y ninguna de las teorías que lograba plantear llegaba a una solución coherente con toda la información que había leído. A las tres de la mañana se acostó, derrotada.

A las tres y veinte, tras una breve desconexión cerebral, abrió los ojos de repente. Se levantó y fue directa a uno de los informes. Lo leyó de nuevo con atención, cada vez más convencida de su revelación nocturna: ese informe sobraba. Desechó entonces todo lo deducido a partir de ese documento y, al filo del amanecer, contempló con claridad que la única hipótesis que quedaba en pie ahora era lógica y

guardaba coherencia con todo lo anterior. Bosh le había colado un informe falso. «Hijo de puta», pensó, sin tener claro si él lo había hecho para probar sus capacidades o para desanimarla y forzarla a desistir.

Un par de horas después, en la oficina de la Sección, Coral percibió un creciente aunque contenido gesto de asombro de Enrique Bosh a medida que ella desarrollaba sus conclusiones sobre el caso. Cuando terminó, la miró a los ojos durante unos segundos en los que ella contuvo la respiración. Después Bosh se puso de pie y le extendió la mano a Coral.

—Enhorabuena, Soto —dijo muy serio—. Hoy mismo inicio los trámites para que te incorpores a la Sección de Análisis de la Conducta.

Coral suspiró con alivio y se permitió una enorme sonrisa a la vez que estrechaba la mano de su nuevo jefe.

Tres

El taxi en el que viaja Coral se adentra en una zona residencial de Tres Cantos, un pueblo al norte de la capital. Durante el trayecto, sus pensamientos han orbitado alrededor de la frase de Bosh: «Seguro que es algo gordo, nunca nos llaman tan pronto». La excitación inicial ha ido dejando paso a las dudas: ¿sabrá aplicar sus conocimientos teóricos a un caso real? Teme bloquearse en medio de la escena del crimen y arruinar así su oportunidad de incorporarse al equipo de análisis del caso.

El taxi se detiene y Coral respira hondo antes de salir.

En la calle hay varios coches de policía, una ambulancia y la furgoneta-laboratorio de la Policía Científica. En ese momento Bosh sale de la casa con gesto preocupado. Coral lo aborda:

—Hola, jefe, ¿qué tenemos?

—Asesinato de un hombre en su propia casa. Para estrenarte, no está nada mal. Prepárate, lo que tenemos ahí dentro es duro.

Coral asiente, omitiendo la respuesta que se le pasa por la cabeza: «Ya me imaginaba que no venía de picnic». Bosh continúa:

—Los de la científica han hecho ya su trabajo, pero el forense y el juez están aún por llegar. Entro contigo otra vez; nos vestimos y pasamos.

Coral imita a su jefe para ponerse el traje estéril sobre su ropa, las calzas cubriendo sus deportivas, el gorro que tapa su melena aún húmeda recogida en un moño, la mascarilla y los guantes.

Entran en la casa y pasan al salón. En el suelo hay una especie de cuadrícula enorme, pintada con tiza por los miembros de la Policía Científica, que divide la estancia en unas veinte porciones. En uno de los cuadros, además, hay señalado algo con un pequeño círculo.

Bosh la acompaña al baño. Antes de llegar, un olor nauseabundo le anticipa el escenario de horror. En la bañera se encuentra el cadáver de un hombre desnudo, con varias vueltas de cinta americana tapándole la boca, en una postura perturbadora: está tumbado boca arriba, los brazos echados hacia atrás y sus manos embridadas a la grifería. Las piernas están abiertas, una de ellas estirada con el pie atornillado a la pared, la otra saliendo de la bañera y con el pie atornillado al suelo. No hay heridas visibles en el tronco ni en las extremidades, salvo los agujeros en los pies con los que se fijaron a la pared y al suelo. El pene del hombre parece también intacto y emerge flácido de un charco de sangre que cubre escroto y nalgas. Todo indica que la zona sumergida de su anatomía es la que aloja las heridas mortales.

Coral siente un pinchazo verde en el estómago, anticipo de una arcada que logra contener mediante una larga inspiración de aire.

Bosh le pregunta con un gesto si está bien. A ella le molesta mostrar esa debilidad, aunque sea mínima y justificada. Asiente con la cabeza e inspira de nuevo para controlar las ganas de vomitar.

«Concéntrate. ¿Qué estás viendo?».

Recorre la estancia con la mirada, deteniéndose a observar cada elemento: se encuentra ante una escena que se ha dispuesto con mucha preparación y bastante tiempo. Empiezan a acudir ideas a su cabeza: el asesino conocía bien las costumbres de la víctima. De otro modo, el riesgo de que alguien apareciera por allí durante el tiempo que se alargó el crimen sería inasumible. Calcula que la inmovilización, tortura y muerte de la víctima debió de llevar al asesino no menos de treinta minutos.

«Estás divagando, todos estos pensamientos son inútiles en este momento. Ahora lo único que importa es memorizar detalles, almacenar datos y sensaciones. Ponte en el lugar del autor».

El pinchazo verde de su estómago va perdiendo intensidad; amarillea, aunque no desaparece del todo.

Media hora después, cuando terminan su inspección ocular, Coral y Bosh salen de la casa.

—¿Cómo lo ves? —le pregunta él, de forma ambigua.

—No sé, Bosh. Es pronto para decirlo, pero creo que no van a encontrar huellas ahí dentro. Con mucha suerte, algún resto biológico.

—Vale, esa conjetura no nos lleva a nada, lo sabremos pronto. ¿Qué tipo de crimen crees que tenemos aquí?

Coral podría adelantar alguna idea, pero empieza a conocer la mecánica de trabajo de Bosh y opta por la prudencia:

—¿Puedo saber algo de la víctima antes de contestar?

Bosh asiente y ella sabe que ha acertado al no arriesgar.

—Vamos a hablar con Amador.

Coral sigue a Bosh en su camino hacia un hombre que habla por teléfono al final de la calle. Amador, el jefe del Grupo VI de Homicidios de la Policía Judicial, aparenta ser algo más joven que Bosh; estará cerca de la cincuentena, lleva la cabeza afeitada y ropa juvenil bien combinada. Cuando termina su conversación telefónica, Bosh lo aborda con confianza:

—Amador, no sé si has coincidido con Coral, nuestra novata en la Sección.

Amador esboza una sonrisa ligera y amable.

—Creo que alguna vez nos hemos cruzado por los pasillos. Encantado.

—Igualmente.

—¿Qué sabemos de la víctima? —pregunta Bosh.

—Poca cosa, Fernando Cortés es su nombre. Hasta ahora solo hemos conseguido hablar por teléfono con la madre, que no nos ha

podido contar demasiado antes de entrar en *shock*. Su hijo era empleado de banca, estaba separado desde hace dos años de su mujer, con la que tiene una hija adolescente. Por lo visto la hija está de vacaciones con su madre, menos mal. Y de momento, poco más. Estamos tratando de localizarlas y…

En ese momento le vuelve a sonar el móvil. Amador hace un gesto de disculpa con la mano y se gira para caminar mientras habla.

Bosh se dirige a Coral:

—Y bien, ¿impresiones?

Ella, ahora sí, se permite pensar en alto:

—Vale, la mayoría de los crímenes están cometidos por familiares o personas cercanas a la víctima, pero en este caso tan espectacular, con una preparación tan elaborada y truculenta, en principio cuesta relacionarlo con una ex, familia o pareja que haya podido tener en los últimos tiempos. Es decir, no parece un crimen pasional.

—¿Entonces?

—Entonces —piensa un instante— pinta mal y veo tres posibles opciones: la primera, que uno o varios profesionales lo hayan ejecutado en lo que podría ser un ajuste de cuentas; la segunda, un psicópata muy organizado con vete tú a saber qué motivación; tres, cualquier otro perfil que de momento se nos escapa.

Bosh parece satisfecho con su respuesta.

—Vale, como bien has apuntado antes, con la información que tenemos hasta ahora no podemos hacer más. Tenemos que esperar a que vayan llegando los informes, y eso ya no va a ocurrir hasta mañana. Así que vamos a aprovechar lo poco que queda del fin de semana, que no sabemos si el próximo podremos decir lo mismo.

Coral acata la orden, ocultando tras un rostro sereno su enorme entusiasmo. No se le ha escapado que Bosh ha hablado en plural, lo que significa que va a contar con ella para este caso. Su primer caso importante como analista de conducta.

Cuatro

Coral llega a casa acelerada. Al dejar el móvil, aún silenciado, en la mesa del salón, ve que tiene varios mensajes de wasap, pero no los abre; quiere transcribir antes todo lo que tiene fresco en la memoria. Se sienta frente a su escritorio, coge papel y lápiz y dibuja un croquis detallado del baño del crimen, con todos los elementos que allí había. Está bastante segura de no haberse olvidado nada.

Comienza a recoger los datos; se ciñe a detalles y hechos objetivos, sin impresiones o valoraciones. Inmersa en su tarea, rememora la escena del crimen una y otra vez, apuntando dato tras dato en sus cartulinas rectangulares de colores.

Cuando agota todas sus posibilidades de datos objetivos, empieza a valorar posibles inferencias que se puedan deducir de estos. Las apunta en cartulinas ovaladas, también de colores. Pero con la información de la que dispone solo puede anotar dos:

«El asesino tuvo que conseguir y llevar a la escena del crimen herramientas y útiles para la inmovilización de la víctima».

«Escenario organizado».

Viendo su paupérrimo resultado, se siente frustrada. Cualquier descerebrado, sin ser policía siquiera, podría haber llegado a esta mierda de conclusiones. Entre las muchas preguntas que se agolpan en el cerebro de Coral, una resuena con especial insistencia: ¿por qué arriesgarse a torturar hasta la muerte a alguien en su propia casa? Habría sido mucho más seguro raptarlo y después torturarlo en un sitio aislado. ¿Cuál es entonces la razón que motivó esa decisión y que convirtió el crimen en algo más complejo y arriesgado?

Respira hondo, asumiendo que necesita información nueva para seguir trabajando. Convencida ya de que no hay nada más que pueda hacer hoy, se relaja.

De repente, dos sensaciones superpuestas le inundan: un hambre brutal y la súbita certeza de que ha perdido por completo la noción del tiempo. Corre al salón a por su teléfono móvil.

Las cuatro y media de la tarde.

Doce mensajes y ocho llamadas perdidas de Maksim. Cuatro desde su móvil y otras cuatro desde el teléfono fijo de su futura suegra.

Joder.

Cinco

David se despierta a las 5:58, dos minutos antes de que suene la alarma del móvil y siete minutos antes de que suene su despertador de la mesilla. Se incorpora y selecciona una lista de reproducción de música independiente en su aplicación del teléfono móvil, se desnuda y se mete en la ducha. Por el altavoz que hay junto al lavabo empieza a sonar *Emborracharme*, del grupo Lori Meyers, mientras el agua cae tan fría sobre su piel que se le corta la respiración. Su cuerpo le pide separarse del chorro, pero él resiste. Los lunes toca aguantar el agua, como salga, hasta que adquiera la temperatura seleccionada en el mando termostático.

El agua por fin se templa y la respiración de David recupera la normalidad. Cuando la ducha comienza a ser una experiencia agradable, cierra el grifo y coge una toalla. Se seca hasta estar seguro de que no queda un centímetro cuadrado húmedo en la superficie de su cuerpo.

Uno de los mejores momentos del día es el del café con leche en su jardín. Dos partes de leche y una de café, siempre en vaso de cristal, siempre con una cucharadita colmada de azúcar.

Catorce minutos de paz.

La temperatura de hoy es perfecta y en el cielo apenas hay un puñado de nubes desperdigadas que prometen difuminarse en breve. La tercera parte de su jardín está dedicada a un pequeño huerto que se mantiene de forma casi automática mediante un sistema de riego por goteo y los otros dos tercios lucen un césped bien cuidado.

David intenta no pensar en nada durante esos minutos.

No lo consigue.

Cinco segundos antes de que los aspersores comiencen a regar la hierba, respira hondo, se fuerza a sonreír, se levanta de la silla y abandona el jardín.

Llega a la base del Grupo Especial de Operaciones a las 7:25, cinco minutos antes de la hora a la que ha sido convocado. Allí están ya tres de sus cuatro compañeros del comando, todos con una enorme bolsa de deporte a sus pies. David baja del coche, saluda y saca su bolsa del maletero con cierto esfuerzo debido al peso. Aguado luce unas ojeras importantes. ¿Habrá tenido bronca con su chica? Al Negro se le ve perfecto, imagina que habrá amanecido a eso de las cinco y media para correr diez kilómetros antes de desayunar. Mario, el nuevo, mantiene una sonrisa amable. Se unió al comando hace apenas tres semanas y de momento todo indica que va a ser un buen compañero.

—Cinco pavos a que hoy no llega —dice el Negro.

David, tras comprobar que su reloj marca las 7:27, le sigue el juego:

—Como estos —dice mientras saca un billete de su cartera.

Treinta segundos después se escucha el rugido de una motocicleta de gran cilindrada acercándose a toda velocidad. David, Aguado y Mario sonríen. El Negro finge enfadarse mientras saca un billete de cinco euros y se lo da a David.

A las 7:29 Carlos se baja de su moto, embutido en un mono de cuero y con una mochila a la espalda que carga, como las demás, unos veinte kilos de peso. Se quita el casco, lo deja sobre el depósito de la moto y comienza a caminar hacia la furgoneta de transporte.

—¿Nos vamos?

El Negro niega con la cabeza, sonriente.

—Un día alguien te va a calzar un par de hostias, por chulo hijo de puta.

Carlos sonríe complacido.

Sergio, el jefe de comando, sale a su encuentro a las 7:30 y se mete con ellos en la furgoneta de transporte. El vehículo arranca y Sergio los pone al día de la agenda de hoy: la detención de Alfredo Ménguez, alias Freddy.

—Igual os suena.

Mario es el único que asiente. Sergio continúa:

—Según la Judicial, en algún momento entre el mediodía y el anochecer de hoy, Freddy pasará a supervisar uno de los puntos de venta más activos del centro de Madrid en los últimos meses. Ahí es cuando entramos, lo cogemos y se lo dejamos envuelto para regalo a los de la Judicial.

—Mucho músculo parece para un traficante de medio pelo, ¿no? —pregunta Mario.

—El tipo está creciendo, se ha hecho con una buena parte del negocio en Madrid. Lleva meses en busca y captura por homicidio, siempre va armado y acompañado de dos gorilas, por lo visto exmilitares mexicanos. Gente jodida.

—¿Solo tres en total? —Carlos exagera una mueca de autosuficiencia—. Se van a hacer caca en cuanto nos vean, verás.

Todos sonríen.

—Venga sí, vale —Sergio trata de centrarlos—. Pero hay que ir muy atentos y evitarnos sustos. ¿Entendido?

Llegan a la comisaría y se dirigen a los vestuarios para cambiarse. En el camino, David se cruza con una chica de paisano de larga melena rizada, que se le queda mirando. La muchacha es guapa, aunque el gesto serio le resta parte de su atractivo. David le lanza una sonrisa entre cortés y seductora mientras continúa su camino. Es un gesto ensayado que practica a menudo, nunca se sabe.

Dos pasos más adelante escucha la voz de la chica:

—¿Davidescu?

David se para en seco.

Ese nombre lo transporta a otro tiempo y otro lugar. A una época de libros de texto y juegos en el patio. De alegrías y frustraciones intensas. De grandes amigos que finalmente no perduraron y pequeñas humillaciones que había conseguido olvidar. Lo lleva al año escolar en que las niñas pasaron de ser invisibles a despertarle una tremenda curiosidad.

Seis

Coral se despierta muy temprano, recordando con una sensación amarga la tarde de ayer. Nada más tomar conciencia de la hora, llamó a Maksim, le pidió disculpas y preguntó si era demasiado tarde para ir a tomar café. Estaba incluso dispuesta a pasar el resto de la tarde en casa de su madre, pero él no le dio ni opción a plantearlo. Su enfado le resultó a Coral justificado, por supuesto, pero su rechazo le pareció un poco infantil. Lo conoce bien y cree que él habría aceptado sus disculpas, pero no lo hizo porque eso habría supuesto un gesto de debilidad a ojos de su controladora madre.

Así que, resignada, hizo un pedido a un restaurante chino cercano. La comida llegó a su apartamento media hora después y Coral la devoró en pocos minutos, mientras reflexionaba que la cancelación del plan le venía bien para acostarse pronto y estar fresca mañana a primera hora. Nada más tener ese pensamiento, su inoportuna conciencia le arruinó el último bocado de su merienda: estaba siendo egoísta.

Hoy es lunes y los lunes son naranja ambarino, un color que le da mucha paz. Coral está loca por leer los primeros informes que lleguen sobre el caso. A las ocho y diez, cincuenta minutos antes de su hora habitual de entrada, llega a la Comisaría General de la Policía Judicial.

Camino a la oficina de la Sección de Análisis de Conducta, va ya hojeando una carpeta con las notas que escribió ayer sobre el caso. Se cruza con un grupo de hombres, todos grandes y atléticos, que llevan al hombro una enorme bolsa de deporte. Deduce enseguida que son del Grupo Especial de Operaciones. Había oído que a veces usan las comisarías para cambiarse antes de una operación, aunque nunca lo había visto por ella misma. Lo cierto es que impresionan, incluso así, uno a uno y de paisano. Se fija en el último de ellos.

Joder, lo conoce.

No sabe de qué, pero lo conoce. Lo mira a los ojos mientras las neuronas viajan en busca de la conexión adecuada. Él le sonríe, con cierta chulería, seguro de sí mismo. Ella duda, porque su gesto no parece ajustarse al recuerdo indefinido de ese rostro que ahora pasa junto a ella sin detenerse. En ese momento, la memoria errante de Coral localiza un nombre:

—¡Davidescu!

El hombre se para en seco y durante un par de segundos se queda quieto, de espaldas. Coral sufre un instante de pánico. ¿Se habrá equivocado? No lo ve desde sexto de primaria, hará unos diecisiete años. Ella es buena con las caras, pero esa sonrisa de seguridad no

encaja con el muchacho que conoció el último curso del colegio. Y ese cuerpo con hechuras de atleta tiene poco que ver con el chaval que acaba de protagonizar un torrente fugaz de recuerdos en la mente de Coral.

Él se da la vuelta y ella sonríe aliviada. Es Davidescu, que la mira con una mezcla de incomprensión y sorpresa, hasta que por fin dice:

—Solo hay una persona que me ha llamado así en toda mi vida.

Coral sonríe, se acuerda.

—¿Coralain? —dice él sin mucha convicción.

Ahora es ella la sorprendida; nadie la había llamado así tampoco desde entonces. Se echa a reír. Querría preguntarle en ese instante qué ha pasado con el muchacho tímido y flaco que recuerda de aquella etapa escolar. Pero no le parece la mejor de las aproximaciones, así que solo se le ocurre romper el incómodo silencio con una pregunta un tanto estúpida:

—¿Estás en el GEO?

Él consigue superar la sorpresa del encuentro y en su cara se forma una sonrisa franca, más parecida a la que ella recordaba de cuando eran niños.

—Sí —contesta—. ¿Y tú? —Se fija en la carpeta que tiene ella en la mano—, ¿trabajas aquí? —pregunta con cierta incredulidad.

Coral sonríe orgullosa.

—Sí, he empezado hace poco en Análisis de Conducta.

David no sabe qué decir. Uno de sus compañeros le grita desde el final del pasillo:

—¡Escu!

David cobra conciencia del momento:

—Me tengo que marchar —se disculpa—. ¡Qué alegría verte!

—¡Lo mismo digo! —dice Coral, algo decepcionada por lo breve del reencuentro.

David se aleja rápido, pero antes de desaparecer por el recodo del pasillo, se gira una vez más para sonreír a Coral y decirle adiós con la mano. Ella le devuelve el gesto y la sonrisa.

De hecho, esa sonrisa permanece en su rostro hasta que entra en la oficina de la Sección.

Ella creía que iba a ser la primera en llegar, pero ahí estaba Bosh, frente a su ordenador. La oficina es espaciosa, de planta cuadrada, con tres escritorios en una zona diáfana y el despacho del jefe situado en un rincón, cerrado por dos paredes de cristal con una puerta que nunca ha visto cerrada.

Coral no puede disimular su impaciencia.

—Buenos días, jefe. ¿Tenemos algo?

—Buenos días. Nada aún, pero me han prometido una copia de todo lo que vaya saliendo en cuanto lo tengan. El informe de la

autopsia y el de la Científica tienen que estar al caer.

Coral suspira y camina hacia su mesa.

—Espera —grita Bosh desde su despacho—, acaba de entrar el informe de los investigadores que preguntaron por el vecindario. Está en una carpeta compartida en la intranet.

Coral se sienta en su puesto, enciende el ordenador y lee con atención el documento. Resulta bastante desalentador; nadie recuerda haber visto nada extraño o fuera de lo habitual ayer en el barrio de Fernando Cortés. Los dueños de los chalets cercanos reconocían no tener apenas trato con ninguno de sus vecinos. Bosh se acerca a su mesa con la chaqueta en la mano.

—Me voy con Amador al clínico forense. Santiago quiere que veamos algo antes de redactar el informe.

—Ok —se despide Coral.

Bosh camina hacia la puerta de la oficina, pero antes de salir se para por un segundo y se gira.

—¿Quieres venir?

Siete

Salud Ruiz está en el segundo día de un crucero por el Mediterráneo, rumbo a las islas griegas de Santorini, Mikonos y Rodas, dentro de un paquete vacacional «todo incluido». Sonríe al pensar que hasta hace pocos años jamás se le hubiera ocurrido semejante horterada, pero ahora, tras haberse divorciado y, lo mejor, después de haberse liberado de multitud de sus antiguos prejuicios, se cree capaz de cualquier cosa.

Solo un pequeño remordimiento turba su estado de placidez: sabe que Silvia está en un momento muy delicado de su vida. Fernando, su ex, aunque lo intenta y la apoya como puede, no acaba de entenderlo. Lo único que espera Salud es que en estas dos semanas él la mime mucho. En cuanto vuelva, con las pilas recargadas, dedicará todo el esfuerzo necesario a su hija y a su situación, pero ahora ella necesita este paréntesis.

Se esfuerza en eliminar esa mácula de su conciencia, a la vez que muerde la rodaja de lima de su mojito. «Necesito una desconexión completa para coger fuerzas», se repite con la esperanza de autoconvencerse de que está haciendo lo correcto.

A mil doscientos kilómetros, en su apartamento alquilado de Madrid, su teléfono móvil suena y vibra de forma insistente, mostrando en la pantalla el número de la centralita de la Policía Nacional. Tras dos días de abandono, el hilo de batería que lo hace funcionar se agota y el aparato se apaga.

Ocho

Bosh, Amador y Coral llegan al Instituto Anatómico Forense de la Ciudad Universitaria de Madrid. Allí los recibe el médico en su oficina, un despacho austero iluminado por el mismo tipo de luz fría que utilizan en las morgues. Bosh hace las presentaciones:

—Coral, nueva en mi grupo, Santiago, el jefe de este garito tan animado.

El forense, que ni siquiera sonríe ante el comentario de Bosh, estrecha la mano de Coral sin mirarla a los ojos. Enseguida se refugia tras su escritorio y posa la mano sobre una caja cerrada de plástico blanco.

—Tengo que deciros que este es el caso más atípico que recuerdo en mi carrera profesional. —A Coral le da la sensación de que esa voz profunda y poderosa no coincide con el físico del forense—. Tanto el procedimiento, tan peculiar, como la crueldad exhibida hacen de este crimen algo extraordinario.

Bosh se impacienta.

—Vamos, Santiago, al grano, que estamos en ascuas. ¿De qué murió?

Santiago se queda mirando a Bosh, como valorando sus palabras.

—Desangrado.

Amador también se revuelve un poco en su silla, impaciente.

—¿Causa?

Santiago no duda.

—Heridas en el recto que le provocaron varios desgarros y que resultaron en la cercenadura del último tramo del intestino grueso.

Coral reprime una mueca de horror en otro intento de no dejar traslucir debilidad alguna. Bosh pregunta:

—¿Sabemos qué tipo de arma utilizó?

Santiago percute con los dedos la tapa de la caja de plástico.

—No solo lo sabemos, la tenemos aquí.

Sus dedos siguen tamborileando sobre la tapa de la caja, sin una intención clara de abrirla. Amador hace una inspiración profunda, como para insuflarse paciencia.

—Nos la enseñas, ¿por favor?

—Por supuesto.

Santiago abre la tapa y extrae de la caja un aparato metálico con la forma y el tamaño de una pera del que sale una especie de tornillo que se ensancha en su final, como para girarlo.

—Sobra decir que ya han pasado a primera hora los de la Científica para comprobar posibles huellas. Al parecer, sin éxito.

—¿Qué es eso? —pregunta Bosh.

—Esto es una réplica de la pera de la angustia, un instrumento de

tortura medieval que usaba la Santa Inquisición en España. Una vez introducido el aparato en la cavidad correspondiente, que podía ser la boca, la vagina o el ano, los inquisidores giraban este eje roscado.

A la vez que habla, Santiago empieza a girar el tornillo del instrumento.

—Como veis, hace que la pera se abra y se expanda, provocando así un desgarramiento brutal de la cavidad correspondiente.

Tal y como lo describe, al girar el tornillo, los cuatro pétalos metálicos que conforman la pera se abren más y más, como un tulipán robótico que floreciera de forma apresurada.

Todos se quedan sin habla por unos segundos mientras contemplan el siniestro artilugio, que, ya en su máxima apertura, no cabe en la caja que lo contenía.

Bosh suspira.

—¿Algo más que nos pueda interesar?

—Sí. Aparte de las heridas en los pies, que parecen funcionales para la inmovilización de la víctima, tenemos también dos contusiones en el cráneo. Realizadas con un objeto pesado y de sección circular de unos tres centímetros de diámetro. Probablemente un martillo, maza o herramienta similar. Uno de los golpes fue asestado a la víctima desde atrás y el otro de frente.

Se hace un silencio denso en el despacho. Tanto Amador como Bosh parecen recrear en su mente posibles secuencias de los hechos. Coral, sin embargo, siente que le ha llegado demasiada información a la vez y no consigue procesarla bajo esa luz gélida del anacrónico fluorescente.

De vuelta a la comisaría en un coche sin distintivo policial, Amador conduce, Bosh ocupa el asiento del copiloto y Coral está sola en la parte de atrás.

—¿Cómo lo ves? —pregunta Bosh al jefe del Grupo VI.

Amador se toma su tiempo antes de contestar, concentrado en sus pensamientos y en la conducción.

—No creo que sea un ajuste de cuentas. No se parece a nada de lo que se estila por aquí. Bueno, ni en ningún sitio, por lo que yo sé. Habrá que comprobarlo, claro, pero no he escuchado nada de ejecuciones imitando torturas de la Inquisición. Demasiado intelectual y rebuscado para cualquiera de las bandas que conozco. Y conozco unas pocas —hace una pausa de un segundo y continúa—: Espero equivocarme, pero esto tiene la marca de un psicópata. Y no parece que nos lo haya puesto fácil. Los de la Científica solo encontraron dos tipos de huellas en la casa y las dos estaban por todas partes.

Bosh aprovecha el comentario para mirar a Coral a través del retrovisor interior y lanzarle una pregunta:

—¿Qué quiere decir eso?

«No me jodas, Bosh», piensa Coral mientras toma aire antes de contestar:

—Bosh, preguntas tan sencillas casi ofenden, sobre todo delante de otros jefes.

Pero Bosh no afloja:

—Es lo que tiene ser novata. ¿Y bien?

Coral no tiene ni que pensarlo:

—Si solo hay dos tipos de huellas y están por toda la casa significa que corresponden a la víctima y a las de su hija, que son los que convivían por temporadas en esa casa. Si hubiera alguna huella del autor estaría localizada en el área del crimen o en otros espacios limitados.

Bosh la escucha sin variar el gesto. Coral remata con lo que sabe que quiere escuchar su jefe.

—Pero, por supuesto, no lo daremos por hecho hasta que nos lo confirmen los compañeros de Científica.

Bosh no ha terminado con ella.

—¿Y coincides con Amador en que esto es obra de un psicópata?

Coral ordena sus ideas; esta pregunta ya no es tan fácil. No está segura de si Bosh quiere que se moje delante de su colega o que se ciña al método científico que rige su trabajo. Opta de nuevo por ser conservadora:

—Con los datos que tenemos hasta ahora no puedo aventurar nada. Lo único que sabemos en realidad es que el método del asesino o asesinos es inusual, elaborado, profesional y sádico. Si nos confirman que no ha dejado huellas, indicará una gran conciencia forense. Pero estos datos pueden encajar tanto en un psicópata, como en los miembros de una banda, como en alguien que no pertenezca a ninguno de los dos perfiles.

Ahora sí, Bosh hace un casi imperceptible asentimiento de cabeza, al mismo tiempo que Amador suelta una carcajada.

—Hay que joderse, Enrique, qué bien tienes aleccionada a tu tropa. Sois los putos amos de no mojaros en nada. Así no falláis.

Bosh sonríe y, aunque no lo verbalice, Coral sabe que su jefe está pensando: «De eso se trata».

Nueve

A las 13:07 David lleva más de cuatro horas encerrado con el resto de sus compañeros en el interior de una furgoneta.

Esta mañana, tras el inesperado encuentro con Coral, se ha cambiado junto a ellos para vestir la equipación básica de asalto, han salido al parking de la comisaría y se han montado en el vehículo. Han aparcado junto al portal del edificio donde iba a llegar el objetivo y allí siguen ahora, cuatro horas después, a la espera.

Sergio ha repasado varias veces la operación con su grupo. Han estudiado los planos del edificio y la distribución del piso que van a asaltar. Han visto las fotos de Freddy e incluso de una de sus amantes, que es a quien parece que va a visitar el individuo. Después, para matar el tiempo de la espera, han jugado al mus durante un buen rato, hablando muy bajo.

Ahora cada uno parece inmerso en sus propios pensamientos, salvo Mario, que lee en un dispositivo digital.

David lleva un rato tratando de concentrase en el plan. Lo repasa en su cabeza una y otra vez. Imagina distintas variaciones y anticipa soluciones para cada una de ellas. Pero estos pensamientos se diluyen y acaban siendo absorbidos por el sumidero habitual: Esther. No termina de creer que ella lo haya dejado, pero lo cierto es que su ex fue cualquier cosa menos ambigua. Tras varias semanas en las que la encontraba cada vez más rara, una mañana ella le soltó, a bocajarro, que ya no estaba enamorada de él, que había conocido a otra persona y que lo dejaba. Se la veía convencida, decidida, fuerte. De esto hace ya cuatro meses y desde entonces no ha habido ningún indicio de que se haya arrepentido o tenga alguna duda sobre su decisión. Más bien lo contrario, por lo poco que sabe de ella a través de unos amigos comunes.

David se aferra a la esperanza de que Esther recapacite y dé una segunda oportunidad a su relación. Y este anhelo le hace sentirse débil. Debería ser capaz de afrontar su desamor con más entereza, tendría que ser capaz de pasar página.

De repente Sergio grita:

—¡Vámonos!

Todos se colocan el casco con una sincronía frenética que parece ensayada. Abren la puerta corredera de la furgoneta y esperan dos segundos antes de salir, para acostumbrar los ojos al cambio de luz. Saltan a la acera, se colocan en fila y recorren los escasos veinte metros hasta la entrada del edificio, donde un compañero acaba de abrir la puerta y la sujeta para que pase el equipo.

El interior del portal lleva a un ascensor y unas escaleras. El Negro se queda frente al ascensor mientras los otros cinco, encabezados por

Sergio, suben por la escalera hacia el objetivo en el tercer piso. Han cubierto ya cuatro tramos de escalones cuando oyen ruido de pasos apresurados más arriba.

—¡Les han avisado! —grita Sergio apretando el paso.

Al llegar al rellano de la tercera planta se encuentran abierta la puerta de una de las cuatro viviendas. Sergio hace un gesto a David y a Mario para que entren, mientras él continúa su subida por las escaleras, seguido de Carlos y Aguado.

David pasa el primero a la vivienda, con Mario a veinte centímetros de él, cubriendo su espalda. Recorren el salón de paso y comprueban que no hay nadie en la cocina ni en la primera habitación, ambas con la puerta abierta. Hay otras dos puertas cerradas y abren la primera, que da a un baño.

Vacío.

La otra puerta corresponde al dormitorio y al abrirla se encuentran a una chica de unos veinte años, desnuda. Se trata de la joven que vieron en las fotos al preparar el asalto. La chica se empieza a vestir con toda tranquilidad, como si fuera su madre la que acaba de entrar y no dos miembros armados del cuerpo de élite de la Policía.

—Llévatela tú —le dice David a Mario—. Y luego quédate en el portal con El Negro, por si les da por bajar en el ascensor. Yo voy con estos.

David sale del piso y comienza a subir escaleras cuando escucha el sonido de varios disparos y gritos ininteligibles de distintas personas. El corazón se le acelera y aprieta el paso, subiendo los escalones de tres en tres. En el rellano del quinto y último piso se encuentra los restos del tiroteo: Freddy y uno de sus matones mexicanos con las manos en alto y sus armas tiradas en el suelo. El segundo matón está tumbado boca arriba, con un impacto de bala en cada hombro y un gesto de rabia y de dolor. Frente a ellos, apuntándolos con sus fusiles de asalto, Carlos, Sergio y Aguado.

Al ver llegar a David, Carlos recoge las armas de los delincuentes que están en el suelo mientras Sergio y Aguado siguen apuntando a Freddy y al gorila.

—¡Ahora al suelo! —les ordena Sergio.

Obedecen al momento. Carlos los engrilleta a ambos. Entre él y Aguado los incorporan para llevárselos por las escaleras, sin dejar de encañonarlos. Sergio se dirige a David, señalando al matón herido:

—Échale un ojo a los taponazos de este, no se vaya a desangrar. Ahora te mando al Negro y esperáis juntos a los de la Judicial.

—Ok, es mío —contesta David.

A solas con el mexicano herido en el suelo, David saca de uno de los bolsillos de su chaleco una venda, se arrodilla junto al detenido y empieza a practicar un vendaje compresivo sobre una de las heridas

de bala.

—¿Primero me disparan y luego me curan? ¡Hijos de la chingada!

El tipo empieza entonces a concatenar todo tipo de insultos y juramentos, mezclando jerga española con palabros mexicanos. David lo ignora mientras continúa con el vendaje, hasta que el matón se envalentona y le escupe en la cara. El escupitajo no pasa de la pantalla de metacrilato que protege el rostro de David, aun así, él se tiene que contener las ganas de incrustar su casco en la cara del detenido. En lugar de eso le da un bofetón con la mano abierta. Un golpe inofensivo que al tipo le duele más que los dos disparos y le hace tomar conciencia de su situación.

David acaba de vendar el primero de los hombros del detenido cuando llega El Negro.

—¿Cómo vas?

—Bien, este no se nos muere.

El Negro asiente con la cabeza y se queda a su lado hasta que termina la operación de vendar el segundo hombro herido. David se levanta entonces sin decir una palabra más. Jamás se dirigen a los detenidos y ni siquiera les gusta hablar entre ellos cuando tienen uno bajo su custodia. Así que esperan allí, de pie y en silencio, a los compañeros que se harán cargo de él.

La adrenalina ha bajado casi por completo y los pensamientos de David comienzan a vagar, sin rumbo definido pero atraídos siempre por el tema recurrente. Tiene que hacer algo para quitarse a Esther de la cabeza. Al formular esa reflexión, mil veces hasta ahora repetida, su pensamiento regresa a unas horas antes, en la comisaría, al momento en que se cruzó con esa muchacha alegre y atractiva que resultó ser su Coralain.

Diez

Coral se despierta con el rojo cereza de los martes. El de hoy, además, amanece con un brillo especial, muy intenso.

Su primer pensamiento consciente es para Maksim. Parece que la pequeña crisis comienza a amainar. Ella no le escribió en todo el día de ayer, entre otras cosas porque no tuvo un minuto libre, y por la noche, nada más llegar a su apartamento, recibió en su móvil un mensaje que invitaba a la reconciliación. Sintió entonces que debía disculparse de nuevo con él por su monumental despiste del domingo, pero por alguna razón decidió no hacerlo. Con un intercambio de tres mensajes quedaron para cenar hoy martes y se dieron las buenas noches. Tiene ganas de verlo.

Lo que no fue tan bien ayer fue el regreso a la comisaría desde el clínico forense. Nada más llegar, Bosh anunció que había decidido contar para este caso con ella y con el más antiguo de los otros dos compañeros, Juan Goikoetxea, al que todos llaman Goiko. Así que dejaba fuera a Alberto Castro, que entró en el grupo dos años antes que Coral. Bosh lo justificó de pasada, alegando que alguien tiene que continuar con el resto de trabajo pendiente de la Sección. Castro no se podía creer que fuera a ser él quien se quedara al margen en lugar de ella, que es la novata. Bosh cerró la discusión con un escueto pero contundente «Todo el mundo a trabajar», que hizo callar a Castro. El resto de la jornada su compañero permaneció casi en completo silencio, quizá rumiando un rencor hacia Coral que ella no cree merecer.

Hoy Coral llega a la oficina antes de la hora, como acostumbra. Están ya Bosh y Goiko, cada uno en su puesto, trabajando en silencio con su ordenador. Ella da los buenos días, casi con miedo a desconcentrar a sus compañeros. Ellos le devuelven el saludo sin desviar la mirada de sus pantallas. Coral se sienta en su puesto y comprueba las novedades: un breve informe de los investigadores del Grupo VI, otro de la Científica y el de la autopsia.

Lee con avidez el documento de los investigadores, descubriendo que hay poca información que extraer. No han podido localizar todavía a la exmujer de la víctima ni a su hija, lo cual empieza a resultar extraño. Su teléfono dio señal en los primeros intentos, pero dejó de estar disponible durante la tarde de ayer lunes. Este hecho intriga a Coral, aunque no se permite conjeturar sobre ello, tiene otros frentes abiertos a los que atender.

El informe de la Científica confirma lo que ya esperaban: las huellas que hallaron pertenecen a Fernando y a su hija. No encontraron restos biológicos de nadie más en la casa. El único hallazgo interesante que

recoge el informe es el de los restos de un sedante clínico en el suelo del salón. Eso encaja con la idea que se va dibujando acerca de cómo ocurrieron los hechos. Fernando abrió la puerta al asesino, que le golpeó en la cabeza. Cayó al suelo, mareado pero sin perder del todo la consciencia, así que el asaltante le golpeó una segunda vez. Al tenerlo ya fuera de combate, le inyectó un sedante que le daría tiempo para atornillar sus pies a la pared y al suelo del baño con tranquilidad.

Cuando está a punto de terminar la lectura del informe, llega Castro a la oficina y saluda a todos de forma amable. Coral se alivia al ver el cambio de actitud de su compañero y abre el fichero de la autopsia esperando obtener algo más de información de la que ya les contó el forense. Termina de leerlo y se queda pensativa unos segundos. Después lo vuelve a leer desde el principio. Al llegar de nuevo al final, levanta la cabeza y pregunta en voz alta:

—Juan, ¿has leído la autopsia?

Goiko, que tiene cara de haber dormido poco, no puede evitar una sonrisa de suficiencia.

—Claro, nada nuevo de lo que me contasteis ayer, ¿no?

Coral se extraña y añade con prudencia:

—Bueno, yo creo que sí. En la autopsia no dice nada de ningún sedante.

Goiko se queda callado, procesando las palabras de Coral unos segundos.

—Su puta madre —dice, consciente ya de las implicaciones de ese dato. Traga saliva y añade:

—Hay que decírselo a Bosh.

Ambos se levantan y se asoman al despacho del jefe. Bosh los oye llegar, pero no despega sus ojos de la pantalla del ordenador.

—Id al grano, que tengo un montón de papeleo inútil que acabar.

—A ver, en el informe de la Científica tenemos los restos de un sedante derramado en el suelo del salón, pero en el informe de la autopsia no aparece nada de ningún sedante.

Bosh deja de mirar al ordenador y se gira hacia ellos. Pasan varios segundos antes de que hable:

—Voy a llamar a Amador, aunque cien por cien seguro que ellos también se han dado cuenta.

Bosh saca su teléfono móvil y pone el altavoz para que puedan escuchar la conversación.

—Bosh, lo que sea rapidito, tenemos mucho jaleo —contesta Amador.

—Vale —acepta Bosh—. Me imagino que habéis visto lo del sedante.

—Claro, ya he llamado a Santiago para confirmar que no se le pasó incluir algo así en el informe. No veas cómo se ha puesto por dudar de

él.

—Me imagino. Bueno, ¿y entonces?

—Entonces barajamos dos opciones. Una, que el tipo sacara el sedante pero que, por algún motivo, no lo usara. Muy poco probable. Dos, que pinchara el sedante a otra persona. Y la que tiene más papeletas es la hija. Todos asumimos en un principio que estaba con su madre, pero acabamos de confirmar que Salud Ruiz, exmujer de Fernando Cortés, se subió a un crucero rumbo a Grecia el sábado al mediodía. Y según el registro del pasaje, lo hizo sola. Estamos tratando ahora mismo de contactar con ella a través de la tripulación, porque su móvil lleva dos días fuera de combate.

—Joder —dice Bosh—. La cosa se pone interesante.

—Ya te digo, demasiado. Si no se te ofrece nada más, sigo con lo mío.

—Gracias, Amador.

Bosh cuelga y mira a sus subalternos.

—Bueno, pues todo apunta a que nuestro caso de asesinato está a punto de convertirse en asesinato más secuestro.

Once

Salud se despierta entre las sábanas de su camarote individual. Sonríe, relajada, dispuesta a no abandonar la cama hasta que su estómago se lo implore. Cierra los ojos de nuevo y en ese momento llaman a la puerta. Se extraña.

—¿Sí?

—¿Señora Salud Ruiz? —pregunta una voz masculina con fuerte acento italiano.

Cómo odia que la llamen señora. ¿Qué querrán a estas horas?

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—El capitán me manda a buscarla. Me tiene que acompañar, por favor.

¿El capitán? Salud no entiende nada.

—¡Un minuto!

Se viste mientras piensa en cuál puede ser el motivo para que el capitán de un barco enorme como este quiera verla a ella. Descarta una llamada familiar; avisó de que se iba de crucero, pero no le dijo a nadie en cuál ni adónde para evitar tentaciones de molestarla. Solo se le ocurre que haya ganado algún tipo de lotería que venga con el número del pasaje y que el premio sea visitar el puente de mando. Como si eso tuviera algún interés. En fin. Se hace una coleta en su media melena y abre la puerta.

Un jovencísimo miembro de la tripulación la guía a través del pasillo y de la cubierta hasta llegar al puente de mando. Allí se encuentra al que se imagina que es el capitán, con gesto serio, que se dirige a ella también en español, pero en su caso con acento inglés.

—Señora, la Policía Nacional de España lleva dos días tratando de localizarla. Van a realizar una videollamada para charlar con usted en —mira su reloj de muñeca— siete minutos.

La mente de Salud se revuelve por unos instantes, aferrándose a la creencia de que ha ganado algún premio inesperado y esto no es más que una estúpida broma previa. El rostro preocupado del capitán la saca de su precaria defensa para colocarla ante una realidad tan intangible como amenazadora.

—¿Qué ha pasado? —Se oye decir a sí misma.

—No le puedo decir más —responde el capitán—. Hay que esperar la llamada.

A Salud se le seca la boca y siente que pierde el equilibrio. Trata de encontrar alguna explicación lógica. La única que se le viene a la cabeza es su hija. Solo por ella y solo por algún suceso grave se habrían tomado tantas molestias. Algo le ha ocurrido, alejada tres mil kilómetros de su lado. Justo en esta semana, la única en toda su vida que ella no está allí para ayudarla.

Salud mira el reloj y es golpeada por la certeza de que su vida se va a desmoronar dentro de seis minutos.

Doce

A las tres y veinte de la tarde, en la oficina de la SAC, Alberto Castro apaga el ordenador y coge del respaldo de la silla su chaqueta. Se asoma al cubículo de Bosh para despedirse hasta mañana y después camina hacia la salida de la oficina mientras intenta bromear con Coral y Goiko sobre el hecho de ser el único del grupo que puede irse temprano a casa. Ambos se despiden amables. Ella aún percibe algo en Castro, no sabe si por el tono de voz o por la sonrisa algo impostada, que le hace sentir cierta incomodidad.

Castro abandona la oficina y ellos continúan sus tareas mientras esperan la grabación de Salud Ruiz, exmujer de Fernando Cortés. Bosh quiere que visualicen juntos el vídeo y Coral sospecha que uno de los motivos es para ponerla a prueba de nuevo, esta vez con respecto a sus habilidades de interpretación del comportamiento no verbal.

Coral se centra de nuevo en la tarea a la que ha dedicado toda la mañana: estudiar los informes, extraer de ellos los datos y transferirlos a sus cartulinas de colores.

—¿Qué haces? —le ha preguntado Goiko, al verla escribir a mano sobre ellas.

Coral le describe su método de clasificación de los datos a la vez que le muestra las tarjetas. Goiko presta atención e incluso finge interés, pero Coral sabe que él usa una hoja de cálculo digital y, a juzgar por sus gestos involuntarios, este método a base de escritura manuscrita parece resultarle rudimentario o quizá incluso pueril. Juan es un tipo algo brusco a veces en las formas, pero siempre respetuoso con los demás, así que lo único que dice antes de regresar a su puesto es:

—Ah, muy interesante.

Quince minutos más tarde, la voz enérgica de Bosh rompe el silencio de la oficina:

—¡Goiko, Coral, ya lo tenemos, vamos a verlo!

Ambos entran en el despacho y cogen una silla cada uno. Bosh gira el monitor del ordenador para que los tres tengan un buen ángulo y pulsa el botón de reproducción.

La pantalla ofrece la imagen de una videollamada a baja resolución en la que aparece Salud con la cara desencajada. Se escucha la voz de Amador, que se presenta como inspector jefe de la Policía Nacional y, sin más preámbulo, le comunica que su exmarido ha sido encontrado muerto en su casa. Al escucharlo, en el rostro desencajado de Salud se aprecia un leve gesto de esperanza. Amador destruye su momentáneo alivio informándole de que no pueden localizar a su hija. Salud contiene la respiración. Amador le pregunta entonces si cree que ella

pueda estar con algún familiar o en algún otro sitio. Salud tarda un par de segundos en procesar la pregunta. Se concentra, tratando de recordar algo que se le escape en ese momento. Finalmente, sus ojos se vuelven temerosos hacia la cámara.

—No lo creo. A no ser que fuera con su abuela, la madre de Fernando.

Amador le informa con delicadeza de que ya han hablado con ella y no está en su casa. Salud traga saliva y pregunta:

—¿Cómo ha muerto Fernando?

Amador tarda un par de segundos en contestarle que murió asesinado. Un leve gemido de dolor escapa de la garganta de ella, a la vez que su cara se descompone un poco más en una mueca entre la incredulidad y la incomprensión. Toma aire y logra preguntar, con un hilo de voz:

—¿Y no saben dónde está mi hija?

Amador contesta, esforzándose ahora en ser suave:

—Todavía no. Hemos hablado con los padres de usted y tampoco saben nada de Silvia desde el viernes. ¿Nos puede proporcionar los contactos de sus amistades más estrechas? O de cualquiera que crea que pueda saber algo.

Salud asiente con la cabeza, aunque ahora parece confundida. Amador le aclara las dudas:

—No hace falta que lo haga ahora mismo. Piénselo con tranquilidad, lo escribe todo y me lo envía a través de un correo electrónico. El capitán le ofrecerá un ordenador desde el que lo puede hacer, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Amador añade:

—El capitán me ha confirmado antes que llegan a Mikonos hoy al mediodía. Desde allí puede coger un ferry a Atenas y un avión de vuelta a Madrid. Si tiene algún problema con la reserva del billete, escríbame al mismo email, ¿le parece?

Salud asiente de nuevo, algo aturdida por la cantidad de información.

—Una cosa más —dice Amador—, ¿tiene usted teléfono móvil?

—No, aquí no. Me lo dejé en casa para... —a Salud parece dolerle la explicación—, para desconectar.

—Vale, pues pídale uno al capitán. Me consta que suelen llevar teléfonos de prepago para emergencias. Le pasaré mi número en la contestación a su email, para cualquier cosa de la que se pueda acordar hasta que llegue aquí.

Salud asiente y hace una pregunta con cierto temblor en la voz:

—¿Qué cree usted que le ha pasado a Silvia?

Se hace un silencio que parece interminable antes de que Amador

conteste:

—Es demasiado pronto para hacer ninguna conjetura, Salud. Puede estar en cualquier sitio. Estamos trabajando para encontrarla lo más rápido posible.

El rostro de Salud se oscurece. Amador se despide y el vídeo finaliza.

Tras un silencio reflexivo, Bosh se vuelve hacia Coral:

—¿Qué te parece?

Coral ordena sus pensamientos por unos segundos.

—Vale, habría que estudiar la entrevista a conciencia para estar seguros al cien por cien, pero en este caso no sé si merece la pena. Todos los indicadores que he podido registrar en este primer visionado: su orientación y postura corporal, su expresión facial, su mirada, el tono de voz y el resto de elementos paralingüísticos apuntan a que no hay ningún motivo para dudar de ella. A eso hay que añadir el dato de que a la hora del asesinato ella estaba ya embarcada, lo que la descarta como autora material del crimen. Así que le doy un noventa y nueve coma nueve por ciento de posibilidades de que no sabe nada de la muerte de su ex y de que está aterrada ante la desaparición de su hija.

Bosh la mira a los ojos durante unos segundos antes de girarse hacia Goiko.

—¿Estás de acuerdo?

—Si Salud Ruiz finge en esa entrevista —responde Goiko—, es la mejor actriz que he visto en mi puta vida.

—Esa boca —le regaña Bosh.

—*Sorry*, jefe.

Bosh medita unos segundos.

—Vale, estoy de acuerdo con vosotros. Hay un noventa y nueve coma nueve por ciento de posibilidades de que lo que hayamos visto de ella coincida con la realidad. A corto plazo tenemos tarea, y más que vamos a tener en cuanto empiecen a llegar el resto de los informes, pero vamos a dejar como pendiente el análisis en profundidad de la entrevista para cuando la cosa se ralentice. Que siempre se ralentiza. No me gusta dejar nada al azar, aunque la probabilidad sea remota. ¿Estamos?

—Estamos, Bosh —contesta Goiko—. Lo apuntamos para hacerlo en cuanto estemos un poco liberados.

Coral pregunta:

—¿Sabes si la gente de Amador ha recibido ya la lista de contactos de Silvia que iba a enviar la madre?

—Sí, ya están en ello —contesta Bosh—. Pero hasta mañana no nos empezará a llegar nada. Cuelgo ahora este vídeo en la carpeta de la intranet para la recogida de datos. Al tajo.

Coral y Goiko vuelven a sus mesas. Coral visiona el vídeo de nuevo, esta vez deteniéndolo a cada frase de Salud, para volcar en sus tarjetas de colores todos los datos objetivos posibles.

Inmersa en su tarea, apenas registra la marcha de Goiko, del que se despide de forma mecánica sin apartar la vista de sus cartulinas.

Cuando termina, toma conciencia de que los nuevos datos han cambiado la idea inicial que tenía sobre cómo se produjeron los hechos. Resulta poco probable que el asesino se encontrara de forma inesperada a Silvia y decidiera no solo seguir adelante con su plan, sino además añadir sobre la marcha el secuestro de una adolescente sin tenerlo previsto. Eso no se sostiene, aunque tampoco lo descartarán por completo hasta que quede probado. La reconstrucción más probable en este momento es que el asesino supiera que Silvia iba a estar allí y tuviera planeado su secuestro de antemano. Lo que implica que el criminal tenía información precisa de las rutinas tanto del padre como de la hija.

La voz de Bosh la saca de su tren de pensamientos:

—Soto, vámonos. ¿No tienes vida?

Coral se da cuenta de que está anocheciendo y mira su reloj con cierta alarma; por suerte aún no son las ocho. Le dará tiempo a llegar a casa y prepararse para salir con Maksim. Un poco justa, pero llegará. Antes de apagar el ordenador echa un vistazo rápido a su correo electrónico. Tiene un nuevo mensaje de una dirección que no conoce. En el asunto dice: «¿Un café de reencuentro?».

Antes de abrirlo un cosquilleo naranja acaricia las paredes de su estómago, porque sabe quién es el remitente.

Trece

David llega a casa a las 15:27. El día de hoy ha sido rutinario en la base del GEO. Por la mañana han tenido entrenamiento físico: carrera continua, musculación y artes marciales. Tras el bocadillo han realizado prácticas de tiro y después han dedicado dos horas al estudio de Técnicas de Acción Operativa.

Al llegar a casa se siente animado y hambriento. Calienta en el microondas un táper de lentejas que sacó del congelador esta mañana antes de salir a trabajar. Fríe tres huevos para completar el menú y come sentado en su sofá, viendo el episodio piloto de la enésima serie que empieza. Remata la comida con un par de yogures y un puñado de frutos secos. A los veinte minutos ya sabe que esta serie tampoco le va a enganchar, pero sí le va a servir para recostarse hacia atrás en el sofá y abandonarse a una pequeña siesta.

Se despierta a las 17:12 con una idea que le lleva rondando en la cabeza desde ayer. Tras recoger y limpiar la mesa de forma impecable, abre sobre ella el ordenador portátil y tarda menos de tres minutos en obtener el email institucional de Coral Soto Lainez.

El asunto lo tiene ya pensado: «¿Un café de reencuentro?».

El cuerpo del mensaje ya es otra cosa. Escribe y borra. Escribe y borra. Nada le convence. Al final opta por ser sencillo y directo:

«Hola, Coralain!

Vaya sorpresa verte ayer después de tantos años. Me hizo mucha ilusión! Si te apetece podríamos cuadrar un día para tomarnos un café y recordar historias del cole. ¿Cómo lo ves?

Un abrazo,

Davidescu».

Pulsa el botón de enviar. Ya está hecho, ahora depende de ella. Cierra el portátil y el silencio de la casa se le hace insoportable. Se levanta a buscar en su estantería un disco adecuado para salvar este momentáneo ahogo. Opta por un clásico que le ponía su madre cuando él era niño: *Hand in my pocket*, de Alanis Morissette.

Se tumba en el sofá a escuchar la canción. Las ondas sonoras que emite su equipo de sonido desplazan parte del vacío que amenaza con arruinarle la tarde. Aun así, le apetece salir a tomar algo, pero no sabe con quién puede contar un martes de noviembre. Abre el wasap y empieza a ojear su lista de contactos. Aunque se ha prometido varias veces no hacerlo, pulsa la pestaña de estados de la aplicación, en la que los usuarios comparten fotos y pequeños fragmentos de vídeo. Ve que uno de esos estados es de Esther y no puede evitar abrirlo.

La imagen lo golpea como un puñetazo en el esternón: Esther besando en los labios a un chico de veintipocos años.

Catorce

Hoy es miércoles. Los miércoles suelen ser de un inquietante verde oliva. No le gusta, es un color inestable, a veces incluso un tanto hostil.

Coral se despereza en la cama evocando la jornada de trabajo de ayer. En este momento sus sentimientos hacia el caso están encontrados. Por un lado, le parece un reto intelectual muy estimulante, no recuerda un caso parecido en la historia criminal registrada del país. Por otro lado, teme no estar a la altura. Esto ya no es un ejercicio teórico ni una simulación, esto es real. Hasta ahora ha muerto un adulto tras ser sometido a tortura y su hija adolescente se encuentra desaparecida, con muchas probabilidades de haber sido secuestrada por el mismo individuo. Hay una vida en juego y Coral comparte con el resto de los compañeros la responsabilidad de salvarla. Espera ser útil a la investigación y lo único que tiene claro es que no va a ahorrar ningún esfuerzo; el caso está ahora mismo por encima de cualquier otra prioridad en su vida.

Al caer en la cuenta de las implicaciones de esta decisión, reflexiona unos segundos sobre todo eso que pretende dejar en segundo plano, empezando por su familia. Sus padres están en un viaje por Turquía que les va a llevar más de un mes y Coral recuerda el último día que los vio, apenas una semana antes. Ella intentó, una vez más, romper esa barrera que impide a todos los miembros de su familia mostrar sus sentimientos y quiso despedirse dándoles un pequeño abrazo, o al menos dos besos. Pero al final no se atrevió a hacer ni una cosa ni la otra; en el umbral de la puerta, sus padres y ella intercambiaron unas sonrisas, sinceras y cálidas, sí, pero a un metro de distancia.

Su hermano ha sido padre primerizo hace cuatro meses y vive en Barcelona. Coral solo ha podido ver al bebé una vez, tres semanas después de su nacimiento, y está loca por volver a abrazar a ese diminuto ser humano que ahora, lo ha visto en vídeos, no solo sabe sonreír, sino que también ríe a carcajadas. Pero ese esperado reencuentro no está planificado hasta las navidades.

Está claro que su familia le va a ocupar poco tiempo, pero ¿qué va a hacer con Maksim? Sabe que él es comprensivo y la apoya de forma sincera en su carrera profesional, así que no debería suponer un problema volcarse en el trabajo durante una temporada. No obstante, intentará sacar algo de tiempo para él en estas semanas complicadas que se avecinan. Anoche, por cierto, fue muy bien la reconciliación. Cañas, risas, caricias, besos, cena rápida, sexo lento. Ahora le gustaría tenerlo a su lado, pero no está. Y no va a estar, ¡hasta que se casen! Sonríe ante el ridículo planteamiento de Maksim sobre un tema tan

trivial: ellos dos pueden hacer cualquier cosa juntos —salir de copas, comer, ir al cine, hartarse de sexo…—, pero quedarse a dormir no, hasta que estén casados. ¿Por qué? Pues, aunque él nunca lo ha verbalizado, ella sabe que se debe a ciertas anacrónicas convicciones religiosas inculcadas por su madre.

Este es un punto débil en su relación sobre el que Coral prefiere no pensar demasiado. De hecho, sabe que esa es la causa principal por la que oculta a Maksim algo que ocurrió hace menos de un año. Algo que ella quiere olvidar, pero que rememora con una frecuencia mucho mayor de la que desearía.

Llega a la oficina al filo de las ocho con la esperanza de ser la primera del grupo, pero allí está Bosh, en su cubículo de cristal, enchufado al ordenador.

—Buenos días, Bosh. Tú duermes aquí, ¿verdad?

Coral cree adivinar un levísimo y fugaz esbozo de sonrisa en el rostro del jefe ante su comentario, lo que a ella le hace sumar una nueva evidencia de algo que lleva intuyendo desde hace meses: bajo esa severidad a veces áspera hay un ser humano sensible y hasta con cierto sentido del humor. Como para contradecir su pensamiento, Bosh contesta cortante:

—Soto, déjate de tonterías que nos acaban de volcar tres informes de los investigadores. Hay mucha información que leer. A las once, después de habernos empapado de todo, nos reunimos y ponemos ideas en común. Díselo a Goiko cuando llegue.

Coral acude a su puesto, se sienta ante la pantalla y abre el primero de los informes, en el que se ha entrevistado a varios vecinos más de la urbanización de chalets. Nadie vio nada extraño la tarde o noche del domingo. Lo único inusual que apuntó una vecina, tres casas más allá de la de Fernando, es una persona disfrazada de oso de peluche llevando en la mano papeles, imagina que de publicidad. La señora se acuerda porque le resultó raro verlo en una zona residencial como la suya. Nada más.

El informe de la entrevista con los padres de Salud no aporta demasiado a la investigación. Parecen tener una relación cordial con la nieta, pero sin ser demasiado cercanos. La última vez que hablaron con ella por teléfono fue el miércoles pasado y no detectaron nada fuera de lo normal.

En ese momento llega Castro a la oficina y saluda, algo taciturno. Coral le devuelve amable el saludo y, de forma fugaz, resuelve que lo prefiere así a cuando su compañero intenta fingir que todo está bien. Se da cuenta de que Goiko aún no ha llegado y son casi las nueve.

Continúa leyendo el informe en el que ahora se entrevista a la otra abuela, la madre de Fernando. Lleva viuda desde hace catorce años y

su declaración tampoco aporta nada nuevo. El informe hace referencia a que la anciana se encuentra bajo una fuerte medicación durante la entrevista. Pobre mujer. Parece que la relación con la nieta es más estrecha que la que mantienen los otros dos abuelos; hablaban por teléfono cada dos o tres días y Silvia iba a comer con ella a su casa una o dos veces por semana. El sábado por la tarde fue la última vez que hablaron. La entrevista es más breve de lo normal e incluye una anotación del investigador en la que indica que la mujer tiene frecuentes lapsus, no parece pensar con claridad e incluso, en un par de ocasiones, se ha referido a su nieta con el nombre de Álex. Poco que rascar por aquí también.

Coral abre el informe correspondiente a las dos mejores amigas de Silvia cuando Goiko entra en la oficina luciendo una cara demacrada por el cansancio y un gesto de hastío. Coral echa una mirada a su reloj: las diez menos cuarto. Se levanta y camina deprisa a su encuentro, para decirle en voz baja:

—Buenos días, ¿la peque bien?

Goiko hace un gesto de no querer ni hablar del tema. Ella le avisa:

—Tienes una hora y cuarto para leer tres informes que nos han mandado esta mañana temprano. A las once nos reunimos con Bosh.

Goiko se quita la chaqueta con evidente agobio y enciende el ordenador. Coral se inclina hacia él y vuelve a hablar en voz baja:

—Sáltate el de las entrevistas con los abuelos. No hay nada interesante, luego te hago un resumen.

—Gracias.

Coral sonríe y vuelve a su puesto. Se da cuenta de que Castro los ha estado observando con cara seria. Se esfuerza por devolverle una sonrisa y se sumerge de nuevo en el informe de la entrevista a las dos mejores amigas de Silvia.

Ambas hicieron declaraciones parecidas. Por lo visto las tres adolescentes eran muy amigas desde pequeñas, pero de un año y medio a esta parte han notado a Silvia cada vez más distante, más alejada de ellas. La última vez que se vieron, hace casi un mes, Silvia fue con ellas de compras a un centro comercial, pero estuvo toda la tarde desganada y apenas se molestó en disimular su aburrimiento. Por lo visto, las dos amigas, un poco indignadas, hablaron entre ellas después de esa quedada y decidieron no volver a llamar a Silvia en un tiempo.

Coral cierra el archivo del informe y piensa que quizá sea el más relevante del lote de hoy.

Goiko se acerca a su mesa. Son las once menos dos minutos.

—¿Te ha dado tiempo? —pregunta Coral bajando la voz.

—Sí, menos los de los abuelos, como me has dicho.

Coral ordena su memoria y resume para Goiko el contenido de las

entrevistas a los abuelos de la desaparecida. Él agradece de nuevo a Coral la ayuda y ambos entran al despacho de Bosh, que ya ha preparado la pequeña mesa redonda donde acostumbran a intercambiar la información.

—¿Cómo va el bebé? —pregunta Bosh a Goiko.

—Duerme poco, come mucho y llora el resto del tiempo. Anoche empezó a quejarse más fuerte, mi mujer se acojonó y acabamos en urgencias. Allí nos tuvieron esperando como tres horas. Después de mirarlo de arriba abajo, el médico dijo que todo está bien y nos volvimos a casa a eso de las cinco de la mañana. Un puto infierno, vaya.

Bosh va a reprender el vocabulario de Juan, pero, al ver las ojeras que luce, se lo pasa por alto.

—Vale, ¿qué informes te has leído?

Goiko mira a Coral por un instante y suspira.

—Todos menos los de los abuelos, que me los ha resumido Coral.

Bosh echa una mirada a Coral que ella no sabe si muestra aprobación o reproche.

—Vale, ¿y qué conclusiones sacamos?

—Hay que seguir tirando del hilo de las amigas —dice Goiko—. Un cambio de comportamiento así puede ser síntoma de algo más grave que estuviera ocurriendo desde hace meses.

—La gente de Amador seguro que está ya con ello. ¿Más?

—El oso —dice Coral. Bosh la escucha atento—. Me imagino que también lo estarán investigando.

—Seguro, pero si tienes alguna sugerencia, suéltala.

Coral ha pensado un poco en ello.

—Yo revisaría la propaganda recibida en los buzones del barrio desde el domingo y comprobaría si alguna de las empresas ha contratado los servicios de ese tipo de publicidad, con gente disfrazada y eso. Si fuera algo así al menos quedaría descartado que tiene relación con el caso.

Bosh no parece convencido.

—Vale, pero es que ese oso puede ser cualquier cosa que no implique buzoneo: un encuestador, un vendedor de robots de cocina, no sé. Lo comento, no obstante. ¿Más?

Ni Goiko ni Coral tienen nada más que aportar.

—Vale, empezad con la extracción de datos de los informes. Ahora mismo Salud está ya en la comisaría, declarando en persona. A lo largo de la tarde nos pasarán la grabación. En cuanto esté, os aviso. Por cierto, no creo que os vaya a afectar en nada, pero os informo de que al Grupo de Homicidios de Amador se ha sumado ahora, por motivos obvios, el Grupo de Secuestros y Extorsión, que lleva Braulio Ruiperez. Para que os hagáis una idea del perfil, Braulio opina que

esta sección nuestra es, y cito palabras textuales: «una puta tomadura de pelo que haría gracia si no fuera por la pasta que nos cuesta a todos». Por suerte, Amador se ha ofrecido de intermediario y espero que la información fluya siempre a través de él.

Salud mira a cámara, incómoda. Tiene los ojos hundidos y enrojecidos. Parece una mujer mucho mayor que la que se veía en la videollamada del crucero. Una voz femenina amable se oye desde fuera del encuadre.

—¿Lista?

Salud toma aire y asiente con la cabeza.

—Cuando quieras —ofrece la voz—. Me decías que hay algo que quieres contar antes de nada.

—Sí —contesta Salud—. Es algo importante para Silvia, aunque no creo que tenga nada que ver con su desaparición —toma aire y trata de mantenerse fuerte—. Silvia no se sentía mujer. O niña. Vamos, quiero decir que sentía que su cuerpo no era el... correcto, por decirlo de alguna manera. Ella quería ser..., se sentía varón. De hecho, en casa hace ya tiempo empecé a llamarla como ella quiere: Álex. Aunque todavía no me he acostumbrado del todo.

Salud traga saliva. Le cuesta hablar del tema.

—Esto solo lo saben Fernando y mi suegra —continúa—. Silvia está muy unida a ella. Bueno, también lo sabe la gente de la asociación de familias de menores transgénero.

Se hace un silencio que dura varios segundos en los que Salud parece coger fuerzas para continuar.

—Álex quería dar el paso de contarlo al resto de la gente. Estábamos pensando en poner una fecha para decírselo a todo el mundo.

Los ojos de Salud se llenan de lágrimas y hace un gesto como pidiendo que corten la grabación.

La imagen se corta y al momento se reanuda, con una Salud apenas recompuesta. La voz amable la invita a seguir:

—¿Silvia se relaciona con gente de esta asociación?

—Sí, de hecho, le asignaron un chico un poco mayor que ella que ya había pasado por el trago de hacer pública su identidad de género. Para acompañarla, así lo llaman ellos. Se han hecho bastante amigos, por lo que me ha ido contando Silvia. Le estaba viniendo muy bien tener a mano a alguien que la comprendía.

La voz femenina espera unos segundos, por si Salud quiere añadir algo, antes de volver a hablar.

—Vale, luego te pediremos el contacto de la asociación y de este chico. Ahora te tengo que hacer una pregunta delicada. —Hace una pequeña pausa—. ¿Tienes alguna idea de quién ha podido matar a Fernando?

Salud parece que se va a desmoronar otra vez, pero respira hondo y contesta con decisión.

—No, ninguna. Todo esto me parece… imposible. Fernando es, era una persona normal, con su trabajo, sus amigos, me imagino que algún ligue de vez en cuando. Nada más.

La voz femenina vuelve a dejar pasar tres o cuatro segundos antes de hablar:

—¿Alguna vez tuvo algún problema con las drogas, el juego o alguna otra cosa?

Salud contesta con seguridad, de inmediato:

—Nunca. Cuando estábamos juntos él no consumía drogas, de hecho, era yo la que alguna vez me fumaba un porro y a él no le hacía gracia. —Se toca la cara, nerviosa—. Y el juego tampoco. No compraba ni lotería de Navidad. No sé, como te digo esto parece... una broma horrible.

—Muy bien, Salud. Una última cosa y te dejamos descansar. ¿Has detectado algo extraño en Silvia o en Fernando o en tu propio entorno en los últimos días o semanas?

Salud se queda pensando un rato.

—Nada de lo que me acuerde ahora. Lo siento.

—No te preocupes, lo has hecho muy bien.

La grabación se termina ahí.

Bosh, Goiko y Coral se miran por unos segundos en silencio.

Coral cree que Bosh la va a poner a prueba, como parece que ha cogido por costumbre, así que se prepara para afilar la mente.

Tras unos segundos de reflexión, Bosh habla:

—Esto abre otra vía de investigación que, por supuesto, nos va a dar más trabajo. Hoy cerramos ya el chiringuito. Vamos a dejar que el cerebro desconecte un poco y mañana seguimos.

Cada uno se va a su puesto a recoger. Coral está bastante impresionada por la declaración de Salud. Le avergüenza tomar conciencia de lo poco que sabe del tema de la transexualidad.

Va a apagar el ordenador cuando recuerda que aún no ha contestado a la invitación de Davidescu. Aunque no hay mucho que pensar, ¿por qué no aceptar un café con un antiguo compañero de colegio al que estuvo muy unida una temporada? Y, sin embargo, ese cosquilleo anaranjado en la barriga le indica que la cita inocente tiene cierto riesgo. Davidescu ya no es el niño dulce, inseguro y divertido de su recuerdo. Es un hombre atractivo y con el que comparte un pedacito de pasado que estaba semienterrado en su memoria. Por no hablar de su cuerpo.

«Y tú eres una mujer que tiene fecha de boda», piensa antes de abrir el servidor de correo y contestar el email de Davidescu con un: «Vale! Este finde?». Añade una frase más y lo envía. Casi de inmediato se arrepiente. Habría sido mejor ofrecerle una quedada rápida aquí, cerca de la oficina, cualquier día de diario. De ese modo se evitaría

tener que contárselo a Maksim. No es que él sea muy celoso, aun así, no cree que le haga mucha gracia.

En fin, ya está hecho. Volver a escribir a Davidescu para cambiar el plan y quedar como una tonta no es una opción.

Dieciséis

David tiene un día de mierda. Por la mañana en la base tenían entreno de boxeo junto con otros miembros del GEO. En el sorteo le ha tocado hacer un asalto con un compañero al que nunca ha tragado demasiado. Lo que debería haber sido un intercambio suave de manos se ha ido endureciendo, los dos se han empezado a calentar y durante el último minuto aquello se ha convertido en una pelea donde han intercambiado golpes muy duros.

Ahora, pasado el calentón, le duelen no tanto los golpes recibidos como el haber entrado al trapo para acabar picado como un colegial. Ya en casa, termina de comer y abre en el móvil el estado del perfil de Esther. Otra foto con el mismo chico de ayer. Dios, casi preferiría verla cada vez con uno distinto. No puede evitarlo, le jode verse reemplazado así, tan rápido. Está a punto de bloquear a Esther en wasap y ahorrarse la tortura de sus fotos, pero no se atreve a hacerlo. Aún tiene la esperanza de que ella se arrepienta y le escriba.

Cabreado consigo mismo por no ser capaz siquiera de bloquear a una tía que lo ha dejado y se exhibe feliz con otro, abre su correo institucional en el portátil y comprueba que Coral sigue sin contestar.

Decide salir a correr, aunque ya han hecho entrenamiento físico esta mañana y se está dando demasiada caña en las últimas semanas. Si acaba lesionándose se va a arrepentir de estas tonterías, pero es que necesita airearse y no le apetece ver a nadie. Así que planea una carrera corta: cinco kilómetros al trote. Se cambia de ropa y sale de casa.

Los cinco kilómetros de carrera suave se transforman sobre la marcha en doce a un ritmo casi de atleta profesional. Eso sí, al terminar obtiene el resultado esperado: un cansancio físico tan grande que apenas le permite pensar.

Tras ducharse, enciende la tele y busca un canal de deporte. El portátil sigue abierto sobre la mesa, con la pantalla apagada por el modo de ahorro energético. Antes de cerrar la sesión, comprueba de nuevo su bandeja de correo, sin mucha esperanza ya. ¡Y ahí está la respuesta de Coral! La abre con ansia. El mensaje dice:

«Vale! Este finde?

(A mí también me ha hecho mucha ilusión el reencuentro :)

Coraline».

«Y así —piensa David en pleno e inesperado subidón— es como se arregla un día de mierda».

Diecisiete

Coral abre los ojos al jueves. Los jueves son fucsia y se deslizan hacia abajo, como una rampa energética que le ayuda a recargarse y poder terminar con fuerza la semana laboral.

Su primer pensamiento es para Natalia; le apetece verla, hace mucho que no quedan. Y eso que ambas trabajan en Madrid, a dos paradas de metro una de la otra. Mientras se toma un té rojo con leche, le manda un mensaje para comer juntas hoy o mañana. Natalia le contesta casi al momento: hoy le va bien, no tiene mucho curro, así que ella se acercará a la zona de Coral. Perfecto, de ese modo no perderá tiempo en el desplazamiento y podrán juntarse una hora larga. Bosh es flexible con el horario; conoce las bondades de desconectar de vez en cuando y además sabe que ella está dispuesta siempre a estirar su jornada lo que sea necesario.

Entra en la oficina a las ocho y media y se sorprende al verla vacía. Al llegar a su mesa ve una nota que dice: «Estoy reunido con Amador, no creas que has llegado la primera».

Coral sonríe.

Enciende el ordenador y ve que ya tiene en la carpeta compartida los informes de entrevistas con amistades de Fernando. Nada relevante; nadie percibió cambios inusuales en las últimas semanas. Los investigadores también volvieron a las casas vecinas y comprobaron los buzones, pero solo en una de las viviendas pudieron rescatar toda la publicidad desde el domingo. Resultó no ser demasiada, ya que las zonas de chalets son poco rentables para los mal pagados buzoneadores. Todas las empresas que se publicitaban han sido contactadas y ninguna de ellas ha contratado un servicio de publicidad con disfraces, así que barajan la posibilidad de que el asesino se valiera del disfraz para entrar en la casa. Ahora comprueban las ventas de disfraces de oso para adultos que se hayan podido hacer en los últimos meses, lo que a Coral se le antoja una tarea poco menos que imposible en esta época en la que está tan generalizada la compraventa online.

Otra de las líneas abierta por Homicidios se basa en el instrumento de tortura, la pera de la angustia. Al parecer hay dudas de que este existiera realmente en tiempo de la Inquisición; algunos expertos afirman que se trata de una ficción literaria que apareció en escritos posteriores a esa época. En cualquier caso, una réplica artesanal como la utilizada con la víctima no es muy común, aunque tampoco fácil de rastrear. Veremos si por ahí pueden sacar algo.

Antes de ponerse a la tarea de extraer datos de los informes, comprueba su correo institucional y ve que hay respuesta de

Davidescu:

«Venga!

Sábado o domingo? Tú dices día y hora, este finde estoy tranquilo (a no ser que surja algo, ya sabes cómo es esto).

Ah, yo vivo retirado en el campo, así que me acerco donde me digas.

Davidescu».

Coral sonríe. «Qué majo». Pero al instante le llegan las dudas de cómo gestionar la situación con Maksim. «Ya pensarás algo», decide mientras saca del cajón su taco de tarjetas de colores.

La mañana vuela y a las dos y media Coral espera a Natalia bebiendo una cerveza en un restaurante indio en el que han quedado más veces. Le fascina la gastronomía india. Alguna vez incluso le ha dado pena empezar a comer y estropear las espectaculares combinaciones de colores en su plato. Eso sí, prohibido pedir las lentejas con curri, que tienen ese color verde caimán tan desagradable.

Natalia entra sonriente y Coral se levanta para abrazarla. Piden la comida y, mientras saborean el típico aperitivo de pan crujiente de lentejas, se ponen al día.

Aunque Coral está deseando revelarle a Natalia su incorporación al caso, sabe que no puede hacerlo. Sí le cuenta, de forma general, que se encuentra muy bien en el trabajo y que se siente cada vez más valorada. Natalia, sin embargo, cree estar viviendo el camino inverso en el nuevo instituto en el que ha empezado este año. Arrancó con muy buenas vibraciones, los compañeros la acogieron con mucha amabilidad, pero ahora se está empezando a dar cuenta de que el centro no funciona tan bien como parecía; los problemas de conducta de los chicos no se afrontan con asertividad desde el equipo directivo, que intenta ir de colega con los alumnos conflictivos. El resultado es que el claustro de profesores se siente un poco desamparado sin el respaldo de los jefes.

—Pero en fin —concluye—, veremos cómo evoluciona. Lo bueno de ser interina es que, si no estoy a gusto, el curso que viene pido otro destino y fuera.

Les van trayendo los dos curris con arroz basmati y comen mientras continúan charlando. Pronto llegan al tema que más les preocupa en los últimos tiempos: Alicia.

—¿Sabes algo de ella? —pregunta Natalia.

—No, ¿y tú?

—Qué va. He perdido la esperanza de verla a ella sola, sin el Sowhat.

Coral se ríe. Sowhat es como llaman ellas al marido de Alicia, un colombiano muy aficionado a colocar anglicismos en las

conversaciones con el que Natalia y Coral nunca han tenido demasiado *feeling*. Alicia y él se conocieron en un congreso de comerciales de grandes cuentas y en menos de seis meses ya tenían fecha de boda. Coral y Natalia asistieron al enlace hace un año, en Bogotá. Lo pasaron muy bien, como siempre, pero desde entonces ha comenzado un proceso de distanciamiento progresivo entre Alicia y ellas dos. El remate vino una de las últimas veces que se juntaron las tres, hará unos cuatro meses. Era época de elecciones y les dio por hablar de política, lo que acabó siendo un error. Alicia confesó sentirse atraída por un partido de ultraderecha que tiene unas inquietantes perspectivas de crecimiento en este país, donde su representación política había sido nula hasta la fecha. Cuando lo dijo, Coral y Natalia pensaron que estaba de broma. Alicia siempre había tenido ideas bastante conservadoras, pero dentro de la sensatez y la moderación. El hecho de que simpatice ahora con un partido que exhibe con descaro ideas antidemocráticas las tiene desconcertadas.

—El dinero es muy jodido —dice Natalia.

—¿Tú crees que es eso la clave de todo?

—Bueno, no sé si la clave, o un detonante o yo qué sé, pero está claro que tiene relación. Ha sido casarse con un tío con pasta, mudarse a un barrio pijo, empezar a relacionarse casi en exclusiva con gente así y el resultado es que tenemos una amiga fascista.

—Joder, Natalia, qué bruta eres.

—¿Tú llegaste a leer el programa electoral de esa gente? Muy jodido.

—Muy jodido, sí, pero con una ambigüedad estudiada para captar a todo tipo de perfiles. A gente cabreada, sobre todo. Puro populismo, vaya, pero no podemos pensar que en nuestro país una de cada seis personas tiene ideas fascistas.

—Mira, Coral, a mí no me cabe en la cabeza que haya personas de buen corazón que defiendan el ideario de la extrema derecha.

—Ya. Bueno, como sabes, a mí no me cabe en la cabeza que personas de buen corazón, con cierta cultura y con acceso a información de diversas fuentes, puedan abrazar cualquier extremo del espectro político.

—Vale, te doy la razón. Pero estarás conmigo en que el extremo izquierdo al menos no tiene estandartes tan jodidos como el machismo o la aporofobia.

—Cierto, pero posicionarse en cualquier extremo indica tendencia al fanatismo. Y uno de los muchos peligros que tiene eso es acabar convertido justo en aquello contra lo que querías luchar. Es un clásico que se ha repetido a lo largo de la historia.

Natalia no contradice a su amiga y deciden cambiar de tema; el de la política mezclado con su amiga Alicia las deprime. Y lo peor, les

hace ponerse muy serias, algo que ambas detestan. Así que terminan la comida compartiendo un helado de pistacho y una conversación banal.

De regreso a la oficina encuentra un nuevo informe subido a la intranet. Se trata de la investigación del coche de Fernando. Los del Grupo VI se dieron cuenta de que no estaba en el garaje de su casa y emitieron una orden para localizarlo. Creen que el asesino podría haberlo usado para transportar a Silvia adonde sea que esté ahora retenida. Han localizado el coche en un descampado de un barrio periférico de Madrid, pero los de la Científica lo han examinado de arriba a abajo y no han encontrado nada relevante. Ahora están revisando grabaciones de distintas cámaras (de tráfico, de vigilancia de locales y más) para tratar de rastrear sus movimientos, comenzando desde las próximas a la casa de las víctimas y siguiendo por las cercanas al lugar en que han encontrado el vehículo.

Más datos que acaban manuscritos en las tarjetas de colores. Muchos datos y poca información útil. El peor escenario para cualquier investigador criminal o analista de conducta.

Dieciocho

Coral llega a su apartamento e intenta ver la tele mientras cena un bol de *noodles* precocinados. Pero no puede desconectar del caso y, en cuanto acaba de comer, se descarga un archivo de los que les han entregado los investigadores: el diario de Silvia Cortés. Un documento de ciento treinta y siete páginas escaneadas, clasificado como confidencial. Antes de empezar, busca entre los archivos hasta encontrar una foto de Silvia y la observa unos segundos: es una adolescente de unos trece años, con sonrisa tímida, pelo corto y pómulos salpicados con un puñado de pecas.

El diario empieza hace cuatro años, cuando Silvia tenía nueve:

Hola diario,

Esta es la primera vez que me regalan un diario y me ha gustado mucho el regalo porque hay muchas cosas que no le cuento a nadie y te las quiero contar a ti. La primera cosa es que soy un niño especial porque no tengo pene y por eso todo el mundo piensa que soy una niña. Pero yo sé que no soy una niña y lo sé desde pequeño. Soy un niño con vulva. A lo mejor el único del mundo y por eso digo que soy especial.

A mamá le he dicho muchas veces que no me gustan las cosas de niñas, que me gustan las de niños, pero ella intenta que me ponga vestidos o faldas o cosas de chica pero yo nunca me las pongo, pero ella sigue comprándomelas de vez en cuando. También le pido siempre que me corte el pelo como a un chico, pero cuando vamos a la peluquería siempre me lo dejan así como con una melena corta que puede ser de chico, pero también puede ser de chica y lo que a mí me gustaría de verdad es llevarlo corto corto como los otros niños.

A papá nunca le hablo de estas cosas. No sé por qué pero creo que no le va a gustar si se lo digo.

Papá y mamá discuten muchas veces. Casi nunca cuando yo estoy con ellos, pero algunas noches que no puedo dormir y me quedo despierto un rato los escucho. Hoy se lo he dicho a mamá, que si es normal que discutan tanto y ella me ha dicho que no pasa nada, que todos los padres discuten y que lo importante es que no se gritan ni se hablan mal y se respetan. Es verdad que nunca se gritan y también es verdad que es normal que los padres discutan porque Pablo me ha contado que los suyos también discuten un montón y además los suyos a veces sí que se gritan. Pero aunque sea normal me pone un poco triste.

Ya me duele la mano de escribir hoy, pero otro día sigo contándote cosas que me gusta contártelas aunque no me puedas contestar.

Ah, se me olvidaba, no te he dicho mi nombre porque todavía no tengo nombre. Bueno tengo mi nombre de chica con el que me llama todo el mundo pero ese no va a ser mi nombre de verdad. Cuando decida mi

nombre de verdad tú vas a ser el primero al que se lo voy a contar.

Buenas noches.

Coral continúa la lectura del diario, que la absorbe durante más de dos horas. Le gustaría continuar, pero el cerebro le suplica una desconexión. Así que memoriza la página en la que se ha quedado y se acuesta con la esperanza de evadirse de tanta información y conciliar el sueño lo antes posible.

Comparado con el disfraz de oso, este es muy cómodo, aunque la razón principal de esta elección fue que a Martín le encanta el universo Catrina. Su carpeta de clase está forrada con fotos de distintos modelos y hace menos de un mes, en Halloween, llevó un disfraz muy parecido a este que visto. Así que cuando lo he interceptado en la puerta del jardín de su casa, con una encuesta en la mano acerca de cómo viven las familias españolas esta fiesta, Martín me ha dejado pasar sin recelo. Apenas he usado dos de las diez frases que tenía preparadas en el móvil.

Ahora estoy a punto de llamar a la puerta de entrada a la casa, con el cuerpo inconsciente del muchacho a mis pies, el martillo en una mano y el teléfono móvil en la otra. El plan de hoy tiene más riesgo que el de Silvia. Más emoción también.

Llamo con el martillo a la puerta y después retiro la mano, ocultando la herramienta tras mi espalda. Tengo preparadas en el móvil frases en singular y en plural, para usar la forma adecuada tanto si abre uno solo de los padres como si aparecen los dos juntos. Es Julio quien abre la puerta y por atrás, en el salón, se vislumbra a Rebeca. Julio se queda paralizado por unos segundos, tratando de procesar lo que está viendo.

—¿Qué…, qué ha pasado?

Veo que Rebeca se acerca, intrigada por el tono de voz de su marido. Hago *play* en la frase doce y la voz mezcla de ultratumba y de dibujo animado dice:

—Martín ha tomado un veneno muy potente. Si no hacéis lo que digo, morirá en diez minutos.

Ambos quedan paralizados por la sorpresa y el horror. Antes de que reaccionen, pulso la frase trece:

—Meted a Martín dentro.

El padre reacciona y se lanza hacia su hijo. Justo cuando muestra un leve alivio al constatar que Martín vive, le golpeo en la cabeza con el martillo, esta vez sí, con la potencia adecuada para que pierda el conocimiento. Rebeca ahoga un grito y se lleva las manos a la cara. Hago *play* a la frase quince:

—Mete a Julio al salón.

Rebeca, temblando, intenta obedecer y tira de un brazo de su marido, iniciando un arrastre pesado y lento al interior. Esto también lo tenía previsto. Pulso en la frase dieciocho:

—Cógelo de las axilas.

Rebeca parece a punto de derrumbarse, pero se sobrepone y obedece la orden, que le ayuda a arrastrar a su marido al interior con menos esfuerzo y mayor rapidez. Yo la sigo hasta dentro. Cuando

suelta a Julio en medio del suelo del salón, pulso la frase dieciséis:

—Ahora mete a tu hijo.

Esta frase me valía tanto para él como para ella, pienso con un repentino y estúpido arrebato de orgullo, como si ese detalle fuera lo mejor de todo el plan. Rebeca está llorando en silencio. Retrocedemos los dos hasta la entrada. Antes de agacharse a arrastrar a su hijo, se atreve a mirarme, desencajada.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres?

Para cualquier pregunta que hubiera formulado, yo habría pulsado la frase veinte:

—Ahora te lo explico. Sigue.

Rebeca coge aire, agarra a su hijo por las axilas y lo arrastra al interior con más facilidad que a su marido. Antes de seguirla cierro la puerta de la entrada. Ya en el salón, cuando la madre suelta a Martín junto a su padre, descargo un martillazo sobre la cabeza de ella. Quizá un poco fuerte, espero que no demasiado.

Me concedo mis quince segundos de relax ahora que la parte más delicada ha terminado. Es muy satisfactorio el hecho de que todo salga según lo planeado, pero también soy consciente de que debo permanecer siempre alerta; la confianza puede ser mi mayor enemiga.

Después de sedar a Martín, me inclino sobre Julio, meto los brazos por debajo de sus axilas y lo incorporo para llevarlo hasta uno de los sillones. Una vez acomodado en el asiento, doy cinco vueltas de cinta de embalar por su cara, tapando su boca, pero dejo la nariz libre para respirar. Otras cinco vueltas de cinta inmovilizan la frente contra el respaldo del sillón. Misma operación en pecho, brazos, cintura, piernas y tobillos.

Julio, que va a ser el espectador, ya está listo. Ahora hay que preparar a Rebeca, la protagonista del espectáculo.

Veinte

Los viernes son de un tono amarillo anaranjado y el de hoy amanece más brillante de lo habitual. Los viernes son el valle de la semana, el momento en el que todo cambia, la quietud que anticipa movimiento.

Coral cierra los ojos en el tren de cercanías que la lleva a Madrid. Se concentra y empieza a repasar los datos del caso, muy consciente de que a primera hora tienen reunión para poner en común ideas o conclusiones. Le descorazona un tanto pensar lo poco que ha avanzado, porque de momento está lejos de poder esbozar siquiera un perfil del autor.

Trata de animarse; no están más que en el comienzo del proceso. Falta toda la investigación relativa a la asociación trans, al amigo acompañante de Silvia y a todos los posibles contactos, además de la información que generen otras acciones que hayan puesto en marcha los grupos de Homicidios y de Secuestros. Pero al pensar en la chica desaparecida y el hecho de desconocer por completo las motivaciones o pretensiones del autor, el desánimo prevalece en este trayecto matutino.

Al salir del metro, le suena el móvil con la melodía característica asociada a su jefe.

—Dime, Bosh.

—¿Dónde estás?

—Llegando, acabo de salir del metro.

—Vale, espérame a la entrada, nos vamos en coche.

Algo importante había ocurrido. Coral se teme una segunda, mejor dicho, tercera víctima. Bosh aparece conduciendo uno de los coches del parque de la Policía Nacional y ella se monta en el asiento de copiloto.

—¿Qué pasa?

—Acabo de hablar con Amador. Ha vuelto a hacerlo.

Dentro del pequeño *shock* que supone la noticia, a Coral le llama la atención que Bosh hable del autor en singular. Él suele ser muy cuidadoso con el lenguaje para no caer en la autosugestión. ¿Este segundo crimen habrá despejado ya esa incógnita?

—Mismo tipo de crimen —continúa Bosh.

—Cuéntamelo desde el principio, porfa —le pide Coral.

—No sé mucho más. Amador me ha dicho que es otro lote de asesinato más secuestro de un adolescente, siguiendo un ritual de tortura de la Inquisición. Solo que esta vez ha dejado un testigo vivo. Por lo visto estamos ante un asesino en serie. Un solo individuo.

—¿El testigo ha escapado?

—Parece ser que el autor lo dejó vivir a propósito.

Este dato desconcierta a Coral. ¿Cuál puede ser el motivo del asesino para arriesgarse a dejar un testigo vivo? Esa y otras decenas de preguntas comienzan a inundar su mente.

Veinticinco minutos después, llegan a una urbanización de chalets a las afueras de Rivas Vaciamadrid.

«Otro chalet», piensa Coral.

En el exterior hay un coche patrulla local, otro de la nacional y varios más sin distintivos. Amador está frente a la puerta de entrada junto con dos de sus investigadores.

—¿Cómo va la cosa? —pregunta Bosh a Amador.

—Pues mira, esperando al juez. Tu amigo Braulio se acaba de marchar. Los de la Científica han terminado hace quince minutos, después de estar más de seis horas ahí dentro. Ah, Santiago acaba de llegar.

—¿Santiago otra vez? ¿Estaba de guardia? —pregunta Bosh extrañado.

—No, pero nos dijo después del primer crimen que si el asesino volvía a actuar quería ser él quien acudiera a la escena.

Bosh asiente, comprendiendo. Tras la personalidad extravagante del forense (Bosh tiene dudas de si su comportamiento responde a un síndrome de asperger ligero), hay un enamorado de su trabajo, un profesional impecable al que, con toda seguridad, un caso como este le motiva de manera especial. Bosh pregunta a Amador:

—¿Podemos pasar?

—Yo esperaría a que acabe Santiago, ya sabes cómo es.

—¿Cómo soy? —pregunta una voz a su espalda. Pertenece al forense, que aparece con una libreta y un bolígrafo en las manos. Su aspecto con el traje estéril y el gorro es un tanto ridículo e inquietante a la vez. Amador sale del paso sin inmutarse:

—Un profesional riguroso al que le no le gusta que le distraigan en su trabajo.

Santiago evalúa por un segundo la definición y no parece disgustarle. Amador aprovecha para preguntarle:

—¿Alguna idea de lo que ha pasado ahí?

Bosh levanta una mano como para detener la palabra de Santiago, pero este no se da por aludido y dice:

—Si no me equivoco, el tormento del agua.

—Disculpa, Santiago, preferimos entrar sin saber nada —le dice Bosh—. Nada más, quiero decir.

Santiago se encoge de hombros, se quita el traje estéril y empieza a caminar calle abajo tomando notas en su libreta. Amador hace un gesto de haber metido la pata:

—Perdona, Bosh, no me acordaba de que tienes tu propio sistema.

—No pasa nada. Entiendo que no va a ser bonito lo que veamos ahí dentro.

—Entiendes bien.

Coral y Bosh se ponen el traje estéril, las calzas, el gorro, los guantes y la mascarilla. Bosh saca un botecito que contiene una especie de crema. Se unta una pequeña cantidad justo debajo de los orificios de la nariz y le ofrece a Coral.

—Ponte un poco de esto.

Ella obedece y al instante le invade un fuerte aroma mentolado que anula cualquier otro olor externo.

Entran a la casa y desde el recibidor llegan al salón. Allí se encuentran una escena tan atroz que a Coral le parece irreal. En el centro de la estancia hay un sillón volcado sobre su respaldo y el cadáver de una mujer atado a él mediante cinta de embalar. La mujer está desnuda y cubierta de sangre, con una descomunal herida abierta en la zona del abdomen. Hay restos de vísceras a los lados del respaldo y en el suelo.

La mente de Coral trata de evadirse un segundo, agradeciendo en silencio a Bosh la previsión de haber traído el ungüento mentolado. «Concéntrate. ¿Qué estás viendo?».

Examina el salón con atención. Una de las ventanas tiene el cristal roto, con sangre en alguno de los trozos y también en la parte inferior del marco. Junto a la ventana hay un segundo sillón, igual al de la víctima, colocado en su posición normal y con restos de cinta de embalar pegados a él. Ahí se ha inmovilizado a otra persona que ahora está ya liberada.

Ninguna otra cosa parece estar alterada en la escena del crimen. No hay señales de lucha o forcejeo. No hay en este caso elementos mecánicos de sujeción, tan solo la cinta de embalar.

Tras muchos minutos de observación silenciosa, Coral saca su móvil y graba un vídeo panorámico de toda la estancia, aun sabiendo que eso lo habrán hecho ya los de la Científica. Cuando termina, encuentra la mirada de Bosh, que parece dar por concluido también su estudio del escenario.

Fuera ya de la casa, ven a Amador hablando con su gente. Bosh le pregunta:

—¿Podemos hablar con los municipales que encontraron el cuerpo?

—Los hemos mandado a casa hace un rato. Como te digo, llevamos aquí desde las dos de la madrugada. Y sobre todo uno de ellos estaba fatal, el pobre. Pero les hemos tomado declaración, si quieres os cuento:

—Cuéntanos.

—Vale, dame un minuto.

Amador se acerca a su coche y vuelve con una *tablet* que incluye un

pequeño teclado. La enciende, busca el archivo donde tiene la declaración y empieza a leer:

—A eso de la una y media de la mañana unos vecinos dieron aviso de que oían gritos saliendo de esta casa. Una patrulla de municipales se acercó y llamaron a la puerta del jardín. Entonces escucharon los gritos del hombre, que decía: «¡Han matado a mi mujer, ayuda!». Saltaron la valla y llegaron por el jardín hasta la ventana que da al salón —señala con el dedo una de las ventanas de la casa—, la que está rota. Desde ahí pudieron ver al hombre, que estaba atado al sillón y tenía sangre por la cabeza y la cara. Abrieron la ventana metiendo la mano por entre los cristales rotos y uno de los policías municipales saltó al interior. Liberó al hombre y salieron los dos de la casa. El hombre liberado estaba muy nervioso y decía que se habían llevado a su hijo. Mientras esperaban refuerzos, intentaron ayudarlo a que se tranquilizara y le pidieron que les contara qué había pasado. El pobre hombre estaba fatal y lo único que pudo contar es que alguien disfrazado había matado a su mujer y se había llevado a su hijo. Dijo también algo de que hablaba a través del móvil, pero casi no se le entendía y no lo presionaron más.

Amador cierra la *tablet* y finaliza la narración:

—Cuando llegamos nosotros, ya estaba aquí la ambulancia y el médico me dijo que el marido no estaba en condiciones de hablar. Le pinchó un ansiolítico y se lo llevaron.

Bosh y Coral regresan a la comisaría. Allí encuentran a Castro trabajando en su puesto y a Goiko, que se levanta expectante en cuanto los ve entrar.

—Coral te pone al día, ¿vale? —le dice Bosh mientras se dirige a su despacho.

Goiko se queda un poco cortado. Ella le explica su inspección de la escena del crimen con el máximo detalle, además de lo que les ha contado Amador. Goiko escucha con atención, frustrado por no haber llegado a tiempo a la oficina para acompañarlos. Castro parece estar concentrado frente a su ordenador, pero Coral tiene la sensación de que está pendiente también de su conversación.

El resto del día se respira cierta tensión en la oficina. Bosh apenas ha salido de su cubículo y tanto Coral como Goiko trabajan con el último informe que llegó por la mañana temprano, con varias entrevistas a contactos de Silvia en la asociación trans. Tomás, el acompañante de Silvia, un chaval de diecisiete años que ya pasó el tránsito de hacer pública su verdadera identidad sexual, parece conocerla bastante bien. Pero no recuerda nada anómalo en los últimos días que compartió con ella, más allá de lo especial que era ya

de por sí su situación. «Otro camino que parece cerrarse por aquí», lamenta Coral en silencio.

Al filo de las ocho de la tarde, agobiada, decide tomarse unos minutos de descanso y abre el correo electrónico. Allí está el email de Davidescu, todavía esperando contestación. Coral empieza a redactar un mensaje explicando que han tenido un inesperado pico de trabajo que les va a llevar todo el fin de semana, así que tendrán que posponer su quedada.

Pero antes de terminar de redactarlo, sale Bosh de su despacho y se dirige a Goiko y a Coral:

—Acabo de hablar con Amador. Están a tope, claro. De hecho, van a echar mano de gente del Grupo VII. No os imagináis las presiones que han empezado a llegar de arriba. Muy arriba. Y sospecho que la prensa se va a enterar en breve y va a terminar salpicándonos a todos. Bueno, el caso es que Amador me ha dicho que van a estar a lo suyo hoy y parte de mañana, que no espere informes hasta mañana por la noche. Así que marchaos a casa, descansad mañana sábado y os veo aquí el domingo a primera hora.

Coral y Goiko acatan la orden. Coral se vuelve a su pantalla de ordenador, al email que estaba escribiendo. Lo borra y empieza uno nuevo: «¿Cambiamos café por vermú en la Latina?». Termina el breve correo y pulsa deprisa el botón de enviar, antes de que su yo sensato se arrepienta.

Veintiuno

A las 19:35 del viernes, David se dirige a Guadalajara en su coche. Ha quedado en una taberna del centro histórico con una chica. La contactó hace semanas a través de una web de relaciones esporádicas, pero todavía no la ha conocido en persona. Esta misma tarde él le ha lanzado la invitación en un impulso tras un momento de intensa frustración por no recibir contestación de Coralain. La chica ha aceptado enseguida. Ahora, camino de su cita, se siente un poco imbécil; primero, porque no le apetece demasiado quedar otra vez con una desconocida; después, porque quizá Coral le conteste a lo largo del día; y, por último, porque, aunque conteste, su amiga de la infancia no se va a convertir, así, de repente, en la solución a su problema. Su problema no lo va a solucionar ni Coralain ni nadie; es él solo quien tiene que superarlo.

Pese a todo, intenta llegar animado y con ganas de agradar. Nada más entrar en el bar y ver a la chica, descubre con alivio que su físico sí se corresponde con el de las fotos que había visto. Más de una vez se ha encontrado mujeres muy diferentes de lo que sus imágenes de perfil prometían.

Pero antes de acabar su refresco, él sabe que no van a acabar acostándose juntos. Es más, sabe que ni siquiera va a tomarse una segunda bebida con ella; no hay *feeling*. La chica se acaba de lanzar a un largo monólogo en el que le explica a David lo ilusionada que está porque acaba de entrar en una empresa como *community manager*. El tema no podría interesarle menos.

Su mente se dispersa, incapaz de seguir el hilo de la muchacha, y vuela hasta una tarde de primavera del año 2003. David, que entonces tenía catorce años y vivía en el barrio madrileño de Hortaleza, explora en bicicleta calles cercanas a la suya. Un pinchazo en la rueda delantera le obliga a bajarse de la bici y llevarla caminando. En ese momento, Coral sale de su casa, baja a la calle para hacer un recado y se encuentra con David arrastrando la bicicleta. Ella se ofrece a buscar en su cuarto unos parches y ayudarle a arreglar la rueda. A David le incomoda la oferta, habría preferido encontrarse con un compañero chico, pero acepta. Coral sube a casa con la compra y baja otra vez a la calle con los parches. Arreglan la rueda juntos y en la faena se manchan las manos con grasa de la cadena. Se las lavan en la fuente de un parque cercano, donde se intercambian unas primeras sonrisas tímidas. David se gasta el único euro de su bolsillo en una bolsa de patatas que comparten sentados en un banco. Siente que es ella la que habla todo el rato y, de repente, teme que lo tome por un niño callado y soso y se largue de allí. Así que vence su vergüenza y se atreve a contar un chiste a Coral. Ella, tras unos segundos de insoportable

silencio, ríe sorprendida y divertida. David ríe a su vez aliviado. Coral le pregunta si sabe más y sí, sabe muchos más. Es bueno contando chistes y esa tarde se esfuerza en escenificarlos con gracia para Coral. Ella ríe y ríe, hasta que empieza a anochecer y se despiden. Durante su alegre pedaleo de vuelta a casa, David planea acostarse temprano; quiere que las horas pasen deprisa y ver otra vez a Coral en clase.

Es posible que ese primer encuentro haya quedado dulcificado e idealizado en su memoria, pero qué importa. Aquella noche, tumbado en la cama, David se dio cuenta de que había conocido a alguien con un sentido del humor muy parecido al suyo, cosa que hasta entonces creía imposible en una chica, y menos aún en la empollona de la clase. Al día siguiente no salieron al recreo, se quedaron en el aula juntos y jugaron con sus nombres para inventar una forma única con la que llamarse el uno al otro. Coral lo vio claro enseguida: David Escudero solo podía ser Davidescu. Él no lo tuvo tan fácil, pero encontró la solución en el segundo apellido de Coral, Lainez, que unido a su nombre dio lugar a Coralain. Su relación fue estrechándose a base de compartir recreos y tardes de sábado, hasta llegar al punto en que solo faltaba un pequeño empujoncito, en el plano físico, para pasar de la amistad al romance.

Cuando por fin, en los últimos días del curso, David juntó valor y acudió a su cita de cada sábado con Coralain decidido a besarla, ella apareció llorando: se marchaban de Hortaleza, se mudaban. «¿¡Cuándo!?». La semana siguiente, nada más terminar las clases. Por lo visto sus padres habían encontrado un chalet adosado muy barato en Alcalá de Henares y lo habían comprado. El coraje que había reunido David para besarla desapareció de golpe.

Coral se apuntó el número de teléfono fijo de la casa de David en un papel (ninguno de los dos tenía móvil entonces) y prometió llamarlo la semana siguiente.

Nunca lo hizo.

El pensamiento de David regresa al presente y se da cuenta de que la chica ha dejado de hablar; parece esperar de él la respuesta a una pregunta que su mente no ha registrado.

—Perdóname —se disculpa—, es que no me encuentro muy bien. Me voy a tener que marchar a casa.

La cara de decepción de la muchacha le hace sentirse mal por unos segundos, pero se consuela pensando que todos los usuarios de estas aplicaciones conocen las reglas del juego: una cerveza de tanteo, otra ronda si la cosa fluye o un «hasta luego» si no salta la chispa. Visto así resulta bastante frío y quizá sea ese el motivo por el que David las usa cada vez menos. En general ha obtenido más ratos incómodos que noches placenteras y empieza a sentir que no le compensa continuar

con este tipo de citas.

Al llegar a casa, lo primero que hace es consultar su correo institucional. ¡Y allí aparece el email de Coral! Lo abre con impaciencia.

«¿Cambiamos café por vermú en la Latina?

He tenido una semana chunga y más que cafeína necesito alcohol. Tendría que ser mañana, el domingo curro. Te dejo mi móvil y me dices si te va bien, ¿vale?

Besos!».

David sonríe mientras saca del bolsillo su teléfono para registrar el contacto de Coralain en la agenda.

Veintidós

Coral se despierta el sábado con una mezcla de excitación y culpa. El sábado es azul marino, complementario en el círculo cromático al naranja que tiñe los lunes. El sábado se eleva en una rampa ascendente donde toda la energía acumulada en las reservas de la semana se invierte en la búsqueda de placeres.

El primer placer del día consiste en despertarse de forma natural, sin limitar el sueño mediante alarmas. Hoy eso sucede poco antes de las diez de la mañana. Mientras pasea por la casa a la vez que se lava los dientes, se asoma al rincón donde tiene un macetero de barro pintado por Maksim a mano, al estilo de la cerámica tradicional ucraniana. La idea era llenarlo de tierra y plantar alguna semilla, pero nunca encuentra el momento para hacerlo.

El segundo placer del día es saborear un desayuno pausado en un café del centro. Siempre que no le llame Bosh para ir a ver otro cadáver, claro. Por suerte eso no ocurre, y mientras deshace con la cucharilla la flor de espuma blanca que corona su chai latte, rememora la noche anterior; lo pasó bien con Maksim. Necesitaba estar con él después de la semana que había tenido. No salieron, se quedaron en su apartamento, disfrutaron de buen sexo y vieron una peli que no estuvo mal. Luego él se marchó, claro. Antes de irse, recuerda con cierto remordimiento, ella le dijo que este fin de semana tenía trabajo y no podrían verse. Auguró también una semana próxima muy dura, aunque prometió hacer hueco en algún momento para quedar.

Pero lo más importante no fue lo que dijo, sino lo que calló, cruzando los dedos para que Maksim no hiciera preguntas que la obligaran a contarlo. O a mentir, porque no está muy segura de lo que le habría dicho si le hubiera preguntado por sus planes concretos para hoy.

¿Qué le pasa? ¿Por qué miente a su prometido? Dios, qué mal suena eso de su prometido. Además, no le ha mentido. Decir que tiene trabajo el finde no es una mentira, sino una acotación amplia de la realidad. No le gusta mucho el camino de sus pensamientos, pero se obliga a continuar; por mucho que quiera maquillarlo no está siendo honesta con Maksim. Y esta no es la primera vez que ocurre. De hecho, aquello que le ocultó hace menos de un año todavía está muy fresco en su conciencia.

¿Se ha precipitado al fijar una fecha de boda, aunque falte todavía casi un año? No, todo está bien. Él es el chico perfecto según Natalia: guapo, inteligente, con estudios y detallista. ¿Qué más puede pedir?

Pero los silencios entre ellos son cada vez más prolongados. ¿Es eso normal en una pareja que ni siquiera ha empezado a convivir? Coral

siente muchas veces la presión de forzar conversaciones cuando uno de esos vacíos empieza a resultarle insoportable. Él, sin embargo, no parece tener problema alguno con que pasen los minutos (¿quizá hasta las horas?) en silencio. Al principio de su relación esto le parecía una cualidad, una prueba de que Maksim tenía una gran vida interior. Pero ese pensamiento idealizado ha ido mutando hasta llegar a la conclusión de que su prometido es soso, sin más.

«Vale, pero eso es todo lo que se le puede criticar, nadie es perfecto. Tú menos que nadie», se reprocha. Ser un pelín aburrido es un detalle menor dentro de todas las virtudes de Maksim.

«Venga, ya está, dejamos el tema».

Consigue alejarse de esa cadena de pensamientos y se centra en el sabor del chai, así como en los colores de los lienzos que adornan una de las paredes del bar. Le llama la atención que los cuadros sean monocromáticos, cada uno con un color distinto. La exposición le parece interesante, pero le incomoda un poco el orden seguido a la hora de colgar las obras. No soporta, por ejemplo, que hayan empezado por el lienzo gris, cuando ese debería haber sido el cuarto, o que hayan continuado por el rojo, que tendría que ocupar el puesto séptimo de la colección. Aunque sabe que esa conexión entre números y colores solo existe en su cabeza, no en la del resto de la gente.

Después del desayuno llega el tercer placer: entrar a su librería preferida del centro y hojear sin prisa ejemplares, tanto de ficción como de ensayo. No puede salir de allí sin un libro, es una norma que se impuso el día que aprobó las oposiciones al Cuerpo Nacional de Policía: cuando entra en una librería, tiene que comprar. Hojea distintos volúmenes y se ve tentada por un nuevo ensayo sobre la sinestesia, pero tras echar un vistazo a la contraportada, cree que ese libro en concreto no le va a aportar nada nuevo de un tema que ella domina. Sale del establecimiento con una colección de cuentos fantásticos que tenía pendiente.

Ya en casa, se ducha y se arregla. Al mirarse al espejo se pregunta si la falda que lleva será demasiado corta para una reunión con un antiguo compañero de clase. «Otra vez los putos prejuicios machistas», se recrimina. Ella se ve bien así y así va a ir.

«Tú sabes que él no fue solo un compañero de clase», es el pensamiento involuntario que le cruza la mente al montar en el tren de cercanías. «Vale, pero tampoco fue nada más. Y todo ocurrió hace mucho, mucho tiempo», se rebate a sí misma.

Lo que más recuerda de todo es el final. Se acababan de mudar de Hortaleza a Alcalá de Henares y, por supuesto, ella odiaba lo que sus padres se empeñaban en llamar «su nuevo hogar». Ese día estaba sola, había esperado a que ellos salieran de casa para llamar a Davidescu.

En cuanto cerraron la puerta de la calle, corrió a por sus pantalones, donde guardaba el papel con el teléfono. No quiso meterlo en ningún otro sitio, por miedo a perderlo en la mudanza. Pero ahora no encontraba los pantalones. De repente, un presentimiento horrible: su madre tenía un gusto por el orden que rayaba la obsesión y a veces hacía batidas de limpieza por la casa, sin respetar siquiera el cuarto de Coral (no sabe cuántas peleas tuvieron por eso durante la adolescencia). Buscó entonces en el cubo de la ropa sucia. Nada. Abrió temerosa la puerta del patio y allí estaban sus pantalones, tendidos en la cuerda, secándose al sol, tras hora y media de ciclo de lavado. Metió la mano en el bolsillo y encontró el papel, pero del número original apenas quedaba un rastro desvaído de tinta azul. Eso fue hace diecisiete años y nunca volvió a ver a Davidescu.

Hasta el lunes pasado.

Veintitrés

Coral se despierta el domingo con el ligero desasosiego que siempre le provoca el cambio de mes. Los colores de los meses son sentimentales, impregnan el tiempo de manera permanente y sutil. Durante esta pasada noche, el azul oscuro de noviembre ha cambiado al rosa salmón de diciembre.

Los colores de los días son emocionales; perfuman el estado de ánimo de Coral de forma intensa desde que se despierta y se van diluyendo según avanza la jornada. Este domingo ha vuelto a su gris azulado de siempre después de la efímera migración al marrón canela que tuvo el de la semana pasada.

El primer pensamiento consciente de Coral se forma rememorando imágenes, sonidos y sensaciones del reencuentro con Davidescu ayer. Sonríe algo avergonzada y al momento siente una leve mordedura de su conciencia, pero se obliga a aplazar el tren de recuerdos para más adelante, ahora debe concentrarse en el caso.

A las nueve menos cinco está en el despacho de Bosh, sentada junto a su jefe y Goiko. Los tres miran el monitor del ordenador, algo acongojados al ver el rostro de Julio Delgado, el marido de la nueva víctima mortal y padre del segundo adolescente desaparecido. La cara expresa una mezcla de extrañeza y pesar, como si no se creyera lo que está viviendo y a la vez no pudiera evitar el dolor que le provoca. Previo a la grabación, un rótulo informaba de que el entrevistado se encuentra bajo los efectos de antidepresivos para estrés postraumático. Una voz masculina suave le invita a tomarse el tiempo que necesite antes de hablar.

Julio mira hacia todos lados, como si de repente se sintiera desubicado. Tras un par de respiraciones hondas, comienza la narración.

—Yo acababa de bajar del despacho. Bueno, llamo despacho a un cuarto pequeño desde el que trabajo los días que no voy a la oficina. Los jueves y los viernes trabajo desde casa. Rebeca estaba poniendo la mesa para comer mientras esperábamos a Martín, que volvía del instituto y suele llegar sobre las tres. Cuando llamaron a la puerta nos extrañamos un poco, porque Martín tiene llaves. Fui yo a abrir y vi a… no sé, una persona disfrazada de esqueleto, de esos tipo Catrina mexicana. Mi hijo estaba en el suelo con los ojos cerrados. Entonces esa persona empezó a hablar a través del móvil y dijo que Martín había tomado un veneno muy potente y si queríamos que se salvara teníamos que meterlo dentro —traga saliva antes de continuar—. Yo me tiré al suelo a comprobar que Martín tenía pulso y… ya no me acuerdo de nada hasta que me desperté atado al sillón del salón y con

la boca tapada. Estaba inmovilizado por completo, no podía mover ni la cabeza. La tele estaba encendida, con el volumen muy alto. Rebeca… estaba desnuda y atada al otro sillón, pero volcada. Es decir, el sillón estaba volcado sobre el respaldo y Rebeca se encontraba como tumbada, con las piernas en alto. Tenía los ojos abiertos y la cabeza atada al respaldo. Intentaba hablar o gritar, no sé, pero su boca estaba tapada con un trozo de cinta adhesiva. Entonces el esqueleto le puso el móvil cerca de la cara y, no lo escuché muy bien, pero creo que dijo que si gritaba mataría a Martín. Después le quitó la cinta de la boca. Rebeca empezó a llorar.

En este punto de la grabación, Julio parece derrumbarse, pero se recobra y sigue:

—Entonces el esqueleto se metió para dentro de la casa y volvió con una jarra de agua, nuestra jarra. Cogió un embudo y se lo metió a Rebeca en la boca. Ella lo escupió y se cayó al suelo. Entonces él sacó un cuchillo, se lo enseño a Rebeca y la voz del móvil habló otra vez y dijo: «¿Con lengua o sin lengua?».

Ahora Julio sí se echa a llorar de forma nerviosa. La grabación se corta. La imagen aparece de nuevo con un Julio un poco más entero.

—Le echó toda el agua de la jarra por el embudo. Cuando veía que Rebeca se ahogaba demasiado o tosía, paraba. Y después seguía. Fue a por otra jarra. Y a por otra, y a por otra. Cuando se iba a la cocina a rellenar la jarra, Rebeca me miraba y yo intentaba soltarme, pero nada. La barriga se le iba hinchando más y más. Era como una pesadilla, como una película, no puede ser que se hinche tanto hasta que, hasta que…

Julio agacha la cabeza y la grabación se corta otra vez para volver a mostrar un Julio no del todo recompuesto.

—Después de eso, el esqueleto cogió el martillo, se volvió hacia mí y me golpeó en la cabeza. Me desperté ya de noche.

La voz del entrevistador interviene antes de que Julio se derrumbe de nuevo:

—Gracias, de verdad, lo has hecho muy bien y nos va a ayudar mucho —la mano del entrevistador aparece en pantalla y coge las de Julio, para infundirle ánimo—. Ahora te quiero hacer unas preguntas sencillas. ¿Te parece bien?

Julio asiente nervioso y dice:

—Tienen que encontrar a Martín, ¿por qué se lo ha llevado?

—Estamos trabajando sin descanso para encontrarlo, por eso es tan importante que nos cuentes todo lo que viste y oíste. Mira, nos has dicho que la persona disfrazada de esqueleto hablaba por un móvil, ¿verdad? —Julio asiente de nuevo—. Vale, pero ¿se lo acercaba a la boca y hacía como de altavoz o lo tenía apartado de la cara?

Julio trata de recordar.

—Lo tenía apartado.

—Vale —el entrevistador hace pausas largas para agobiar lo menos posible a Julio—, nos has contado que esa persona os ordenó meter a Martín dentro de la casa. ¿Recuerdas si lo llamó por su nombre? ¿Dijo Martín?

Julio asiente con decisión.

—Sí, me acuerdo porque en ese momento se me pasó por la cabeza que todo aquello podía ser una broma de un amigo que nos conocía o algo.

—Muy bien. Otra cosa, ¿Martín está pasando por alguna situación personal, digamos, especial?

Julio medita la respuesta unos instantes. Toma aire y contesta.

—Sí, bueno, a ver cómo lo digo… Martín no se siente chico. Quiere ser chica. Bueno, él siente que es una chica. No sé si me explico.

Bosh para la grabación en ese momento y los tres se miran.

Veinticuatro

David está sentado en el asiento de copiloto de un todoterreno de gama media-alta que circula por la autovía hacia Zaragoza. Carlos conduce siguiendo a la furgoneta que transporta al resto del grupo.

Sonríe al recordar su encuentro de ayer con Coralain. Ella se tomó un vermú en cada taberna a la que fueron. Él fue variando entre mostos y refrescos varios. Picaron algo de comer en los distintos bares y acabaron a media tarde en una cafetería donde él probó tres tipos de cafés mientras ella se tomaba un licor digestivo y dos gin tonic. Al principio ella se parecía más a Coral Soto, la empollona que recordaba de clase, pero a medida que aumentaba la ingesta de alcohol, empezó a surgir esa Coralain aguda y divertida que potenciaba el atractivo de una chica de físico agradable, aunque no espectacular.

Cuando se hizo de noche, ella tenía un punto encima muy gracioso y decidieron alargar el encuentro cenando en un restaurante de la zona. Después de compartir tres platos, un postre y muchas risas, él se ofreció a llevarla a casa. No habían hablado de dónde vivían y descubrieron que no residen muy lejos el uno del otro; la casa de David está en el pueblo de Los Santos de la Humosa, a doce kilómetros de Alcalá de Henares.

Cuando detuvo su coche frente al portal del edificio del apartamento de Coral, David se dio cuenta de que llevaba unos segundos hablando solo; ella se había quedado dormida en el asiento del copiloto. Observó su rostro por unos segundos: esa mujer le provocaba ternura y deseo a partes iguales. La despertó con suavidad.

—¿Me he dormido? —preguntó ella, algo desubicada.

—Sí, y yo que pensaba que tenía una conversación interesante —bromeó.

Ella se echó a reír y David se contagió de su risa.

Se miraron a los ojos y se hizo el silencio por unos instantes.

David se moría por besarla, pero cuando estaba a punto de lanzarse, el timbre de su teléfono móvil arruinó el momento. Era del trabajo: a primera hora de mañana salían para Zaragoza a una misión, así que se tenía que marchar a casa para dormir y estar descansado al día siguiente.

Creyó adivinar cierta decepción en la sonrisa de despedida de una Coralain todavía algo alcoholizada. Aunque quizá fuera su imaginación, tal vez ella solo lo estaba pasando bien rememorando viejos tiempos con un amigo.

Ahora tiene que concentrarse. Recuerda la explicación de Sergio antes de salir: los de la Judicial habían conseguido pinchar el teléfono de una de las bandas de aluniceros más peligrosa del país y su misión

consiste en cogerlos *in fraganti* en el próximo asalto, que será esta misma tarde. El plan de los aluniceros es copiar un atraco mítico que se produjo en un centro comercial en Dubai en el año 2007, en el que robaron joyas por valor de tres millones de euros. La banda ha planeado entrar con dos todoterrenos, destrozar con uno de ellos la puerta de entrada al centro comercial, recorrer el pasillo principal y estampar el coche contra el escaparate de la joyería. Se llevarán lo que puedan en tres minutos y huirán en los dos vehículos por la misma puerta que tiraron abajo.

El GEO va a trabajar en coordinación con el Grupo VII. En realidad, con una parte del grupo, ya que parece que el resto anda en un caso delicado en Madrid, del que solo se han oído rumores.

Ahora mismo están a quince minutos de Zaragoza, donde comenzarán con los preparativos de la misión.

Veinticinco

Bosh, Goiko y Coral terminan de visionar el desgarrador testimonio de Julio Delgado, del que se desprende que la familia también había acudido a una asociación trans en busca de consejo y apoyo.

Bosh se gira a Coral y Goiko:

—Bueno, ¿impresiones?

Goiko se siente con la obligación de ser el primero en hablar.

—A ver, lo más obvio: estamos ante un caso de asesinatos en serie. Peor aún, asesinatos más secuestros en serie. Algo de lo que no existe referencia en España, al menos que yo sepa. Por las declaraciones del marido de la asesinada —consulta el nombre en sus notas—, Julio Delgado, es casi cien por cien seguro que el autor es una sola persona. No tenemos testigos del primer crimen, pero al menos parte del *modus operandi* es el mismo. Es decir, asesinar a las víctimas en sus propias casas y llevarse al hijo o hija adolescente en el coche de la familia. Me imagino, Bosh, que en el informe de la Científica no hay huellas ni nada relevante.

—Nada —confirma Bosh.

Goiko continúa:

—Vale, estamos ante un psicópata muy organizado y con gran conciencia forense, las dos escenas del crimen están impolutas, lo que nos lleva a pensar que es probable que haya pasado por prisión en algún momento de su vida y sus huellas estén registradas —Coral cree percibir una mirada escéptica de Bosh—. Ha planificado los dos crímenes con mucho tiempo y cuidado. Tiene una gran confianza en sí mismo, lo que se desprende del hecho de permitirse dejar un testigo vivo. Sus necesidades emocionales deben de ser muy grandes, ya que ha asumido un riesgo muy alto para cometer estos crímenes tan retorcidos. Las motivaciones religiosas o ultrarreligiosas parecen claras; no soy experto en el tema, pero me imagino que este método de tortura y muerte será, como el primero, una copia de los que practicaban en la Inquisición. Y el hecho de que los dos adolescentes secuestrados sean transexuales, o estén en proceso de serlo, también podría encajar con el fanatismo religioso.

Goiko parece recapitular en silencio un par de segundos, por si se olvida de algo.

—Eso es lo que se me ocurre, así de primeras.

Bosh permanece en un silencio críptico y mira a Coral, esperando sus comentarios.

—A mí lo que más me descuadra de todo esto es… por qué ha dejado a Julio vivo —dice ella.

—Puede ser su firma —apunta Goiko.

—No, no puede ser —discrepa Bosh—. En el primer crimen no dejó

testigo alguno.

—Porque en la casa no había más que uno de los padres.

—Por tanto, eso no puede configurar su firma. La firma es un elemento fijo en todos los crímenes de una serie —sentencia Bosh, en un tono suave pero que no deja lugar a la réplica—. La gente de Amador piensa que puede ser un alarde, una forma de demostrar que es más listo que nosotros.

—Ya —rebate Coral—, pero se ha tomado muchas molestias solo para eso, ¿no os parece? Ha tenido que disfrazarse para ocultar su identidad y montar toda la parafernalia del móvil para ocultar su voz. Eso conlleva preparación, coordinación y, por supuesto, un riesgo mucho mayor que si hubiera matado a los dos adultos sin más. Sea cual sea el motivo, el hecho de dejar un testigo parece muy importante para el autor.

Bosh toma la palabra:

—A ver, es cierto que parece mucho despliegue solo para exhibirse, pero no es descartable tampoco; todos los psicópatas son narcisistas y algunos sienten esa necesidad de demostrar su superioridad. Pero habrá que estar abiertos a otras opciones, claro. También necesitamos hipótesis sobre el motivo por el que ha secuestrado a los menores.

Un silencio denso se adueña del despacho por unos segundos en los que ninguno quiere imaginar el destino de los dos adolescentes. Es Bosh el que lo rompe:

—Acordaos de seguir siempre el método de forma sistemática. Primero extraer los datos, y para eso necesitaremos leer todos los informes, las veces que haga falta, hasta exprimirlos al máximo. Después realizar las inferencias obtenidas de forma lógica de esos datos. En ese paso deberían aparecer dudas, y para solventarlas podemos hacer sugerencias operativas a nuestros colegas investigadores. Por último, a través de esas inferencias tratamos de imaginar hipótesis y las cotejamos para comprobar si guardan lógica con toda la información disponible. ¿Estamos?

Coral y Goiko asienten. Un gesto de cansancio se dibuja en el rostro de Bosh, que añade:

—Para rematar, el caso se va a volver mediático de un momento a otro. De hecho, me extraña que aún no haya salido a la luz. Y eso va a hacer que los de arriba aprieten más. En teoría nosotros deberíamos trabajar sin presiones, pero como ha dicho Goiko, estamos ante un caso sin precedentes y es muy probable que tengamos que intensificar el ritmo si queremos ser de utilidad. Así que venga, al tajo.

Coral vuelve a su puesto pensando en la conclusión de Goiko sobre el probable paso por prisión del psicópata. Para ella esa inferencia tiene un carácter especulativo demasiado grande. Es cierto que los delincuentes fichados y de cuyas huellas hay registro son más

cuidadosos cuando vuelven a cometer delitos. Y también es verdad que las cárceles son unas fantásticas escuelas para pulir métodos criminales. Pero hoy en día, con toda la información que existe acerca de las técnicas y estrategias de las investigaciones policiales, cada vez aparecen más criminales noveles con conciencia forense. Es decir, que se esfuerzan en no dejar ningún tipo de rastro en la escena del crimen. Así que esa inferencia de Goiko le parece incorrecta y se queda fuera de sus tarjetas ovaladas de colores.

Enciende la pantalla del ordenador y lo primero que hace es buscar información sobre el método de tortura utilizado en el último crimen. En un par de minutos confirma lo que ya adelantó el forense: se trata de una práctica en la que los inquisidores hacían tragar a los reos ingentes cantidades de agua, hasta que les reventaba el estómago.

La imagen del cadáver destripado de Rebeca Navarro golpea a Coral, que trata de apartarla de su mente mientras lee los distintos informes. La cantidad de documentación empieza a ser abrumadora: entrevistas a familiares, amigos y vecinos de las víctimas; análisis de las grabaciones de las cámaras de la zona; entrevistas a los socios fundadores de la asociación trans a la que estaba vinculada la familia. En este caso la asociación está orientada en concreto a chicas nacidas en una anatomía masculina. Los investigadores han conseguido el contacto de las amistades que había hecho allí Martín durante los ocho meses que llevaba acudiendo a sus reuniones. Hoy mismo están localizando y entrevistando a todas.

Coral se toma un respiro y saca su móvil para comprobar si ha recibido nuevos mensajes. Tiene dos, pero son de Maksim. Siente una pequeña decepción. «¿En serio te decepciona tener un mensaje de tu chico?». Se esfuerza en quitarse esa idea de la cabeza mientras abre los mensajes: «Este finde sin ti se me está haciendo larguísimo».

Se enternece.

«¿Crees que podremos cenar juntos, aunque sea algo rápido?».

No sabe qué contestarle.

Y el mensaje la lleva de nuevo a su cita de ayer con Davidescu. Le vuelve ahora el leve mordisco de la conciencia al recordar que, en un momento de la noche, David le preguntó:

—¿Estás con alguien?

Y ella dijo:

—Bueno, algo hay. —Y cambió de tema.

«¿Algo hay? Joder, Coral», se dice.

Pero no quiere pensar en eso y avanza en el recuerdo de la noche. Casi se ruboriza al rememorar cuando Davidescu la acercó a casa. ¿Cómo se pudo dormir en medio de una conversación con él? Aunque la pregunta buena no es esa, sino esta otra: ¿Qué habría pasado si no

hubiera sonado su teléfono? Niega con la cabeza, reprobándose a sí misma, y contesta a Maksim: «Vamos a intentarlo, a ver a qué hora acabo».

Después, duda unos segundos y añade: «Yo también te echo de menos».

Pero algo le impide mandar este segundo mensaje y decide borrarlo.

Veintiséis

David y Carlos están en el coche, con el motor en marcha, junto a una de las puertas del centro comercial en el que se está llevando a cabo la operación.

—¡Su puta madre! —Escuchan decir a Sergio por el auricular que llevan—: Escu, Carlos, un Jeep Cherokee blanco va a salir en unos segundos por la puerta oeste. Es vuestro. Tened cuidado. El helicóptero debería estar ya cerca para apoyaros. Por aquí todo controlado, tenemos a todos los demás.

Carlos pisa el acelerador, dirigiendo el coche hacia la puerta indicada. Poco antes de llegar a la salida oeste, ven salir el jeep, que destroza las puertas de cristal correderas del centro comercial y cruza la acera peatonal donde está a punto de atropellar a una niña de unos cinco años que va patinando de la mano de su padre.

El todoterreno baja de la acera a la calzada y ahí es embestido por el coche de David y Carlos. Tras el impacto, David alcanza a ver por un instante al conductor, que lleva gorra y gafas de sol.

Pero el choque no tiene la potencia suficiente para pararlo y el todoterreno blanco se rehace y acelera, tratando de alejarse de ellos. Ambos vehículos ganan velocidad y llegan a una avenida con poco tráfico cuya calzada está dividida por un carril bici. Al final de la avenida se divisa un semáforo en rojo y varios coches que esperan en los dos carriles de la calzada. El todoterreno que persiguen hace entonces una maniobra peligrosa: salta la mediana del carril bici y cambia su sentido de circulación. Carlos reacciona con reflejos y hace lo mismo, de forma que consigue mantener la corta distancia que los separa.

La radio de David suena en medio de la persecución: se trata del helicóptero que estaba de camino, que les pregunta por su posición y la dirección que llevan. David comprueba el GPS y les da la información.

El coche al que persiguen va demasiado deprisa y realiza adelantamientos muy peligrosos. Carlos aguanta sin perderlo. David mira el tacómetro y ve que van a más de cien kilómetros por hora cuando el límite en esta calzada urbana es de cuarenta.

—No te la juegues, por aquí hay mucho paso de peatones. A ver si nos llevamos a alguien por delante y la cagamos.

Pero Carlos no afloja.

—Hasta que el helicóptero lo tenga a la vista no puedo perderlo.

David respira hondo y no discute, sabe que su compañero es un conductor experto. De repente, el coche al que persiguen frena de forma tan brusca que Carlos no puede esquivarlo y apenas le da tiempo a frenar, golpeando con fuerza la parte posterior del

todoterreno perseguido, que sale disparado hacia adelante.

—¿¡Qué hace!?—grita David.

El coche al que han embestido aprovecha el impulso del golpe y retoma la huida.

—Ha intentado jodernos, mira, lleva bola de remolque, el cabrón —dice Carlos mientras acelera para intentar no perderlo.

Pero el coche que persiguen desaparece de su vista en una curva abierta de la carretera.

La radio suena de nuevo:

—Estamos ya sobre vosotros. Vamos a adelantarnos y a descender un poco, para que el objetivo nos vea y se ponga nervioso.

—¿Dónde está? —pregunta David por la radio—. Hemos perdido contacto visual.

—Muy cerca de vosotros, a unos cuatrocientos metros. Tranquilos, desde aquí no se nos escapa.

Ambos se relajan un tanto al saberse cubiertos por el apoyo aéreo.

Apenas han avanzado un par de kilómetros cuando David se fija en el cuadro de mandos del coche.

—¿Qué es esa luz?

Carlos echa un vistazo rápido.

—¡Mierda puta! Estamos perdiendo aceite.

—¿Cuánto tiempo nos queda antes de que gripe?

—¡Puf! No sé. Si ha bajado tan rápido quiere decir que la fuga es grande. Estamos jodidos. Hay que avisar para que venga alguien y remate esto.

Entonces se escucha la radio del helicóptero:

—El objetivo ha entrado en un polígono industrial. Vais a ver la entrada a la derecha ya mismo.

Tal y como se lo han anunciado, a los diez segundos se encuentran con la entrada al polígono. Consiguen llegar a la calle principal, pero allí el motor del coche deja de sonar.

La radio se oye de nuevo:

—Hemos perdido visual en una zona de parking techado, con entrada en la primera bocacalle de la izquierda. Nos quedamos por aquí por si tratan de salir. Son vuestros.

El coche de David y Carlos avanza unos cientos de metros gracias a la inercia que llevaba. Una vez detenido del todo, se ponen el casco y bajan con su subfusil en la mano. Echan a correr en la dirección indicada por el apoyo aéreo. No se ve a nadie por esa zona del polígono. Nada más doblar la esquina de la calle que da al parking se cruzan con una muchacha de unos treinta años que se queda petrificada.

Carlos le hace un gesto tranquilizador y le pregunta en voz baja:

—¿Has visto pasar un todoterreno blanco?

La chica traga saliva y contesta:

—Sí, acaba de entrar en el parking.

Carlos le hace una leve inclinación de cabeza.

—Gracias, sal rápido de aquí, ¿vale?

La muchacha comienza a caminar deprisa, a la vez que Carlos se dirige al parking, subfusil en mano.

David levanta el arma para seguir a su compañero, pero entonces parece caer en algo. Mira a la chica, que se aleja de allí andando muy rápido, y le grita:

—¿¡Señora!?

Carlos se detiene y mira para atrás hacia su compañero, sin entender lo que está haciendo.

La mujer, bastante alejada ya, se detiene, pero no se gira hacia ellos. De repente, echa a correr. David entonces dispara al aire. La mujer se para en seco y levanta los brazos.

David camina hacia ella, apuntándola con su arma.

Carlos, al comprender lo ocurrido, sonríe con admiración.

Veintisiete

Coral nota un pequeño pinchazo verde manzana a la altura de la nuca. Son las diez menos cuarto de la noche y siente que su cerebro necesita un respiro.

Ha leído toda la documentación recibida hasta el momento y ha apuntado los datos de esta primera ronda de lectura. Nunca se sabe cuándo un detalle puede ser clave, pero en principio no detecta nada revelador en ninguno de los informes y transcripciones. No existen restos biológicos ni ningún otro indicio físico del autor. Las entrevistas realizadas a los amigos y familiares de la fallecida tampoco parecen dar frutos; nadie notó nada extraño los días previos al crimen. Julio está en tratamiento psiquiátrico y los médicos han recomendado unos días de reposo antes de volver a interrogarlo. Necesitan preguntarle acerca de varios aspectos cruciales para la investigación.

Anoche encontraron el coche de la familia, de nuevo en un descampado del extrarradio de Madrid y otra vez sin huellas ni rastros biológicos que puedan delatar al asesino. Eso la lleva al informe sobre el rastreo de cámaras en busca del coche familiar del crimen previo: no han encontrado nada. Coral se pregunta cómo es posible que, a día de hoy, con el número de cámaras de tráfico, de cajeros, de locales particulares, no hayan captado ni una sola imagen del vehículo. ¿Mala suerte? No se le ocurre otra cosa, no cree que nadie pueda controlar todas las cámaras existentes tanto de las zonas de las viviendas de las víctimas como de los lugares donde se abandonaron los coches.

Por otro lado, están a la espera de la lista de los miembros de la asociación trans que tuvieron contacto con las víctimas. Esto conduce a Coral a repetirse las preguntas tantas veces formuladas en su mente: ¿Qué quiere hacer el asesino con los adolescentes? ¿Se los ha llevado a su guarida para poder desplegar su sadismo a voluntad? Coral expulsa esa idea terrible de su cabeza. ¿Querrá pedir algo a cambio de la vida de los chicos? Esa opción tampoco es que aclare demasiado el horizonte, pero al menos les daría tiempo y esperanza. ¿Tiene planeado actuar más veces? No quiere ni pensarlo, pero su intuición le dice que sí. Hasta ahora parece que ha tenido mucha suerte, pero es poco probable que la racha se prolongue si sigue actuando. Todo el mundo comete errores, y más en situaciones tan extremas como esa. Aunque, por otro lado, los perfiles psicópatas suelen manejar las situaciones de estrés con mucha sangre fría.

Algo en lo que tienen que profundizar es en el uso del móvil para ocultar su voz. ¿Por qué teme el asesino que su voz lo pueda incriminar? No tendría sentido si las víctimas fueran seleccionadas al azar, dentro de la condición de «familia con adolescente trans». Si el autor es un desconocido sin relación alguna con las víctimas, sería

absurdo complicarse la vida transformando su voz. Así que existe la posibilidad de que el asesino tenga alguna vinculación con las víctimas. Habrá que tenerlo en cuenta a la hora de leer las declaraciones de los miembros de las asociaciones. Aunque tampoco se puede descartar la posibilidad de que el asesino no tenga relación ninguna con las víctimas y use el móvil como firma de los delitos. Eso le serviría además para sembrar la duda sobre su posible vínculo con las víctimas y obstaculizar así la investigación. Bastante enrevesado, pero no imposible.

La pregunta estrella que sigue descolocando por completo a Coral es la que enunció en la reunión con Bosh y Goiko: ¿por qué el asesino invirtió tanto trabajo y riesgo para dejar con vida al marido de la asesinada? Ella no cree que sea solo un alarde de cara a la policía. ¿Habrá querido dejar un testigo del horror para que se convierta en una especie de embajador involuntario de su hazaña y así su crimen se amplifique en los medios? Tampoco le parece una explicación lógica; los asesinatos son ya bastante atroces como para que la prensa se vuelva loca con ellos en cuanto se entere. Por cierto, mucho están tardando ya.

Coral se asoma al despacho del jefe.

—Bosh, salgo a que me dé el aire un poco.

—Vete a casa, Soto. El cerebro tiene un límite. Descansa y te vienes mañana temprano.

Ella se da cuenta de que es lo más sensato; hoy ya no da mucho más de sí.

—¿Y tú?— le pregunta a su jefe.

—Acabo una cosa y me voy también, no te preocupes.

Coral se va a dar la vuelta, pero se detiene a preguntar:

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Llegas aquí el primero cada mañana y te marchas siempre el último. Y encima no tienes pinta de estar destrozado, que sería lo normal.

Bosh esboza una ligera sonrisa, halagado.

—Pues mira, parte del secreto es llevar veinte años casado.

Coral se sorprende de la respuesta.

—Sí, a ver, yo ahora llego a casa y me encuentro a mi mujer dormida en el sofá. No tenemos esa urgencia de hablar cada día —dice Bosh con malicia—. ¡Y de otras cosas menos urgencia todavía!

Coral sonríe con la broma. Bosh continúa:

—Tú que estás en otra fase, aprovéchala, ve a ver a tu chico. Bueno, o a hacer lo que te apetezca, claro. Intenta no irte a dormir muy tarde y mañana será otro día.

Media hora después, sentada en el vagón del tren que la dejará en la estación de Alcalá de Henares, Coral escribe a Maksim: «Estoy en el tren y necesito por lo menos dos rollitos con mucha salsa agridulce».

Lo envía y añade: «¿Sigue en pie tu oferta o es muy tarde?».

El mensaje de Maksim aparece casi al instante:

«Claro, te estaba esperando. Dime a qué hora llegas y te recojo en la estación. Voy llamando al chino».

Coral sonríe y piensa lo afortunada que es por tener a Maksim. Y también lo tonta que es por haber estado a punto de liarse con David ayer. ¿De verdad estuvo a punto? Decide eliminar esos pensamientos estériles y escribe: «23.05. ¡Que sean tres rollitos!».

Y nada más enviar el mensaje a Maksim, aparece uno nuevo de Davidescu. La boca del estómago hambriento se le cierra de repente. Abre el mensaje con una mezcla de emoción y culpa: «Ayer me lo pasé muy bien. ¿Quedamos otro día para cenar?».

Mierda.

Y antes de que pueda asimilar siquiera la oferta de Davidescu, un último texto de Maksim aparece en la pantalla: «¡Marchando!», seguido de un emoticono de carita feliz.

Veintiocho

David está en un bar de un barrio de Zaragoza con el resto de los compañeros del grupo. Todos beben cerveza menos él y hoy la cosa se les está yendo un poco de las manos; van ya por la cuarta ronda. Carlos acapara la atención del resto, hablando fuerte y moviendo mucho las manos para apoyar su relato:

—… y el puto coche se nos muere del todo a la entrada del polígono. Nos bajamos y salimos echando hostias hacia el parking que nos habían dicho los del helicóptero. Y de repente nos cruzamos con una piba que se acojona al vernos, claro.

Carlos hace una parada dramática, sonriendo con suficiencia.

—La miré una décima de segundo, suficiente para pensar «melafo».

Los demás ríen. Carlos continúa:

—Tiro *paralante* pensando que Escu me sigue pegado al culo, pero a los tres pasos, noto algo raro, echo un vistazo y veo… ¡que se ha quedado embobado mirando a la tipa!

Todos ríen de nuevo. A David también le divierte la versión de Carlos, que continúa:

—Y yo pienso: «Coño, Escu, vale que está buena, pero igual este no es momento para tirar la caña» —más risas—. Y entonces le escucho gritar: «¡Señora!» y ahí me quedo *to´loco*. ¿Señora? *What the fuck?* La piba va y se queda parada, pero rara, sin girarse ni nada. ¡Y de repente echa a correr la hijaputa! Ahora, ahí sí, un tiro al aire y fin de la historia.

Carlos sonríe, satisfecho de su narración y abraza a David por los hombros diciendo:

—Aquí lo tienes, al campeón, que no se le escapa una.

—No podemos decir lo mismo de ti —bromea David con una sonrisa cariñosa.

Carlos se suelta de él, deshaciendo el abrazo y finge ofenderse, mientras le señala con el dedo:

—Eso sí, ¡de ligar sigues sin tener ni puta idea!

Todos ríen de nuevo. Sergio se viene arriba y avisa al camarero.

—¡Otra ronda!

—Voy al tigre —dice David— y no me pidas más, que estoy hinchado ya de cola cero.

En el baño, tras lavarse las manos, saca el móvil del bolsillo y escribe un mensaje que lleva pensando un rato: «Ayer me lo pasé muy bien. ¿Quedamos otro día para cenar?». Lo envía y se guarda el móvil en el bolsillo.

Pero antes de salir, lo vuelve a sacar y se mete en la pestaña de estados del wasap. Allí hay una nueva publicación de Esther. Duda un momento, pero al final la abre. Su ex aparece en bikini, en una playa,

con el mismo chico que ha visto en las fotos las últimas veces. ¿En la playa en diciembre? Siente de nuevo la mordedura de los celos mientras le surge la duda de si esa foto sería del verano pasado, cuando ellos dos aún estaban juntos. Amplía la imagen todo lo que puede para ver si hay alguien bañándose en el agua, pero el espacio entre las figuras de la pareja en primer plano deja poco hueco al mar y, por tanto, a poder especular sobre cuándo se tomó la fotografía. «¡Qué más da!», se dice a sí mismo deseando que de verdad no le importara.

Sale del baño con el ánimo por los suelos y ve a todos sus compañeros exultantes que alzan la copa para brindar. Si no tuviera que conducir quizá intentara sumarse a ese momento de alegría grupal pidiéndose una cerveza.

Sería la primera en siete años.

Veintinueve

Coral se levanta con una mezcla de varios recuerdos y sensaciones que impregnan su mañana con un mosaico de colores, matizando el naranja suave que domina los lunes. Ayer cenó comida china con Maksim y se fueron juntos a la cama. Tras el sexo, se arrepintió del peligroso juego que ha iniciado con Davidescu y le pidió a Maksim que se quedara. «Me muero por amanecer una vez contigo», le dijo. Aunque no estaba siendo del todo sincera; lo que intentaba era exorcizar el demonio de lo prohibido, lo nuevo, lo excitante, todo eso que le está acechando y que es tan tentador como peligroso. Maksim, predecible, le dijo que no podía. Se ofreció a quedarse hasta tarde, pero tenía que levantarse en su casa. En la casa de su madre, vamos.

Adiós al exorcismo.

Coral, molesta por esa incapacidad de Maksim de deshacerse del yugo maternal, ¡a su edad!, le dijo:

—Si tienes que marcharte, vete ya, que luego haces ruido y me despiertas.

Maksim obedeció en medio de disculpas y Coral adivinó en su cara cierto enfado consigo mismo. Quizá algo esté cambiando, tal vez reaccione. En cualquier caso, no iba a ser de la noche a la mañana.

Cuando él se marchó, ella volvió a la cama. Pero no conseguía dormirse. Aburrida de dar vueltas entre las sábanas, empezó a rememorar la tarde que pasó con Davidescu. Una de las primeras dudas que tenía respecto a él era si seguiría siendo un chaval interesante y con inquietudes. Le decepcionó saber que apenas lee nada de ficción, pero recuperó su crédito al descubrir que es una especie de erudito en cuanto a todo tipo de música, desde la segunda mitad del siglo XX hasta ahora. De ese recuerdo Coral pasó, sin saber cómo, a visualizar lo bien que le quedaba su camiseta algo ajustada de los Red Hot Chili Peppers y acabó masturbándose pensando en él, adivinando el cuerpo atlético que oculta bajo su ropa. Un cuerpo que, por otro lado, parece imposible que pertenezca a la versión adulta del desgarbado y sensible Davidescu que ya la cautivó hace quince años.

Durante el trayecto en tren a la oficina le empieza a atacar el sueño, pero a Coral no le sienta bien dormir periodos cortos, así que saca el móvil y comprueba sus mensajes. Ve que hay uno nuevo de Natalia y lo abre: «Ahora ya sé por qué no me podías contar nada de tu trabajo. ¡Qué fuerte!».

Pincha en el enlace que ha adjuntado su amiga, imaginando ya lo que se va a encontrar. Se abre la web de un diario nacional con una portada que cubre casi la totalidad de la página: «Un asesino en serie aterroriza a la Comunidad de Madrid».

Lee la noticia y se da cuenta de que apenas han omitido detalle de los crímenes.

Cuando se reúnen en la oficina a primera hora, Bosh tiene en la mano el periódico en cuestión.

—Bueno, ya os habéis enterado, ¿verdad?

Coral y Goiko asienten.

—Pues, como os podéis imaginar, ha empezado a caer lluvia ácida desde el mismísimo Ministerio, inundando el Grupo VI y ahora también el VII, del que van a tirar para el caso. Los de Secuestros tampoco se han librado, aunque ya sabéis que eso me da menos pena. En cuanto a nosotros, lo bueno de ser el patito feo de la Judicial es que no nos llega demasiada presión. Como no cuentan con que vayamos a ayudar demasiado, tampoco se molestan en apretarnos las clavijas. Pero eso nos tiene que dar igual, vamos a currar como bestias hasta que se resuelva el caso y detengan a ese…, no sé ni cómo llamarlo.

Coral se sorprende de lo que le parece una leve muestra de debilidad de su jefe. La primera que detecta en él desde que lleva trabajando en su Sección. Le alegra comprobar que es humano.

Bosh sigue:

—He hablado con Amador, que va a seguir siendo mi interlocutor y va a hablar por él y por Vallejo, el jefe del Grupo VII, para disminuir las reuniones y agilizar trámites. Lo malo es que no va a poder seguir haciendo de puente con Braulio, así que me voy a tener que comer el marrón de comunicarme con él. Entre los grupos de Homicidios y de Secuestros han abierto varias líneas nuevas de investigación. Están trabajando con la premisa de que el asesino-secuestrador podría tener algún tipo de vinculación con alguna de las víctimas, o con las dos, por el hecho de ocultar la voz.

Por un lado, Coral se alegra de que sus conclusiones sean las mismas que las de los experimentados investigadores, pero por otro siente un ligero sentimiento de inutilidad por no aportar nada nuevo. «Es normal —se dice—, era una deducción directa de los hechos». Bosh sigue:

—Así que están entrevistando al entorno de las cuatro víctimas: todo familiar con el que tuvieran relación, amistades con las que han tenido contacto en el último año, compañeros de trabajo y, en especial, contactos en las asociaciones de familias de menores trans, que es el nexo común en ambos crímenes. Preparaos para el aluvión de documentación que nos va a inundar en los próximos días. Por otro lado, la gente de Braulio ha pinchado los teléfonos de Salud Ruiz, ex de la primera víctima, y Julio Delgado, marido de la segunda víctima, por si tratara de comunicarse con ellos.

Bosh toma aire y posa su mirada en Juan:

—Goiko, yo sé que debido a tu situación familiar te va a ser difícil estar en esto al cien por cien, ¿me equivoco?

—No te equivocas —dice Goiko disgustado.

—¿Qué te parece que podemos hacer al respecto? —le pregunta Bosh con mucho tacto.

Goiko suspira y piensa por unos segundos.

—Su puta madre, pues me jode mucho porque yo quiero seguir en esto, pero sé que no puedo estar a tope. Eso podría hacer que cometa errores o ralentizar el ritmo del equipo. Así que creo que sería mejor que pusieras a Castro en mi lugar.

—Yo también lo creo —contesta Bosh, muy serio.

Goiko baja la mirada, en un gesto de cierta derrota. Y Bosh continúa:

—Pero vamos a hacer lo siguiente: como el resto del trabajo que tenemos no es urgente y esto es prioridad uno, puedes dedicarte a hacer el papeleo mínimo imprescindible y con el tiempo que te sobre, que será bastante, nos echas una mano. Una visión más general, y viniendo de ti, nos va a ser muy valiosa.

Goiko respira hondo, aliviado.

—Gracias, Bosh.

A Coral no le entusiasma la idea de perder en parte a Goiko y menos aún de tener que coordinarse con Castro, pero sabe que es la decisión correcta. También sabe que debería darle una oportunidad al compañero con el que tiene menos afinidad.

—¿Alguna duda o comentario? —pregunta Bosh.

—¿Se sabe cómo se ha enterado la prensa? —pregunta a su vez Coral.

—Pues mira, sí. Parece que recibieron un mensaje anónimo el viernes que les animaba a investigar las dos muertes, que hasta entonces no habían tenido repercusión mediática. Los del periódico han estado comprobando y atando cabos el fin de semana para sacar la noticia hoy con todos los deberes hechos.

—¿Nos podemos fiar del periódico? Me refiero, ¿no tendrán una fuente y dicen lo del mensaje anónimo para cubrirla? —pregunta Goiko.

—No lo creo, es un periódico más o menos serio. Si tuvieran una fuente, nos dirían que no pueden desvelarla y punto. Yo le doy una credibilidad del noventa y cinco por cien. Lo que nos lleva a pensar que lo más probable es que recibieran un mensaje del propio autor. Cuando se filtra una noticia suele ser por intereses políticos o económicos y aquí, en principio, no hay nada de eso. El periódico ha permitido, además, que los de la Tecnológica rastreen el email del mensaje anónimo. En ello están, ya veis que nadie se quiere perder la

fiesta.

Bosh da por concluida la reunión y mira a Coral:

—Si no hay más cuestiones, ya puedes volver a tu puesto. Goiko, tú llama a Castro y te vienes con él. Antes de cambiar los roles tendrás que ponerle al día de todo.

Coral se pone a trabajar al momento y no para hasta la hora de la comida. Apenas ha levantado la cabeza del ordenador para ver salir a Goiko y a Castro de la oficina de Bosh. Castro lucía un brillo de ilusión en los ojos que Coral no le había visto desde que ingresó en la Sección.

Cerca de la comisaría, Coral entra a uno de sus bares de confianza para tomarse un pincho de tortilla y un refresco. Necesita desconectar. No quiere ni sacar el móvil, donde tiene el mensaje de Davidescu esperando respuesta. Y quizá alguno de Maksim con nuevas disculpas por lo de ayer. Pobre. Coral no quiere contestar a David sin hablar antes con su amiga de cabecera. Tal vez hoy no sea el mejor día, pero es que no lo va a ser ninguno de esta semana y tampoco quiere tener a Davidescu esperando una respuesta tanto tiempo. Así que manda un wasap a Natalia: «Necesito una cerveza, pero no sé a qué hora voy a acabar. Estamos hasta arriba de curro».

Al minuto suena el teléfono: Natalia. Coral acepta la llamada.

—Dime.

—¿Sabes que todas las veces que me has dicho que necesitabas una cerveza ha sido porque tenías algún problema con tu chico de turno?

Coral sonríe.

—Te lo estás inventando, zorra.

Se escucha la risa de Natalia a través de la línea telefónica:

—Sí, pero… ¿he acertado?

—Pues un poco sí. Empiezo a pensar que nos conocemos demasiado bien.

—Si eso es una propuesta para que nos hagamos pareja, me siento halagada, pero declino amablemente. De momento solo me van los tíos.

—Qué gilipollas eres —dice Coral sonriente—. Bueno, ¿qué?

—A ver qué te parece el plan: yo hoy tengo un curso de formación y acabo a las seis; a esa hora me escribes y me dices cómo vas. Si ves que acabas pronto, te espero en algún bar. Si no, me voy para casa y cuando termines me acerco en coche a la comisaría, que a partir de las ocho se aparca bien por allí. Y si te portas bien, igual te llevo luego a casa.

—Ay, qué maja eres. ¿Seguro que no quieres pensarte lo de hacernos pareja?

—De momento no, ya sabes que me van los peludos. Pero si te dejas crecer los pelos de los sobacos igual tienes una oportunidad conmigo.

Coral sonríe con picardía.

—Estoy en ello; luego te los enseño, a ver si la longitud que tienen te va bien.

Se oye de nuevo la risa de Natalia.

—Venga, anda, hacemos eso, espero tu mensaje sobre las seis, ¿va?

—Va, *ciao*.

—*Bye*.

Treinta

Hoy David no trabaja y, después de pasar todo el día en casa, empieza a sentir claustrofobia. Necesita salir y hablar con alguien, así que llama al compañero con el que más afinidad tiene del grupo: Ismael Aguado.

Quedan en un bar de Azuqueca de Henares, un pueblo cercano en el que vive su amigo. Ismael está pasando por un momento vital complicado: empezó a salir con una chica y a los pocos meses se enteraron de un embarazo imprevisto. Ahora, después de tres años largos de convivencia y un hijo en sus plenos *crazy two*, el frágil núcleo de la pareja se está resquebrajando. Ismael tiene la sensación amarga de sentirse engañado; cuando se conocieron, su chica lo apoyaba en su trabajo. Es más, parecía orgullosa de que estuviera en el GEO. Pero a raíz del nacimiento del niño las cosas han cambiado mucho. David, que conoce a la mujer de Ismael, trata de mediar poniendo la situación en contexto:

—Bueno, a eso no le llamaría yo engaño. Ella pensaba de una forma antes de tener familia contigo y ahora ha ido cambiando su punto de vista. Me parece bastante normal; nuestro curro es jodido para criar niños.

—Sí, pero ella ya lo sabía antes de meterse en esto.

—Vale, pero una cosa es saberlo y otra vivirlo, ¿no crees? Yo me imagino, con lo movido que es tu peque, que ella se vuelve loca cada vez que nos vamos a una misión de varios días y se queda sola con él.

Aguado hace un gesto que David no sabe descifrar si es de afirmación o negación. En cualquier caso, no parece demasiado convencido.

—Bueno, ¿y tú qué? —Ismael trata de cambiar de tema—. ¿Te quitas de la cabeza a esa pedorra?

A Ismael nunca le cayó bien Esther y aprovecha cualquier oportunidad para expresarlo. David sonríe; le alivia tener a alguien con quien poder charlar en confianza.

—Pues no del todo, no. Así de imbécil soy.

—Todos somos imbéciles con las tías, es nuestra condición. Hasta que no te cruces con la siguiente que te vaya a joder la vida, la cosa irá lenta.

David sonríe.

—Pues el caso es que me he cruzado con una antigua compañera del cole y la chica me gusta. Aunque tiene novio. Bueno, no sé si es algo serio o no, pero está con alguien.

—¿Habéis quedado?

—Sí, el sábado, a un vermú que se alargó hasta la noche. Conectamos muy bien. Bueno, mejor dicho, reconectamos. Cuando

íbamos al cole estuvimos medio saliendo, cosas de críos. Y hoy me he tirado a la piscina y la he invitado a cenar. No sé qué me dirá, no lo veo claro.

—Bueno, pues eso está bien, a ver qué pasa. Lo importante es que te vayas olvidando poco a poco de Esther.

David no parece muy convencido y mira el botellín que tiene a medias sobre la barra.

—¿Te pido otra? —le pregunta a su amigo—. Voy a cambiar a Coca-Cola porque esta sin alcohol está asquerosa.

Ismael sonríe burlón mirando la cerveza de su amigo y se levanta de la banqueta.

—Vale, voy al baño.

David pide otra ronda al camarero y saca el móvil del bolsillo de forma mecánica.

Todavía no hay respuesta de Coralain.

Treinta y uno

Sobre las nueve de la noche, Coral espera a Natalia en el interior de un restaurante árabe del centro de Madrid. Le gusta el sitio, tiene una decoración cuidada, con una iluminación tenue y cálida que convierte el espacio en acogedor. Lo mejor, los colores; son atrevidos pero elegidos siguiendo una paleta coherente con el resto de elementos del espacio, lo que le genera a Coral una placentera sensación de bienestar. Lo peor, que no sirven alcohol; así que ha tenido que pedir una sin. Tras dar un sorbo, saca el móvil para comprobar sus mensajes: no hay ninguno sin leer. Abre el chat de Davidescu y se queda mirando su oferta de salir a cenar, a la que aún no ha contestado.

Natalia se agacha junto a ella y le besa la mejilla.

—¿Qué tal, perraca?

—Pues ya ves, hasta arriba de curre —contesta Coral sonriente mientras guarda su móvil en el bolso.

Natalia se sienta frente a ella.

—¡Y vaya curre! Imagino que estás superemocionada.

—Superacojonada sería más exacto.

Natalia se sorprende.

—¿Por?

—Puf… Pues a ver cómo te explico, con lo poco que te puedo contar. Digamos que hoy tengo una sensación bastante mala de no estar aportando nada a la investigación.

Llega el camarero y Natalia pide otra cerveza como la de Coral.

—Pero por lo que me has contado tú de lo que hacéis en la Sección, es un proceso muy lento, ¿no? Y esto, según cuentan en la tele, acaba de empezar hace... ¿cuánto, una semana?

—Sí, sí. Pero una cosa es la teoría, que se ve fácil, y otra es currar a saco para perfilar a un monstruo que está por ahí suelto y no conseguir sacar nada, más allá de lo obvio, día tras día.

El camarero trae la cerveza de Natalia y les pregunta si van a comer algo. Lo tienen claro: piden una pastela moruna para compartir.

—Bueno, vale, no te rayes, seguro que el trabajo dará sus frutos. Oye —cambia de tema—, ¿sabes que se ha afiliado?

—¿Qué? —contesta Coral, confundida.

—Alicia, ya no es solo que simpatice con el partido ese. ¡Es que se ha afiliado!

Coral no termina de asimilar la noticia.

—No puede ser.

—Como te lo digo. ¿Qué está pasando con el mundo? ¿Nos estamos volviendo todos locos?

Coral no sabe cómo tomarse esta noticia acerca de su amiga íntima.

¿Sigue siendo íntima? El distanciamiento comenzó hace ya meses y esta progresiva radicalización de Alicia en el ámbito político no va a ayudar a acercarlas de nuevo. La espiral de pensamientos negativos le genera a Coral un súbito cansancio físico y, para sobreponerse, se acaba la cerveza de un trago antes de cambiar de tema otra vez:

—¿Te he hablado alguna vez de Davidescu?

Los ojos de Natalia se iluminan con el cambio de tema.

—Ajá, veo que vamos a lo que veníamos —saca la lengua burlona y luego hace memoria—. ¿Era un compañero friki del colegio o algo así?

—Algo así. No lo había visto desde entonces. Hasta la semana pasada, que me lo crucé en la comisaría.

—¿Detenido?

Coral sonríe.

—No.

—Es poli también, entonces.

—Sí, pero de los malotes. Está en el GEO.

—Mola. ¿Está bueno?

—Bastante.

—Uffff.

Coral sonríe y pregunta de forma innecesaria:

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? Las dos sabemos lo que viene ahora. Has venido para que te dé mi bendición. Y eso que sabes que yo adoro a Maksim y estoy segura de que en tu puta vida te vas a cruzar con otro tío guapo, listo y encantador como él. Pero si estamos aquí teniendo esta conversación significa que llevas varios días pensando en quedar con este geyperman, ¿me equivoco mucho?

—No mucho. Aunque te quedas corta —confiesa Coral—. Ya quedé con él. Y me lo pasé muy bien. Echamos toda la tarde. Y ahora me ha invitado a cenar.

Natalia se echa las manos a la cabeza.

—¡Dios, estás jodida! En los dos sentidos, además. Está claro que el tío te pone.

Coral toma aire.

—Creo que sí.

Natalia suelta una carcajada.

—Creo, dice la cabrona. Pues ya sabes mi opinión. Estas cosas hay que resolverlas cuanto antes. Mejor ahora que cuando estés casada y con dos enanos a medio criar.

—¿Y qué hago con Maksim? ¿Se lo digo?

—¿¡Qué!?¿Tú estás tonta? ¡Ni se te ocurra! Lo más seguro es que el geyperman no sea tu tipo y la cosa no pase de una noche. ¿Vas a mandar a la mierda una relación de dos años por eso?

Coral se queda pensativa. De pronto, parece caer en algo:

—¿Qué es eso de geyperman?

Natalia sonríe.

—Nada, unos muñecos que tenía mi hermano mayor cuando éramos niños, que eran así como soldados, o polis, y estaban mazados.

Llega el camarero con la pastela y se piden otras dos cervezas para acompañarla. Coral saca el móvil de su bolso y lo pone sobre la mesa.

—¿Le digo que sí, entonces?

Coral llega a su casa a las once menos cinco de la noche, gracias a Natalia que la ha acercado. Sabe que debería acostarse y descansar, pero no puede resistirse a abrir el diario del niño sin nombre y continuar leyendo por donde lo dejó, seis meses después del primer día que empezó a escribirlo. El niño aún tiene nueve años:

Hola diario!

Hoy ha sido un día muy guay. Después del comedor he tenido el primer entrenamiento de voleibol con el equipo del cole y me ha gustado mucho. En el equipo hay chicos y chicas mezclados y lo pasamos bien. Creo que todos somos bastante malos, pero el entrenador dice que ya mejoraremos. El entrenador sonríe mucho y nos habla como si fuéramos adultos y eso me gusta.

Después del entrenamiento me ha recogido la abuela y hemos ido a una cafetería a merendar. La abuela me escucha siempre y creo que es la que mejor me conoce de la familia y eso que no paso tanto tiempo con ella. Hoy la abuela me ha preguntado si yo quería saber un secreto. Yo le he dicho que claro que sí y ella me ha hecho prometer que no se lo contaré a nadie. Yo se lo he prometido y ella me ha contado su secreto. La verdad es que su secreto es un poco tonto y le he dicho que yo tengo otro más grande que no sabe nadie y que guardo desde que soy pequeño. Bueno, no sé si le he dicho «desde que soy pequeña» o «desde que soy pequeño» porque con mi abuela a veces se me olvida hablar como una niña. La abuela me ha dicho que sí que quería saberlo y que me prometía no contarlo a nadie. Yo estaba muy nervioso, pero confío en la abuela, así que le he contado que, aunque tengo vulva, soy un niño.

Ella se ha quedado callada un poco y luego ha sonreído y ha dicho que «algo se barruntaba». Yo no sé lo que significa eso, pero justo después de decirlo se ha levantado y me ha dado un abrazo muy muy largo.

Y cuando me estaba abrazando he pensado que ese era el mejor abrazo que me han dado desde que nací.

Treinta y dos

A las 5:55 suena el despertador de Enrique Bosh, que abre unos párpados cansados. En contra de lo que le pide su cuerpo, se levanta de un tirón mientras mira con envidia a su mujer, que ni se ha enterado de la alarma.

Pone la cafetera italiana en el fuego y se mete en la ducha.

Se toma el café, solo y sin azúcar, sentado en una banqueta que tiene junto a la encimera de la cocina. Desconecta el móvil del cargador y empieza a echar un vistazo a la prensa nacional en la pantalla. Da por supuesto que la noticia de los crímenes en serie se ha dispersado ya por todos los periódicos nacionales, pero la portada del mismo diario que ayer destapó la noticia lo pilla desprevenido: «El asesino inquisidor da un ultimátum al Gobierno».

Pero… ¿qué? Pincha en la noticia y lee con rapidez la información. Cuando termina, Enrique se frota los ojos con gesto de abatimiento.

Treinta y tres

La noticia que abre el periódico a toda página dice así:

«El Inquisidor, apenas veinticuatro horas después de haber reivindicado la autoría de los dos dobles crímenes, lanza un órdago a los dirigentes de la nación:

Exijo al Gobierno la derogación inmediata de las leyes LGTBI recientemente aprobadas. Si no se atiende mi exigencia en el plazo de cuarenta y ocho horas, continuaré con el plan de acción que me ha sido encomendado, para restaurar los fundamentos morales en este país olvidado de la mano del Señor y conseguir, así, su perdón».

El comisario de la Policía Judicial cierra el periódico. Mira a los jefes de los grupos VI y VII, después al jefe del Grupo de Secuestros y por último a Bosh, al que se dirige:

—Amador, Vallejo y Braulio ya me han contado los avances. Y han terminado pronto, he de decir.

Braulio y Vallejo se revuelven en su silla, Amador se mantiene impasible. El comisario continúa dirigiéndose a Bosh:

—¿Vosotros tenéis algo que pueda ayudar?

Bosh niega con pesadumbre.

—Nada más allá de lo que han sacado los grupos VI y VII. Estamos ante un psicópata inteligente, muy organizado, con habilidad y suerte. Ha conseguido no dejar huellas ni rastros biológicos en dos crímenes muy complejos, así que está claro que lleva mucho tiempo preparando esto. Parece que tiene prisa; pasaron solo seis días entre el primer crimen y el segundo, después dejó pasar apenas un fin de semana para darse a conocer en un periódico y un día más tarde lanza esta amenaza al Gobierno. No me parece fruto de la precipitación, sino más bien de un plan frenético. Y tiene cierta lógica que sea así, es muy complicado mantener una infraestructura de secuestro múltiple, y cuanto más se alargue en el tiempo, más posibilidades de ser descubierto. Eso lo sabe el autor y lo tiene en cuenta, así que es muy probable que pasado mañana, en cuanto acabe el plazo que ha marcado, actúe de nuevo.

Braulio no puede resistirse a meter la pulla:

—Enhorabuena, noticias frescas, pero te ha preguntado si tenéis algo nuevo.

Bosh respira hondo e ignora sus palabras. El comisario interviene:

—Braulio, no seas borde —ahora se dirige a los tres—. Vale, sobra decir que hay que dejarse los huevos en esto. Toda vuestra gente —señala a Vallejo, Braulio y Amador— tiene que dedicarse en exclusiva a este caso. Y si hay que tirar de los locales, me decís. Ya están avisados de que si alguno se encuentra con otra escena del crimen, nos llamen de inmediato y no toquen nada. Manda cojones

que haya que recordar esto, aun así, veremos si nos hacen caso.

Vallejo parece un poco molesto. El comisario lo detecta y le pregunta:

—¿Algo que apuntar?

—Nada, solo que está claro que asumimos que va a volver a actuar antes de que lo cojamos.

El jefe lo mira con una mezcla de hartazgo e impaciencia. Realiza una respiración completa y profunda antes de volver a hablar:

—¿Tenemos algo hasta el momento que nos invite a pensar lo contrario?

Vallejo cierra los ojos con frustración por un segundo y contesta, con gesto de derrota:

—Nada aún.

Amador toma la iniciativa preguntando al comisario:

—¿Sabemos algo de las intenciones de los de arriba? ¿Van a hacer algún tipo de declaración, al menos para intentar ganar tiempo?

—Ni puta idea tengo, para variar. Ya sabéis que a nosotros nos consultan entre poco y nada. Deciden lo que les sale del nabo y después nos dan órdenes. Si piensan hacer un comunicado, tendremos suerte de enterarnos un rato antes que los propios medios. Y no descartéis que nos dejen en bragas.

Treinta y cuatro

Coral no logra concentrarse en el trabajo, demasiadas cosas en su cabeza: la noticia de la amenaza del asesino; Bosh reunido con el gran jefe y los de Homicidios; el mensaje de Davidescu todavía sin contestar, porque al final Natalia, pese a darle su bendición, le aconsejó que tomara la decisión hoy, más despejada. Y de remate, Maksim, que le ha escrito a primera hora de la mañana diciéndole que este fin de semana está decidido a pasar una noche completa con ella. «Desafiando la autoridad de mi santa madre», le ha faltado añadir. ¿No había otro momento, en los dos años que llevan juntos, que este puto fin de semana?

Vamos a ver, lo más sensato sería declinar la oferta de Davidescu, ahorrarse un probable desengaño de lo que espera de él y aceptar la oferta de su prometido. Pero ¿qué es lo que espera de David? No tendría que esperar nada, aunque siempre ha guardado con mucho cariño ese recuerdo del compañero de colegio que se convirtió en amor platónico adolescente. Y ese recuerdo idealizado va y se materializa ahora en el cuerpo de un hombre atractivo. Muy atractivo. Coral sabe que debería rechazar o al menos posponer de forma indefinida la propuesta de Davidescu. Pero no es eso lo que le pide el cuerpo. Además, tiene la bendición de Natalia. Así que abre en su móvil el wasap, busca la conversación y sus dedos escriben veloces: «Vale, ¿este jueves por Madrid?». Y lo envía antes de darle más vueltas.

Respira hondo. «Ahora ya, si quieres, te centras en el curre», se dice mientras sacude su cabeza tratando de abandonar ese bucle de pensamientos.

Revisa la documentación sobre las líneas de investigación que se están siguiendo. Una de ellas se centra en el embudo del segundo crimen, que al parecer data del siglo XVII. Pero si sus compañeros han tenido poco éxito hasta ahora con el rastreo de la pera de la angustia, más complicado aún va a resultar el seguimiento de este objeto, mucho menos exclusivo. La vía de los disfraces de oso o de Catrina ha sido finalmente desechada por el inabarcable volumen de oferta existente en internet.

Coral pasa a abrir uno de los informes más recientes de Homicidios. Se trata de una extensión de la declaración de Julio Delgado, el superviviente del último crimen. El informe es corto y Coral lo lee en pocos minutos. En él, Julio detalla algo que recordó después de su primera declaración: durante la tortura a su mujer, en uno de los paseos del asesino a la cocina para llenar la jarra de agua, se acercó a él, se le quedó mirando a los ojos y de su móvil salió esa horrible voz

que dijo algo como: «Tú eres tan responsable como ella. Si no hubieras permitido que tu hijo se desviara de esta forma, nada de esto estaría pasando».

Cuando se acercó tanto a él, pudo ver el color de sus ojos: azules. Y se dio cuenta además de que llevaba lentillas.

Coral cierra el informe, transfiriendo el dato de la información del testigo a una tarjeta cuadrada de color verde. No es demasiado, pero podía ser peor; los ojos azules y el uso de lentillas no son mayoritarios y en un momento dado podría ayudar a descartar sospechosos.

Abre otro de los informes en los que se transcriben entrevistas con la familia de las víctimas. A los pocos minutos desiste, no puede concentrarse en la lectura. No hasta que vuelva Bosh y les cuente cómo está la cosa. Así que decide releer la prensa para otear el panorama mediático y político, que de forma irremediable les va a influir en su trabajo. A esas horas, todos los periódicos digitales se han hecho eco de la noticia y las columnas de opinión sobre lo que debería hacer el Gobierno se amontonan en la inmensa nube digital del periodismo. Los medios afines al Gobierno progresista abogan por una defensa férrea de las leyes transgénero vigentes y muestran su confianza en los cuerpos y fuerzas de seguridad para salvar a los adolescentes y detener al asesino. Los medios afines a la derecha cuestionan la idoneidad de la ley, pero manifiestan también su confianza en la policía para la resolución del caso. El partido ultraderechista en auge ataca al Gobierno y lo responsabiliza de la muerte de las víctimas actuales y futuras por haber aprobado unas leyes LGTBI discriminatorias e injustas. El partido radical de izquierdas carga contra el partido ultraderechista y lo responsabiliza de la aparición del Inquisidor, alentado por su discurso de odio.

Coral guarda el móvil con cierto abatimiento, le exaspera que se haga campaña electoral de cualquier tragedia, haya o no haya elecciones a la vista. Su desencanto con la clase política de los últimos años es creciente y la mayoría de los medios de comunicación se han ganado también su antipatía. Percibe, además, que no solo le ocurre a ella; la gente empieza a cansarse de tanta confrontación, de tanta demagogia, de que se apele todo el tiempo a los sentimientos y a las emociones para intentar que te tragues su veneno y tomes partido.

Por fin llega Bosh y les pone al día a los tres de lo que se ha hablado en la reunión: aparte de todas las investigaciones que están en marcha, los de Homicidios van a iniciar varias líneas de seguimiento a miembros de grupos de extrema derecha; a aquellos que creen que podrían ser capaces de meterse en algo así. El hecho de considerar que esta hipótesis es factible les obligaría a retomar la posibilidad de que el autor sea más de una persona.

Al escuchar a su jefe, Coral no puede evitar compartir su propio

juicio:

—En mi opinión, la naturaleza de estos crímenes es demasiado elaborada, demasiado creativa para un grupo de simples extremistas sin actividad criminal previa.

Castro levanta la mano como si estuviera en el colegio y enseguida secunda la opinión de Coral:

—Completamente de acuerdo, no lo veo.

Goiko no lo tiene tan claro:

—Bueno, no creo que sea descartable del todo tampoco, y menos cuando nuestros compañeros han considerado iniciar ese camino.

—En realidad no es algo que nos vaya a influir demasiado en nuestro método de trabajo —concluye Bosh—. Merece la pena tenerlo presente como posibilidad, por si en el transcurso de nuestros análisis se descarta la asunción inicial de un solo autor. En realidad, sabemos que la ejecución del segundo crimen la realizó una sola persona, pero no tenemos la certeza absoluta de que sea la misma que el anterior. Y menos aún que no haya más gente por detrás dando soporte.

Todos muestran su acuerdo. Bosh lanza una pregunta al aire:

—¿Cuál fue el criterio que siguió el asesino para seleccionar a las víctimas?

Los tres se miran entre ellos, desconcertados. Él sonríe al ver sus caras de extrañeza.

—A ver, que no me está dando un ictus, obviamente el criterio básico es «adolescente trans». Pero a lo que yo voy es: ¿por qué estos dos chavales y no otros? ¿Cómo ha llegado a decidirse por ellos? ¿Qué tienen en común en ese sentido? Lo que nos debemos preguntar siempre con respecto a las víctimas, vamos.

Los cuatro guardan silencio por unos segundos.

—Los chalets —dice Coral.

Bosh la mira con atención.

—Un criterio puede haber sido que viven en chalets —continúa ella—. Con entradas individuales, pocos vecinos cercanos. Tanto la entrada como los rituales de torturas con los que se ha explayado en el interior de las casas habrían sido todavía más arriesgados si las víctimas hubieran vivido en un piso.

Bosh asiente y retoma el hilo.

—Podría ser. Y si esta inferencia fuera correcta, nos llevaría a preguntarnos: ¿Cómo sabía el asesino que estas víctimas vivían en chalets?

—Una posibilidad podrían ser los foros —apunta Castro. Bosh lo mira, invitándolo a que continúe—. He estado echando un ojo a las webs de las dos asociaciones trans y cada una tiene un foro al que he podido acceder de forma sencilla. Los dos están bastante concurridos. La gente habla con mucha desenvoltura, sin tener demasiado en

cuenta que está en un lugar público en el que cualquiera puede leerte. Los moderadores sí son prudentes y en cuanto surgen temas personales los derivan a email privado.

—Pues ya tenemos tarea —apunta Bosh—. Habrá que revisar ambos foros a ver si aparecen entradas de las dos familias en las que el asesino pueda haber inferido que vivían en chalets. Es un trabajo sencillo y rápido y que nos va a permitir, como mínimo, descartar opciones. Así que, Castro, tú que has empezado con ello, sigues hasta el final, ¿vale?

—Perfecto —contesta al momento Alberto, satisfecho.

A Coral le sorprende el cambio que ha experimentado Alberto Castro desde que ha sido asignado al caso. De ser una persona huraña, a veces incluso desagradable, a comportarse de forma impecable en lo profesional. ¿Puede alguien tener dos caras tan diferenciadas? En realidad, todos tenemos muchas caras. Quizá lo que diferencia a Castro es que no quiere o no puede disimular.

—Una última cosa antes de ponernos a ello —dice Bosh—. Yo siempre os he animado a ser muy rigurosos en la fase de extracción de las inferencias para que tuvieran la menor carga especulativa posible. El motivo es que solemos trabajar en casos sin mucha urgencia, en los que no nos podemos permitir el lujo de elaborar hipótesis demasiado creativas porque no tenemos siempre a mano un equipo de investigación para comprobarlas. Sin embargo, ahora estamos en el escenario opuesto: vamos contrarreloj, ya que hay vidas en juego, y además tenemos todos los recursos disponibles para comprobar nuestras hipótesis. Así que tenemos que incrementar nuestro nivel de creatividad a la hora de extraer inferencias y elaborar hipótesis. No hay que tener miedo a fallar, lo único que no podemos permitirnos es quedarnos sin ideas.

Todos permanecen en silencio asimilando las palabras del jefe, que cierra:

—Pues venga, al tajo.

Coral vuelve a su puesto y recuerda algo que le pareció incoherente al leer la declaración en los medios: al parecer el objetivo de este despiadado asesino es obligar al Gobierno a retroceder en las leyes hasta posiciones morales más tradicionales. Es decir, un asesino, alguien que desprecia las normas más básicas de la sociedad ¿exige que se modifique una de esas normas? En principio no tiene demasiada lógica; pero, claro, ¿cuál es la lógica que sigue este monstruo? Por desgracia todavía lo desconoce.

Ahora tiene que centrarse en lo concreto. Hay dos preguntas clave sobre las que trabajar: ¿Por qué ha dejado un testigo vivo? ¿Y para qué se lleva a los menores? Ahí es donde debe ponerse creativa y explorar diferentes posibilidades de respuesta a esas dos preguntas.

El día de trabajo transcurre con rapidez. Sumergida en los distintos informes de los investigadores, cuando quiere darse cuenta son las ocho de la noche.

De vuelta a casa en el tren piensa en llamar a Maksim e inventar una excusa para rechazar su propuesta de quedarse a dormir con ella. Pero antes de pulsar el botón de llamada de su móvil, se arrepiente. No quiere mentirle y además teme que Maksim se lo pueda notar en la voz, así que le escribe un mensaje posponiendo el problema: «Muerta y enterrada después de un día infernal. Me voy directa a la cama, mañana hablamos». Pulsa el botón de enviar mientras trata de convencerse de que no ha mentido.

Treinta y cinco

Coral cena algo rápido, se sienta en la cama con la espalda sobre la almohada colocada entre ella y la pared. Apoya el portátil sobre sus piernas y abre el diario del niño sin nombre por donde lo dejó la última vez. El protagonista tiene ahora diez años.

Hola, diario,

Hoy estoy un poco enfadado. Mamá lo ha vuelto a hacer, me ha vuelto a comprar una falda. «Es que la he visto en la tienda y te he imaginado con ella, tan mona», ha dicho. Entonces yo me he hartado ya y le he dicho que no quiero que me compre más ropa de chica, que nunca me la voy a poner. Mamá ha puesto cara de sorprendida, pero yo sé que no estaba sorprendida de verdad porque es imposible, porque yo hace años que no me pongo la ropa de chica que ella me compra. Entonces me ha preguntado que por qué no me voy a poner nunca ropa de chica y yo le he dicho que porque es más cómoda la de chico. Ahora me arrepiento de haber mentido. Bueno, no es mentir del todo porque es verdad que la ropa de chica es más incómoda de poner que la de chico, pero es una verdad a medias, porque no es verdad que yo no me la ponga por eso. Tendría que haberle dicho la verdad completa. Tenía que haberle dicho: «Mamá, no me voy a poner ropa de chica porque yo SOY UN CHICO, ¿es que no lo ves?». Pero no me he atrevido y por eso estoy enfadado conmigo mismo.

Bueno, también estoy un poco enfadado con mi madre. ¿Por qué no puede verme como yo soy de verdad? ¡Es mi madre!

Y también otro poco con mi padre, porque sé que cuando se entere de que yo soy un chico no le va a parecer bien.

¿Por qué mis padres no pueden ser como mi abuela, que me quiere ahora igual que cuando creía que era una niña?

Hace una pausa. La historia del niño sin nombre le ha recordado un episodio de su propia vida. Con cuatro años, quizá cinco, se despertó en medio de la noche y llamó a sus padres porque le dolía mucho la tripa. Ellos acudieron a su cuarto y le pidieron que describiera ese dolor. Entonces ella explicó que era un dolor verde oscuro, creyendo que así entenderían su intensidad. Pero su madre, somnolienta y sonriente, le dijo: «Cariño mío, los dolores no tienen color. Cuéntame cómo es tu dolor de verdad». No sabía por qué su madre le decía eso e insistió en describir el dolor tal y como lo sentía: un verde oscuro, muy intenso. Y es que cuando a Coral le duele algo, de niña y también ahora de adulta, siempre se manifiesta en una tonalidad de verde, más oscuro cuanto más intenso. Cuando se va calmando, el color comienza a amarillear y a perder fuerza, hasta que desaparece. Ella siempre había pensado que esto era así para todo el mundo. Pero esa noche,

cuando sus padres perdieron la paciencia y se volvieron a su dormitorio, dejándola sola con su mal, comprendió que ellos no sentían los dolores de la misma forma que lo hacía ella. Y pronto descubrió que ninguno entre sus conocidos «veía» verdes los dolores. Ni verdes ni de ningún otro color. Pensó entonces que era la única niña en el mundo a la que le pasaba eso y aprendió además que tendría que ser su secreto, porque cada vez que hablaba del tema la miraban como si estuviera loca. O peor, como si le gustara mentir.

Aquel episodio permanece muy presente en la memoria de Coral porque le apenó mucho la falta de sensibilidad de sus padres. Aunque no la creyeran, aunque pensaran que todo aquello era un cuento para llamar su atención o para reclamar su cariño, ¿por qué no la calmaron de alguna forma? ¿Por qué no la tranquilizaron con un abrazo o llevándosela con ellos a su cama? Pero más allá de aquella decepción familiar, a Coral el episodio no le causó mayor trastorno social; aprendió a obviar esa parte de la descripción cada vez que tenía que explicarles una dolencia a sus padres o a un médico. Sí que recuerda una extraña y desagradable sensación de soledad por sentirse la única persona en el mundo a la que le pasaba eso. ¿Por qué a ella?

Ahora, leyendo el diario del niño sin nombre, no quiere ni pensar cómo se agudizaría en el caso de este niño esa sensación de ser diferente, de que nadie comprenda lo que te pasa y, sobre todo, de no poder contarlo por temor a ser rechazado, incluso por tu propia familia.

Treinta y seis

Coral se sienta en su puesto en la oficina y rememora los puntos importantes que han tratado en la reunión de primera hora que acaba de finalizar.

Alberto Castro ha llegado con sus deberes hechos; tras leer los foros de las dos asociaciones al completo, comprobó que no hay entradas de ninguna de las víctimas. Así que se descarta como vía del asesino para descubrir quién de los asociados vivía en casas «accesibles». Pero en los foros sí hay alguna referencia a chats privados de las asociaciones. Castro no ha tenido acceso a ellos porque son de uso exclusivo de las familias asociadas y también, al parecer, de familias que están aún dudosas de dar el paso de unirse. Por lo que se desprende de los comentarios de los foros, en los chats se comparten vídeos, fotos y se cuentan vivencias de los adolescentes con el objetivo de hacer comunidad y también de arropar a las nuevas familias que empiezan a tomar conciencia del duro camino que tienen por delante.

Con estos nuevos datos, Castro ha formulado una sugerencia operativa para los investigadores: solicitar los permisos pertinentes y descargar el histórico de los chats de las dos asociaciones para comprobar si el asesino pudo haber obtenido información de las víctimas por esta vía. A Bosh le ha parecido perfecto y se ha marchado en el mismo momento para trasladar la sugerencia a Amador.

Ahora Coral se sumerge de nuevo en la tarea de extraer datos de los nuevos informes. Dado el ingente volumen de documentación que se va acumulando, se ha visto forzada a discriminar información y ya solo anota en sus cartulinas de colores los datos con posibilidades de ser relevantes. Aun así, ya ha rellenado cientos de tarjetas con datos, casi todos ellos relacionados con las víctimas, así como varias decenas de tarjetas ovaladas donde anota las inferencias, pero todavía no ha podido elaborar ninguna hipótesis que resulte de utilidad a la investigación.

A media mañana, tras completar la lectura de un informe más, decide tomarse un breve descanso ojeando la prensa digital. Tiene bastante claro que el Gobierno no va a ceder al chantaje de un «loco extremista», como lo han definido, pero está por ver cómo lo venden o qué ofrecen a cambio para, al menos, evitar que los critiquen demasiado por haberse quedado de brazos cruzados. Nada más entrar a la web de un periódico de tirada nacional se encuentra con la noticia de que esta misma mañana el presidente del Gobierno ha comparecido ante los medios, sin admitir preguntas, para dirigirse al Inquisidor.

«Libere a los niños y tiene mi palabra de que abriremos un debate en el Congreso para modificar la ley LGTBI, en el que escucharemos a

todos los grupos políticos».

Coral suspira. No se ha mojado demasiado, aunque tampoco cree que pueda hacer mucho más. El caso es que el comunicado no resuelve nada y la cuenta atrás de la amenaza del Inquisidor mantiene en vilo a todo el cuerpo policial.

Antes de empezar a leer el siguiente informe, se desconcentra por un instante y empieza a imaginar la cita de mañana con Davidescu, pero un sentimiento de culpa arruina la fantasía.

«¡Céntrate en el curro!».

Bosh vuelve a la oficina y les pone al día:

—He trasladado a Amador la sugerencia y le ha parecido una idea muy buena. Por lo visto ellos habían revisado por encima los foros, sin reparar en las referencias a los chats privados. Y le ven posibilidades, así que me han prometido ponerse con ello de inmediato. En cuanto tengan la transcripción completa de los dos chats, nos la harán llegar.

Coral respira hondo deseando que esa vía, o cualquier otra, los conduzca cuanto antes a descubrir a ese asesino que ayer prometió volver a actuar en cuarenta y ocho horas.

Es decir, mañana mismo.

Treinta y siete

Coral llega a casa sin haber contestado ninguno de los cinco mensajes de Maksim. No quiere volver a mentir diciendo que está cansada o alguna excusa similar, pero sabe que está actuando de forma injusta. Tiene una sensación extraña sobre sí misma; estos últimos días siente como si no fuera ella, como si se hubiera tomado unas vacaciones de la persona que era hasta hace una semana y estuviera en la piel de una desconocida, experimentando una nueva forma de afrontar las decisiones. Pero ¿y si fuera justo al contrario? ¿Y si ella se está comportando ahora como es en realidad, como siempre ha sido? ¿Y si la persona que ha ido cambiando ha sido la que lleva dos años saliendo con Maksim?

No se siente con fuerza ni es el momento para hurgar en su propia esencia, así que intenta evadirse de sus tormentosas cavilaciones redirigiendo sus pensamientos al caso.

El verde oliva del miércoles sigue impregnando el ambiente, con una intensidad inusual a estas horas del día, en las que debería estar casi diluido. Coral no tiene hambre, y eso que apenas ha comido un bocadillo desde que salió de casa esta mañana temprano. Tampoco consigue concentrarse en la lectura de uno de los informes que tiene pendientes.

«¡Mierda puta!», se recrimina a sí misma mientras saca su móvil del bolso con un impulso y abre el wasap: «Lo siento, pero necesito estar desconectada lo que queda de semana».

Eso está bien. No ha mentido. Pulsa enviar.

Vuelve a escribir: «El finde te lo compenso». Y añade un emoticono de un beso.

Pero antes de enviar se lo piensa.

Borra la frase. Deja solo el emoticono. Pulsa enviar.

Sabe que Maksim no va a insistir. Está loco por ella, pero también tiene amor propio.

Coral abandona el informe que había empezado y decide que la mejor manera ahora de huir de su conciencia y centrarse en el trabajo es sumergirse de nuevo en la lectura del diario del niño sin nombre. Está enganchada a su historia, pero no solo por el caso, sino porque ha empatizado de forma muy intensa con el chaval. Ayer se quedó en los once años recién cumplidos y ahí lo retoma:

¡Hola, diario!

¿Sabes? Hoy estoy orgulloso de mí mismo y he pensado que voy a dejar de ser un niño sin nombre. Ya he decidido cómo me voy a llamar cuando me atreva a contar a la gente lo que soy. Me gustaban también Marcos, Samuel y Julián, pero al final me he decidido por Álex. Álex, el niño con

vulva en lugar de pene.

Como ya te he contado otras veces, mamá siempre que me lleva a la peluquería le dice a la peluquera que me lo deje corto, pero con «un poco de forma». Yo creo que es una clave que tiene con ella para que me deje una melena corta. Pero hoy me he atrevido a decirle a la peluquera que no, que yo quiero un corte de pelo de chico. La peluquera ha mirado a mamá como preguntando qué tenía que hacer y mamá me ha preguntado a mí que por qué lo quiero como un chico. Le iba a decir que es más cómodo ahora que viene el buen tiempo, pero me he venido arriba y le he dicho: «Porque me gusta más así». Estoy muy orgulloso porque he conseguido decir la verdad completa.

Mamá ha abierto la boca como para decir algo, pero al final no ha dicho nada. La peluquera ha preguntado cómo lo hacemos entonces y mamá ha dicho: «como ella quiera». ¡Y ahora tengo el pelo supercorto! Me he pasado diez minutos mirándome al espejo del baño y estoy encantado. Ahora soy mucho más yo.

Papá no ha entendido por qué me gusta llevar el pelo así, igual que no entiende que siempre lleve chándal y camisetas de animales o de superhéroes. La verdad es que no me gustan tanto los superhéroes, pero es lo que más llevan los chicos. Yo ya sabía que papá no lo iba a entender, así que me da igual. Bueno, no me da igual, pero prefiero pensar que me da igual.

El caso es que estoy muy contento de tener el pelo así y estoy deseando que todos mis compañeros me vean mañana. Ahora cuando acabe de escribir voy a ir al baño a mirarme otra vez. A lo mejor le pido a mamá que me ponga un espejo en mi cuarto.

Treinta y ocho

David está en el jardín tomando su café con leche en vaso de cristal. Los días que libra se levanta una hora más tarde y disfruta doce minutos más de ese rato mágico de la mañana. Le gusta perder su mirada en la hierba recién regada y tratar de no pensar en nada. Las veces que lo consigue, como hoy, alcanza un estado de semisomnolencia muy placentero.

Una melodía de móvil interrumpe su momento. Sabe que ese sonido corresponde al jefe de grupo y Sergio solo llama cuando surge una operación no planificada.

«Mierda, hoy no», piensa mientras pulsa el botón de contestar:

—¿Qué tenemos, Sergio?

—Misión en Madrid. Salimos en treinta y cinco minutos.

—¿Larga?

—En principio no, pero ya sabes.

Claro que lo sabe; hay operaciones que se resuelven en horas y otras que se alargan días o incluso semanas.

Cuelga y hace el cálculo de tiempo: tres minutos para lavarse los dientes, dos minutos para calzarse, coger el petate que siempre está preparado y salir de casa. Dieciocho minutos máximo para llegar a la base. Y cinco para posibles contratiempos. Es decir, le quedan siete minutos para disfrutar de su momento del café.

Mientras lo saborea piensa en avisar a Coral, pero decide esperar a ver cómo se desarrolla la jornada. Han quedado para cenar, con un poco de suerte no tendrá que cancelarlo.

En este momento toma plena conciencia de lo ilusionado que está por su cita con ella.

Nada más arrancar la mañana, Bosh los convoca para la ya habitual reunión de primera hora anunciándoles que hoy los va a acompañar el jefe del Grupo VI. Amador les entrega en persona el volcado de los chats junto con su agradecimiento por la nueva vía de investigación que eso ha propiciado. Se explica:

—Las familias de niños y adolescentes trans comparten en estos chats vivencias con sus hijos, se dan consejos entre ellas y resuelven las dudas de las familias más «novatas». Tras revisar todo el histórico de los dos chats, encontramos en el primero de ellos una pregunta lanzada hace un año por Marta, una mujer que acababa de ingresar en el grupo. En los mensajes previos se presentó como madre soltera de un hijo muy agobiado que creía ser transexual. Pocos días después de su ingreso en el chat publicó este mensaje: «Estoy pensando en mudarme a una casa con un pequeño jardín, para despejarnos los dos un poco. ¿Qué opináis?». Una de las personas que responde es Salud Ruiz, que le contesta: «Te escribo por privado y hablamos, ¿vale?». La tal Marta abandona el chat un par de semanas después, alegando que su hijo está teniendo muchas dudas acerca de su identidad y necesita tiempo para reflexionar.

Coral, Castro y Goiko se miran entre ellos, excitados por las noticias. Amador sigue:

—Como ya imagináis, esto de por sí ya es un hilo de donde tirar, pero lo que termina de confirmar que tenemos algo es la coincidencia casi exacta con otra pregunta realizada en el segundo chat, apenas un mes después. En este caso, el mensaje decía: «Mi hijo cree que estaría más tranquilo en una casa con un pequeño jardín. ¿Cómo lo veis?». Alba, la mujer que firma la pregunta, se había incorporado al chat tres semanas antes. Una de las personas que contestó fue Julio Delgado, que dijo: «Te cuento nuestra experiencia por privado». La supuesta Alba también abandonó poco después el foro arguyendo la misma excusa que en el anterior. A primera hora de hoy hemos contactado con la Unidad de Investigación Tecnológica y están rastreando las IPs de los usuarios Marta y Alba. Es más que probable que coincidan en una sola persona, ya sabéis quién. El GEO está preparado para una posible intervención y el juez avisado para firmar una orden de arresto y otra de registro en cuanto la Tecnológica nos acote una dirección física.

Bosh cierra los ojos por un instante, soñando con que las pesquisas tengan su fruto. Amador se despide:

—Gracias otra vez por el buen trabajo. Esperemos que haya suerte y podamos atrapar a ese monstruo hoy mismo. En cuanto sepa algo de la Tecnológica, seréis de los primeros en enteraros. Os lo habéis

ganado.

Amador se marcha, dejando en la oficina de la SAC una atmósfera de moderado optimismo. Bosh se percata de que Coral se ha quedado pensativa.

—¿Qué pasa por esa cabecita, Soto?

—Me imagino —dice ella— que los del Grupo VI habrán descubierto estos mensajes fijándose en las intervenciones de las propias víctimas. Es lo más lógico, porque constituyen el hilo del que tirar. Y supongo que, una vez localizados estos dos usuarios sospechosos, Marta y Alba, también habrán comprobado si obtuvieron información de otras familias, que podrían convertirse en futuras víctimas —Bosh la escucha con atención—. Pero me pregunto si habrá más familias a las que el asesino haya contactado a través de estos chats, pero con otros usuarios distintos a Marta y Alba, que se haya ganado su confianza y ahora corran el riesgo de ser nuevas víctimas. Por otro lado, también puede ser que el asesino no solo se haya limitado a estas dos asociaciones, quizá haya pescado más información de familias de niños trans en otras.

Bosh, Goiko y Castro se quedan en silencio unos segundos, valorando las palabras de Coral.

—Buen análisis —apunta Bosh—. Hablo con Amador para comprobar si está ya en ello. Vosotros, mientras tanto, os ponéis a revisar los chats de arriba a abajo.

Coral, Goiko y Castro acuerdan dividir en tres partes el documento que han imprimido del volcado de los chats y se ponen a revisarlo todo de inmediato.

El trabajo no resulta tan extenso como creían y en una hora han descartado que el asesino contactara por alguno de esos chats a más familias. Existe todavía la posibilidad de que lo haya hecho a través de otras asociaciones, pero esa es una investigación que no les compete y, además, tienen la seguridad de que el grupo de Amador se ha puesto con ello.

Cada uno vuelve a su tarea y Coral decide seguir leyendo el diario de Álex. Antes de comenzar, busca de nuevo su fotografía para refrescar la imagen de este chico pecoso y alegre que aparenta ser más joven de lo que es. Retoma la lectura donde la dejó anoche:

Hola, diario,

Hoy ha pasado algo importante y es que por fin he tomado una decisión. Bueno, en realidad ha sido gracias a la abuela, porque ella lleva un tiempo preguntándome cuándo voy a decirle a mamá que soy un chico. A mí todavía me da un poco de miedo, no tanto por mamá, pero es que sé que se lo va a contar a papá y él se lo va a tomar fatal.

El caso es que hoy la abuela me lo ha preguntado otra vez y al decirle

yo «no sé», ella me ha dicho que me puede acompañar, que podemos elegir una tarde que papá no esté en casa y contárselo a mamá sin que papá lo sepa. Que ella le hará prometer a mamá que no le va a contar nada a él. Yo solo no me atrevería, pero si voy con la abuela creo que mamá cumplirá la promesa y no le dirá nada a papá hasta que yo esté preparado. Así que le he dicho que sí.

Vamos a hacerlo el próximo jueves. ¡Qué nervios!

Es un alivio que para esta parte del plan no necesite ningún disfraz, aunque más adelante tendré que volver a utilizarlos. De momento, la suerte me acompaña; el chico llega solo a la parada del autobús. Es fácil reconocerlo, con ese peinado igual al de otros miles de adolescentes y una de las camisetas de tirantes que lleva siempre. Me acerco, paro junto a él y bajo la ventanilla del copiloto.

—Perdona, no sabrás por donde está la calle Umberto Eco.

El chico se encoge de hombros.

—Ni idea.

Aunque la calle esté paralela a la de su casa, yo ya contaba con que podría no conocerla, así que le digo:

—Por lo que me han dicho, es una calle con muchas franquicias. Hay un Starbucks y un Burger King pegados al final.

Esa información parece iluminar su bombilla. Bendita globalización. Sin demasiadas ganas de ayudarme, empieza a darme unas explicaciones que no escucho. Cuando parece que ha acabado pongo mi mejor sonrisa de disculpa:

—Uf, perdona, me he perdido. ¿Puedes empezar de nuevo?

El muchacho suspira con impaciencia y en ese momento sé que en su cabeza nace la idea que le estaba induciendo:

—Yo vivo cerca. Si quieres voy contigo y te voy indicando.

Perfecto. Hago como que dudo un segundo y luego vuelvo a sonreír.

—Vale, sube.

Arranco con el chico en el asiento de copiloto. Su ventanilla sigue bajada. La he dejado bloqueada y si me pide subirla le diré que se ha atascado. En cuanto gire a la derecha en el siguiente cruce, llegaremos a una calle que linda con un polígono industrial, por la que es raro ver a nadie caminando.

Efectivamente, entramos en una zona que aparece desierta de peatones.

—¿Oyes ese ruido? —le pregunto.

—¿Qué ruido?

—Creo que hemos pinchado —digo mientras paro el coche en un área de aparcamiento en el lado derecho, junto a un largo muro que separa el polígono industrial de la calle.

Me bajo y hago como que miro una de las ruedas traseras. Al mismo tiempo palpo la jeringuilla que tengo preparada en el bolsillo de la chaqueta. Continúo caminando y me acerco a su ventanilla.

—¿Tú sabes cambiar una rueda de coche? —le pregunto.

Me mira como si yo hubiera perdido la cabeza. Antes de que pueda

siquiera contestar, saco la jeringa, se la clavo en el cuello y vacío su contenido. Él, desconcertado, se queda paralizado por un instante. Entonces intenta abrir la puerta, pero se lo impido con todo el peso de mi cuerpo. Él se mueve entonces hacia el asiento del conductor para intentar salir por allí, pero yo acciono el botón del mando a distancia que bloquea las puertas. El chaval me mira entonces asustado y puedo ver en sus dilatadas pupilas que el sedante empieza a hacer su trabajo.

Antes de un minuto ya ha perdido la consciencia. Levanto la cabeza y constato que la calle continúa desierta. Está claro que la suerte sigue de mi lado.

Cuarenta y uno

Hola, diario,

Hoy le he dicho a mamá que soy un chico aunque tenga vulva y que quiero cambiarme el nombre y llamarme Álex. Lo he dicho del tirón, la abuela me tenía cogida la mano y eso me ha ayudado a decirlo todo seguido.

Entonces mamá se ha puesto a llorar y ha estado un buen rato llorando. Pero no lloraba como con pena ni tampoco enfadada. No sé, era un llanto raro que ha durado bastante. Cuando se ha secado las lágrimas con una servilleta, me ha dado un abrazo. Un abrazo largo, parecido al que me dio la abuela cuando se lo conté a ella. Entonces he llorado yo también un poco y mamá ha empezado a llorar otra vez y a la abuela, al vernos, también se le han caído un par de lágrimas. Pero ha sido bonito.

Mamá y la abuela se parecen bastante, es como si la abuela fuera la madre de mamá en lugar de la madre de papá.

Cuando ya estábamos los tres tranquilos, mamá ha dicho que se lo tenemos que contar a papá. Yo he mirado a la abuela para ver qué decía y ha dicho algo como que hay que esperar un poco y que antes hay que prepararlo, o algo así. Entonces mamá se ha puesto a llorar otra vez, pero esta vez sí que ha llorado triste. La abuela y yo nos hemos dado cuenta de que algo raro pasaba y a mí se me ha hecho un nudo en la tripa, como de miedo.

Cuando mamá se ha tranquilizado un poco, la abuela la ha mirado a los ojos y le ha preguntado muy seria y preocupada: «¿Qué pasa, Salud?».

Mamá no quería hablar, pero cuando la abuela te mira así es muy difícil no hacerle caso, y al final mamá ha respirado fuerte, me ha mirado a mí a los ojos y ha dicho: «Papá y yo nos vamos a separar».

El nudo en la tripa se me ha hecho más fuerte y me dolía y solo podía pensar en una cosa, aunque no sé si la he dicho en voz alta o no: «¿Es por mi culpa?».

Cuarenta y dos

David y sus compañeros llevan todo el día en modo de alerta en una comisaría del centro de Madrid. Es una comisaría pequeña y no tiene cafetería, así que han tenido que nutrirse a base de sándwiches y frutos secos de máquina. La jornada transcurre con lentitud y, tras haber agotado varios temas, cada miembro del equipo se ha entregado a matar el tiempo de una manera distinta. Mario está leyendo su libro digital. Carlos y Aguado hacen algo con sus teléfonos móviles y El Negro escucha música con un solo auricular.

David termina de leer en su móvil un artículo sobre unos nuevos botiquines de campaña y mira el reloj: las 18:03. Doce minutos más y escribirá un mensaje que no quiere escribir. Pero en ese momento llega Sergio y reúne al grupo:

—Al final hoy no va a haber jaleo, misión cancelada. Volvemos a la base y cada uno a su casa. O adonde quiera.

David se sorprende a sí mismo sonriendo. Si la memoria no le falla, esta es la primera vez desde que ingresó en el GEO que se alegra de que aborten una misión.

Cuarenta y tres

Coral está leyendo un informe del Grupo de Homicidios en el que se resuelve uno de los misterios del caso: ¿por qué no aparecen los coches de las víctimas en ninguna grabación de cámara pública o privada? La gente de Amador tuvo una idea: el asesino podría haber cambiado las matrículas de los coches antes de salir de las casas de las víctimas. Así habría podido llevar a los adolescentes secuestrados sin peligro de dejar ninguna pista. Al abandonar el coche en los descampados, habría vuelto a colocar las originales, de forma que sería imposible saber las matrículas utilizadas para los desplazamientos. Informada la Policía Científica, volvieron a examinar ambos coches y descubrieron que, efectivamente, las matrículas habían sido desmontadas y vueltas a montar.

«Impresionante», piensa Coral.

El nivel de detalle del asesino en la planificación de los crímenes continúa sorprendiéndolos. Y no es la única mala noticia que les espera antes de acabar la jornada; Bosh sale de su oficina con gesto sombrío y les anuncia:

—Me acaba de llamar Amador. El ordenador desde el que se accedió a los foros de las asociaciones trans es uno de los catorce que hay en la biblioteca pública municipal del distrito centro. El acceso a esos ordenadores es libre, solo se necesita el carné de usuario, que se consigue de forma gratuita presentando el DNI. A día de hoy tienen más de cinco mil usuarios, así que va a ser un hilo largo del que tirar y con pocas posibilidades de que fructifique.

Castro, Goiko y Coral se quedan en silencio, asimilando la noticia. Bosh respira hondo con desánimo, mira su reloj de muñeca y les da una orden:

—Marchaos a casa.

Goiko y Castro obedecen y empiezan a recoger sus cosas. Coral comprueba la hora: las seis y cuarenta de la tarde. No merece la pena volver a su apartamento para regresar a Madrid en poco más de dos horas. En previsión, por la mañana se trajo una mochila con ropa para darse una ducha en los vestuarios de la comisaría antes de salir hacia su cita con Davidescu.

Se sienta frente a la pantalla del ordenador mientras cae en la cuenta de que esa nube de remordimiento que dominaba su espíritu durante toda la jornada se acaba de disipar con las malas noticias sobre el caso. Ahora mismo no hay otra cosa en el mundo que le apetezca más que emborracharse junto a Davidescu. Y no pensar en nada.

Pero hasta entonces, va a aprovechar este rato que tiene por delante para acabar de leer el diario de Álex.

Hola, diario,

Mañana es lunes y me toca cambiar de casa, a la de papá. Aunque ha pasado ya bastante tiempo, me sigue dando pena cada vez que pienso que mamá y papá ya no se quieren y prefieren vivir en casas separadas. Y también me parecen un poco egoístas los dos, porque prefieren que yo me esté cambiando de casa cada semana, con lo raro que es eso para mí y lo poco que me gusta. Los padres de Hugo se separaron el año pasado, pero él y su hermana siguen viviendo en el mismo piso, así que son los padres los que van cambiando de casa, no ellos.

Lo bueno es que mañana me acompañará la abuela y se quedará un rato y ella siempre me hace sentir bien. Lo malo es que hemos quedado en que mañana le voy a contar a papá que soy un chico. Me da mucho miedo porque creo que a papá le va a sentar muy mal, pero la abuela me ha dicho que ella conoce a su hijo y antes o después lo tiene que entender. Aunque yo también conozco a mi padre y creo que será más bien después que antes.

Mamá no quería ir a la nueva casa de papá, pero al final sí que va a venir también, porque sabe que es muy importante para mí y que me puede ayudar si ella está allí. Así que estaremos los tres. Y aunque me da miedo, voy a hacerlo. Seguro. Tengo que hacerlo porque si no nunca va a cambiar nada y yo quiero que todo cambie.

Coral continúa leyendo hasta terminar el diario.

Una hora después, sentada sobre una banqueta con un tercio de cerveza en la mano y apoyada en la barra del bar en el que ha quedado con Davidescu, recuerda la última página:

Hola, diario,

Hoy estoy contento porque papá me ha llamado Álex sin poner caras raras.

Sé que no lo lleva demasiado bien, pero lo está intentando. Así que las cosas están funcionando (más o menos).

Estas Navidades vamos a decidir si empezamos con mi transición cuando volvamos de vacaciones o si esperamos ya al curso que viene. Yo ya sé lo que va a decir papá, porque todavía sé que piensa que esto de ser un chico es algo que a lo mejor se me pasa en unos meses. Como si fuera una enfermedad. Si tuviera que decidirlo yo, lo tengo claro: haría la transición ya, no esperaría ni a después de las vacaciones. Pero para hacerlo bien necesito a mis padres, así que habrá que decidirlo entre todos.

Por cierto, mamá se ha ido de crucero por el Mediterráneo para despejarse. Por lo visto estaba un poco estresada, aunque yo no me he dado cuenta. Así que ahora me toca estar diez días seguidos con papá. A lo mejor con tantos días juntos hablamos más y consigo que entienda que soy

un chico y que eso no va a cambiar nunca. Igual que él nunca va a ser una mujer. Si me deja, le enseñaré unos vídeos que nos han pasado en la asociación donde explican muy bien todo y a lo mejor así lo termina de entender. No sé.

Coral apura la cerveza mientras reflexiona sobre el diario que acaba de terminar de leer. Hasta que empezó este caso ella ni siquiera sabía que los niños transexuales existían, creía que eso era algo a lo que se llega ya de adulto. También cae en la cuenta de que, aunque ella se cree una persona tolerante, abierta y sin demasiados prejuicios, el tema de la transexualidad siempre le había generado cierta incomodidad. Así que, con la segunda cerveza en la mano, se ve obligada a admitir ante sí misma que sí tenía prejuicios hacia ese colectivo. Por suerte, estos se han ido diluyendo con rapidez, hasta desaparecer por completo, gracias a la lectura del diario de un niño. Un niño con vulva que hasta hace poco no tenía nombre y que ahora está secuestrado por un psicópata que ha matado a su padre.

A Coral le asalta una profunda lástima por ese chaval al que la lotería genética le ha complicado tanto la vida. Aunque en realidad, se corrige a sí misma, más que la lotería genética, la sociedad en conjunto es la que dificulta la vida de estos niños. Si miráramos a nuestro alrededor con la mente libre de prejuicios, si pudiéramos asumir sin miedo que las personas alejadas de los estándares no son peores ni mejores, solo diferentes, estos niños no sufrirían un calvario hasta conseguir aceptarse a sí mismos y ser aceptados por los demás. Pero estamos lejos de eso, aún queda mucho camino por recorrer.

Cuarenta minutos y tres cervezas después de haber entrado en el bar, a la hora exacta a la que había quedado con David, él entra por la puerta. Coral levanta la botella a modo de saludo y David sonríe.

Le encanta su sonrisa.

Cuarenta y cinco

Los ojos de Eduardo han dejado de moverse como locos. Creo que ya ha muerto. Si no es así, no tardará mucho en hacerlo. Mi ropa está cubierta de sangre. La de mi ayudante, que ahora tiembla como una hoja, también. Ha acabado vomitando todo lo que tenía dentro, tal y como era de esperar. Mientras se recupera un poco, llevo el cubo al baño y lo vacío en el retrete. Tiro de la cadena y me aseguro de que no quedan restos en las paredes de la taza. Enjuago el cubo con agua y gel de baño hasta que queda limpio del todo.

Me duele la muñeca del esfuerzo continuado. La verdad es que no creí que nos fuera a costar tanto, ¡entre dos personas! Pero bueno, ya está hecho y sin mayores contratiempos.

El plan sigue cumpliéndose punto por punto. Tanto que empiezo a sentir una cierta euforia que puede ser peligrosa. Necesito controlarla porque aún queda mucho por hacer y nada de ello es fácil. No puedo relajarme, debo seguir ciñéndome al plan sin desviarme lo más mínimo y sin perder la concentración. Solo así tengo opciones de que todo salga bien.

Cuarenta y seis

Coral tiene los ojos cerrados y visualiza una esfera brillante que se expande y se contrae al ritmo del latido de su corazón, mutando del violeta al naranja, del naranja al violeta, a la vez que percibe un sutil aroma a mandarinas. En cada ciclo expansión-contracción, la esfera crece y los colores se intensifican. La frecuencia aumenta, la esfera colorida y aromática ocupa todo el espacio de su mente. Hasta que unos segundos después estalla con un espasmo, convirtiéndose en cientos, quizá miles, de gotas de colores que empapan, desde dentro, todo su cuerpo. La mayoría de las gotas son naranjas y violetas, pero también hay algunas azules y rosas. No sabe si ha dejado escapar un grito.

Cuando empieza a retomar el ritmo cardíaco, Coral piensa que este ha sido el mejor orgasmo que recuerda. Mejor incluso que el que tuvo hace menos de una hora.

David, tumbado a su lado, recupera también la respiración. Sonríe con esa sonrisa suya y le acaricia a Coral el pelo con el dorso de su mano. Ella nota por un instante la punzada del remordimiento; este gesto de David se parece demasiado a uno de Maksim. Aparta de su mente esa sensación amarga a la vez que toma la mano de Davidescu. Ya habrá tiempo más tarde de lamentarse, ahora solo quiere vivir este momento.

Coral se concentra en respirar mientras saborea el proceso en el que su piel abandona la hipersensibilidad. Al mismo tiempo, los cientos, quizá miles de gotas de colores desaparecen en un desvanecimiento lento y uniforme, dejando cada una de ellas un pequeño espacio de paz que termina por colmar el cuerpo de Coral.

En este estado de placentera calma, ella evoca la serie de momentos que la han llevado allí: cerveza, sonrisa de David, cerveza, charla intrascendente, risas, cerveza, algo de comer, charla amena sobre un tema que no recuerda, risas, una copa, una canción, otra copa, más risas, otra canción, un baile muy juntos, un roce de labios, un «vámonos de aquí», silencio dentro del coche, una mano en la rodilla, un beso tímido en un semáforo, la mano que escala hasta el muslo, un beso ávido en el garaje, llegan sin saber cómo al dormitorio, ya no tienen ropa, respiración profunda, esferas de colores, olor a mandarinas, paz, sueño placentero, caricias que la despiertan.

No sabe si se ha quedado dormida otra vez. Su mano sigue entrelazada a la de David. Él sí duerme. Con los dedos índice y corazón de la otra mano recorre su pecho, sin apenas ejercer presión, no quiere despertarlo.

Pero sus dedos la contradicen, ellos sí quieren que despierte, y se deslizan hacia abajo, dejando atrás la piel que cubre el esternón para

continuar acariciando su vientre. Cuando están a la altura del ombligo, decididos a continuar descendiendo, un sonido abrupto los detiene. No puede ser. ¿Qué hora es? Aún es de noche. Se levanta y corre a por su teléfono, que suena con estridencia al compás de la melodía vinculada a Bosh. Antes de pulsar el botón de descolgar, ve la hora, las 4:47.

—Dime, Bosh.

—Soto, perdona las horas, pero ha atacado de nuevo.

—¿El Inquisidor? —«Joder, ¿por qué hemos asumido todos esa mierda de nombre?».

—Sí, te reenvío la localización que me ha pasado Amador. Está por la zona de Barajas. ¿Necesitas que te mande un coche?

—No, me pillo un Uber. Salgo en cinco minutos.

Coral cuelga, asimilando la información. Ve que Davidescu también se ha incorporado y se está vistiendo.

—¿Qué haces? —pregunta ella.

—¿Un Uber a las cinco de la mañana en Los Santos? —sonríe divertido—. Venga, te llevo.

—No te preocupes, pido un taxi.

—Pues échale mínimo veinte minutos. Eso si tienes suerte y hay alguno de servicio por la zona, que lo normal es que vengan de Guadalajara y tarden más de media hora. —David se ha vestido con una velocidad pasmosa y ya se está calzando—. ¡Y yo ya estoy!

«Esa sonrisa me va a arruinar la vida», piensa Coral mientras decide que no tiene más opción que aceptar su propuesta; no quiere perder un minuto en llegar a la nueva escena del crimen.

Ya de camino, dentro del coche, se mira la cara en el espejo insertado en el parasol del copiloto. Para no haberse podido maquillar y haber dormido menos de una hora, la cosa no parece tan terrible. ¿O sí? Observa a David y se sorprende de que su aspecto sea impecable, como si hubiera dormido la noche entera de un tirón.

«Putos geos», piensa sonriendo.

Cuarenta y siete

Al entrar en el barrio de Alameda de Osuna, a Coral le asalta una preocupación algo estúpida: no quiere que Bosh la vea llegar a la escena del crimen en el coche de un hombre que no es su pareja. Pero tampoco ve viable pedirle a David que pare antes de llegar al destino, como si fuera una adolescente que oculta a la familia su nuevo novio. Así que espera no encontrarse a Bosh cerca de donde paren.

Por fin entran a la calle en cuestión y Coral divisa desde lejos el cuadro esperado: coches de municipales, cintas acordonando la entrada al chalet, la furgoneta de la Policía Científica y, ¡mierda!, Amador y Bosh hablando junto a la puerta de la vivienda. Coral está tentada de decirle a Davidescu que la deje ahí mismo, pero la calle es de un único sentido, así que se resigna a tener que bajarse del coche delante de las mismas narices de Bosh. Antes de llegar, le dedica una sonrisa a David:

—Me lo he pasado muy bien esta noche.

Y le da un beso fugaz en la mejilla justo antes de que el coche se detenga frente a la puerta de la casa.

—Yo también. ¿Cuándo repetimos?

Coral abre la puerta y contesta mientras se baja:

—Ya hablamos.

David continúa su marcha y Coral observa la cara sorprendida de Bosh mirando al coche que se aleja. Él no ha conocido nunca a Maksim, pero recuerda que una vez se le ocurrió enseñarle una foto. Joder. Por un instante a Coral se le pasa por la cabeza decir «Es mi primo, que es compañero y vive cerca de mi casa», pero por suerte la sensatez le ayuda a pronunciar la única frase adecuada:

—Amador, Bosh, ¿qué tenemos?

—Danos un minuto —contesta su jefe—, he avisado también a Castro y debe de estar a punto de aparecer. Así os pongo al día a los dos a la vez y entramos ahí juntos, que nos va a hacer falta darnos apoyo entre todos.

Coral piensa en lo inusual de que hayan autorizado a Bosh ser acompañado por dos de sus oficiales. La gente de arriba tiene que estar desesperada.

Amador saca un teléfono móvil de su bolsillo y contesta a una llamada entrante que lo hace vibrar en su mano mientras empieza a caminar calle arriba. Coral suspira, impaciente y nerviosa. Observa a su alrededor y ve que cerca de ellos hay dos hombres en la cincuentena, con aburrida ropa de paisano, que parecen observar unas fotos en el móvil de uno de ellos.

—¿Vallejo y Braulio? —pregunta Coral a Bosh en voz baja y señalándolos con la cabeza en un gesto discreto.

—Correcto. El que tiene más cara de amargado de los dos es Braulio.

Coral observa a los hombres por unos segundos y dice:

—Ese no es un dato que me permita extraer inferencia alguna, jefe.

Bosh la mira sorprendido por un instante y reprime una carcajada que hubiera sido inapropiada en ese momento y lugar.

Castro llega cinco minutos después. Mientras los tres se ponen el kit de traje estéril, calzas, gorro, guantes y mascarilla, Bosh les resume lo que sabe hasta ahora:

—Hace unas cuatro horas, poco después de la una, un grupo de veinteañeros que vuelven de fiesta por una calle cercana se encuentran a una mujer sentada en el suelo, apoyada en un contenedor y con todo el cuerpo manchado de sangre. Según han declarado, la mujer estaba medio ida, no conseguía articular una frase que tuviera sentido. Los chavales llaman al 112 y una patrulla de las que está por la zona llega en pocos minutos. Tras comprobar que la mujer no está herida, consiguen que les traiga hasta aquí, a su casa, a la vez que piden refuerzos. De camino, los municipales tratan de preguntarle por la sangre, pero la única frase que consiguen entender de la mujer es: «No encuentro a mi hijo». Cuando llegan aquí ven la puerta de entrada al jardín abierta.

Una vez vestidos, Bosh le da a cada uno una bolsa de plástico pequeña y les hace un gesto para que lo sigan mientras él entra en el jardín de la casa. Coral, nerviosa, se concentra en respirar. Bosh continúa su resumen:

—Y aquí se encuentran también la puerta de entrada abierta y dentro, la tele encendida.

Antes de entrar, Bosh se saca del bolsillo su botecito de ungüento mentolado, se pone un poco sobre el labio superior y les ofrece a Coral y a Castro. Ella lo acepta y su compañero lo rechaza con un gesto amable. Bosh respira hondo antes de atravesar el umbral. Castro y Coral se miran por un instante y siguen al jefe dentro de la casa.

Entran en un pequeño recibidor que comunica con el salón. Incluso con la barrera del ungüento mentolado, un olor a sangre y heces consigue penetrar hasta el nervio olfativo de Coral, anticipándole la experiencia sensorial que les espera. Tras la visión de la última escena del crimen, se cree preparada para cualquier barbaridad, pero no lo está. Los tres entran al salón, donde se encuentran el horror: en medio de la estancia, el cuerpo de un hombre cuelga, cabeza abajo, suspendido del techo por medio de dos cadenas que terminan en unos grilletes apresando los tobillos. Las cadenas mantienen las piernas separadas un metro entre ellas y la cabeza del hombre queda suspendida a unos diez centímetros del suelo. Está desnudo, cubierto

de sangre, con los brazos inmovilizados y unidos al tronco por medio de cinta de embalar. La boca la tiene tapada con el mismo material. Donde debería estar su sexo, hay un amasijo de carne, piel y sangre colgando sobre un corte brutal que se abre por el abdomen y termina a la altura del esternón. Encajada en la enorme herida, reposa la hoja de una sierra de metro y medio de longitud, con un asa en cada extremo. Una de las asas está manchada de sangre, la otra se ve casi limpia. El charco rojo oscuro bajo el cadáver está salpicado con hebras de tejido muscular y vísceras desgarradas. También se distinguen unos restos de lo que a primera vista parece vómito.

Coral siente el ya conocido pinchazo verde de su estómago y se concentra en su respiración para mantenerlo controlado. Intenta registrar en su memoria la mayor cantidad de información visual del salón sin volver a mirar, de momento, la herida de la víctima.

Castro está lívido y la bolsa de plástico tiembla en su mano. Le viene una arcada, pero consigue controlarla sin llegar a vomitar. Le pide con un gesto a Bosh que le pase el botecito de ungüento y se aplica un pegote bajo la nariz.

Coral detiene su mirada en una de las paredes del salón: entre un cuadro sin marco de estilo abstracto y una fotografía en gran formato de los tres miembros de la familia, se lee un mensaje escrito con sangre en la pared: «48h+».

Tras recorrer la estancia de forma exhaustiva con la mirada y estabilizar su respiración, Coral nota con alivio que su pinchazo verde del estómago empieza a amarillear. Alza la vista y se fija en que las cadenas que sujetan los tobillos de la víctima cuelgan de unas poleas empotradas en el techo, para facilitar la elevación de la víctima. Castro parece recuperarse un poco y anota algo en su libreta, aún sin soltar la bolsa de plástico que lleva en la mano. Su tono de piel sigue siendo mucho más pálido de lo habitual.

Media hora después salen de la casa en silencio y así se mantienen unos segundos. Bosh parece forzarse a sí mismo a hablar:

—¿Qué creéis que ha pasado ahí dentro?

Castro coge aire y toma la iniciativa:

—La cosa se complica. No soy forense, pero con esa sierra y la herida que hemos visto, parece claro que el Inquisidor esta vez ha tenido un ayudante.

Bosh espera escuchar algo más, pero Castro parece haber terminado. Bosh interroga a Coral con la mirada. Ella reflexiona unos segundos antes de hablar:

—Estoy de acuerdo con Castro. Y creo que ese ayudante ha podido ser la mujer.

Castro abre mucho los ojos, sorprendido. Bosh, sin embargo, no se inmuta. Coral sigue:

—En el primer crimen, la víctima mortal estaba sola. Sin más adultos, me refiero. El autor parece que durmió a la hija y asesinó al padre. En el segundo crimen aumentó el nivel de riesgo: se atrevió con dos adultos e hizo que uno de ellos fuera testigo del asesinato. Ahora ha podido ir incluso más allá, obligando a la mujer a ayudarle a torturar hasta la muerte a su propio marido, bajo la amenaza de matar también a su hijo si se negaba.

—Esa es la principal hipótesis que baraja Amador —dice Bosh—. Tenía demasiada sangre encima como para ser solo una espectadora. Creen que Nuria Pavón, que así se llama la mujer, ha podido perder la memoria reciente debido al *shock*. Cuando puedan entrevistarla lo confirmarán, pero todo apunta a eso.

—El hijo está desaparecido, me imagino —pregunta Coral, temiendo la respuesta.

Bosh asiente con la cabeza en un gesto que mezcla rabia e impotencia.

Coral y Castro quedan en silencio asimilando la información que les acaba de dar su jefe.

Bosh observa el rostro cansado de Coral y la cara aún algo lívida de Castro. Suspira y mira su reloj antes de hablar:

—Ya habéis visto el mensaje en la pared, así que no hagáis planes para el fin de semana. Marchaos a dormir un rato, a las once nos reunimos en la oficina.

Castro agradece con un suspiro mudo la oportunidad de alejarse de aquel lugar y, sin perder un segundo, comienza a caminar en dirección a su coche. Bosh se dirige a Coral:

—Te acerco si quieres.

—No hace falta, me pillo un Uber o un taxi y lo paso a la empresa.

—A mí conducir me relaja y es lo que necesito ahora. Lo mismo me da circular por la ciudad que acercarte a tu casa, así que como tú quieras.

—En ese caso, prefiero volver contigo, claro.

Se montan en el coche de Bosh y están unos segundos en silencio. Coral ve muy tocado a su jefe.

—¿Prefieres hablar o no hablar? —pregunta ella.

Bosh lo medita un par de segundos.

—No sé. Suelta tú lo que quieras decir.

—Vale... Yo creo que está acelerado. Quizá descontrolado ya. Y tiene que cometer errores.

Bosh tarda en contestar.

—Acelerado puede, pero descontrolado no. Hace dos días dio un ultimátum con un plazo y lo ha cumplido a rajatabla. Más bien parece que sigue con su plan. Y le está saliendo de puta madre.

Coral se sorprende de escuchar un taco a Bosh. Mala señal. Ella

intenta mantener cierto optimismo y contagiárselo a su jefe:

—Hasta ahora ha tenido suerte, pero no le va a durar siempre.

—Ya, pero… ¿cuánta gente va a morir de forma horrible hasta entonces? ¿Y qué va a pasar, o peor, qué está pasando con esos pobres chicos?

Coral prefiere no pensar en lo que puede estar ocurriendo con los chavales. Cada vez que la idea llega a su mente ella se refugia en el pensamiento de que tienen que estar vivos; el asesino los necesita por algún motivo que todavía desconocen.

Bosh conduce en silencio. Coral, viendo lo infructuoso de sus intentos por levantar la moral mermada de su jefe, decide guardar silencio el resto del trayecto.

Cuarenta y ocho

David aparca su coche en el pequeño garaje de su casa a las 6:04. Hoy tiene cuatro minutos menos para sus rutinas, así que decide, en primer lugar, acortar el tiempo de la ducha en dos minutos. Después duda entre ahorrar los otros dos minutos dejando la cama sin hacer o restándolos al tiempo del café en el jardín. Sabe que no hacer la cama le va a generar un ligero malestar que lo acompañará hasta volver a casa por la tarde, así que desecha la idea y decide acortar su rato del café.

Hoy, en ese reducido periodo de relax, en lugar de intentar vaciar su mente, prefiere rememorar la noche que ha pasado con Coralain. Tras un par de cervezas y varias conversaciones intrascendentes llegaron a un punto, no recuerda cómo, en que se preguntaron sobre los deseos que les gustaría ver cumplidos en su vida. David fue el primero en hablar, confesando que quería tener hijos. Uno al menos. Niño o niña, le da igual. No sabe por qué se arrancó con semejante confidencia, así, tan pronto. Pero es que Coralain le genera esa sensación de confianza que experimenta con muy pocas personas. Le explicó que su deseo le parece en realidad un poco egoísta porque, además de un anhelo por formar familia, también tiene miedo a llegar a la vejez solo, sin nadie que lo acompañe en su etapa final.

A Coral no parecía entusiasmarle la conversación sobre los hijos y cambió de tema en cuanto pudo, desvelando lo que ella tenía pendiente en la vida: acabar su tesis doctoral. David quedó un poco decepcionado con la respuesta; esperaba algo más íntimo después de haberse sincerado él como lo había hecho. Se vio obligado a preguntar, por cortesía, de qué iba la tesis, temiéndose una respuesta larga y aburrida. Pero cuando ella le contó el tema: «La psicopatía en la política», despertó su curiosidad de inmediato. Ella le reveló algunos datos sorprendentes, como el porcentaje de psicópatas que se estima que existen en la población normal: ¡un uno por ciento! Además, ilustró el dato trasladándolo a poblaciones reales, lo que le causó cierto desasosiego: por ejemplo, en el pequeño pueblo en el que él vive, Los Santos de la Humosa, que apenas tiene dos mil quinientos habitantes, habría unos veinticinco psicópatas. Y si nos vamos a la ciudad de Madrid, la estimación allí es que existan más de treinta mil personas con personalidad psicopática. Escalofriante. Ella quiso relativizar la importancia de esos estudios, puntualizando que la gran mayoría de los psicópatas están integrados en la sociedad (¿dijo integrados o camuflados?) y no cometen un delito en toda su vida. Matizó, eso sí, que la aceptación de las normas por parte de estas personas no se debe a una convicción ética o moral, de la que carecen, sino al miedo a las consecuencias sociales o penales.

Coral le detalló entonces que el porcentaje de psicópatas se amplía a un cinco por ciento en las personas que alcanzan puestos de directivos en empresas. No hay estudios específicos sobre políticos, pero ella cree que, de haberlos, nos sorprenderían. El objetivo vital típico de cualquier psicópata es intentar obtener el mayor poder posible durante el mayor tiempo posible. ¿Qué mejor ámbito para satisfacer sus necesidades egoístas de control que el de la política?

David recuerda que, tras esa pregunta retórica, ambos se quedaron callados, mirándose. Él hizo lo que siempre hace cuando no sabe qué decir: sonreír. Ella se contagió de su sonrisa y estuvo a punto de decir algo, pero se lo calló.

Después exploraron un par de bares de copas. Su conversación derivó hacia temas más ligeros. Ella, con cierta dosis de alcohol que alteraba ya su organismo, lo sacó a bailar. Él aprovechó el momento y su falta de ritmo para rozar los labios de ella con los suyos. Un ligero estremecimiento, un «vámonos de aquí» y tres cuartos de hora después llegaban a casa; ella un poco borracha, él totalmente sereno. Empezaron a besarse como desesperados en el garaje. Él la cogió de la mano para llevarla al dormitorio y ella lo detuvo un momento, le miró a los ojos y dijo:

—Antes de seguir tengo que decirte que tengo novio y que nos vamos a casar en menos de un año.

Él, sorprendido, secundó su ataque de sinceridad replicando:

—Yo sigo enamorado de mi ex, que me dejó hace cuatro meses.

Coral lo miró por unos segundos y después se lanzó a besarlo.

«El sexo estuvo bien —recuerda David—. Mejor la segunda vez que la primera. Aunque no ha llegado a ser tan bueno como lo era con…». No, no quiere continuar esa línea de pensamiento. En ese momento los aspersores del jardín se ponen en marcha. David se levanta para dirigirse al interior de la casa, enfadado consigo mismo por haber arruinado en el último instante el recuerdo de una noche perfecta.

Cuarenta y nueve

Coral cierra la persiana para bloquear la luz del alba que amenaza con desbaratar las pocas horas de descanso que tiene por delante. Se tumba en la cama con la esperanza de perder lo antes posible la consciencia y despejar así la maraña de pensamientos oscuros que se enredan más y más en su cabeza.

Ya tumbada, cierra los ojos y un carrusel de recuerdos en forma de imágenes se proyecta en su mente: el hombre aserrado colgando de los pies, Bosh conduciendo abatido, la sonrisa de Davidescu, Castro a punto de vomitar, la cara pecosa del niño sin nombre, Maksim acariciando su pelo, un asa de la sierra ensangrentada.

Se despierta con el desagradable zumbido del despertador del móvil. Las nueve y media. Este viernes es de un amarillo desvaído, sin apenas virar al naranja. Coral tiene menos de media hora para salir de casa.

Antes de salir por la puerta mira hacia ese rincón olvidado donde está el macetero que le regaló Maksim, aún huérfano de tierra y semillas.

Cuando llega a la oficina, diez minutos antes de las once, Goiko y Castro ya están allí. Los tres entran juntos al despacho de Bosh para que los ponga al día. Coral apenas necesita un vistazo para saber que la conducción nocturna del jefe se ha alargado hasta empalmar con la llegada a la oficina. No obstante, el cansancio que delata su rostro no se refleja en la voz, tan enérgica como siempre:

—Nuria Pavón, la mujer superviviente, está bajo los efectos de tranquilizantes y los médicos todavía no permiten tomarle declaración. Por lo poco que contó mientras la trasladaban al hospital, recuerda estar en casa, por la tarde, sentada en el sofá leyendo y, de repente, despertarse de noche, de pie frente a la tele en medio del salón. Al girarse se encontró a su marido colgado por los tobillos y partido por la mitad. Entró en pánico, buscó a su hijo por la casa, pero no lo encontró y salió a la calle, aturdida, hasta que la encontraron los chavales que volvían de fiesta.

Los tres analistas escuchan atentos a Bosh, que continúa:

—Hay una cosa que han descubierto los de la Científica: una de las manchas de sangre del suelo dejó trazas de una marca circular. No se apreciaba a simple vista, pero lo detectaron al aplicar la luz ultravioleta. Comprobaron los recipientes de la casa que podrían coincidir con el tamaño y descubrieron que el cubo de fregar de la despensa encaja a la perfección. Pero han analizado dicho cubo y está limpio. Tanto a los de la Científica como a los investigadores les llama la atención que el asesino haya usado un cubo en aquella escena del

crimen, donde todo estaba cubierto de sangre, y lo haya limpiado después, si es que se tratara del mismo. Ahora os pregunto: ¿por qué creéis que estaba allí ese cubo?

Goiko, Coral y Castro piensan unos segundos. Ella es la primera en hablar:

—Podría ser que recogiera la sangre del cadáver en el cubo para luego trasladarla a otro recipiente, algo con tapa que pudiera transportar.

—Sí —contesta Bosh al momento—, pero, en ese caso, ¿para qué limpiar el cubo?

—Para que no supiéramos que se ha llevado sangre —interviene Castro—. Quizá quiere ocultar eso por algún motivo. Es más, a lo mejor lo ha hecho en los crímenes anteriores y hasta ahora se ha pasado por alto en la investigación. En el primer crimen no hubo testigos y en el segundo el marido perdió la consciencia de un martillazo poco después de la muerte de su mujer, así que el asesino podría haber usado ese tiempo sin testigos para llevarse la sangre.

Bosh asiente.

—Eso lo han pensado también Amador y su gente, aunque hay un problema: si se confirma que el asesino obligó a Nuria Pavón a ayudarle a matar a su marido, ella tendría que haber sido testigo también de la colocación del cubo. Y el asesino no podía saber que Nuria iba a perder la memoria, a no ser que la hubiera drogado con burundanga o alguna sustancia similar. Y el tema de la droga no les convence demasiado a los de Homicidios, ni a mí.

—¿Puede ser que el cubo se usara para recoger el vómito de la mujer? —pregunta Goiko—. A lo mejor la escena idealizada del asesino solo incluye tripas y sangre. Y una pota asquerosa rompe la estética que quiere conseguir su mente enferma.

—Está bien pensado, Goiko —dice Bosh—, pero ya había restos de vómito en la escena, probablemente de Nuria Pavón, nos lo confirmarán desde el laboratorio. Lo que está claro es que ha habido un motivo para que ese cubo estuviera ahí y también para que fuera limpiado después del asesinato. Y parece extraño que el asesino quisiera ocultarnos algo a nosotros, pero no a la mujer. Si ella recobra pronto la memoria, es posible que nos ayude a saberlo, pero mientras tanto, es decir, ahora mismo, quiero que os estrujéis esos cerebros para ofrecerme otras hipótesis plausibles, por improbables que os parezcan, ¿estamos?

—Estamos —dicen los tres, casi al unísono.

Bosh les hace un gesto con la mano como invitándolos a salir del despacho.

—El que llegue a alguna, que lo diga y la evaluamos entre todos.

Coral y Castro se sientan en sus respectivos puestos. Goiko camina

por la oficina para tratar de concentrarse. Castro se pone unos auriculares y escucha música; es lo que hace cuando afronta tareas que implican algún grado de creatividad. Coral se sienta en su silla y la gira para mirar a la pared blanca detrás de su puesto, como si fuera una pantalla de cine y ella la proyeccionista. Pero ninguna de las secuencias que imagina tienen la solidez suficiente para convertirse en hipótesis.

A los siete minutos, Goiko detiene su paseo en medio de la oficina y dice en voz alta:

—Tengo una. Bastante loca, aviso.

Bosh sale de su despacho y camina hasta el centro de la oficina. Les indica con la mano a Coral y Castro que se levanten y se reúnan con ellos. Así lo hacen.

—A ver —empieza a exponer Goiko—, tras darle vueltas, la opción que me sigue pareciendo más probable es la que han apuntado antes Castro y Coral, es decir, que el asesino haya recogido la sangre de la víctima en un cubo, después la haya pasado a otro recipiente para llevársela y después haya limpiado el cubo para que nadie sepa que se la ha llevado. A lo mejor quiere la sangre para, qué se yo, untársela por el cuerpo o bebérsela o alguna otra puta barbaridad. Eso encajaría con el perfil de un psicópata que cree tener un mandato divino, pero es incapaz de resistirse a esos deseos enfermos. Esas pulsiones son incompatibles con su misión, se avergüenza de ellas y por tanto las quiere mantener ocultas.

—¿Y bien? —Se impacienta Bosh.

—Vale —sigue Goiko—, pongamos que el asesino hipnotiza a Nuria antes del asesinato. Así sería fácil que ella lo ayudara con su carnicería, porque bajo hipnosis ella haría lo que él le mandara. Y, por otro lado, Nuria no recordaría nada del crimen, tampoco lo del cubo, una vez acabara todo. Así que esto explicaría también la pérdida de memoria de ella. El asesino vuelve a dejar un testigo, todavía no sabemos por qué, pero en este caso quedaría inutilizado.

Bosh le dirige a Goiko una mirada inescrutable.

Dos segundos después, sus facciones se relajan y deja escapar una carcajada que parece, en algún grado, liberadora.

—Goiko, tú ves demasiadas series.

Juan se encoge de hombros, como diciendo «Os dije que era una idea loca». Bosh respira hondo, todavía sonriente, y añade:

—Nadie puede ser hipnotizado en contra de su voluntad y menos en un estado emocional como el que presentaría Nuria en ese momento. Bueno, en realidad, no sé si nadie en sentido estricto, pero sí sé que, incluso con la formación adecuada y con el sujeto apropiado, sería tan improbable que saliera bien que no tiene ningún sentido que eso forme parte de un plan tan meticuloso como el que parece estar

siguiendo el asesino. Pero bien, vamos teniendo ideas, que es de lo que se trata. Seguimos explorando posibilidades, a ver si nos viene alguna un poco más… —no sabe cómo acabar la frase—, ya me entendéis.

Bosh se dirige de vuelta a su despacho.

Cincuenta

Coral lleva toda la mañana concentrada en el trabajo. Las tarjetas rectangulares de colores que registran los datos pasan de las seiscientas. Las más numerosas son las relativas a los escenarios de los crímenes y a las víctimas; son bastante menos las referentes al autor. Las tarjetas ovaladas, donde apunta inferencias extraídas a partir de los datos, van por la séptima decena. Pero las hipótesis que puedan abrir nuevas líneas de investigación las puede contar con los dedos de una mano, y le sobran dedos.

Tras varias horas de lectura de informes, extracción y comprobación de datos, el cansancio empieza a devorarla, así que se levanta para ir al baño a refrescarse. De vuelta a su puesto, echa un vistazo de forma rutinaria al móvil y ve que tiene un mensaje de Maksim. Mierda, ahora no quiere abrirlo. Mejor a la hora de la comida.

Continúa trabajando durante una hora larga y decide parar. Hoy más que nunca agradece ese acuerdo tácito que tienen en la oficina de no comer juntos cuando trabajan en un caso importante. Al principio le parecía raro, pero ahora sí entiende los beneficios de desconectar en medio de la jornada, sin tener delante a los compañeros que suponen un recordatorio permanente del trabajo.

Sale de la comisaría en busca de un bar en el que no haya estado nunca, hoy quiere probar algo diferente. Camina varias manzanas hacia barrios menos explorados y se detiene frente a un bar restaurante que anuncia un menú de comida fusión peruano-japonesa. El aspecto desde el exterior es el de una vieja taberna castellana sin reformar a la que han colgado unas fotos del Machu Picchu y del templo Sensô-ji. «Perfecto para un día como hoy», piensa Coral.

Quince minutos más tarde saborea con sorpresa un exquisito cebiche marinado en soja y unas muy buenas patatas a la huancaína con toque de wasabi, que serían perfectas si no fuera por ese tono amarillo verdoso de la salsa. Para terminar pide un suspiro limeño y, mientras lo saborea, decide que no está de ánimo para leer el mensaje de Maksim. Lo hará por la noche. El remordimiento por la manera en la que está gestionando su crisis con él le amarga un poco el postre, muy bueno de sabor y tan ligero como su nombre prometía. Otro día volverá a este sitio con Natalia, aunque ella no lleva demasiado bien comer en bares humildes de estética descuidada. Alicia, sin embargo, jamás ha tenido reparo en entrar a cualquier tipo de antro. Es más, disfrutaba cuando descubrían uno como aquel: feo y cutre pero en el que sirven comida buena y barata. Al menos así era su amiga hasta hace poco. Se pregunta si el deslizamiento hacia el extremo oscuro de su ideología habrá eclipsado esta faceta suya que a Coral tanto le

gustaba. Desde luego, no ve a Alicia a día de hoy en una tasca como aquella con sus amigos pijos, que parecen ser los únicos con los que se relaciona ya. Se da cuenta de que ahora está prejuzgando a su amiga de forma negativa por cuestiones políticas. Nunca pensó que algo así podría sucederle, pero tampoco imaginó nunca que una amiga íntima suya, alguien a la que había sentido en ocasiones como su hermana, se afiliaría a un partido ultraderechista, con todo lo que eso conlleva.

Su cadena de pensamientos la conduce a preguntarse cómo estará tratando la prensa el caso. Lleva varios días sin querer leer nada, pero ahora, mientras se toma un té rojo, decide echar un vistazo en su móvil a los periódicos con mayor repercusión del país.

Como esperaba, los crímenes del Inquisidor son portada casi exclusiva de todos ellos y las posiciones de los principales partidos políticos, lejos de converger, se han ido alejando unas de otras aún más. El partido progresista en el poder sigue apelando al trabajo de los profesionales del Cuerpo Nacional de Policía y no contempla ceder al chantaje del asesino para cambiar las leyes LGTBI. El partido conservador de la oposición acusa al Gobierno de inacción y lo responsabiliza de la última muerte, asegurando que habría sido posible evitarla si se hubiera avenido a debatir una matización de algunas de las leyes en cuestión. Los extremistas de izquierda siguen acusando a la ultraderecha de fomentar la aparición de perfiles como el del Inquisidor con sus discursos homófobos y tránsfobos. Y la ultraderecha continúa responsabilizando al Gobierno de todas las muertes del Inquisidor por haber aprobado unas leyes LGTBI que «atentan contra los principios morales cristianos que son la base de nuestra sociedad».

Como temía, su ánimo se resiente al constatar que los partidos políticos siguen usando sin pudor, unos y otros, el asesinato de tres adultos y el secuestro de tres menores para sus propios intereses electorales. Y eso que no hay elecciones próximas. Nadie habla de trabajar en común para poder atrapar al criminal, de mostrar unión política al menos en algo tan básico como la repulsa a unos crímenes horrendos. Coral tiene unas fuertes convicciones democráticas y acusa con tristeza que los dirigentes políticos actuales no cumplan los mínimos exigibles para representar de forma digna a sus ciudadanos. Su pensamiento enlaza entonces con el estudio de la psicopatía en la política que está desarrollando en su máster y se pregunta, como ha hecho ya muchas veces, cuántos de los altos cargos políticos de cualquier país serán psicópatas. Si la estadística fuera parecida a la que se da en los ejecutivos, uno de cada veinte tendría una personalidad psicopática. Y Coral teme que el porcentaje pueda ser incluso mayor. En cualquier caso, lo que resulta obvio es que hay un número significativo de personas que se dedican a la política, no por

una vocación de servir y mejorar la sociedad, sino por el objetivo contrario: obtener el máximo provecho de ella. Al ser humano le falta mucha evolución; aún no somos capaces de implementar filtros para evitar que personalidades carentes de una mínima integridad ética se conviertan en gurús, guías y guardianes de nuestro destino.

Coral no cree que el Inquisidor consiga su objetivo de anular o modificar las leyes, pero de momento ya ha logrado, con ayuda de los políticos y algunos medios de comunicación, crispar y dividir a la ciudadanía. En lugar de cohesionarnos ante un enemigo común, nos animan a ahondar en nuestras diferencias, a mirarnos con desconfianza, a separarnos. El miedo y el odio están ganando la batalla. Otro motivo más por el que resulta urgente encontrar al monstruo.

De vuelta a la comisaría, nada más sentarse en su puesto, Bosh entra en la oficina caminando a paso ligero mientras los convoca:

—Tenemos algo, venid que os cuento.

Los tres se levantan y entran en el despacho del jefe.

—Los de la Científica —explica Bosh— están analizando por un lado los diferentes restos de sangre, aunque en principio parecen todos de la víctima. Por otro lado, analizan el vómito, que con toda probabilidad será de Nuria Pavón. Y lo que es más esperanzador: encontraron dos pelos que no parecen corresponder en forma y color con ninguno de la familia. Por suerte, uno de los dos pelos conserva la raíz y ahora mismo están realizando las pruebas para obtener su código genético. Hay que esperar al análisis del laboratorio y después contrastarlo con la base de datos de ADN. Esto llevaría días, o incluso semanas en circunstancias normales, pero debido a la repercusión del caso, a ellos también les aprietan y les dan medios para que lo tengan listo cuanto antes. Con un poco de suerte lo tendremos esta noche. Amador y Vallejo han preparado las peticiones de las órdenes judiciales necesarias para ordenar la detención del sospechoso, en caso de que haya un *match*. El GEO está también avisado por si hay que coordinar una operación.

La esperanza brilla en los ojos de los tres analistas, pero Bosh rebaja un poco las expectativas:

—No hay que hacerse demasiadas ilusiones, ese pelo podría ser de algún amigo o familiar que hubiera acudido a visitarlos. Incluso, aunque perteneciera al asesino, si su código genético no está en la base de datos, seguiríamos sin tener nada.

—Bueno —se atreve a puntualizar Goiko—, tendríamos algo para descartar o ratificar a los sospechosos que vayan surgiendo.

—Tienes razón —concede Bosh—, pero como ahora tenemos cero sospechosos, de momento no nos serviría de mucho. En cualquier

caso, son buenas noticias, a ver si hay suerte. Ah, por cierto —concluye—, parece que a las seis sale por la tele el presidente del Gobierno para hacer una declaración. Luego lo vemos juntos en mi despacho.

Cincuenta y uno

Bosh y sus tres analistas observan atentos la pantalla del ordenador, en la que aparece la imagen del presidente del Gobierno en su despacho oficial, con gesto preocupado. Mira a cámara y empieza a hablar, con toda probabilidad leyendo del teleprónter:

—Buenas tardes. Creo que a día de hoy no hay nadie ajeno a los terribles crímenes que se han cometido en los últimos días en nuestro país. La persona responsable de los mismos, esa que tiene cautivos a tres niños inocentes, ha puesto una condición para dejar de matar. La condición es abolir las recientes leyes que garantizan los mismos derechos a las personas del colectivo LGTBI que al resto de la ciudadanía. Un país fuerte como el nuestro no puede dejarse chantajear por nadie, pero somos conscientes de que algunos aspectos de estas leyes son difíciles de asimilar por ciertos sectores de la población. Hemos reflexionado sobre ello y pensamos que quizá se podrían introducir modificaciones que ayuden a conseguir un mayor consenso político y social y, al mismo tiempo, sirvan para que esta persona deje de matar y libere a los niños cautivos.

El presidente hace una pausa dramática, se gira para mirar a otra cámara a su izquierda y la imagen cambia del plano medio inicial a un primer plano.

—Así que invitamos a los partidos políticos que han mostrado su desacuerdo con estas leyes a que nos presenten sus propuestas de modificación. Yo me comprometo públicamente a debatirlas en el Congreso para tratar de consensuar las correcciones pertinentes. Buenas tardes.

Los tres guardan silencio unos segundos, analizando las palabras del presidente del Gobierno. A Coral no le ha sorprendido el discurso; todos sabían que la única declaración que podría tener alguna oportunidad de ralentizar la cadena de crímenes habría sido anunciar la derogación de las leyes, pero también saben que ningún Gobierno democrático cedería a un chantaje semejante. El presidente se ha cubierto las espaldas con el ofrecimiento al debate, que no le obliga a nada, y ha aprovechado para meter en el mismo saco a los partidos de la oposición y al asesino. Un anuncio inteligente para sus intereses partidistas, así como irrelevante para la investigación.

Bosh habla con tono resignado:

—Bueno, lo esperado; reparte el marrón para todos, aunque en realidad los que nos lo comemos de verdad somos los de siempre.

Los tres asienten, evidenciando que han hecho un análisis similar.

—He hablado con Amador antes —añade Bosh— y me ha dicho que los del laboratorio esperan tener algo esta noche. Así que marchaos a casa. Por muy bien y rápido que vaya todo, la operación para detener

al monstruo no estaría montada antes de avanzada la madrugada. Eso sí, acostaos con el móvil pegado a la oreja, porque podría ocurrir que tuviéramos esa coincidencia, se montara la operación y el GEO lo detuviera. Hasta ese punto nosotros pintamos poco, pero si los chavales secuestrados no están en el mismo lugar de la detención, habría que interrogar al asesino con urgencia. Y ya sabéis que ahí es donde nosotros entramos sí o sí.

Cincuenta y dos

Coral entra al último vagón del tren de cercanías que hace el recorrido desde la estación de Nuevos Ministerios hasta Alcalá de Henares. Se sienta en uno de los muchos asientos libres y trata de descubrir el origen de una sensación extraña que le incomoda desde hace un rato. Antes de la primera parada lo descubre: el amarillo desvaído de este viernes se ha diluido por completo y el día ha quedado huérfano de color, algo que le ha sucedido en muy pocas ocasiones durante su vida. Lo extraño del fenómeno le hace caer en la cuenta de que las personas que no poseen este tipo de sinestesia, es decir la inmensa mayoría de la población, perciben todos los días de su vida de esta forma, desprovistos de un color que los perfume.

Saca del bolsillo el móvil para leer el mensaje de Maksim:

«Vamos, harenka, me estoy volviendo loco. Necesito verte y que me cuentes qué está pasando».

Hacía mucho que Maksim no la llamaba harenka, y ese apelativo dispara una cadena de recuerdos en los que él la ha llamado así durante sus casi dos años de relación: conduciendo en un viaje a la costa sur de Portugal, masajeándose uno al otro los tobillos mientras ven una peli de terror, teniendo sexo en la ducha, compitiendo a ver quién bebe más rápido un botellín de cerveza. Coral sonríe al rememorar las vivencias. Sin duda el balance hasta ahora ha sido muy positivo; lo pasan bien juntos, el respeto mutuo ha sido siempre sagrado, el sexo casi siempre bueno.

«Le falta sentido del humor», susurra la parte maligna de su cerebro, tratando de boicotear su discurso principal.

«Vale, igual no es el tío más divertido del mundo, aun así, incluso en ese aspecto, las risas han ganado por mucho a los ratos malos».

La voz femenina grabada que surge de los altavoces del vagón anunciando la siguiente parada saca a Coral de sus cavilaciones y decide que quiere ver a Maksim, quiere abrazarlo, quiere pasar la noche con él. Y sobre todo quiere darse cuenta de una vez por todas de que la está cagando con el tema Davidescu.

Escribe: «Llevo una semana muy mala y hoy ha sido el remate. Estoy volviendo ahora y necesito que me abraces. ¿Te vienes a casa un rato?».

Antes de mandarlo lo revisa y piensa que no es justo hacerse la víctima después de lo que ha pasado. Así que elimina la primera frase y lo envía.

Maksim contesta antes de diez segundos:

«Un rato o toda la noche, lo que tú quieras».

Coral sonríe y responde:

«Lo que quieras tú. Déjame una hora para llegar y darme una

ducha, ¿vale?».

Y al instante:

«Vale!».

Bajo el chorro de agua cálida, Coral recuerda la primera vez que Maksim le llamó harenka: fue en su segunda cita. Tras cenar en un restaurante, quizá demasiado clásico para ella, y tomarse un par de copas en un bar de moda del centro de la ciudad, acabaron en la cama de ella. Esa primera vez él estuvo voluntarioso, pero fallido. Bastante avergonzado, le susurró:

—Lo siento, harenka.

A ella le enterneció su disculpa y le preguntó por el significado de la palabra.

—En ucraniano significa «bonita», le dijo él.

—¿Tú hablas ucraniano?

—Un poco. Madre me ha enseñado algunas cosas. Siempre les dice harenka a las hijas de las vecinas. No a todas, solo a las que tiene cariño.

Así que, recuerda Coral mientras cierra el grifo de la ducha, Maksim eligió un adjetivo de su madre para adularla a ella tras su primer polvo que acabó en gatillazo.

Mientras se seca el pelo con una toalla se da cuenta de que esa cadena de pensamientos no es la ideal para afrontar su reencuentro con Maksim.

«¿Reencuentro? Ni que hubieran pasado meses».

«Meses no, pero lo que sí ha pasado es un polvo con un amor del pasado», dialoga consigo misma, torturándose.

«Si no vuelve a ocurrir, no habrá tenido importancia», trata de convencerse mientras se viste con ropa cómoda de estar en casa. Decide que la estrategia con Maksim va a ser hablar lo menos posible de esta semana con la excusa, por otro lado real, de que necesita desconectar.

«Dios, qué mal tener que desarrollar una estrategia. Te estás convirtiendo en una mentirosa fría y egoísta».

Llaman al timbre de la puerta y aparece Maksim, sonriente y cargado con dos bolsas enormes de comida china.

—He pensado que además de un abrazo necesitarás reponer fuerzas —dice, dejando las dos bolsas en el suelo y abriendo los brazos a la vez que camina hacia ella.

Sonríe y se abraza a él. Un abrazo largo y reconfortante.

Se sientan a cenar. Maksim ha comprado comida como para cinco personas, incluyendo todos los platos preferidos de Coral. Ella se esfuerza por comer, pero tiene el estómago medio cerrado. Apenas

hablan mientras cenan, ella no sabe qué decirle. Le gustaría enterrar la última semana en el olvido y retomar su relación con él desde este momento. Maksim tampoco parece animado a preguntar nada que pueda resultar incómodo, quizá porque intuye que está pasando algo que prefiere no saber.

Cuando uno de los silencios se hace ya insoportable para Coral, se levanta de su sitio, se sienta a horcajadas sobre Maksim y lo mira unos segundos a los ojos antes de besarlo.

Quince minutos después, Coral escucha el sonido de un mensaje entrando en su móvil. Las únicas notificaciones sonoras que tiene activas son las de los mensajes de Bosh, aunque si ha escrito en lugar de llamar significa que no es algo demasiado urgente. Pero sí es suficiente para hacerle perder la poca concentración que hasta ahora estaba teniendo con Maksim en la cama. Él, por suerte, no parece notar nada y ella decide fingir para acelerar el final de este decepcionante reencuentro sexual.

Maksim se retira a un lado y ella espera a que él recupere el ritmo normal de respiración antes de levantarse de la cama.

—Perdona, tengo que comprobar el móvil. Estamos en una especie de alerta.

Maksim asiente comprensivo. ¿Nota ella quizá un leve gesto de desconfianza en el gesto de él?

«Motivos no le faltan», piensa mientras se levanta. Coge su móvil y abre el mensaje de Bosh: «No hay *match*. Es muy probable que el pelo sea del asesino, pero no está en la base de datos. Mañana nos vemos aquí. No madrugues mucho, que es sábado».

Mierda, no hay forma de escuchar una buena noticia. Respira hondo y trata de consolarse con la idea de que el asesino no es infalible. Ya ha dejado un rastro y en cuanto tengan un sospechoso se podrá comprobar la coincidencia de ADN. Algo es algo. Pero es poco.

—¿Todo bien? —pregunta Maksim.

—Regular. No son buenas noticias de la investigación. A estas alturas ya te imaginas en lo que estamos trabajando.

Maksim indica con un gesto que sí. Coral continúa:

—Teníamos esperanzas de tener el nombre de un sospechoso hoy, pero la cosa no ha funcionado —dice, sin poder evitar un suspiro de derrota.

Maksim se levanta y la abraza de nuevo. Coral agradece tenerlo ahí y valora que por fin se haya rebelado contra su madre para quedarse toda la noche con ella. Necesita tener a alguien a su lado esta noche. «No —se corrige a sí misma—, necesitas tener a Maksim a tu lado esta noche».

Se acuestan y él se duerme en menos de un minuto. Coral se desprende con suavidad de su abrazo y se queda tumbada boca arriba.

Vuelve a hacerse una de las preguntas que más le obsesionan de la investigación: «¿Por qué el monstruo corre tanto riesgo para dejar vivas a las parejas de las víctimas?».

Resulta cada vez más evidente que es algo crucial para el asesino y no le acaba de convencer la idea de que sea para exhibirse. Aunque tampoco es capaz de articular una hipótesis diferente.

Trata de vaciar su mente de pensamientos y dormir, pero en su cabeza empiezan a desfilar ahora las fotos que ha visto de Álex y los otros dos adolescentes. Espera que el asesino los tenga sedados o drogados y no sean conscientes del horror que están viviendo.

Cincuenta y tres

Coral junto con Bosh, Goiko y Castro, están a punto de ver el vídeo de la entrevista que le han hecho los investigadores a Nuria Pavón, la mujer superviviente del último crimen. Según Bosh, los médicos les han comunicado que recobró la memoria de forma rápida y progresiva ayer, viernes por la tarde y no ha podido dormir ni descansar desde entonces, pese a los ansiolíticos que le han pinchado. Los doctores no estaban a favor de que declarara tan rápido, pero ella misma se ha ofrecido a hacerlo.

En la pantalla se ve a una mujer de unos cuarenta años, sentada en una silla, algo encogida, con los brazos cruzados y agarrándose los antebrazos, en una postura corporal de indefensión. Tiene unas ojeras oscuras y los ojos fijos en la superficie de la mesa frente a ella. A Coral le sobrecoge esa mirada vacía de mujer devastada.

La voz suave de otra mujer fuera de cámara invita a Nuria a hablar:

—Puedes tomarte el tiempo que quieras, parar las veces que necesites y omitir todo aquello que te resulte demasiado duro de recordar. Y, por supuesto, si ves que no quieres seguir, cancelamos en cuanto nos digas.

Nuria hace un casi imperceptible asentimiento con la cabeza y se queda muy quieta, mirando a la mesa durante al menos treinta segundos.

Cuando empieza a hablar, lo hace con un hilo de voz exánime:

—Eduardo y yo estábamos en casa, esperando a Jorge para salir a cenar por ahí. Nunca salimos los viernes, pero Eduardo lo propuso y me pareció bien hacer algo diferente. Jorge suele llegar sobre las nueve y más o menos a esa hora llamaron a la puerta. Me extrañó, porque Jorge tiene llaves. Abrí y vi a mi hijo tirado en el suelo, inconsciente. A su lado había un hombre disfrazado de esqueleto y tenía un móvil en la mano. Del móvil salió una voz extraña que dijo algo como que Jorge se había desmayado y no sabía si estaba vivo o no. Entonces me tiré al suelo a comprobar si respiraba y lo siguiente que recuerdo es despertarme con un dolor de cabeza tremendo.

A Coral se le pone la piel de gallina tanto por el relato como por la forma en que lo está contando, sin apenas inflexiones en la voz débil de un ser humano destruido.

Nuria sigue:

—Lo primero que vi cuando abrí los ojos fue al esqueleto, bueno, al hombre disfrazado de esqueleto. De su móvil salió una voz que dijo que, si hacía lo que me ordenaba, no le pasaría nada a Jorge. Entonces lo vi, a Eduardo, colgado boca abajo por los pies, desnudo y con la boca tapada con cinta. Estaba consciente, porque se retorcía como intentando soltarse. También vi una sierra enorme en el suelo. La

televisión estaba encendida, a un volumen muy alto.

Los brazos de Nuria empiezan a temblar. Ella se los agarra más fuerte y continúa hablando:

—Entonces la voz del móvil sonó otra vez: «Si quieres que Jorge viva, me tienes que ayudar a castigar a Eduardo». El esqueleto se agachó, cogió la sierra y…

Nuria detiene su narración. Su mirada sigue fija sobre la superficie de la mesa, pero los brazos le tiemblan ya con bastante fuerza.

La voz femenina se escucha de nuevo:

—Vale, Nuria, esa parte si quieres nos la podemos saltar.

Nuria sacude la cabeza con fuerza.

—No, necesito contarlo. Me hizo coger la sierra y ayudarle a serrar —la respiración de Nuria se acelera—. Yo me obligué a pensar solo en Jorge mientras sujetaba la sierra. Al principio solo la sostenía, no hacía fuerza, solo acompañaba al movimiento del esqueleto. Pero ese móvil horrible habló otra vez y dijo que cuanto más fuerte y rápido serráramos, menos iba a sufrir Eduardo.

La respiración de Nuria alcanza un ritmo frenético y los brazos casi parecen convulsionar a causa del tremendo temblor. Aun así, sigue hablando:

—Entonces usé las dos manos y empecé a hacer fuerza. No miré en ningún momento hacia abajo, no quería ver la cara de Eduardo. Solo pensaba en Jorge.

La grabación se corta en ese momento y en la imagen siguiente aparece Nuria con el temblor de brazos más controlado y la respiración casi normalizada. En la mesa ahora hay una botellita de agua a medias. La voz femenina surge de nuevo fuera de la imagen:

—Muchas gracias, Nuria. Lo estás haciendo muy bien y ya ha pasado lo más difícil. Si puedes, por favor, cuéntanos qué ocurrió después, cuando…, cuando terminó la ejecución.

Nuria sigue con la mirada fija en la mesa. Se toma unos segundos antes de contestar.

—La voz del móvil me ordenó esperar treinta minutos antes de salir de casa o avisar a alguien. Y después el esqueleto se fue. Yo no me atreví a moverme del salón. Me quedé de pie, delante de la tele, de espaldas a Eduardo. No sé cuánto tiempo, porque no tenía reloj, pero más de media hora seguro.

La voz femenina interviene una vez más:

—Muy bien, Nuria, gracias. Si todavía tienes fuerzas, te voy a hacer un par de preguntas, ¿sí?

Nuria asiente de forma mecánica.

—¿Recuerdas si el esqueleto usó un cubo para algo?

Nuria cierra los ojos como tratando de hacer memoria.

—No lo recuerdo.

—Vale, no te preocupes. Y una última pregunta, si puedes responderme. Tu hijo Jorge, ¿está pasando por alguna fase, digamos especial, en cuanto a su identidad de género?

Nuria hace un gesto de extrañeza, sorprendida por la pregunta.

—Sí, pero… no lo sabe casi nadie. Jorge se siente mujer. Desde hace tiempo. Al principio pensamos que sería una tontería, que se le pasaría, pero de eso hace más de un año ya, y la cosa ha ido a más. Hace poco nos dijo que quiere llamarse Julia y que la tratemos siempre como una chica. Lo estábamos consiguiendo, más o menos, en casa, pero fuera todavía no estábamos preparados.

—¿Y acudíais a alguna asociación trans o colectivo similar?

—Sí. Bueno, en realidad iba yo sola, porque a Jorge le daba vergüenza. Pero sí contacté con una y les he consultado varias cosas.

Nuria hace un gesto de cansancio y la voz femenina interviene:

—Muchas gracias por todo, Nuria. Ahora te pediremos el nombre de la asociación y ya te dejamos descansar. Cuando te recuperes un poco necesitaremos hacerte más preguntas, ¿vale?

La mirada de Nuria sigue fija mirando la mesa frente a ella. Tras unos segundos de silencio, levanta la mirada por primera vez en la entrevista y fija sus ojos hundidos en un punto tras la cámara, sobre su interlocutora.

—He matado a mi marido para salvar a mi hijo. Prométeme que lo vais a encontrar.

La grabación finaliza ahí. Bosh y sus tres analistas se quedan callados durante unos segundos.

Es Goiko el que rompe el silencio:

—Hijo de la gran puta. No se puede ser más…

No quiere acabar la frase y en su lugar hace una inspiración honda, como recuperando todo el aire que le ha faltado durante el visionado.

—El misterio del cubo sigue sin solución —dice Castro.

Bosh y Coral están de acuerdo.

—Lo malo es que hay muchas posibilidades —apunta ella—. Puede que lo usara desde el principio y Nuria no lo registrara en su memoria, que es algo muy tonto en lo que no habíamos pensado. Puede ser también que lo sacara ya al final, cuando tenía a Nuria de espaldas al cadáver, mirando la tele. Y no nos olvidemos que podría haber usado el cubo de la casa o uno suyo que hubiera llevado a la escena del crimen.

—Vale —concluye Bosh—, pues vamos a darle vueltas a todo. Este tipo de preguntas son las que resuelven los casos. Si asumimos que usó el cubo de la casa, ¿qué pudo hacer con él y por qué lo limpió después? Y si exploramos la opción del cubo llevado a la escena del crimen, ¿qué hizo con él que fue tan importante como para llevarlo allí? A ver si a alguno se nos enciende la bombilla.

Todos asienten acatando las órdenes.

—Una cosa más —añade Bosh—, se ha filtrado a la prensa el dato de que hemos encontrado un rastro biológico. Lo han magnificado un poco, dando a entender que es una pista clave y que estamos muy cerca de identificarlo. Todo para meter presión al monstruo, a ver si comete algún otro error.

Se gira como para irse a su despacho, pero se detiene y respira hondo.

—En cualquier caso, tenemos que estar preparados para todo. Esta noche se cumple el plazo de las cuarenta y ocho horas.

Cincuenta y cuatro

David espera respuesta de su colega Ismael Aguado, al que acaba de escribir para proponerle salir a una cerveza rápida. No tiene mucha confianza en que el plan salga adelante, dadas las circunstancias familiares de su amigo. La respuesta llega unos minutos después y es peor de lo que esperaba: «Qué va, tío. El tema se ha complicado mucho en casa. Estoy buscando piso para mudarme». Añade un emoticono triste.

David suspira y piensa en llamarlo, pero no está seguro de si el momento es oportuno y prefiere contestar con otro mensaje: «Joder, ya lo siento. Si te apetece hablar o lo que sea, aquí me tienes».

Espera unos segundos por si recibe una respuesta rápida, pero esta no llega.

Otro sábado sin plan, pero bueno, hoy no le importa tanto. Se empieza a preparar un bocadillo y una cerveza para ver un partido de rugby en un canal de deportes, aunque sabe que existe la posibilidad de que tenga que dejar todo a medias, ya que su grupo lleva dos días en alerta. Sergio no les ha dicho nada, quizá ni él mismo lo sepa, pero todos sospechan que tiene que ver con el caso del Inquisidor. Está claro que cuando lo localicen, los llamarán a ellos. David espera ser uno de los que atrapen a esa bestia. Aunque casi todas las misiones en las que participa lo estimulan y lo hacen sentir útil, aquellas en las que detienen a criminales mediáticos que causan desasosiego en la población son las que más le motivan. Como a todos, se imagina.

Se pregunta cómo será el curro de Coralain en estos días frenéticos. No ha hablado del tema con ella, pero está claro que en la SAC están trabajando a tiempo completo en ese caso. Se ha resistido a escribirle nada ni llamarla desde su encuentro de la noche del jueves. Le apetece mucho, muchísimo, verla de nuevo, pero no quiere agobiarla en medio de un pico de trabajo como el que tendrán ahora. Aunque quizá por eso mismo le podría venir bien desconectar un poco, ¿no?

«Frena, frena, que hace apenas dos días que la viste».

David sabe, además, que no debe hacerse ilusiones; Coral está prometida, así que lo del jueves no sería para ella más que el cierre de algo que tenía pendiente del pasado. Y quizá también una vía de escape en un momento de curro estresante. Pero siendo realistas, lo más probable es que la aventura no se repita.

«Nunca se sabe», le susurra su yo más optimista. Y es que Coralain le ha traído luz a un momento oscuro de su vida. Ahora siente que la losa de Esther pesa mucho menos. Ya es capaz de controlarse y no mirar los estados de wasap de su ex. Está volviendo a ser el David de siempre y Coral tiene mucho que ver en ello.

Tras preparase el bocadillo en la cocina, limpia de migas la

encimera y dobla en cuatro partes iguales el trozo de papel de cocina que usará como servilleta. Se sienta en el sofá y apoya la bandeja con el bocadillo y la cerveza en la mesa frente a él. Pero antes de seleccionar el canal de deportes saca su móvil del bolsillo. «Qué coño, que sea ella la que decida».

Cincuenta y cinco

Carlos Amorós Elorriaga, más conocido en el universo YouTube como Caramelo, esperaba tener una tarde tranquila que precediera al momento más importante de la semana. Tenía todo preparado para su 2saturday1, una emisión que realiza en directo cada sábado a las nueve de la noche desde su canal. El título de hoy iba a ser: «¿Por qué no es buena idea salir despacio del armario?». Este directo lo tenía más preparado que nunca, apenas había dejado hueco para la improvisación.

Su máxima preocupación hasta hace un minuto era precisamente cómo incrementar con mayor rapidez su número de suscriptores y acercarse al objetivo de vivir en exclusiva del *streaming*. Así no tendría necesidad de vender su tiempo haciendo de dependiente amable-hasta-la-náusea en una zapatería *supercool* de la calle Fuencarral. De hecho, hasta hace un minuto, estaba satisfecho de cómo iban evolucionando las estadísticas de su canal; si la línea ascendente continuaba, habría motivos para ser optimista.

Pero ahora esa tarde plácida y esperanzadora se acaba de arruinar de la forma más increíble y una sombra todavía indefinida oscurece sus opciones de cambio de vida. Caramelo cierra la puerta de su casa mirando el pendrive que tiene en la mano. Bueno, todavía cabe la posibilidad de que todo esto sea una broma pesada. Demasiado pesada y demasiado retorcida, se teme. No obstante, lo va a descubrir ahora mismo.

Pincha el dispositivo en su ordenador y descarga el único archivo que hay en él: un vídeo.

Lo reproduce y confirma con horror sus peores presagios.

No tiene más opción que hacer lo que le ha mandado esa persona. No se puede arriesgar a llamar a la policía.

Quedan dos horas largas para su directo y se lía un porro para tratar de pensar lo menos posible hasta entonces.

Cincuenta y seis

Los informes del nuevo crimen, provenientes de los distintos grupos de investigadores, van llegando por la intranet. Coral tiene la sensación de no dar abasto y, al mismo tiempo, de que el trabajo que desarrollan en la Sección es estéril. Para colmo, durante la tarde ha recibido un wasap de Maksim y otro de Davidescu. No ha querido abrirlos, lo hará en el tren de vuelta a casa.

Poco antes de las ocho y media de la noche, con la mente agotada y el espíritu vacío de ánimo, tira la toalla. Un punto verde esmeralda nació hace un par de horas en algún lugar cercano a la sien izquierda y ha ido creciendo hasta convertirse en un dolor no muy intenso pero sí incómodo y persistente que le ha terminado de amargar la tarde.

A las 21:07 coge el tren con destino a Alcalá de Henares. La mayoría de los asientos están libres. Se sienta en uno, coge aire y abre el mensaje de Maksim: «¿Cómo va el día, harenka? Si necesitas otro abrazo largo esta noche, solo tienes que decírmelo».

«Qué mono —piensa—, debería decirle que sí».

Pero antes abre el mensaje de Davidescu: «Hola, Coralain! Me imagino que estás a tope, pero si necesitas distraerte un poco, puedes contar conmigo».

Se da un par de estaciones de plazo para decidir si hoy quiere dormir con Maksim o no. En cualquier caso, la opción Davidescu queda descartada. No puede hacer eso otra vez.

Antes de llegar a la primera parada le suena el móvil con la melodía de Bosh. Se le encoge el corazón, descuelga al instante y, aunque sabe que la llamada anticipa algo terrible, o quizá por ello, se fuerza a bromear:

—¿Qué pasa, jefe? ¿No sabes vivir sin mí?

—Mira que eres boba. ¿Dónde estás?

—Sentada en el tren a casa, ahora mismo parando en la estación de Entrevías.

—Bájate ahí mismo. Voy en el coche, te recojo en siete minutos.

Coral respira hondo y se baja del vagón, sin querer imaginar con qué nueva barbaridad les va a sorprender el puto Inquisidor. Llega a la puerta de la estación y mientras espera a Bosh, escribe a Maksim: «Todavía currando. Creo que hoy llegaré muy tarde y tengo que aprovechar las pocas horas de sueño que me queden».

Maksim contesta, un segundo después, con un emoticono triste. Enseguida añade: «Que se dé bien. Aquí me tienes si cambias de idea». Y añade varios emoticonos de beso.

Coral suspira mientras copia el mensaje que ha enviado a Maksim y lo pega en el chat de David. Lo envía tal cual, sin modificar nada, pero

nada más mandarlo, lo relee. Aunque es bastante neutro, se da cuenta de que ha dejado implícito que otro día con menos trabajo sí aceptará la oferta de David. ¿Es eso lo que quiere?

Suena el claxon del coche de Bosh y Coral camina hacia él mientras se guarda el móvil en el bolsillo.

Cincuenta y siete

En la pantalla se ve la imagen oscura de lo que parece una habitación muy grande y vacía, a medio construir, con las paredes sin pintar y el suelo de cemento. En el suelo, cerca de la cámara, hay tres adolescentes encadenados al suelo: Jorge, Silvia y Martín, separados unos dos metros entre ellos. Entra en plano una persona encapuchada, vestida como un verdugo medieval, que porta con las dos manos un hacha con el palo largo y una hoja no muy grande.

El verdugo se detiene junto a Jorge y apoya el hacha en el suelo. El muchacho se sobresalta con el ruido, pero no se atreve ni a girar la cabeza. El verdugo saca de un bolsillo un teléfono móvil. Pulsa una tecla y una voz como de dibujo animado surge del aparato:

—Di un número del veinte al cincuenta.

El chico tarda dos segundos en contestar. Cuando lo hace, sigue sin atreverse a mirar a su captor:

—Treinta y siete.

El verdugo empieza a contar en voz alta y señala con el número uno a Jorge, con el dos a Silvia, con el tres a Martín. Continúa la cuenta macabra hasta llegar al último número, momento en el que el dedo del verdugo se detiene apuntando a Jorge. El chico se gira hacia él y descubre horrorizado que el dedo lo señala. Su boca se abre como para decir algo, pero las palabras no consiguen brotar de la garganta y su rictus se convierte en una mueca de pavor.

El verdugo levanta el hacha con las dos manos. Jorge se encoge y alza las suyas, encadenadas al suelo, en un débil intento de proteger su cabeza. El hacha cae con fuerza sobre el chico, que apenas deja escapar un gemido. La hoja secciona por completo dos dedos de las manos protectoras y se clava de forma parcial en el cráneo. Los ojos desbocados de Jorge se congelan en un gesto de incredulidad. El verdugo, con una terrible parsimonia, pone un pie sobre el hombro del chaval herido para desencajar el hacha de la cabeza. Después levanta el hacha de nuevo y esta vez, sin manos protectoras que obstaculicen su trayectoria, la descarga con toda su fuerza sobre el cráneo de Jorge, hundiéndose esta vez la hoja hasta su mitad. El cuerpo del muchacho se queda erguido por un segundo y después se empieza a inclinar con una lentitud que parece inverosímil, hasta que se desploma en el suelo. El cadáver queda tendido de costado sobre el suelo de cemento, con el hacha encajada en la cabeza. Los ojos de Jorge han quedado abiertos y la sangre de la brutal herida crea un pequeño charco rojo oscuro en el suelo gris.

El verdugo, que ahora tiene un trozo de cartón en una mano, se agacha junto al cadáver del chico y moja un dedo de su mano libre en el charco de sangre. Parece escribir algo con el dedo sobre el cartón.

Cuando termina, lo muestra a la cámara: «36h+».

La imagen se corta ahí.

El cerebro de Coral había conseguido convencerse durante el visionado de que lo que estaba viendo no era real. Ahora, la oscuridad silenciosa de la pantalla se replica en la boca de su estómago; una pequeña esfera gris, sin brillo, nace bajo su esternón y empieza a hincharse hasta oprimir los pulmones. Las primeras lágrimas se convierten al momento en un llanto inesperado y furioso. La esfera oscura se va disipando poco a poco y las lágrimas dan paso a una honda sensación de desesperanza.

Levanta la cabeza y ve las caras de Bosh y Castro. No es capaz de decodificar el gesto de Alberto, pero el de su jefe es el claro reflejo de una impotencia dolorosa.

El teléfono de Bosh rompe el silencio. Casi agradecido por la interrupción, contesta al momento con una voz a punto de quebrarse:

—Dime, Amador.

Tras unos segundos de escucha atenta, Bosh se levanta de la silla y su voz recupera parte de la firmeza perdida en el visionado.

—Vamos para allá.

Coral y Castro se levantan, expectantes. Bosh cuelga el teléfono y camina hacia la salida de la oficina mientras les cuenta:

—El *youtuber* que ha colgado el vídeo se ha presentado en la comisaría de Chamberí. Les ha contado a los locales su historia, pero prefieren que lo interroguemos nosotros. Nos llevamos los portátiles de entrevista.

Cincuenta y ocho

Amador, Bosh, Coral y Castro llegan a la comisaría de Chamberí. Dos policías de uniforme les indican el camino a la sala de interrogatorios.

—¿Tú vas a estar dentro? —pregunta Bosh a Amador.

—Prefiero en persona, sí. Pero me adapto, vosotros sois los expertos.

Coral echa un vistazo rápido a Amador para tratar de discernir si lo último lo ha dicho con retintín, pero su rostro no refleja otra cosa que seriedad y concentración.

—Nos va bien así —dice Bosh—. Empezamos nosotros y cuando acabemos, te avisamos y todo tuyo.

—Perfecto.

—Castro, tú con Amador y el *youtuber*. Coral y yo, en otra sala —indica Bosh.

Llegan a la sala de interrogatorios y entran en ella Castro y Amador. En la estancia hay una única mesa con un par de sillas, una a cada lado. Carlos Amorós, Caramelo, está sentado en la silla más alejada de la puerta. Tiene unos veinticinco años, el pelo rapado y los ojos pintados con una raya muy marcada. Castro coloca el portátil sobre la mesa y lo enciende. Amador se queda de pie junto a la puerta. Carlos observa a ambos en silencio.

En una sala contigua, Bosh y Coral se sientan ante una mesa. Ella enciende el portátil y abre un tipo de aplicación de mensajería. Consulta a Bosh con un gesto y él da el visto bueno. Entonces escribe: «Listos aquí».

Castro, en la sala de interrogatorios, lee el mensaje y se dirige por primera vez a Caramelo:

—Hola, Carlos. Necesitamos que nos cuentes todo lo que ha pasado. Sin prisa y con todos los detalles que recuerdes, por favor. Cuando quieras.

Carlos hace un gesto que Amador entiende como de pereza y Castro como de fastidio. Parece ordenar sus pensamientos y empieza a hablar:

—Vale. Hoy, a eso de las siete de la tarde, o un poco antes, llamaron a la puerta de mi casa. Abrí y vi a una persona disfrazada de oso. Creía que me iba a vender algo, así que le dije que estaba ocupado e intenté cerrar la puerta, pero el oso metió el pie y no me dejó. Yo lo flipé bastante y entonces salió una voz del teléfono móvil que llevaba en la mano diciendo que conocía a mi madre y me dijo su nombre. Yo seguía flipándolo, porque no entendía de qué iba la cosa y entonces el oso abrió la otra mano para enseñarme un pendrive. La voz del móvil habló de nuevo y dijo que esta noche, en lugar de mi directo, tenía que emitir un vídeo que hay en el pendrive. Le contesté

que ni de coña y entonces la voz del móvil me dijo la dirección exacta de la casa de mi madre y me amenazó: si no ponía el vídeo en mi canal a las nueve en punto o si llamaba a la policía antes de que acabara de emitir el vídeo, cualquier día de estos iría a visitar a mi madre.

Amador y Castro escuchan atentos. Caramelo continúa.

—Descargué el vídeo en mi ordenador y lo vi. Pensé en llamar a la policía, pero me acojoné. Todo era demasiado raro y después de las noticias de estos días…

Caramelo deja a medias la frase y parece que ha concluido su declaración.

Un mensaje aparece en la pantalla de Castro: «Qué hizo entre las siete y las nueve?». Así que pregunta a Caramelo:

—¿Qué hiciste desde que se fue esa persona y hasta el directo?

Él no duda al contestar:

—Desesperarme, la verdad. Me hice un porro para relajarme, pero cuando lo encendí, pensé en que luego tendría que venir aquí, así que lo apagué sin darle ni una calada.

Castro mira a la pantalla, lee el nuevo mensaje que hay en ella y pregunta:

—¿Y después? Me refiero, en cuanto acabas de emitir el vídeo, ¿vienes aquí?

—Sí, de camino he llamado a mi madre, para ver si estaba bien. Y no he querido ni mirar las redes sociales ni el wasap, tienen que estar echando humo.

Tras consultar de nuevo la pantalla, Castro se dirige a Amador:

—Nosotros, de momento, hemos acabado. ¿Tienes alguna cuestión para él?

—Solo una: ¿has traído el pendrive?

—No, no se me ocurrió que...

Amador le interrumpe:

—Vale, mira, ahora mismo estamos a la espera de la orden de registro de tu casa. En cuanto llegue, unos compañeros y yo nos vamos para allá contigo y nos llevaremos el famoso pendrive, tu ordenador y cualquier dispositivo electrónico tipo tablet, disco duro o similar. También me tienes que dar tu móvil ahora y necesitaremos extraerte una muestra de ADN.

Caramelo abre mucho los ojos:

—¿¡Estoy detenido!?

—Digamos custodiado, hasta que comprobemos tu historia. Has retransmitido en tu canal la presunta ejecución de un chaval desaparecido. Comprende que necesitemos contrastar tu versión.

Amador camina hacia el joven y extiende su mano abierta ante él. Caramelo parece pensar en su situación por unos segundos, hasta que

respira hondo con resignación. Mete la mano en un bolsillo de sus pantalones bombachos y saca su móvil de última generación para entregárselo a Amador.

Castro y Amador entran a la sala contigua para reunirse con Bosh y Coral. Amador va directo al asunto:

—Bueno, ¿qué?

Bosh cede la palabra con un gesto a Castro:

—A falta de un análisis en detalle, todo indica que este chico dice la verdad. Expresión, lenguaje corporal, adaptadores, mirada, modulación de la voz, etc. La sensación inicial es que no oculta nada.

Bosh interroga con la mirada a Coral.

—Totalmente de acuerdo con Alberto.

Amador asiente.

—Yo he tenido la misma sensación —suspira—. Pues nada, me toca esperar a la orden del juez y me voy a casa de este Caramelo con los de la Tecnológica.

Por primera vez desde que lo conoce, Coral detecta en Amador un gesto de cansancio y desánimo.

—Vale —dice Bosh—, pues nosotros nos marchamos. Aquí no hacemos nada.

Amador asiente y pregunta:

—Oye, una cosa: ¿para qué todo este lío de los portátiles y los mensajes?

—Bueno —contesta Bosh—, en este caso no ha sido muy necesario, pero tampoco sabíamos qué nos íbamos a encontrar. Lo hacemos de esta forma para que el entrevistador que está en la misma sala del entrevistado no tenga que pensar en las preguntas que debe hacer, ya que se las dictamos desde aquí; así puede concentrarse en controlar su propia comunicación gestual y evitar alguna reacción que pudiera alertar al interrogado.

Amador medita por unos segundos la respuesta. Aunque no parece muy convencido, no hace comentario alguno.

Bosh, Coral y Castro salen de la comisaría de Chamberí pasadas las diez y media de la noche.

—Si os parece, en lugar de volver a la oficina, os invito a cenar por aquí y charlamos.

Coral y Castro aceptan la invitación.

Cincuenta y nueve

Coral está en el baño del restaurante, lavándose las manos. Antes de salir al reencuentro con sus compañeros, comprueba el wasap, que no miraba desde que se bajó del tren en Entrevías. Tras su último mensaje a Davidescu, en el que le decía que hoy estaba cansada, él le contesta minutos después: «Ok, yo estoy aquí de guardia para ti, por si me necesitas».

Trata de borrar de su cerebro la nueva oferta de David mientras se reúne con Bosh y Castro, que están sentados a la mesa del restaurante. El sitio es un típico mesón madrileño cuya especialidad es la tortilla de patata en diferentes versiones. A Coral no le suelen entusiasmar los locales tan tradicionales, pero este le resulta aceptable; tiene una decoración clásica sencilla y unas luces no demasiado frías. El camarero les trae una caña de cerveza a cada uno y Bosh se bebe la suya de un trago antes de hablar:

—Bueno, ¿qué pensáis?

Castro suspira cansado y mira a Coral, para que sea ella la que responda primero.

—Vale —empieza ella—, hay una cosa que me llama la atención. El jueves el asesino comete su tercer asesinato y secuestro y deja una amenaza de muerte con un plazo de cuarenta y ocho horas para presionar al Gobierno. El Gobierno no cede, como era de esperar, y el asesino cumple su amenaza, ejecutando a una de las víctimas secuestradas justo dos días después. Bueno, quizá antes, no lo sabremos hasta encontrar a la víctima y practicarle la autopsia. El caso es que, con este nuevo asesinato, cambia el patrón: en lugar de matar y secuestrar, va a lo fácil y mata a uno de sus prisioneros. Además, acorta los tiempos con una nueva amenaza, reduciendo el plazo a un día y medio. Esta secuencia hace pensar que no tiene planificados más crímenes de asesinato más secuestro, cosa que es lógica, pues eso conlleva semanas o meses de seguimiento y preparación. Ahora parece que va a tirar de los prisioneros para seguir con su *show* macabro. ¡Pero es que solo le quedan dos chavales! Poniéndonos en lo peor, pasado mañana mataría a otro rehén y, si sigue con el patrón de recortar el tiempo, amenazará con matar al último al día siguiente. De esta forma, el martes se quedaría sin prisioneros y quizá sin planes para continuar matando. ¿Por qué, entonces, este afán de acelerar los tiempos? ¿Qué piensa hacer si mata a todos los prisioneros y no ha obtenido nada del Gobierno? Después de unos crímenes planificados al milímetro, ¿va a desaparecer? ¿Va a empezar a improvisar? No sé, no veo la lógica.

—Bueno, yo no lo veo descabellado —interviene Castro—. Está siguiendo un plan en el que confía, con la esperanza de que el

Gobierno no soporte la presión y claudique. Aprieta en los plazos, forzando el que no tengan mucho tiempo para pensar y también para reducir las posibilidades de que lo atrapen, ya que se expone mucho manteniendo toda la infraestructura de los prisioneros.

—Coincido con Castro —apunta Bosh—, no lo veo imposible. Pero Coral tiene razón también en que, con ese planteamiento, se abre la pregunta difícil de resolver: ¿qué piensa hacer cuando se quede sin rehenes?

—Quizá tiene un plan para desaparecer y empezar otro ciclo de planificación de crímenes —improvisa Castro.

Coral no está nada convencida. Bosh dice:

—En realidad no sabemos si está siguiendo a rajatabla su plan inicial, porque no conocemos cuál es ese plan. Acabo de acordarme de algo que dijiste el otro día, Coral: «está acelerado». A lo mejor tenías razón. Quizá sus necesidades emocionales están tomando el control y le están haciendo precipitarse. Y si se le acaban los prisioneros es probable que ya no pueda parar de matar y empiece a improvisar. En ese caso no debería pasar mucho tiempo antes de que cometa algún error. El problema es cuántos muertos puede haber hasta entonces.

El camarero llega con la primera de las tortillas y un pequeño cesto con pan. Bosh le pide dos cañas más para Coral y Castro y una sin alcohol para él.

—Hasta que acabemos de comer —ordena Bosh—, prohibido hablar de trabajo.

Durante los siguientes cinco minutos, los tres comen y beben sin saber qué decir ni de qué hablar. Coral en realidad come muy poco. No puede dejar de pensar en la última frase de Nuria, la madre del pobre chaval ejecutado: «He matado a mi marido para salvar a mi hijo. Prométeme que lo vais a encontrar».

Bosh rompe un silencio que se estaba haciendo insoportable:

—Venga hombre, que sé que tenéis una vida fuera de la Sección. Coral, ¿cómo van esos planes de boda?

Ella lo mira con suspicacia. Anteayer Bosh la vio llegar con David a una escena del crimen a las cuatro de la mañana. ¿Se lo pregunta entonces para cotillear o para molestarla? No le pega ninguna de las dos cosas y ahora que se fija en el rostro de su jefe, cree adivinar un gesto de fastidio, como de darse cuenta de que ha metido la pata. Tal vez había olvidado el episodio del jueves y acaba de caer en ello. Coral contesta:

—Pues muy despacio. Queda casi un año.

En cualquier caso, no le apetece nada hablar del tema, así que intenta romper un poco el hielo con el hermético Castro y se atreve a llamarlo por su nombre de pila:

—¿Tú tienes pareja, Alberto?

A Castro la pregunta le pilla de sorpresa y se empieza a poner rojo y, de repente, dice:

—No. Tengo que ir al baño.

Se levanta y camina rápido hacia los servicios del local.

Bosh y Coral se miran sorprendidos.

Sesenta

El coche de Coral avanza en medio de la noche. Recorre un asfalto gris salpicado de círculos amarillos que se solapan unos con otros, proyectados por las altísimas farolas que flanquean la carretera. Está cansada y acelera. La iluminación pierde intensidad, los círculos amarillos dejan de superponerse y la distancia entre ellos aumenta más y más. Se da cuenta entonces de que no lleva las luces puestas, pero no sabe cómo encenderlas. Mira el salpicadero, lleno de botones iluminados por pequeños pilotos verdes cuyas utilidades desconoce. Los círculos amarillos de la carretera han desaparecido del todo, pero el coche sigue avanzando a gran velocidad. Se aferra al volante, sin saber cómo frenar. De repente, en medio de la negrura salpicada de destellos verdes, se ilumina la pantalla naranja de la radio y unas notas musicales surgen de los altavoces.

Coral se despierta con el corazón a mil y toma conciencia de dónde está: en un taxi camino a casa. De su bolsillo surge esa melodía familiar que empezó a oír en el sueño: llamada de Bosh.

«¿Otra vez?».

Mientras saca el teléfono, ve por la ventanilla que está entrando en Alcalá de Henares. Contesta con voz embotada:

—Dime, Bosh.

—Perdona, Soto, qué locura de noche. Mira, los de la Tecnológica han encontrado una evidencia sólida. Tanto, que Amador está coordinando ya un operativo con su unidad y el GEO, para esta misma madrugada. ¿Estás ya en casa?

—A cinco minutos.

—Bueno, pues lo que tú decidas; aquí en la comisaría vamos a seguir la operación a distancia. Si quieres volverte para acá, eres bienvenida. Si prefieres descansar y mañana estar fresca para lo que venga, perfecto también.

Coral no tiene que pensar en la respuesta:

—Voy para allá.

Le da indicaciones al taxista para que regrese a Madrid y se recuesta en el asiento, analizando las palabras de Bosh. ¿Qué han podido encontrar que les posibilite montar una operación tan rápido? Bueno, sea lo que sea, parecen buenas noticias. De repente cae en la cuenta de algo y abre el wasap de su móvil. Ve que tiene un mensaje nuevo de David, escrito hace media hora: «Ups, tengo que retirar mi oferta, ha surgido una misión. Bueno, ya habrá tiempo, un beso!».

Joder, David está en el operativo.

Coral llega a la comisaría y le indican que pase a la sala de

reuniones más grande del edificio. Allí se encuentra un espacio repleto de policías de distintos grupos y rangos: el comisario de la Policía Judicial, varios mandos intermedios de la Tecnológica, Homicidios y Secuestros, Amador, Vallejo y Braulio. También está un inspector responsable del GEO y los dos oficiales que dirigen los comandos. Coral imagina que uno de ellos es Sergio, el jefe de David. Además, hay un par de técnicos conectando dos ordenadores con unas pantallas enormes sobre la mesa central. Coral se da cuenta de que es la única mujer en la sala.

Bosh, al ver llegar a Coral, le hace una señal para que salga con él al pasillo. Una vez fuera, le pone al día:

—Al final creo que acertamos con lo de que estaba acelerado, porque parece que ha cometido un error. Los de la Tecnológica examinaron el pendrive que el asesino le dio al *youtuber* con el vídeo de la ejecución. No contenía nada más, estaba vacío, pero se les ocurrió pasarle un software, que yo no sabía que existía, que al parecer puede rescatar archivos eliminados. Por lo visto en algunos casos funciona y en otros no. En este hubo suerte; el pendrive fue usado para almacenar otros archivos antes de su borrado y se ha podido rescatar uno casi intacto: una factura de la luz.

Coral va a abrir la boca, pero Bosh le corta:

—Sí, ya sé lo que vas a decir: el pendrive lo podría haber sustraído el asesino y esto podría ser otro callejón sin salida, pero hemos echado un ojo al tipo y podría encajar en el perfil. Se llama Javier Santotomás Martos. Cuarenta y seis años, divorciado, tiene un hijo de quince. Cuando era joven formó parte de varios grupos antifascistas. Hace unos años se pasó al otro extremo y empezó su lucha particular a través de las redes sociales. El jueves pasado borró todo su historial, pero los de la Tecnológica han rescatado posts compartidos por otros usuarios que muestran el perfil del angelito, al que no le falta de nada: racista, xenófobo, machista y últimamente también aporófobo, que está de moda. Ah, y tiene los ojos azules, tal y como dijo Julio Delgado, el marido de la segunda asesinada. Vamos, que no tenemos seguridad absoluta de que sea él, pero sí parece encajar.

—¿Ha dado tiempo a conseguir su número de móvil y rastrear sus movimientos?

—Sí, pero ahí no tenemos nada. Creemos que el teléfono que ha usado para los crímenes puede ser uno distinto del suyo, sin registrar.

Coral respira hondo.

—Por cierto —añade Bosh—, no sé si has visto que está dentro mi amigo Braulio. No entres al trapo si se pone tonto. A mí ya me ha dedicado una sonrisa burlona mientras decía con retintín a un compañero: «Mira, la SAC, han sido cruciales para resolver esto».

—No puede ser, ¿en voz alta?

—No mucho, pero lo suficiente para que yo lo oyera.

—Vaya un gilipollas.

—No seas tan benévola con él —dice Bosh sonriendo.

A Coral se le contagia por un segundo la sonrisa de su jefe mientras ambos entran en la sala.

Los técnicos acaban de conectar las pantallas, aunque todavía permanecen apagadas.

Se fija en unas pegatinas que hay en el marco superior de cada monitor. En una pone: «Dron». En la otra: «Casco GEO». Se pregunta si ese casco será el de su Davidescu.

Sesenta y uno

A las 2:07 de la madrugada del domingo, David está en tensión esperando la orden de asalto, igual que sus cuatro compañeros. Se encuentran en la furgoneta de transporte, a seis metros del portal del edificio donde vive el objetivo. Hay un segundo comando en otra furgoneta que se quedará de apoyo en el exterior del bloque. David y su equipo subirán al piso, realizarán la apertura y se enfrentarán con esa bestia. El sospechoso vive en un piso en la última planta de un edificio de dieciocho alturas. Es la construcción más alta de los alrededores y por eso no han podido enviar a un francotirador a buscar posición de disparo.

David escucha a Sergio a través del auricular que lleva en el oído izquierdo.

—Tranquilidad, que la cosa aún está un poco verde. Como no tenemos posibilidad de una visual de la vivienda del objetivo, hemos decidido llevar un dron y comprobar que está dentro. Y también asegurarnos de que está solo en la vivienda.

Doce minutos después llega un coche sin distintivos policiales del que sale un chaval de apenas dieciocho años portando un dron con las dos manos. Es un modelo grande, de los de cuatro hélices, que lleva incorporada una cámara con una óptica llamativa. El chaval lo apoya sobre el capó del coche y él se vuelve a meter dentro, donde coge un mando a distancia con dos joysticks, varios botones y una pantalla digital. La pantalla se enciende mostrando la imagen que ofrece la cámara de alta sensibilidad incorporada al dron.

El aparato despega en vertical y enseguida alcanza la altura de la última planta del edificio. Una vez allí, el piloto lo hace desplazarse alrededor del edificio, orientando en todo momento la cámara hacia las ventanas. El piso tiene dos dormitorios y el primero que observa el dron está vacío. Al pasar por la ventana del segundo dormitorio, la cámara obtiene una visual, con baja definición, del sospechoso en su dormitorio. No está tumbado en la cama, sino sentado, con la espalda apoyada en el cabecero.

Desde la comisaría de la Policía Judicial, a dos kilómetros y medio de allí, todos los reunidos están viendo las imágenes que proporciona el dron en una de las pantallas. Amador es el primero en hablar:

—Vale, parece que el objetivo está en casa y está solo —se dirige al comisario—. Por mí, luz verde para entrar.

Vallejo y Braulio asienten, indicando que están de acuerdo. El comisario echa un vistazo rápido a los mandos intermedios por si alguno tuviera algo que decir y, acto seguido, se dirige al responsable del GEO, asintiendo con la cabeza. Este, a su vez, le indica con un gesto al jefe del comando que proceda. Sergio habla por su micrófono:

—Tenemos luz verde, ¡vámonos!

La segunda pantalla se enciende y en ella se ve la imagen temblona de la cámara montada sobre el casco de uno de los hombres del comando.

Coral está nerviosa. Conoce las capacidades del grupo de élite, pero no puede evitar preocuparse por David. De hecho, hay algo que le inquieta. Algo que le ha extrañado al ver las imágenes del dron y ahora cae en ello. Susurra a Bosh:

—¿Por qué el sospechoso está sentado en la cama a las dos de la mañana?

Bosh se sorprende por la pregunta; no lo había pensado.

—No sé. Igual no puede dormir y está jugando con el móvil, o leyendo, o yo qué sé. Si tu preocupación es que nos haya descubierto, yo creo que no hay motivo. Las posibilidades de que nos haya visto desde su casa son cero. Y las de que alguien del barrio haya notado algo raro y le haya avisado son remotas también.

Coral sabe que tiene razón, aun así, no está del todo tranquila.

A la 2:26 David sube las escaleras de dos en dos junto a Carlos, con sus armas por delante. Pegados a ellos suben Mario y El Negro; Mario con el arma apuntando al suelo y el Negro con un pesado ariete metálico de unos setenta centímetros de largo en las manos. Cierra el comando Aguado, que en cada rellano se gira un instante para asegurarse de que nadie los sorprende por detrás. Los cinco escuchan, a través de su auricular, las instrucciones de Sergio:

—Recordad que necesitamos al sospechoso vivo. Si es necesario disparar, hacedlo a brazos o piernas.

Al llegar al rellano del piso dieciséis, vuelven a oír su voz:

—Esperad, paramos sesenta segundos para recuperar aire. Han sido dieciséis pisos. Ahora ni os enteráis porque vais con la adrenalina a tope, pero necesitamos entrar ahí estando perfectos. No hay prisa, no se va a marchar, ni se ha enterado de nada. Hemos dado otra pasada con el dron y sigue sentado en la cama.

Aunque se muere por entrar ya, David sabe que Sergio tiene razón. Activa el cronómetro silencioso de su reloj y deja pasar los segundos indicados, recuperando el ritmo normal de respiración.

Reanudan la subida y llegan al piso dieciocho. Carlos y David dejan paso al Negro con el ariete y se dirigen a la puerta del piso objetivo. David marca con sus dedos la cuenta atrás desde tres. Han estudiado el plano del piso y memorizado la distribución. Dos. El Negro prepara el ariete. Uno. Echa el ariete para atrás para tener el máximo recorrido. Cero: la mano de David señala la puerta. El Negro coge aire y realiza el movimiento pendular haciendo que el pesado cilindro metálico impacte contra la cerradura, reventándola. Entran gritando:

—¡Policía!

La entrada de la calle da al salón: vacío. Avanzan hacia la puerta de acceso al resto de la casa, que está cerrada. La abren y ven al final del pasillo al sospechoso con una pistola apoyada en la sien. En la otra mano parece tener un teléfono móvil. Habla muy nervioso:

—Un paso más y me mato. Y nunca encontraréis a los chicos.

David y Carlos se detienen. El objetivo, sin despegar la pistola de su cabeza, abre la puerta del fondo del pasillo, que da a un baño.

Los cinco hombres del GEO escuchan de nuevo la voz de Sergio por los auriculares:

—Quietos ahí. Aguantad y apuntad a las extremidades. No podemos perderlo.

El sospechoso camina hacia atrás y, sin quitar la mirada al grupo de asalto, abre la tapa del inodoro. Tira dentro de él el teléfono móvil y presiona el botón de la cisterna. La pistola tiembla en su otra mano.

Ante el estupor del comando y sin que puedan hacer nada para evitarlo, el objetivo se dispara en la cabeza y cae desplomado al suelo.

Sesenta y dos

Al ver al sospechoso dispararse en la cabeza, la sala de la comisaría de la Policía Judicial se queda en completo silencio. Coral está igual de impactada que el resto, pero siente una leve sensación de alivio: ha pasado el peligro para David.

El inspector jefe de la Unidad Tecnológica rompe el silencio apenas un segundo después:

—¡El móvil! ¡Que cojan el móvil!

Sergio da la orden a través del transmisor. David y Carlos se acercan por el pasillo al baño, con las armas apuntando al objetivo, que sigue tendido en el suelo, sin moverse. De una patada, David separa la pistola de la mano inerte del hombre, que tiene una herida sangrante en la sien izquierda. Después deja su arma de asalto colgando de la cinta a su espalda y mete la mano en el inodoro para rescatar el teléfono móvil.

—Lo tengo, ¿qué hago con él?

—Que lo traigan aquí lo más rápido posible —ordena el comisario desde la sala.

—Carlos y Escu —dice Sergio a través del transmisor—, coged el coche y venís para acá ya con el móvil, lo más rápido que podáis. Os mando ubicación. Los demás, os quedáis ahí hasta que se hagan cargo los compañeros.

Carlos y David se ponen en marcha; salen del edificio y se montan en el coche que han usado para la misión: un modelo berlina semideportivo de bastante potencia. Dejan los cascos y las armas en el maletero. Carlos se pone al volante y David carga la dirección en el navegador de su móvil para dar las indicaciones.

En la sala de reuniones de la comisaría se hacen pequeños grupos. Algunos salen al pasillo y se dirigen a la zona en la que hay una máquina de café y otra de refrescos.

Coral y Bosh se quedan en la sala.

—¿Y ahora qué? —pregunta ella.

—Si los de la Tecnológica pueden obtener el número de teléfono, en poco tiempo nos pasarán todos los movimientos de los últimos días.

Coral abre los ojos, algo sorprendida de que eso sea posible así, tan rápido. Bosh añade:

—Esta noche hay mucha gente despierta esperando instrucciones.

Ocho minutos después, Carlos y David se bajan del coche frente a la comisaría. En la puerta los espera Sergio y un oficial de la Tecnológica. Sergio le hace un gesto a David para que le entregue el teléfono móvil. El oficial lo coge y vuelve a entrar al edificio, sin

perder un segundo.

—¿Y ahora, qué? —pregunta David a Sergio.

—Os quedáis aquí con nosotros. Toca esperar.

A las 3:21 de la madrugada casi todos los componentes de la reunión inicial vuelven a estar en la sala, esperando noticias de la Unidad Tecnológica que trabaja en el piso superior.

—Voy a por un té, ¿te traigo un café? —pregunta Coral a Bosh.

—Por favor.

Coral camina hacia la zona de las máquinas expendedoras con la idea de alargar su paseo un poco y tratar de descubrir si David sigue por la comisaría. Al llegar al pequeño recinto, sonríe al ver una figura uniformada con los emblemas del GEO agachada, de espaldas a ella, eligiendo un refresco. Sin embargo, al erguirse y darse la vuelta con dos botes de bebida en la mano, descubre que no es David. Eso sí, la sonrisa que le dedica él es calcada a la que Davidescu le dedicó el día de su reencuentro. Se pregunta si en la base de Guadalajara entrenarán ese gesto de galán de discoteca que todos parecen dominar.

Camina de regreso a la sala de reuniones cuando el oficial de la Unidad Tecnológica la adelanta casi a la carrera, con un montón de papeles en la mano. Ella acelera también el paso, no quiere perderse nada.

Dentro de la sala, el oficial explica los avances en voz alta:

—Hemos conseguido el número de teléfono y la compañía nos ha proporcionado todos los datos de geolocalización de los últimos días. Los trazados y las posiciones coinciden en tiempo y lugar con los tres escenarios de los crímenes. Y, lo más importante: después de cada crimen y en algunos momentos más, el teléfono se desplazó al mismo punto concreto al este de la Comunidad de Madrid, casi en el límite de la provincia con Guadalajara. Si tenemos un mapa interactivo, podemos verlo en pantalla.

El comisario ordena a los técnicos abrir un mapa en uno de los ordenadores. Estos obedecen y localizan la posición al límite de una zona residencial llamada Urbanización el Practicante, perteneciente al término municipal de Camarma de Esteruelas.

—Vamos para allá ahora mismo, ¿te parece? —le dice el comisario al inspector del GEO.

—Perfecto, me llevo al comando del asalto. Se han ganado estar allí cuando encontremos a los chavales.

Todo lo que ocurre después se cristaliza en el recuerdo de Coral como una sucesión acelerada de actuaciones y emociones. Se prepara el convoy con seis coches que sale del complejo policial a las 3:52,

encabezado por el semideportivo en el que van David, Carlos, los dos jefes de los comandos y el propio inspector del GEO. Cinco coches más atrás, cierra la caravana el vehículo de Bosh y Coral. A las 3:59, en la salida hacia la autopista Madrid-Barcelona, se les une la furgoneta con el resto del comando del GEO. A las 4:32 llegan a la urbanización, a cuya entrada esperan dos ambulancias que se unen a la comitiva. Tres minutos después localizan la casa: un chalet gigantesco a medio construir que se alza al final de una pequeña rotonda, flanqueado por otras dos casas mucho menos ostentosas y que tampoco parecen habitadas. El comando, con Sergio a la cabeza, entra sin perder tiempo en la edificación.

El resto de la comitiva espera fuera. La estructura de la enorme vivienda está casi terminada, pero parece que renunciaron a rematarla hace años: no tiene ventanas, los tubos para cables asoman por las paredes de ladrillo y las malas hierbas invaden la escalera de hormigón que lleva a la entrada.

Nadie dice una palabra.

Seis largos minutos después sale David de la casa llevando en brazos el cuerpo de Silvia Cortés.

Todo el mundo contiene la respiración.

—¡Está inconsciente, pero respira! —grita David, con la voz algo quebrada, caminando hacia la ambulancia.

Detrás de él sale Carlos, ayudando a caminar a Martín Delgado, cuya cara demacrada expresa una mezcla de incredulidad y confusión.

Bosh le dice a Coral:

—¿Acompañas a la chica en la ambulancia?

Coral se pregunta, en un pensamiento fugaz, por qué tendrá que ser justo ella, la única mujer entre todo ese montón de gente, la que ejerza el rol de cuidadora. Pero este no es momento de reivindicaciones feministas y además no tiene opción; después de haber leído el diario de Álex, es ella la que quiere estar a su lado. Así que contesta:

—Por supuesto.

Coral avanza hasta la ambulancia, donde David acaba de depositar con cuidado a Álex en una camilla. Un médico examina ahora sus constantes vitales. Coral toma el brazo de Davidescu y él se gira. Ve los músculos de su cara en tensión y un rastro leve de dos lágrimas que en algún momento han recorrido sus mejillas. Él traga saliva y pone su mano libre sobre la de ella. En ese momento el médico levanta la cabeza sin saber muy bien a quién dirigirse:

—Está estable. Nos la llevamos para examinarla en el hospital.

La cara de David pierde la tensión de golpe y esboza una sonrisa de alivio.

«Esa sonrisa», piensa Coral.

Él le hace una caricia en la mano antes de dar media vuelta y reunirse con su jefe. Coral pide permiso al médico para acompañarlos y, cuando lo obtiene, se acomoda dentro de la ambulancia, junto a Álex.

Mientras se cierra la puerta de la ambulancia, Coral ve salir a otro miembro del GEO de la casa y decir en voz alta:

—¡Ahí dentro tenemos dos cadáveres más!

Coral y todos los involucrados en la investigación se preguntan lo mismo:

¿Dos cadáveres? ¿De quién es el otro?

La ambulancia se pone en marcha. Dentro, Coral toma la mano de Álex, que sigue inconsciente, y le susurra:

—Todo está bien, Álex. Ya estás a salvo.

No contempla una opción diferente a que el chico se recupere por completo. Tampoco quiere pensar en que después tendrá que sobreponerse al cruel asesinato de su padre. Ese mensaje le hace rememorar una de las últimas páginas del diario de Álex:

Hola, diario,

Hoy estoy muy contento por una cosa que ha pasado que puede parecer una tontería, pero para mí es muy importante. Papá antes, cuando creía que yo era una chica, me daba abrazos de vez en cuando. No sé, cuando se tenía que ir a trabajar varios días fuera o cuando yo sacaba una nota buena en un examen. Y ya sabes que a mí me encantan los abrazos. Pero desde que le dije que soy un chico, papá no me había vuelto a abrazar. Yo sé que él no ha dejado de quererme nunca, pero le está costando mucho asimilar todo esto, más que a nadie. Bueno, la cosa es que hoy he llegado a casa y le he dicho que había sacado un nueve con cinco en Física y él se ha puesto muy contento y me ha abrazado. ¡Como antes! Aunque bueno, mientras me abrazaba me ha dicho: «Enhorabuena, guapa». Creo que se le ha escapado y después se ha dado cuenta y ya no ha sabido cómo arreglarlo. Pero lo importante es que me ha vuelto a abrazar. Y eso me ha hecho muy feliz.

Los ojos de Coral se llenan de lágrimas. Respira hondo para controlar sus emociones; ahora lo único importante es transmitir tranquilidad a Álex.

El trayecto hasta el Hospital Universitario Príncipe de Asturias de Alcalá de Henares es corto y en un cuarto de hora la ambulancia sube ya la rampa que conduce a la puerta de Urgencias.

Cinco minutos más tarde Coral se sienta en la sala de espera. Escribe a Bosh y le pregunta si se sabe algo del nuevo cadáver. Este le explica que se trata de otro adolescente, varón. Han enviado fotos de su rostro a los de la Tecnológica para ver si encuentran coincidencias en las redes sociales.

«Yo me quedo por aquí, por lo menos hasta que me digan algo, ¿vale?», le escribe Coral a Bosh.

«Vale, vamos hablando».

Quince minutos después, Coral ve entrar en la sala de espera a Salud, la madre de Álex. Está algo despeinada y su rostro expresa una mezcla inestable de esperanza y miedo. Se queda de pie, aferrada a su

teléfono móvil con las dos manos. Su mirada casi desquiciada pasa de la pantalla del teléfono a las puertas abatibles, por las que solo está permitido el paso de sanitarios. Coral se levanta y se acerca a ella:

—Salud, soy Coral Soto, de la Policía Nacional.

Los ojos de Salud se agrandan.

—¿Cómo está mi hija?

Al escuchar hablar en femenino de su hija, Coral duda por un instante el modo de referirse a Álex frente a su madre, pero opta por la que le sale de forma natural:

—Álex está estable, según el médico que lo ha atendido en la ambulancia.

Salud no sabe cómo tomarse esas palabras. El labio inferior le empieza a temblar y su respiración se acelera. Coral se atreve a abrazarla y sus brazos rodean un cuerpo tenso que comienza a temblar.

Un médico empuja las puertas abatibles y se detiene frente a ellas:

—¿Familiares de Silvia Cortés?

Salud se separa al instante de Coral e intenta decir un «sí» que no sale de su garganta. El doctor tiene una sonrisa tranquilizadora:

—Silvia ha sufrido un desfallecimiento debido a una mala nutrición en los últimos días. Pero está perfectamente, no corre peligro alguno y su recuperación será rápida.

Salud escucha con ojos incrédulos esa noticia que tanto anhelaba y que cada día veía más improbable. Una sensación de alivio infinito le desborda, las piernas se le aflojan y a punto está de desplomarse en el suelo. Entre Coral y el doctor la ayudan a sentarse en una silla. El médico se marcha sonriente sin que Salud haya sido capaz de articular palabra.

Ahora, estando las dos sentadas una junto a otra, es Salud la que se abraza a Coral, temblorosa, incapaz de asimilar una dicha súbita y salvaje.

Coral sale del edificio de urgencias y se da cuenta de que está amaneciendo. Se dirige a la parada de taxis que está al otro lado del hospital, junto a la entrada principal. Mientras camina, llama a Bosh, que contesta enseguida:

—¿Cómo va eso por allí?

—Todo en orden, el chico está bien y se ha quedado con su madre. ¿Sabemos algo del cuerpo nuevo?

—Sí, es el hijo del sospechoso abatido. Según el forense parece que lleva muerto dos o tres días.

Coral se queda callada unos segundos analizando la información.

—¿Ha matado también a su propio hijo?

El medio segundo que tarda en contestar Bosh delata su pesar por la nueva muerte.

—Eso parece. Por lo que ha encontrado la gente de Amador en su piso, creemos que el chaval tenía dudas sobre su identidad de género. Eso podría haber sido el detonante de todo.

Coral escucha las palabras de Bosh con sensación de agotamiento. Durante estos quince días el asesino se ha ido superando a sí mismo en horror con cada crimen. Ahora que por fin lo han encontrado y no puede hacer más daño a nadie, resulta que aún tenía preparada una última sorpresa macabra. Pese a que ella conoce bien la inhumana frialdad de los perfiles psicopáticos, le estremece descubrir de forma empírica y tan de cerca los extremos de crueldad que pueden alcanzar. La voz de Bosh interrumpe su reflexión:

—Ah, y una cosa más: el monstruo no ha muerto.

—¿Qué?

—Lo que oyes, al parecer la bala ha entrado por una sien, apenas ha arañado un poco el lóbulo frontal y ha salido por el otro lado. Está muy grave y no saben qué evolución ni qué secuelas puede tener, pero, de momento, vive.

Coral no encuentra palabras para comentar la información de Bosh, así que pregunta con voz cansada:

—¿Hay algo más que hacer ahora?

—Sí —dice Bosh con firmeza—, irte a la cama de inmediato. Y el lunes sin prisa por llegar a la oficina. ¿Estamos?

Coral sonríe.

—Estamos, Bosh. Descansa tú también un poco, ¿vale?

Coral finaliza la llamada a la vez que llega a la parada de taxis y descubre que está vacía. Demasiado temprano. En ese momento llega al móvil un mensaje de David: «Tu chófer preferido te espera a la entrada del hospital para llevarte a tu casa. O adonde quieras».

Sorprendida, levanta la cabeza y mira hacia el final de la zona

reservada para los taxis. Allí ve el coche semideportivo del GEO. David sale de él, todavía de uniforme, y agita la mano para saludarla desde lejos.

Sesenta y cinco

Coral se despierta de golpe, con un abrupto sentimiento de culpabilidad. Sabe que tiene que hacer algo cuanto antes. Cuanto antes no, hoy, ahora. Bueno, justo ahora quizá no sea el momento, con su cuerpo desnudo rozando el de David, pero se promete quedar con Maksim en cuanto tenga ocasión.

Casi es mediodía. Se levanta sigilosa y consigue salir de la casa de David sin que él se despierte.

Taxi y ducha en casa. El agua caliente se encarga de robar de su cuerpo las últimas reservas de energía. Cae en la cuenta de que apenas habrá dormido un par de horas y resuelve que no está en condiciones de hablar con Maksim.

Sale de la ducha, se seca, apaga el móvil y se mete en la cama.

Pero el agotamiento físico choca con su hiperactividad mental. Sus pensamientos, en lugar de dispersarse de forma gradual para abandonar la consciencia, se replican y se pliegan sobre sí mismos, generando espirales de ideas recurrentes que le impiden abandonarse al descanso.

Decide leer un poco y coge el libro de cuentos que tiene sobre la mesilla: *La máquina de languidecer*. Lo abre por una página al azar y se encuentra con un relato muy corto, de título «Perspectiva»:

En la habitación del hospital el padre contempla, por primera vez y con infinita dulzura, a su hijo recién nacido. Es hermoso. De una inocencia irradiadora, rozagante. El padre nota cómo una corriente de júbilo asciende desde algún lugar de su interior y amenaza con desbordarse y reventar con cada grieta hasta que levanta un poco los ojos y ve, bajo el techo, levitando pacientemente, con esos acerados destellos de sus filos, cientos de espadas de Damocles que cuelgan justo sobre el cuerpecito de su hijo. Vuelve la cabeza hacia su mujer y sabe al instante que ella lo sabe, pero ninguno dice nada.

Cierra el libro de inmediato. Mala idea leer a Ángel Olgoso para tratar de combatir los pensamientos obsesivos.

El cuento queda flotando en su memoria y le hace recordar que hace apenas dos años estaba convencida de querer tener hijos. Ese deseo se fue enfriando poco a poco, no sabe bien por qué, y cuando descubrió hace menos de un año que estaba embarazada, decidió no contárselo a nadie, ni siquiera a Maksim. Recuerda que, al enterarse de su estado, trató de visualizar el futuro en familia y una honda tristeza se apoderó de su ánimo. Entonces tomó la decisión más dura de su vida.

Consiguió ocultarlo a todo su entorno y solo se lo contó a Natalia, que fue cómplice de la horrible desventura del aborto. Su hombro es

el único en el que Coral puede llorar cuando la conciencia le muerde las entrañas.

Sesenta y seis

David se levanta a las 12:52 y descubre que Coral ya se ha ido.

Rememora con placidez la intensa noche de ayer. Intensa en todos los aspectos. Hoy que le han dado el día libre va a añadir dos minutos a su rutina de ducha y café. Es más, va a olvidarse de la hora y dedicará todo el tiempo que le apetezca a cada una de ellas.

«¿Seré capaz?».

Lo es. Ya en el jardín, sin su reloj de muñeca, empieza a planear la inesperada jornada de libranza: saldrá a correr, claro, pero ya por la tarde. Ahora decide ir a comprar, su frigorífico está vacío, y luego cocinará algo que le apetezca, también sin prisa y sin tiempo predefinido. Se le pasa por la cabeza intentar estar todo el día sin reloj, pero decide que eso es un objetivo demasiado ambicioso todavía para él. No quiere frustrarse por no conseguirlo, prefiere disfrutar del día.

Antes de salir de casa, saca el móvil para escribir un mensaje a Coral; quiere decirle lo bien que se lo ha pasado con ella esta mañana. No, no; mejor va a decirle lo mucho que le gusta estar con ella, en general, que no se piense que habla solo de sexo.

Pero cuando saca el móvil y abre su wasap, ve un mensaje de su ex, Esther: «Soldadito, te echo de menos».

Sesenta y siete

Coral se despierta con una sensación extraña. Pronto descubre el motivo: su color naranja habitual del lunes ha cambiado de tonalidad; ha perdido parte del componente rojo que lo acercaba al martes y ahora se aproxima un poco al amarillo del viernes. El cambio es sutil, pero aun así produce en ella cierta inquietud, que se suma a la generada por los acontecimientos de los últimos días. En realidad, la extrañeza es una sensación que convive con ella desde hace un par de semanas. Un buen ejemplo es que son las nueve y diez de la mañana de un lunes y no se ha levantado de la cama.

Una hora después está montada en el tren de cercanías. Trata de decidir la mejor forma de expresar lo que debe decir a Maksim. Se sorprende a sí misma escribiendo el mensaje: «Maksim, tenemos que hablar».

Se avergüenza del cliché y lo borra. Prueba otra fórmula parecida: «Maksim, ¿quedamos hoy?».

No le convence, parece una propuesta de quedada normal, como si no pasara nada. Lo correcto es enviar un mensaje en el que él pueda anticipar lo que va a ocurrir. Aunque, ¿por qué? ¿Por qué torturarlo desde ahora y hasta la noche? Tras muchos textos escritos, corregidos y borrados, llega al definitivo: «Maksim, ¿nos vemos esta noche?».

Vaya una mierda para haberle dedicado los cuarenta minutos de trayecto. Lo envía y se baja del tren.

Llega a la oficina y allí se encuentra a todos sus compañeros. Goiko se levanta sonriente a darle un abrazo. Castro se levanta también, aunque su sonrisa es un poco forzada y se limita a quedarse de pie. Coral siente cierta lástima por él; Bosh le ofreció, igual que a ella, participar en el operativo o descansar hasta hoy. Él eligió la segunda opción, pensando que se trataría de una falsa alarma como la última vez. Pero resulta evidente que Alberto está haciendo el esfuerzo de ocultar su frustración y tratar de compartir la alegría del éxito con ellos dos. Coral rompe la distancia con él, lo abraza y le da las gracias. Castro se queda muy quieto, sin saber muy bien qué hacer con las manos ni qué decir. Y al separarse de él, Coral percibe el atisbo de una sonrisa sincera que augura, quizá, un acercamiento entre ambos.

Bosh sale de su despacho con un documento en la mano:

—Hombre, ha llegado la bella durmiente.

Coral sonríe. El jefe se dirige a los tres:

—Veo que ya nos hemos felicitado, aunque tampoco es que hayamos sido una pieza clave para resolver el caso.

Todos asienten, conscientes de la realidad.

—Pero vaya —continúa Bosh—, lo importante es que el monstruo está ya fuera de las calles. Sigue grave, por cierto. Esta misma madrugada se le extrajo una muestra de ADN en el hospital y ahora nos confirma el laboratorio que coincide con el del pelo encontrado en la escena del tercer crimen. No es que tuviéramos dudas después de todo lo que ocurrió anoche, pero así la cosa queda redonda y el caso cerrado y sin flecos, como les gusta a los jefes. Bueno, como le gusta a todo el mundo.

«No es que tuviéramos dudas», repite en su mente Coral.

«¿No tenemos dudas?».

«¿Por qué deberíamos tener dudas?».

Los pensamientos contradictorios se le amontonan. Necesita airearse, tomar distancia del caso antes siquiera de dedicarle una pensada.

«Pero ¿qué es lo que hay que pensar?».

La voz de Bosh la saca de su bucle interno.

—Ahora solo tenéis que redactar cada uno un informe en el que resumáis las actuaciones individuales que habéis llevado a cabo. No hace falta acabarlo hoy, así que os podéis tomar la jornada con calma y marcharos a casa cuando os dé la gana.

—¿Y para esto me haces venir? —bromea Coral.

Bosh sonríe, se da la vuelta para dirigirse a su despacho y añade mientras camina:

—Para eso y para que vayáis pensando cuándo queréis cogeros los cinco días de compensación que he pedido para vosotros.

Sesenta y ocho

Coral no quiere regresar a casa. No quiere quedar con Maksim y acabar con su relación. Es demasiado injusto para él, demasiado irreal para ella. A ratos busca pretextos para posponerlo, pero se los rebate a sí misma: es lo que debe hacer. Maksim no se merece una prórroga agónica de su relación solo porque a ella le resulte desagradable el trago de terminarla. Por otro lado, desde una perspectiva racional, tampoco tiene motivos importantes para quemar las naves. Vale, se ha acostado dos veces con otra persona. Vale, esa persona le gusta. Pero eso no es más que una fantasía de la niñez recuperada por casualidad y estimulada ahora por la química sexual. Apenas lo conoce. No significa nada. No es probable que tuviera recorrido, aunque se dieran una oportunidad. Joder, todo eso es irrelevante. Ella no necesita un hombre para sentirse completa en la vida, ¿verdad? Aunque lo que está claro es que su aventura con David, si no puede considerarse un motivo *per se* para romper con él, sí es una prueba de que la relación no es tan sólida como creía.

Perdida en el laberinto de sus pensamientos, se da cuenta de que sus compañeros ya se han marchado de la oficina y ella no ha conseguido redactar ni la mitad del informe. Ha estado tentada varias veces de escribir a Natalia y pedirle consejo sobre Maksim. Y otras tantas veces se ha convencido a sí misma de que la responsabilidad de esta decisión no puede diluirla con recomendaciones ajenas. Este marrón se lo tiene que comer ella sola.

En ese momento sale Bosh de su despacho.

—¿Todo bien, Soto?

«Joder, ¿tan transparente soy?».

—¿La verdad? No.

—¿Algo que te apetezca contarme?

A la mierda lo de no diluir la responsabilidad de la decisión.

—Pues sí, porque necesito soltárselo a alguien antes de volverme loca.

Bosh coge la silla del escritorio de Goiko y se sienta cerca de Coral.

—Te escucho.

—Vale, como sabes, tenía planeado casarme dentro de un año con mi chico. Pero estas últimas semanas estoy teniendo dudas. Muchas dudas.

Bosh la deja hablar.

—A ver, Maksim es el novio perfecto. Lo dice todo el mundo. Pero, pero…

—Pero tú sientes que te falta algo.

—Pues puede ser. Nada concreto, pero sí, creo que me falta algo. No sé. Por otro lado, me da mucha pena dejarlo. Yo lo quiero un

montón. Y además tengo claro que si lo dejo no voy a encontrar a otro como él.

Bosh sonríe antes de decir, con cariño:

—Eso es una tontería, además de un cliché que no te pega. Si decides dejarlo, no va a ser para buscar otro como él, ¿no?

Coral sonríe también, con cierta tristeza.

Bosh permanece callado y ella no se atreve a contarle lo de David. Pero está segura de que él ya se lo imagina.

—¿Tú qué harías?

—Uy, no, no, no —contesta sonriendo Bosh—. Yo me he ofrecido a escucharte. Eso es fácil. Aconsejar es otra historia. Ya sabes que, si me faltan datos, yo no me mojo nada.

Coral se contagia de su sonrisa, asumiendo que la decisión tiene que ser solo suya. Ya que no puede contar con su consejo, ahora le pediría a su jefe un abrazo, pero no se atreve. En lugar de eso apaga su ordenador y se esfuerza en bromear:

—Pues vaya un doctor en psicología.

Bosh se levanta de la silla y le sigue la corriente:

—Ya ves, mira dónde he acabado. ¡Y con quién!

El comentario arranca la risa fugaz de Coral, con la que alivia por un instante sus preocupaciones.

—Anda, lárgate de aquí —ordena Bosh caminando hacia su despacho.

Coral continúa con su runrún de ideas contradictorias durante los trayectos de metro y tren. Poco a poco, y pese a lo caótico de su debate interno, la idea primaria se va asentando: el único camino posible en este punto es una ruptura. Que sea temporal o permanente se verá después, pero no puede continuar con una relación que incluye un proyecto de boda en el horizonte cuando su cabeza, y sobre todo su cuerpo, flaquean de manera reiterada ante la atracción de un hombre distinto a su prometido.

Todo lo demás son excusas, así que acaba de tomar la decisión. Ahora solo tiene que ejecutarla.

Dos horas después está sentada en la barra de un bar cerca de su casa. Se ha duchado y vestido a toda prisa para llegar media hora antes de lo acordado. Quiere ingerir el mayor volumen de alcohol posible antes de que llegue el aciago momento.

Al pedir la cuarta cerveza, Maksim entra en el bar. Luce su camiseta preferida, que le regaló ella, una gran sonrisa y ese brillo en los ojos que no ha perdido un ápice de intensidad desde el primer día que se vieron. Está claro que no se lo va a poner fácil.

Sesenta y nueve

Coral lee la prensa digital del martes sentada en un vagón del tren de cercanías. El tema estrella sigue siendo, por supuesto, la detención del Inquisidor: el Gobierno saca pecho, como si ellos hubieran tenido algo que ver con la operación policial. La oposición felicita a la policía, pero insiste en que se podían haber evitado muertes si el Gobierno hubiera actuado de otro modo. El partido de más a la izquierda acusa a la ultraderecha de haber fomentado el odio al colectivo trans y haber propiciado, por tanto, la aparición de este monstruo. Y la extrema derecha, impermeable a la realidad, mantiene su idea de responsabilizar de todo al Gobierno por «fomentar la división y el odio legislando para los *lobbies* LGTBI». En fin, lo esperado. A Coral le entristece, sobre todo, que apenas se dedique espacio periodístico a expresar la solidaridad con las víctimas. Este episodio trágico podría convertirse en una oportunidad para visibilizar la realidad de todo el colectivo y fomentar el respeto hacia ellos, el mismo respeto que al resto de seres humanos. Pero no parece que vaya a ocurrir. La mayor parte de los medios, con alguna esperanzadora excepción, se centran en explotar el morbo, que es lo que vende.

El asesino sigue grave y a Coral le sorprende que uno de los periódicos revele que está ingresado en el hospital de La Paz de Madrid. Supone que la euforia de la detención ha hecho descuidarse al encargado de informar a la prensa, porque este tipo de datos suele omitirse a los medios.

Eso la lleva a pensar en Nuria Pavón, la mujer del tercer asesinado y madre del chico ejecutado en directo. No puede imaginar el horror que debe de estar pasando. ¿Habrá aceptado ayuda psiquiátrica o psicológica? Espera que sí, va a necesitar toda la del mundo. ¿Cómo encontrar la motivación para levantarte cada mañana después de perder a toda tu familia de esa manera? Duda que ella pudiera hacerlo si estuviera en una situación parecida.

A las nueve y cinco de la mañana entra en una cafetería cercana a la comisaría, donde ha quedado con Natalia. Hoy se va a permitir llegar a la oficina a las diez para disfrutar de un desayuno relajado con su amiga. Como es natural, Natalia quiere que le cuente cómo se ha desarrollado el final del caso y Coral le hace un resumen, incluyendo toda la información que le está permitido revelar.

Una vez satisfecha la curiosidad de su amiga, se concentran en las porciones de bizcocho que les han traído junto con el café y el té. Coral pensaba darle la noticia de su ruptura con Maksim, pero ahora mismo no le apetece nada hablar de ello y lo deja pasar. Ya habrá tiempo.

—Alicia me ha escrito —dice Natalia—, que a ver si quedamos las

tres un día.

Uf, a Coral le agobia pensar en ese encuentro. Todo lo que sabe de Alicia en los últimos tiempos le genera sentimientos encontrados. Por un lado, quiere verla, pero por otro le da miedo constatar que se está convirtiendo en otra persona, alguien con quien apenas tiene ya puntos de encuentro.

—Vale —contesta—, quedamos cuando queráis, pero con una condición: prohibido hablar de política.

Natalia la mira, no muy convencida. Ella, que se encuentra en posiciones ideológicas opuestas a las de Alicia, no rehúye nunca una discusión sobre cualquier tema. Es más, las disfruta. Coral también lo hacía hasta hace poco, cuando las tres se movían en una franja de discurso político moderado, pero ahora que Alicia se ha radicalizado no ve posible hablar de ello sin que se resienta todavía más su amistad. Natalia accede:

—Va, se lo digo.

Ya en la oficina, Coral se pone con el informe que les ha pedido Bosh. Hoy sí está concentrada y poco después de comer lo tiene ya terminado.

Nadie en la Sección ha comentado el caso en todo el día. La euforia de ayer por haber detenido al asesino y acabado con la pesadilla ha ido dando paso a cierta suerte de resaca agria. Para Coral no se trata solo de un mal sabor de boca por las muertes que no han podido evitar. En el fondo de su cabeza sobrevive una molesta vocecilla susurrándole que hay algo que no encaja en la resolución del caso. Lo primero que hace para intentar acallarla es consultar la intranet para ver si los compañeros de la Tecnológica volcaron los *posts* y vídeos que el detenido eliminó de las redes sociales. Tiene suerte y encuentra una carpeta con varias decenas de archivos de imagen y de vídeo recuperados. Los revisa uno a uno con atención y, cuando termina, la débil vocecilla se ha convertido en una nítida señal de alarma. Se levanta para ver a Bosh.

—Sí, te puedes marchar ya —le dice él en cuanto la ve entrar.

—Cuidado —contesta ella sonriendo—, tu superpoder de leer la mente te está abandonando, no tengo ninguna prisa.

—¿Y entonces?

—¿Has visto los vídeos del detenido?

Bosh levanta la cabeza para mirarla con extrañeza.

—No, ¿por?

—Porque confirman algo que ya me estaba rondando la cabeza desde ayer: esa persona no encaja con el perfil que estábamos desarrollando.

Bosh la mira con incredulidad.

—¿Has bebido? —le pregunta él, sin cambiar el gesto.

Coral sonríe de nuevo.

—Venga, Bosh, te hablo en serio, échales un ojo y verás.

—A ver, Coral, igual tienes que cogerte esos días libres ya, para oxigenar un poco el cerebro. No solo tenemos una muestra biológica que coloca al detenido en la escena del tercer crimen. Tenemos también un teléfono móvil que lo sitúa en las escenas de los dos crímenes previos y en el lugar donde tenía escondidos a los otros secuestrados. Por si eso te pareciera poco, el tipo gritó: «Nunca los vais a encontrar», o algo así, antes de pegarse un tiro, lo que se puede considerar casi una confesión. Es uno de los casos más claros en los que hemos trabajado nunca. Por otro lado, nuestro perfil estaba todavía en pañales, no teníamos casi nada. ¿Qué puede no encajar aquí?

La contundencia irónica de Bosh debilita un tanto las dudas de Coral, pero aun así prefiere expresarlas:

—No encaja que un tipo tan frío y meticuloso que lleva meses o años planificando una retorcida secuencia de crímenes casi perfectos sea un energúmeno con pinta de descerebrado que ladra por las redes sociales.

Bosh la mira unos segundos.

—¿Eso es todo? Porque, la verdad, no me parece gran cosa. A ver, de esto hemos hablado tú y yo más de una vez: todas las personas tenemos diferentes facetas, distintos yoes dentro de nosotros. En algunos casos estas facetas son muy heterogéneas. Que un tío desarrolle en privado una personalidad fría y sanguinaria y, por otro lado, en paralelo, desahogue su ira de manera pública dentro de los límites legales, no me parece descabellado. En esta era digital que nos toca disfrutar hay miles de bocazas de ese pelo, así que colgar barbaridades en las redes sociales no hace destacar demasiado a nadie. En su caso, no ponía en riesgo la ejecución de ese mandato divino que creía tener.

—Y, sin embargo, borró todo de sus redes poco antes de su detención. ¿Por qué?

—Tal vez por la presión que metimos al decir a los medios que había dejado un rastro biológico y estábamos sobre la pista.

Bosh se queda un instante pensativo y pregunta a Coral:

—¿En sus vídeos aparece él mismo hablando?

Ella asiente.

—Pues mira, otro dato que encaja: eso explicaría el porqué de toda la parafernalia de hablar por el móvil con los supervivientes, ¿no te parece?

Coral admite que Bosh está en lo cierto.

—A ver —continúa Bosh—, para mí todo ha seguido una lógica que

ya habíamos anticipado como posible: el tipo había cometido tres crímenes muy complejos de forma impecable. Cuatro, en realidad, si incluimos la ejecución retransmitida. Más el de su hijo, que suponemos que fue más sencillo para él, por muy inhumano que suene esto. El caso es que ya había tenido demasiada suerte y lo lógico era que la racha se le acabara pronto.

Coral reflexiona unos segundos antes de hablar:

—Vale, seguro que tienes razón, pero solo por darme el gusto de comprobar todo y quedarme tranquila, ¿te importa si dedico un par de días a intentar cerrar todos los flecos?

Bosh la mira divertido.

—Yo creo que harías mejor descansando esos días, pero venga, por ser tú: cuarenta y ocho horas —la señala con el dedo de forma teatral—. El viernes vuelves al redil.

Ese milagro por el que Salud habría dado la vida sin dudarlo cada minuto de las últimas dos semanas es ahora una realidad: Álex durmiendo en su cama. Ella se sienta en el suelo, muy cerca de él y apoya la espalda contra la pared. Su cabeza queda a la altura de la de Álex, que oscila siguiendo una respiración regular y pausada; sin duda descansa. A Salud le gustaría alargar la mano y acariciarle la cabeza, pero no quiere arriesgarse a despertarlo.

La felicidad pura que sentía ayer en el hospital va mezclándose poco a poco con la realidad. Álex todavía no sabe que su padre ha muerto. Va a tener que ser ella quien se lo cuente y espera poder hacerlo sin tener que dar demasiados detalles. Si al final se entera del modo en que murió, mejor que sea más adelante, una vez haya asimilado la pérdida. Álex tendrá que olvidar también los horrores de su cautiverio, del que no ha querido hablar. Quizá nunca lo haga. Por si eso fuera poco, le espera todo el tránsito a su verdadera identidad sexual. El camino que tiene por delante va a estar plagado de trampas y escollos.

Le promete en silencio que va a estar siempre con él, para lo que necesite. Le va a ayudar a superar el duelo. Le va a ayudar a ser quien quiere ser, a ser quien es. A superar los obstáculos que están por llegar, a luchar contra las oscuras amenazas de esa parte hostil del mundo que rechaza la existencia de seres humanos diferentes al patrón mayoritario.

Ella va a caminar a su lado, con la fuerza de una madre y el orgullo de tener un hijo único y maravilloso.

Setenta y uno

Julio se asegura de que Martín duerme en su cama. Es la segunda vez que lo hace esta noche. Él le ha pedido que dejara la puerta de su habitación abierta y la luz del pasillo encendida, algo que no ocurría desde que cumplió nueve años. Julio comprueba, también por segunda vez, la cerradura nueva de la puerta y la conexión de la alarma que le han instalado esta misma mañana.

Creía que el inmenso alivio de encontrar con vida a Martín le iba a dar la fuerza necesaria para salir adelante, pero al caer la noche las dudas se alinean con el desánimo y empieza a pensar que no va a poder con todo. Las imágenes de su mujer atada en el sillón tragando agua le atormentan con una frecuencia insoportable. Mañana mismo va a poner la casa a la venta. Ha esperado a hablarlo con Martín y él está de acuerdo; ninguno de los dos ha sido capaz de entrar en el salón de la casa.

Julio ya lo percibía, pero esta horrible situación le hace confirmar que la fortaleza de la familia residía en Rebeca. Ahora mismo él no se siente capaz de superar su muerte y a la vez dar el apoyo necesario a su hijo.

A su hija.

Dios, encima eso, ¿por qué tiene que ser todo tan difícil?

Setenta y dos

Coral llega a casa a las ocho y media de la tarde. Desenvuelve el durum que ha comprado de camino en un kebab cercano a la estación y lo engulle sin apenas saborearlo, acompañándolo con una cerveza. Se lava los dientes y se mete en la cama poco después de las nueve.

No puede evitar el pensamiento de que no ha vuelto a tener noticias de Davidescu. Ni ayer ni hoy. «Ahora que has dejado a Maksim, ¿este va a pasar de ti? ¿Con lo insistente que ha sido? Te estaría bien empleado, desde luego».

Coral sacude la cabeza, tratando de corregir la deriva de sus pensamientos: «Venga, ahora lo último que necesitas es un tío. Tienes trabajo que hacer».

Intenta no pensar en nada, tiene dos días para descubrir y analizar todo lo que no le cuadra del caso. Eso requiere que sus conexiones neuronales estén bien engrasadas. Se concentra en la respiración y consigue redirigir cada brote de pensamiento hacia la visualización del recorrido del aire: entra por las fosas nasales, llena los pulmones, sale por la boca. Una y otra vez.

A los pocos minutos de tumbarse, el rojo desvaído propio de la noche de los martes comienza a mezclarse con el rosa salmón que empapa el mes de diciembre. Los colores se combinan siguiendo pautas cada vez más complejas, envolviendo la consciencia de Coral y arrastrándola lejos del aquí y ahora.

Setenta y tres

Nuria está despierta a la una de la mañana, sentada en la cocina de su casa.

Su mirada vacía está posada en algún lugar mucho más allá del periódico abierto sobre la mesa, en el que aparece la noticia de que el Inquisidor ha sobrevivido al disparo en la cabeza.

Setenta y cuatro

Coral sonríe al constatar que, por fin, hoy sí, ha conseguido llegar a la oficina antes que Bosh. Se sienta delante de su ordenador y lo enciende mientras saca sus dos cajas llenas de cartulinas de colores. Las vuelve a leer todas y anota en una hoja las dudas del caso que no han sido despejadas:

La gran duda: ¿por qué el asesino deja testigos?

Quizá la más importante. Según el criterio de Bosh, el hecho de camuflar la voz encaja con que existan grabaciones de vídeo del asesino por la red. Vale, pero si no hubiera dejado testigos no habría tenido necesidad de tal camuflaje. El hecho objetivo que Coral no se puede quitar de la cabeza es que el asesino ha invertido mucho trabajo y ha asumido un riesgo enorme para dejar vivos a los cónyuges del segundo y tercer crimen. La explicación de Homicidios sigue siendo la misma: creen que fue un alarde, una forma de demostrar su talento y así satisfacer sus motivaciones narcisistas. Pero a ella no le convence en absoluto. Demasiado enrevesado, tiene que haber algo más.

Segunda duda: ¿para qué utilizó el cubo?

No parece que hayan encontrado trofeos en el apartamento del asesino ni en la casa abandonada donde tenía retenidos a los chavales. ¿Qué recogió en el cubo y para qué?

Tercera duda: ¿por qué borró sus vídeos días antes de su detención?

Según Bosh, podría haberse puesto nervioso al publicarse en el periódico la filtración de la pista biológica encontrada y eso lo llevó a eliminar todo. Podría ser, es bastante común el perfil de psicópata que se mantiene frío y metódico hasta que comete algún error y entonces empieza a perder el control y a cometer errores en cascada. En cualquier caso, si esto fuera así, el historial de redes sociales lo tendría que haber borrado después de la aparición de la noticia en los medios. Es decir, como pronto el sábado por la tarde. Decide empezar por ahí y se levanta para hacer una visita a sus compañeros de la Unidad Tecnológica.

De camino se cruza con Bosh, que llega a la oficina pasadas las nueve. Coral sonríe mientras se señala el reloj en la muñeca. Bosh le devuelve la sonrisa encogiéndose de hombros, como queriendo decir: «Qué le vamos a hacer, soy humano».

Setenta y cinco

Antonio Mateo es celador en el hospital de La Paz de Madrid. Se está acercando a la cuarentena y tanto su apariencia física como su inteligencia se mueven en una incómoda mediocridad que lo hace invisible a ojos de las mujeres y, lo peor, también de los hombres. Su trabajo no le entusiasma, pero le parece cómodo. Y el sueldo es aceptable.

Antonio sería el paradigma de una persona corriente si no fuera porque tiene un don. No es algo exclusivo de él, pero, por lo que ha investigado, no hay mucha gente que lo posea. Antonio puede recordar cualquier rostro que haya visto en su vida siempre que se haya fijado en él durante unos segundos.

Antonio sabe que su don no es algo que pueda compartir con cualquiera. En una ocasión, un hombre atractivo lo paró en la calle para preguntarle por una tienda de fotografía del barrio. Antonio lo reconoció al instante y le dijo:

—Tú eres primo de Amaya Jimeno, ¿verdad?

El hombre asintió sorprendido.

—Sí, ¿nos conocemos?

Antonio se lo explicó:

—Yo a ti sí, hace dieciocho años, en el verano del 2001, Amaya celebró su cumpleaños en el embalse de Riosequillo.

—Espera —le cortó el hombre—, yo nunca he ido a ese embalse.

—Ya, ya, pero verás —continuó Antonio—, estábamos tu prima y yo con más gente. Nos emborrachamos, entramos en la típica fase de exaltación de la amistad y yo le confesé a Amaya que soy homosexual. Ella no se sorprendió, ya se lo imaginaba, y dijo que me tenía que presentar a un primo suyo muy guapo que también era gay. Al poco me enseñó una foto en la que salíais ella y tú. Esa ha sido la única vez que te he visto.

Antonio recuerda que esperaba una reacción de admiración e incluso fantaseó con la oportunidad de conseguir su número de teléfono. Pero lo que ocurrió fue que el primo de Amaya se quedó en completo silencio, con un gesto de incredulidad que pasó a la extrañeza y terminó en repulsión. El atractivo primo de su amiga se marchó de allí sin dedicarle una sola palabra más.

A partir de entonces, Antonio elige con cuidado cuándo y con quién exhibir su inusual talento. No quiere que vuelvan a mirarlo como a un bicho raro. Asume y acepta, como puede, la indiferencia del mundo hacia él, pero no podría soportar su rechazo.

Otra particularidad de su don es que no necesita ver el rostro completo para reconocer a cualquier persona. Por eso, a pesar de las mascarillas quirúrgicas, Antonio es capaz de distinguir a todos los

médicos, enfermeros, celadores y personal de limpieza del hospital más grande de Madrid. Y por eso ahora se da cuenta de que esos ojos con los que se acaba de cruzar en el pasillo de la planta de urgencias no corresponden a ninguna enfermera del hospital. De hecho, sabe a quién pertenecen, pues una semana antes se fijó en ese mismo rostro: Nuria Pavón, la pobre mujer a quien han asesinado a su marido y a su hijo, retransmitiéndolo además por Internet. Antonio pudo ver la ejecución antes de que eliminaran el vídeo de las redes sociales. Fue la noche del jueves pasado cuando la vio a ella, sentada en una silla de ruedas que empujaba un compañero hacia la consulta de psiquiatría.

Antonio no tarda mucho en imaginar lo que pretende hacer Nuria Pavón, vestida como una enfermera, caminando por un pasillo de la planta del hospital donde está ingresado el asesino de su marido y su hijo.

Desde luego no será él quien le arrebate la oportunidad de acabar con ese ser despreciable. Es más, espera que tenga suerte y lo consiga.

Coral regresa de la Brigada Tecnológica con la información que buscaba: los posts del detenido fueron borrados la tarde del jueves, antes del tercer crimen. Eso descarta la opción de que lo hiciera por la presión de los medios. Así que la pregunta de por qué lo hizo queda sin resolver de momento.

Se sienta en su puesto, gira la silla hacia la pared blanca e intenta localizar en su memoria esas pequeñas incongruencias que ha ido percibiendo de manera casi inconsciente en momentos de la investigación y que han quedado escondidas en alguna parte de su cerebro. Es una búsqueda de algo resbaladizo e inasible. No son detalles que podría haber anotado en su momento sino sensaciones a un nivel inferior, vagas percepciones de desorden en los hechos o algún tipo de desconexión de las acciones con el contexto.

Media hora después cree encontrar una de ellas: el vídeo de la ejecución. Lo localiza en su carpeta de archivos audiovisuales y toma aire, preparándose para algo que no querría tener que volver a ver jamás. Lo visiona y revive la angustia que sintió el día en que salió a la luz. Se fuerza a verlo varias veces, con y sin sonido.

«Aquí hay algo».

El software de reproducción le permite agrandar la imagen para centrarse solo en el verdugo. Con este encuadre modificado lo visualiza de nuevo, de principio a fin, pero no aprecia nada relevante. Repite la operación centrando la imagen en Martín. Los gestos de incertidumbre y terror se clavan en el ánimo de Coral, pero tampoco está ahí ese detalle escondido en su memoria. Sitúa ahora el cuadro en Álex y este visionado le afecta aún más. En ese rostro, ya tan familiar para ella, aprecia incredulidad y miedo, pero nada extraño o fuera de lugar en esa escena. Por último, centra la imagen ampliada sobre Jorge, la pobre víctima del *show*. Al momento de visionarlo con ese nivel de detalle sabe que ahí está lo que busca. Lo reproduce varias veces más. El comportamiento de Jorge difiere del de los otros dos chicos; Jorge no mira al verdugo cuando este camina hacia él. Tampoco al escuchar las órdenes con voz de dibujo animado a través del móvil. Y lo más llamativo: el encapuchado le ordena decir un número del veinte al cincuenta y su mirada se queda inmóvil en un punto. Lo normal es que los ojos se muevan cuando el cerebro tiene que realizar un ejercicio de imaginación o una operación matemática. Más aún en este caso en el que Jorge se jugaba la vida con esa respuesta. ¿Por qué, entonces, el chico se mantiene con la mirada congelada? Ahora se da cuenta de que esa pausa de dos segundos ayuda al espectador a creer que el chaval está eligiendo un número. Pero la posición de sus ojos delata que no es así. Sus ojos indican que

no tenía nada que pensar, solo tenía que dejar pasar dos segundos y pronunciar el número memorizado. Después de decirlo, Jorge aguanta la macabra cuenta del verdugo sin mirarlo. Solo se gira cuando la cuenta acaba; en ese momento, al ver que el dedo lo señala a él, su rostro muestra sorpresa primero y terror después. Incluso abre la boca con una mueca de incomprensión.

Coral apaga el monitor unos segundos. Ese gesto de Jorge es clave: no esperaba ser él el elegido. La historia que cuenta el lenguaje no verbal del pobre chico es diferente a la que quiere representar el asesino con ese vídeo. Jorge ya sabía qué número tenía que decir. Obedeció a su secuestrador con temor, pero también con esperanza, porque lo más probable es que el verdugo le diera las instrucciones antes de la grabación, con la promesa de ser él uno de los supervivientes. Esto no es más que una conjetura, claro, pero cuanto más lo piensa más factible le resulta. Si está en lo cierto, la historia real detrás de aquel vídeo es que el asesino montó un *show* macabro en el que simulaba matar al azar a uno de los chicos. Pero ese azar no era tal, la víctima estaba ya predeterminada. ¿Por qué tendría interés en llevar un orden concreto en las ejecuciones? Una nueva pregunta que se une a las otras tres sin resolver.

Alguna vez ha escuchado decir a Bosh, muy aficionado al wéstern, que llegar a una buena pregunta es como encontrar una pepita de oro en el río de la investigación. Pero en su caso, con poco más de un día de margen, esta nueva pregunta le parece más bien una piedra en su bolsillo, que no hace sino ralentizar su búsqueda imposible en unas aguas turbias en las que quizá solo encuentre lodo.

La voz del *sheriff* rompe las reflexiones de Coral:

—Javier Santotomás ha muerto en el hospital esta mañana.

Setenta y siete

David se despierta a las 5:58 y ve a su lado a Esther, dormida. Lo que había estado anhelando desde hace semanas ha ocurrido: su ex se ha arrepentido de haberlo abandonado y de haber iniciado una aventura loca que no la llevaba a ninguna parte. Durante los últimos dos días le ha bombardeado el wasap con disculpas, casi suplicando una última oportunidad para ellos dos.

Se levanta y se queda de pie junto a la cama. Contempla ese cuerpo esculpido con dedicación en el gimnasio, perdiendo dos minutos de tiempo que deberían ser para la ducha.

Una vez en el jardín, con el café en la mano, le resulta imposible no pensar. Se ha sentido eufórico esta noche durante el largo reencuentro íntimo con Esther, pero ahora siente un cierto vacío y su cabeza vuelve a Coral.

¿Qué debe hacer? ¿Rechazar la propuesta de su chica para lanzarse a la conquista de una mujer prometida con otro? Coral no le ha escrito desde el lunes y está un poco cansado de tener que ser él quien inicie siempre sus conversaciones. Aunque claro, ella está prometida y es él quien la ha estado tentando.

Tampoco quiere engañarse; el comportamiento de los últimos meses de Esther ha confirmado algo que David ya intuía: no parece la mejor opción de futuro para él, que lleva un tiempo ya pensando en tener familia. Por otro lado, Coral, que está prometida, no ha tenido reparo en acostarse con él dos veces ya. ¿Sería ella alguien por quien podría apostar?

La voz de Esther rompe sus reflexiones:

—¿A qué hora te marchas?

David se gira y la ve en la puerta que da al jardín; Esther luce cara somnolienta y lleva solo una camisa. David mira su reloj antes de contestar:

—En doce minutos.

Esther sonríe, todavía algo adormecida.

—¿No podrían ser quince? —pregunta mientras empieza a desabrocharse la camisa.

Setenta y ocho

Poco después del amanecer, Coral se despierta sin pereza, activada por el fucsia del jueves. No puede evitar perder los primeros minutos de la mañana enredada en una de sus cadenas de pensamientos contradictorios: David no le ha escrito y eso le jode. Pero no, ella no tiene que estar pensando ahora en David ni en nadie. Aunque un mensajito tipo «estuvo bien lo del lunes» la animaría un poco.

Abandona la estación de tren de Alcalá consiguiendo dejar atrás también todo pensamiento sobre su vida privada. Solo resta la jornada de hoy para conseguir algún indicio que refrende su corazonada sobre el caso y necesita estar al cien por cien de su capacidad.

Ayer fue un día muy frustrante. Aparte de su descubrimiento de la probable escenificación en el vídeo de la ejecución de Jorge Subirats (que generó una nueva incógnita), no consiguió sacar nada más en claro. Ahora mismo, lo único que le queda a Coral es su intuición de que el perfil del sospechoso no encaja con el que ellos estaban perfilando. No es mucho, pero sí lo suficiente para dedicarle un día más.

Si asumía que Javier Santotomás, pese a la montaña de evidencias, no fue el autor de los tres crímenes, ¿por qué actuó como lo hizo al entrar la policía en su casa?

Cerca de llegar a la estación de Atocha, Coral vislumbra una posibilidad, retorcida e improbable, pero posible. ¿Y si hubiera sido otra persona u organización criminal la que hubiera cometido los crímenes? Bajo esa suposición, quien o quienes fueran tendrían que haber amenazado a Javier Santotomás para que actuara como actuó. Pongamos entonces que secuestraron a su hijo y después lo amenazaron con matarlo si no obedecía todas sus instrucciones. Podrían haber plantado su huella biológica en el tercer asesinato para empezar a orientar la investigación en la dirección que ellos marcaban. También podrían haberle dado el móvil que usaron para los crímenes, junto con la orden explícita de que si aparecía la policía tenía que deshacerse de él y después suicidarse. Eso explicaría también el hecho de que Javier Santotomás estuviera despierto la noche del asalto, como esperando a que fueran a por él. Según el forense, el hijo del sospechoso murió en algún momento del jueves pasado, el mismo día del tercer crimen. Quizá al verdadero autor se le fuera de las manos o tal vez lo mataron nada más secuestrarlo, para evitar problemas; un chaval menos al que mantener con vida. El padre no podría saber que su hijo estaba ya muerto cuando cumplió su misión suicida.

«Vale, trabajemos con esta hipótesis retorcida».

¿Quién podría querer fabricar un asesino en serie de adolescentes transexuales? ¿Quizá alguna organización de extrema izquierda? Que ella sepa, no hay ninguna hoy día capaz de embarcarse en algo tan complejo y violento. Además, elaborar un plan para desprestigiar a sus enemigos torturando y asesinando a integrantes de uno de los colectivos que pretenden defender no tendría demasiado sentido. Pero claro, la lógica y los grupos radicales nunca van de la mano.

Otra opción: ¿Y si se hubiera organizado desde algún otro país que tuviera interés en desestabilizar España? Eso quizá podría ser una posibilidad. Hace ya tiempo que somos objetivo de innumerables noticias falsas, creadas por motivos geopolíticos y con la pretensión de polarizar la región. Hasta ahora no se han encontrado pruebas que identifiquen con claridad los países promotores de estos ataques, pero los servicios secretos tienen pocas dudas de que existen, e incluso de quiénes están detrás de ellos. Pero claro, una cosa es tratar de contaminar el espíritu de la población poco informada y otra muy diferente, mucho más arriesgada, es fabricar un falso asesino en serie. Aunque si fuera así les habría salido redondo: ahora mismo el caso está cerrado y la sociedad más dividida y crispada que nunca. Solo hay que echar un ojo a la prensa o asomarse a las redes sociales para constatar que, lejos de calmar los ánimos, la resolución del caso ha conseguido reafirmar posiciones y ahondar diferencias entre unos y otros.

El problema es que esto es solo una hipótesis remota. Bosh la tildaría incluso de «conspiranoica» y con razón. Si pudiera llevarle algo más concreto, un indicio sólido, quizá él le diera más tiempo para poder seguir indagando. Le queda la jornada de hoy para conseguirlo.

En la comisaría, Coral no pierde un segundo. Lo primero que quiere descubrir es el tipo de relación que tenían Javier Santotomás y su hijo Víctor. También pretende comprobar esos indicios que, según Bosh, llevaron a la gente de Amador a pensar que Víctor tenía dudas acerca de su género (hecho que, al parecer, habría sido el detonador del plan desarrollado por su padre). Localiza al jefe del Grupo VI y lo aborda:

—Hola, Amador, ¿te puedo hacer una pregunta rápida?

—Dispara.

—¿Cómo descubristeis que el hijo de Javier Santotomás tenía dudas sobre su identidad de género?

—El chaval tenía varios libros sobre el tema en su cuarto. ¿Por?

—Nada, estoy rematando informes y cosas de esas. ¿Tenéis los libros aquí?

—No, que va. Dejamos allí todo. Tal y como se han ido acumulando las pruebas, nos ha parecido innecesario.

—¿Y podría yo acercarme al piso a echarles un ojo?

Amador la mira con cierta suspicacia.

—Sí que sois exhaustivos, sí. Pues mira, tienes suerte porque el juez todavía no ha cerrado oficialmente el caso. Me firmas el formulario, te entrego las llaves y ya sabes que no te puedes llevar nada de allí, ¿ok?

Setenta y nueve

Coral encuentra los libros sobre transexualidad en la habitación de Víctor Santotomás, pero se da cuenta de que son los únicos libros, no solo en el cuarto del chaval, sino en toda la casa. Si el pobre muchacho no parecía muy aficionado a la lectura, ¿por qué informarse a través de libros en lugar de hacerlo mediante internet, como parecería lo más natural en su caso? Enciende el viejo ordenador portátil que hay sobre la mesa, cruzando los dedos para que no necesite contraseña. Tiene suerte y la pantalla muestra el inicio, con varios iconos de aplicaciones y carpetas. Lo primero que le llama la atención es la imagen del fondo: una foto del chico que encarna los cánones estéticos del varón adolescente heterosexual de clase media-baja, con el pelo a la moda que dictan los futbolistas, una camiseta de tirantes ajustada para lucir musculatura y una barba incipiente e irregular que le hace parecer mayor de lo que es. Su aspecto es lo contrario de lo que Coral habría esperado de un muchacho con dudas sobre su género. Abre el navegador de internet y pincha en el historial de búsqueda. La lista parece no tener fin. Tras revisarla durante quince minutos, se ha remontado a tres años atrás y no ha encontrado un solo enlace que lleve a ninguna página relacionada con el mundo trans.

Coral examina entonces las carpetas de archivos y abre una de imágenes. Allí se encuentra una extensa colección de fotografías, con Víctor como absoluto protagonista. De nuevo, nada de lo que aparece en esas instantáneas daría lugar a dudas respecto a su identidad sexual. Más bien al contrario, tiene todo el perfil de macho alfa adolescente, influenciado por el también arquetípico modelo paterno, que sale en muchas de ellas. En las fotografías en las que aparecen los dos, la sonrisa del chico es siempre la misma, un gesto que habrá ensayado mil veces para optimizar su posado. La sonrisa del padre, mucho más irregular a lo largo de la serie, se ve en casi todos los casos espontánea y sincera, con un punto de orgullo en su expresión.

Coral reflexiona sobre lo que le cuentan esas imágenes: un padre que adora a su hijo y que haría lo que fuera por él. Incluso quitarse la vida. En ese momento se detiene, hace un ejercicio de autocrítica y decide que esa última reflexión ha sido demasiado especulativa, más bien motivada por el deseo de refrendar su propia hipótesis.

Lo que sí es una posibilidad objetiva es que los tres libros sobre transexualidad desentonan en ese contexto y podrían haber sido plantados en la habitación para justificar que el padre se volviera loco al descubrirlos, iniciando así su cruzada sangrienta. Cuanto más descubre sobre Javier Santotomás, menos sentido tiene que él haya sido el frío y cruel asesino de cinco personas, incluyendo a su hijo.

Pero no tiene nada tangible con lo que pueda ir a su jefe.

Termina de examinar el ordenador del adolescente y decide echar un vistazo al resto de la casa. El único baño del piso le hace rememorar aquellas imágenes oscuras y movidas en las que vieron cómo Javier Santotomás abría la tapa del inodoro, tiraba el móvil dentro y se disparaba después en la cabeza.

No encuentra allí nada relevante, pero cuando se dispone a salir, algo le activa una de esas pequeñas alertas escondidas en su inconsciente: un bote que parece de líquido para lentillas. Lo examina y descubre que en realidad es una muestra de perfume. En ese momento le viene a la cabeza el contenido de una de sus tarjetas rectangulares verdes: «Ojos azules, lentillas», el dato sobre el autor extraído de la declaración de Julio Delgado, superviviente del segundo crimen y marido de la asesinada. Coral busca por todo el baño, pero no localiza lentillas ni accesorios que puedan indicar su uso. Registra todo el piso sin encontrar ningún indicio de que Javier usara lentillas o gafas graduadas.

De vuelta en la comisaría, Coral vuelve a examinar uno a uno los vídeos de Javier Santotomás. Detiene la imagen en planos en los que aparece más próximo a la cámara y hace *zoom* sobre los ojos. En ninguno de ellos consigue apreciar que lleve lentillas, pero las imágenes no son tan nítidas como para descartarlo.

Coral vuelve a su puesto y se gira frente a la pared blanca. Su hipótesis rocambolesca empieza a no serlo tanto. Aunque necesita una última prueba y para ello tiene que pedirle algo a Bosh.

Media hora más tarde, Coral estudia el historial clínico de Javier Santotomás: solo aparece una revisión ocular de hace seis años en la que se indicaba una vista casi perfecta y se emplazaba al paciente para diez años después. Coral respira hondo. Si el sospechoso no usaba lentillas, ¿por qué habría de llevarlas en uno de los crímenes? Solo tendría sentido si las lentillas fueran de colores, para tratar de despistar a testigos y policía. ¡Pero es que Javier tenía los ojos azules, como los que describía el testigo!

«Esto ya sí es algo», se dice, animándose a sí misma a plantear sus descubrimientos a Bosh.

Su jefe la escucha atentamente, aunque Coral nota cierto escepticismo desde el comienzo de su exposición. Cuando termina, Bosh tarda más de un minuto en hablar:

—Tengo que reconocer que has hecho un buen trabajo. Pero me temo que no va a ser suficiente. Hace un rato ha venido Amador a preguntar el verdadero motivo por el que querías ir a la casa del asesino. Cuando se lo he contado, no se ha enfadado, ya sabes cómo es, pero me ha dicho que, si vamos a seguir emperrados en esto, cosa

que él ve absurda, no le pidamos nada más, porque tendría que informar a su jefe. Y su jefe, te puedes imaginar, no iba a ser tan comprensivo como él.

Coral cierra los ojos por un segundo, viendo por dónde va el discurso de Bosh, que continúa:

—A mí me parece que este tema de las lentillas es un tanto débil, no justifica una revisión. Es anecdótico comparado con todas las pruebas incriminatorias que existen. Si estuviéramos trabajando en un caso abierto, te dejaría seguir buscando, por ver si te puede llevar a algún sitio. Pero ahora todo el mundo quiere olvidar este capítulo. Incluso si estuviéramos convencidos, que no lo estamos, nadie de arriba nos iba a permitir seguir hurgando. Nadie.

«Se acabó», piensa Coral.

Bosh relaja su rostro y casi sonríe para decir:

—¿Por qué no te coges mañana libre y te oxigenas un poco? —parece pensarlo mejor y frunce el ceño—. De hecho, es una orden, no te quiero ver por aquí hasta el lunes.

Ochenta

Coral regresa a casa con una honda sensación de impotencia y sin haberse planteado siquiera qué va a hacer en los tres días libres que tiene por delante. Abre el wasap con la esperanza de leer un mensaje de David, pero solo encuentra uno de Natalia: «Alicia dice de cenar mañana. ¿Cómo lo ves?».

No le apetece nada, la verdad. Pero todo apunta a que no va a tener muchos más planes alternativos. Además, es algo que tienen que hacer antes o después, así que contesta: «¿Las tres, sin el Sowhat?». Natalia le pone varios emoticonos de carcajada y añade: «Sí, sí, se lo he preguntado para asegurar». Coral teclea: «Venga. Yo mañana libro, tengo finde largo», y añade el emoticono que saca la lengua. Natalia contesta un segundo después: «Hijaputa!».

Coral sonríe ante la respuesta de su amiga. Le va a venir bien la salida.

Al llegar a casa y cerrar la puerta de la calle, de repente le invade una intensa sensación de vacío. Le gustaría tener allí a Maksim y pedir juntos comida china.

«Puta egoísta».

En realidad, sabe que su añoranza es coyuntural, si Davidescu le hubiera escrito para cualquier cosa, ahora estaría loca por el plan.

«Si es que eres imbécil, te estás enganchando a ese tío. ¿Por qué no lo llamas tú, si es eso lo que de verdad quieres?».

Porque no. Es demasiado pronto, acaba de romper con su prometido. Pero ¿y él? ¿Por qué no da señales de vida? Por cierto, el pobre Maksim no ha vuelto a escribirle desde su conversación del lunes. ¿Solo hace tres días de esto? Dios, el tiempo se está convirtiendo en algo viscoso.

Se abre una cerveza y la bebe de un trago. Lo mejor va a ser acostarse, dejarse deslizar por la ladera fucsia que ha perdido ya casi todo su brillo y despertarse mañana en el valle amarillo anaranjado del viernes, desde el que verá las cosas de otra manera.

Se abre una segunda cerveza, le da un sorbo y la coloca junto su ordenador. Antes de irse a dormir tiene que hacer algo importante: volcar en su disco duro toda la información del caso que ha copiado de la intranet en la comisaría y que ahora guarda en un pendrive.

Ochenta y uno

Coral se despierta con la sensación de haber disfrutado de un sueño agradable del que no conserva recuerdo alguno. Enseguida se enfada consigo misma al no encontrarse tan mal como debería por la ruptura con Maksim. Ella, que siempre se ha considerado a sí misma una persona sensible y empática, ahora no es capaz de sentir nada tras haber mandado a la mierda una relación de dos años. Ni por él, ni por ella, ni por el tiempo compartido. Nada. Después de darle vueltas un rato consigue sentirse un poco peor, lo que le causa cierta satisfacción.

Se ve tentada de sentarse frente al ordenador y examinar el caso de arriba a abajo, pero prefiere dejarlo reposar al menos todo el día de hoy. «Mañana sábado ya veremos».

Sale a la calle hambrienta y recorre los larguísimos soportales de la calle Mayor en busca de una mesa libre en una cafetería. Saborea un té rojo con leche y una costrada mientras busca en su móvil el contacto de su hermano. Habla con él por videollamada y se enternece al ver las imágenes de su sonriente sobrino de cuatro meses. Antes de acabar la conversación confirman su encuentro de estas Navidades.

Consigue pasar la mañana y parte de la tarde con cierta desconexión de sus desventuras sentimentales y profesionales. La cena va a ser allí mismo, han quedado en un restaurante que está a diez minutos caminando desde el apartamento de Coral. Alcalá de Henares es donde las tres se conocieron y en cuyos bares han compartido innumerables horas de amistad. Ahora que cada una vive en una localidad distinta, la ciudad complutense se ha convertido en centro de reencuentro frecuente.

Coral y Natalia llegan casi a la vez y se van tomando una cerveza mientras esperan a Alicia, que les acaba de escribir para avisar de que se retrasará quince minutos.

Cuando llega la amiga rezagada, las tres se abrazan, piden la comida y empiezan a ponerse al día. Después de unos entrantes para compartir, Alicia saca el tema del Inquisidor. Suponía que Coral había participado en la resolución del caso y la felicita por ello. Coral se lo agradece, aunque teme por donde puede continuar la conversación, como así ocurre: Alicia les pregunta su opinión sobre si se deberían cambiar unas leyes trans que están causando mucha división social. Coral abre la boca para apuntar que habían acordado no hablar de política, pero Natalia se le adelanta argumentando que ese es uno de esos grandes avances sociales que se han conseguido en la historia de la democracia gracias a los gobiernos progresistas. Alicia, en total desacuerdo, opina que a ella, por ejemplo, si tuviera hijos, no le gustaría que les hablaran en el colegio de la existencia de personas transexuales. Coral entonces se enerva. Quiere decirle a su amiga lo

que sufren los niños y adolescentes trans por el trato que la sociedad les da, fruto casi siempre de la desinformación y el desconocimiento de su realidad. Quiere también contarle que ellos no eligen el cuerpo en el que les toca habitar. Quiere expresarle su opinión de que el mundo necesita más empatía y menos miedo a los diferentes, a los menos favorecidos por la suerte. Pero en lugar de hablar, lo que hace es meter el trozo de presa ibérica que le acaban de traer en la porción de pan que no había empezado, levantarse de la mesa y decir:

—Me voy a dar una vuelta. Vuelvo para los postres y espero que hayáis cambiado de tema.

Veinte minutos después, tras haber paseado junto a la muralla medieval de la ciudad mientras trataba de disfrutar el improvisado bocadillo, regresa al restaurante y se encuentra con que Alicia se ha enfadado y se ha marchado a su casa.

Ochenta y dos

Coral se despierta comprobando que la resaca de cerveza sigue teniendo un tono ocre verdoso que cohabita con el azul marino propio del sábado. Ambos colores no se mezclan formando uno nuevo sino más bien se solapan, predominando uno u otro en función del momento del día o de su estado de ánimo.

El primer pensamiento consciente es el recuerdo de la noche pasada. Tras superar el *shock* por el inaudito gesto de Alicia de plantarlas en el restaurante, Natalia y Coral llegaron a la conclusión de que su amiga había montado esa quedada buscando un motivo para romper su relación con ellas. No lo verbalizó en estos términos, quizá ni siquiera fuera un plan consciente, pero rememorando el modo en que sacó una conversación que sabía controvertida y lo rápido que se ofendió por las palabras de Natalia, convirtiéndolas en una excusa para marcharse, las dos sospechan que su amistad está tocada de muerte.

Ambas trataron de reponerse y decidieron continuar la noche sin Alicia, emborracharse y olvidar esa cena. Pero a medida que iban cayendo las cervezas, el peso de lo que había ocurrido les agobiaba cada vez más. A las tres de la mañana acabaron en un garito oscuro, salpicado con adornos luminosos de un hiriente verde camaleón, las dos bailando sobre un suelo pegajoso que hacía las veces de pista de baile. Coral decidió entonces contarle a Natalia que había roto con Maksim. Su amiga se quedó callada durante un minuto, sin dejar de bailar, como si no hubiera escuchado nada. Después levantó su enésima botella de cerveza y la chocó contra la de Coral con violencia.

—Por ti, que eres gilipollas —casi gritó con su voz alcoholizada, para que la oyera por encima de la música.

Coral sonrió, sin saber muy bien cómo tomarse aquel brindis. Natalia volvió a chocar las botellas con fuerza.

—Muy gilipollas. Pero valiente.

Coral respiró en profundidad y sus pulmones se llenaron de un aire teñido de violeta. Abrazó a Natalia, que a su vez se colgó de los hombros de Coral. Así permanecieron, como una pareja de enamoradas, durante casi dos canciones. Acongojadas por la súbita toma de conciencia de la fragilidad de las relaciones, pidiendo al destino que su amistad resista los efectos del tiempo y los avatares que llegarán con él.

Coral suspira y hace el esfuerzo de desviar el flujo de sus pensamientos dirigiéndolos ahora hacia Álex. ¿Cómo irá recuperándose? Espera que Salud sea la persona que ella intuye: una mujer fuerte entregada a la felicidad de su hijo. Cuando pasen unos

días quiere ir a verlos a los dos. En ese momento decide que Álex, su madre y el resto de las víctimas merecen el máximo esfuerzo en tratar de esclarecer cualquier duda que suscite la resolución de los crímenes. Ella, desde luego, no se lo va a escatimar.

Comienza a revisar de nuevo toda la documentación del caso con el prisma de la única hipótesis que tiene sentido para ella: Javier Santotomás se autoinculpó y se suicidó bajo la amenaza de que iban a matar a su hijo, que habría sido secuestrado con anterioridad. Partiendo de esa premisa, trata de buscar respuestas a la pregunta: ¿Quién podría estar interesado en fabricar un asesino en serie fanático religioso?

Retoma la posibilidad a la que llegó el jueves: un país interesado en desestabilizar la región sembrando la discordia. Podría haber encargado el trabajo a sus servicios secretos o quizá a algún sicario.

Baraja una posibilidad más que se le ha ocurrido esta mañana al leer un artículo en la prensa digital. En él se contaba que desde la aparición del Inquisidor se ha disparado la contratación de alarmas en domicilios privados. La autoría intelectual podría estar en una multinacional armamentística o relacionada con la seguridad, interesada en sembrar el miedo para así incrementar la venta de armas o servicios de seguridad en un país hasta ahora muy seguro en el que el nicho de negocio puede tener un enorme potencial. En este caso también podrían haber contratado uno o varios sicarios profesionales.

Reflexiona sobre ambas posibilidades y se sonroja al darse cuenta de lo improbables, casi ridículas, que resultan. Además, aunque es cierto que las dos serían coherentes con que se borrara el historial de Javier en Facebook, pues tal acción habría ayudado a inculparlo, ninguna resolvería la incógnita de por qué en los dos últimos crímenes se dejó vivo a uno de los cónyuges. Tampoco explicaría por qué se intentó hacer creer que la ejecución de uno de los chavales fue de forma azarosa, cuando en realidad la elección estaba planeada desde el principio.

Coral, vacía de ideas que la ayuden a construir nuevas hipótesis, se lanza a releer los cientos de datos y decenas de inferencias de sus tarjetas de colores. Cuando termina, sigue con la sensación de que algo se le está escapando. Más allá de las incongruencias ya detectadas, hay algo por ahí escondido que no ha sido capaz de encontrar.

Lee las tarjetas de nuevo.

Y una vez más.

La perturbación sigue ahí, pero no es capaz de encontrar la fuente. Se lanza entonces a los informes descargados de la intranet. Pero el volumen de información que tiene hace imposible una revisión

completa. De hecho, en el día y medio que tiene por delante, apenas podrá releer un tercio de la documentación del caso. «Habrá que elegir bien», se anima a sí misma.

A la una de la madrugada, releyendo el informe forense del tercer crimen, se da cuenta de que las palabras se vuelven borrosas y le cuesta seguir el hilo de la descripción exhaustiva del escrito; se está quedando dormida delante de la pantalla.

Ajusta el despertador de su móvil para las ocho de la mañana y se acuesta. Pero nada más tumbarse sabe que no se va a dormir tan fácilmente. Su cabeza sigue procesando la información que ha estado leyendo durante todo el día.

Recuerda una de las máximas que le ha enseñado Bosh: «Cuando una investigación se estanca, hay que regresar a las víctimas». De repente se da cuenta de que hay una opción que hasta ahora no ha contemplado. ¿Y si alguien tenía interés en eliminar a una de las víctimas, menor o adulta, y ha planeado el resto de los crímenes para camuflar ese asesinato y despistar a la policía? Bajo esta hipótesis, todo apuntaría a que la víctima objetivo de la macabra trama sería Jorge Subirats, hijo del asesinado Eduardo Subirats y la superviviente Nuria Pavón, ya que, según sus propias conclusiones, fue elegido de forma deliberada para ser ejecutado, tratando de que pareciera una elección azarosa.

Mañana temprano revisará toda la documentación que se haya recabado sobre Jorge y su entorno, quizá ahí resida la clave de todo.

Nada más tomar esa decisión, la mente de Coral se vacía de golpe, y sucumbe al sueño.

El domingo amanece con su habitual gris azulado, hoy con poco brillo. Coral llena el calentador de agua para su primer té negro del día, decidida a no dedicar un solo pensamiento consciente a nada que no sea el caso. Se coloca frente al ordenador y pronto se da cuenta de que la documentación existente del tercer crimen es la más escasa de todas; los hechos se precipitaron a partir de ese asesinato y la detención de Javier Santotomás se produjo apenas dos días después, momento en que la investigación se detuvo.

Lee las entrevistas a familiares, a un par de amigos y a un profesor de Jorge que pudieron localizar en ese tiempo. Al parecer ninguno de ellos conocía su verdadera identidad sexual. Los informes indican también que se enviaron varios emails a la asociación trans a la que acudía Nuria en nombre de su hijo, pero no recibieron respuesta. O al menos no antes de que el caso se diera por cerrado.

Revisa el vídeo de la entrevista a Nuria y su visionado le recuerda otra de las preguntas no resueltas del caso: para qué usó el cubo el asesino y por qué lo limpió después del asesinato de Eduardo. Termina con todas las entrevistas sin tener ni una sola conjetura sobre el motivo por el que Jorge podría ser el objetivo de una trama tan compleja. Lee de nuevo el informe forense, del que tampoco obtiene ninguna idea nueva.

Tras ingerir parte de la comida china que le han traído hace casi dos horas y que está ya fría, se llena su cuarto vaso de té y saca su móvil para escribir: «Bosh, estas semanas me han dejado más tocada de lo que pensaba. ¿Puede ser que me coja los otros cuatro días seguidos, empezando mañana?».

Bosh contesta a los pocos minutos: «No seguirás dándole vueltas al caso, ¿no?».

«Qué cabrón», piensa Coral, renovando su idea de que ella es transparente a ojos de su jefe, incluso vía mensajes de móvil. Le jode mentirle, pero tampoco puede admitir lo que está haciendo y arriesgarse a que Bosh le deniegue los días. Busca las palabras para no mentir y engatusarlo a la vez: «Lo que sigo es reventada, algo resacosa todavía de una juerga el viernes y con ganas de unos días de vacaciones».

Bosh tarda en contestar, aunque la aplicación indica que permanece conectado; está valorando la respuesta de Coral. Por fin aparece su mensaje: «Los días son tuyos y puedes cogerlos cuando quieras. Pero, por favor, no te obsesiones ni hagas tonterías, ¿estamos?».

Coral sonríe.

«Estamos. Gracias. El viernes me tienes de vuelta en la oficina a pleno rendimiento».

Ahora sí tiene tiempo de releer la documentación completa del caso. Se pone a ello sin perder un minuto.

El gris azulado ya sin fuerza del domingo da paso al naranja amarillento de un lunes en el que su percepción del tiempo se acelera de forma inverosímil, sumida en una relectura infinita de informes. Los restos de comida china ceden el testigo a una dieta monolítica a base de porciones de pizza. Los sucesivos tés facilitan a Coral un estado continuo de concentración durante toda la jornada. Se acuesta. Sueño agitado. El naranja suave que pasa al rojo cereza con un nuevo cambio de día. Martes. Más té negro. Informes. Restos de pizza para desayunar. Más informes. Comida india a domicilio. Vídeos. Informes. Se tumba en la cama. Cierra los ojos. El rojo cereza muta al verde oliva de los miércoles, un color amenazante que le hace tomar conciencia del escaso margen de tiempo del que dispone para intentar extraer algo nuevo entre la enorme montaña de documentación. Hoy ni siquiera pide comida, se apaña con un poco de curry que sobró ayer y una bolsa de nueces que ha encontrado en el fondo de un cajón (están caducadas, pero no tienen mal sabor). Vuelve a sonar el agua que hierve en el calentador. A las cinco de la tarde termina de revisar la miríada de informes y hace recuento entonces de sus tarjetas de colores: en estos tres días apenas ha extraído media docena de nuevos datos. Todos ellos poco relevantes. Ha conseguido realizar cero inferencias nuevas. El balance es desolador.

Lee de nuevo las setecientas y pico tarjetas.

Se tumba en la cama mirando al techo blanco de la habitación, esperando que su cerebro pueda realizar nuevas conexiones con toda la información refrescada y ampliada.

Pero su mente está bloqueada por completo. Ahora mismo no consigue hilar dos pensamientos coherentes sobre el caso. Ni sobre nada. Por un momento siente miedo de colapsar, de haber sometido a su cerebro a un esfuerzo excesivo.

Decide parar hoy y relajarse. Mañana quizá se asienten las ideas. Necesita cambiar de registro; se pone unas zapatillas y sale de casa.

A los diez minutos vuelve a su apartamento con un paquete de seis botellas de cerveza frías. Se acomoda en el sofá del salón y enciende la tele. ¿Cuánto hacía que no se sentaba frente al televisor? Bebe la primera de las cervezas de un trago. Mira la pantalla, pero las imágenes no llegan a descodificarse en su cerebro. Bebe una segunda cerveza, esta de dos tragos. Tiene que bajar el ritmo o se va a agarrar un pedal importante, así que se abre una tercera cerveza con el propósito de hacerla durar más que las primeras. Lo consigue, pero por poco.

«Tienes que comer algo».

Acaba con el puñado de nueces de la bolsa, acompañándolas de una

cuarta birra.

Se encuentra mejor, más relajada.

No quiere pensar en el caso. Tampoco en que ha perdido a una de sus mejores amigas. Y menos aún en que ha abandonado al que hasta hace nada pensaba que era el hombre de su vida. Por fin encuentra dónde enfocar su flujo errante de pensamientos: Davidescu. Sonríe al recordar su sonrisa. Se bebe la cuarta cerveza fantaseando con un nuevo encuentro.

Ochenta y cinco

David, sentado en el sofá de su casa, recibe un mensaje de Sergio en su móvil: «Misión en el Cantábrico. Salimos mañana a las 6:30».

Le alegra la noticia. Las misiones en el mar duran varios días, a veces semanas. Le va a venir bien el paréntesis para aclarar las ideas. Los últimos acontecimientos le están sobrepasando y no sabe si está actuando como debería. No puede dejar de pensar en Coralain.

En ese momento escucha la voz de Esther, que le habla desde la cocina:

—¿Le pongo un poco de picante a la salsa?

David se levanta y se dirige a su encuentro.

—Lo siento, hay cambio de planes. Salgo mañana temprano a una misión, así que tengo que comer algo rápido y acostarme ya. Pero acaba eso si quieres y cenas tú tranquilamente.

Esther sonríe, comprensiva. Camina hacia David, apoya las manos sobre los hombros de él y, con un pequeño salto, se encarama en su cintura.

—Mi soldadito —dice mientras le acaricia el pelo de la nuca.

David teme esa mirada de Esther. Llevan tres días en modo maratón sexual y ya no da más de sí.

Esther pone esa cara a la que David no puede negar nada y dice:

—¿Qué te parece si aprovecho estos días que estarás fuera para mudarme aquí?

Coral apura la sexta cerveza y se echa para atrás en su sofá. Durante unos minutos se encuentra relajada, con la mente en blanco y la sensación de estar bajo una placentera anestesia.

Pero un traicionero pinchazo verde bajo el esternón rompe ese estado de paz. La punzada crece con rapidez hasta inundar el estómago y genera una arcada que sube por su esófago, incontenible. Se levanta, pero dos pasos después sabe que no va a llegar al baño y cambia de dirección, da un paso más, se agacha y coge el macetero pintado a mano por Maksim, donde vomita gran parte de las seis cervezas junto con algún residuo sólido que resistió el último proceso de digestión. Su sensación de mareo es tal que no se ve capaz de sostenerse siquiera sentada. Se tumba en el suelo, esperando que no quede nada más en su estómago.

Pierde la consciencia por un tiempo indeterminado. Se despierta de noche, castigada con un intenso dolor de cabeza y un ardor de estómago de un verde casi fluorescente. Se incorpora y se queda sentada en el suelo unos minutos.

Cuando por fin se ve con fuerzas para levantarse, coge el macetero lleno de vómito, lo lleva al baño y allí lo vacía por el retrete. Al hacer este gesto, su dolorido cerebro se transporta al escenario del crimen de la sierra y allí nace una idea. Una idea que evoluciona al instante en hipótesis.

«No puede ser».

Pero sí podría ser. Porque esta hipótesis explicaría casi todas las preguntas sin resolver.

Coral enciende el ordenador y accede a uno de los vídeos de la investigación. Lo inicia y unos segundos después lo pausa. En la pantalla queda la imagen congelada de Nuria Pavón, esposa y madre de los asesinados Eduardo y Jorge Subirats.

¿Es posible que sea ella la asesina?

Coral reconstruye en su cabeza la nueva hipótesis; Nuria habría matado en primer lugar a Fernando Cortés, simulando la tortura de la pera de la angustia y llevándose a Álex a la casa abandonada de Camarma. Días después asesinaría a Rebeca Navarro replicando el tormento del agua. En este caso se volvería a llevar a la hija como rehén, pero dejando al marido de testigo. Antes del tercer crimen, secuestraría al hijo de Javier Santotomás. Contactaría entonces con Javier y lo amenazaría con matar a su hijo si no seguía todas sus instrucciones. Con todo preparado, Nuria sedaría a su propio hijo y lo llevaría al escondite de Camarma. Después regresaría a casa junto con Javier y asesinaría a su marido usando la sierra. Aquí entraría en juego el cubo. El cubo habría servido para recoger el vómito de Javier,

cuyo estómago no habría soportado ser partícipe de semajante carnicería. Coral se pregunta si Nuria habría tenido la extraordinaria previsión de llevar el cubo al salón por si Javier vomitaba. Aunque lo más probable es que, mientras cometía el asesinato, viera palidecer a su ayudante y tuviera que improvisarlo. Es posible también que, por miedo a que hubiera salpicado algún resto al suelo, la misma Nuria se metiera los dedos en la garganta para vomitar sobre esa zona y asegurarse que los de la Científica solo encontraran restos de su vómito y no del supuesto culpable.

Nuria daría entonces instrucciones a Javier para que se llevara uno de los coches de la familia, con las matrículas falsas, y lo abandonara en algún lugar de la ciudad.

Ella se quedaría en la casa y dejaría unos pelos de Javier en un lugar estratégico de la escena del crimen, construyendo así la pista falsa que confirmaría, a la postre, el culpable que ella estaba fabricando. Dado que el asesino ya había dejado un testigo vivo en el asesinato anterior, a nadie le iba a sorprender que ella fuera también «perdonada» en ese tercer crimen.

El siguiente paso del plan sería más sencillo: ejecutar a su hijo frente a la cámara, fingiendo que se trataba de una elección al azar. Después visitaría al *youtuber*, a quien habría vigilado también con antelación, y le entregaría el pendrive con la factura, eliminada pero recuperable, que incriminaría a Javier Santotomás. Nuria sabía que los expertos de la Policía encontrarían el archivo en cuanto inspeccionaran el dispositivo a fondo.

Desde ese momento solo le restaría confiar en que Javier Santotomás cumpliera sus instrucciones y se quitara la vida antes de que lo detuvieran. Esa sería la parte más débil del plan, la única sobre la que no tenía un control total. Nuria se llevaría un buen susto al enterarse de que Javier había sobrevivido al intento de suicidio, aunque su alivio llegaría pronto, tras la noticia de que había fallecido en el hospital.

Coral no puede más, la opresión verde oliva en su cerebro se oscurece con cada latido del corazón. Tiene que parar ya. Hace un último esfuerzo por anotar en su memoria las únicas dudas que debilitan la nueva hipótesis y que ahora no está en condiciones de tratar de resolver: ¿por qué lo ha hecho? ¿Cómo consiguió superar la entrevista grabada y mentir a cámara engañando a tres expertos en lenguaje no verbal? Y la última, quizá la más sencilla: si Nuria trabaja desde hace años como ingeniera informática en una empresa, ¿cómo pudo realizar un seguimiento exhaustivo durante meses y en distintas franjas horarias de tres familias?

Se toma un analgésico para el dolor de cabeza y un antiácido para

el ardor de estómago. Se tumba en la cama con la certeza de tener una hipótesis sólida que resolvería el caso, pero consciente de que aún quedan varias incógnitas a las que dar respuesta.

Félix Merino no sabe si está enamorado porque es algo que no ha experimentado nunca a sus cincuenta y tres años. Lo que sí sabe es que siente algún tipo de atracción por esa mujer de cuerpo atlético y sonrisa enigmática que no puede quitarse de la cabeza. Antes de que asesinaran a su marido y a su hijo él se le había insinuado en varias ocasiones. Creyó que su condición de jefe le ayudaría, pero ella siempre fingió no darse por enterada. Ahora que la tragedia se ha cebado con Nuria, quizá necesite a alguien que la apoye.

Ella sigue de baja y, hasta hoy, Félix solo se ha atrevido a mandarle un escueto mensaje de pésame. Pero hace un rato se le ha abierto una nueva oportunidad de contactarla. Ha llegado a la oficina una policía, psicóloga decía que era, aunque él no tenía ni idea de que hubiera psicólogos en la policía. Por lo visto se encarga de hacer seguimiento de los familiares de víctimas, para controlar riesgos de suicidios y esos temas. Félix no le ha podido contar nada sobre el estado de ánimo de Nuria, pero la policía psicóloga se ha interesado también por los horarios que tenía y cómo podrían adaptarse en el futuro de forma que el trabajo se convirtiera en una herramienta más para tratar de superar su duelo.

El caso es que ahora Félix tiene la excusa perfecta para volver a escribir a Nuria.

Ochenta y ocho

Tras su entrevista con Félix Merino, Coral llega a casa antes del mediodía con una de sus incógnitas resuelta. Nuria lleva dos años trabajando a media jornada. Además, la empresa le ha permitido siempre teletrabajar el máximo tiempo posible, así que solo tenía que pasar por la oficina una o dos veces por semana. Esa flexibilidad le habría posibilitado dedicar todas las horas necesarias al seguimiento de sus futuras víctimas.

Por otro lado, Coral lleva toda la mañana dándole vueltas a otra de las preguntas sin resolver: ¿por qué lo hizo? A cualquier persona le resultaría inconcebible la preparación de semejante plan para acabar con su propia familia, pero ella sabe que los lazos familiares no son un factor relevante para la mente de un psicópata. Ellos no establecen vínculos afectivos con nadie. Si una mayoría no destruye sus relaciones con padres o hermanos o si forman sus propias familias, es para camuflarse mejor en una sociedad en la que eso es un valor aplaudido, una señal de éxito. Pero cuando cruzan las líneas rojas establecidas para la convivencia entre iguales y se deciden a matar, les resulta indiferente hacerlo a un completo desconocido o a alguien con quien comparten lazos sanguíneos. Es probable que Nuria se hubiera cansado de su vida familiar hace años. Quizá el disparador de todo fuera descubrir que su hijo era transexual, con todas las complicaciones que eso entraña. Tal vez fue la puntilla a una vida poco satisfactoria para ella. No obstante, solo ese hecho no le parece a Coral suficiente motivación para un plan tan desaforado. Porque podría haber decidido abandonarlos sin más, iniciar una nueva vida olvidándose de la anterior, sin poner en riesgo su propia libertad. Habría sido muy fácil hacerlo para alguien sin empatía y sin remordimientos. Es posible que el aspecto económico haya sido un factor clave. Desconoce la situación financiera de Nuria, pero tiene claro que si hubiera decidido abandonar a su familia, habría tenido que asumir una situación económica mucho menos desahogada que la que se va a encontrar ahora, siendo beneficiaria de una herencia y quién sabe si también de un seguro de vida. No obstante, incluso aunque estuviera decidida a matarlos, habría podido idear mil planes mucho más sencillos (por ejemplo, simular un accidente en el que solo ella sobreviviera). ¿Qué más circunstancias habrían influido entonces para diseñar un plan tan complejo y arriesgado? Coral no tiene una respuesta para eso.

Y todavía queda otra pregunta sin resolver. Enciende el ordenador y visiona de nuevo el vídeo de la entrevista con Nuria. La mujer sostiene de forma constante una mirada vacía, carente de emoción. Ningún gesto, corporal o facial, la delata. Mantiene los brazos pegados

a su propio cuerpo y los hace temblar en los momentos en los que se supone que debe estar más afectada. Pero su gesto y su mirada no cambian en toda la entrevista. Solo hay un momento en que cierra los ojos y se tapa el rostro con la mano: cuando le preguntan por el cubo. Eso le hace pensar a Coral que quizá había previsto todas las preguntas salvo esta. Tal vez el hecho de cerrar los ojos y taparse la cara no lo hiciera para pensar, sino para ocultar su sorpresa. Quizá eso también lo había trabajado: ante cualquier pregunta diferente de las que tenía preparadas, cerraría los ojos, se taparía el rostro unos segundos y contestaría que no lo sabía. A Coral le parece un ejercicio extraordinario de autocontrol. Tanto que la duda sobre esa explicación, aunque empequeñecida y debilitada, persiste.

Coral piensa en llamar a Bosh y contarle todo, pero teme el rechazo. Ya ha puesto a su jefe en evidencia una vez ante Amador y no quiere que algo parecido vuelva a ocurrir. Anticipa en su mente el posible encuentro y vaticina una pregunta de Bosh antes de dejarle explicar su teoría: «¿Cómo estás de segura de tu hipótesis?». Ella no puede mentir a Bosh, así que tendría que decirle: «Al noventa y nueve por ciento». Y él, casi con toda seguridad, le replicaría: «Cuando lo estés al cien por cien, me la cuentas».

¿Qué le falta para estar segura al cien por cien? En realidad, en cuanto a la lógica de la trama y a posibles fisuras de la hipótesis, nada. Pero Coral sabe que ella está un poco obsesionada con el caso y cuando eso ocurre se pierde la perspectiva; una tiende a fijarse solo en las evidencias que apoyan su tesis y no en las que van en contra. Necesita la opinión de alguien con una mirada más fresca. Podría escribir a Goiko, contárselo todo a él y, si lo ve como ella, presentárselo juntos a Bosh. Pero Juan estará ahora en la oficina y después siempre tiene mucho lío en casa. Habría que esperar al fin de semana para intentar robarle un par de horas, a no ser que hoy se hubiera pedido el día libre. Saca su móvil y escribe: «Qué tal, Juan? Sobrevivís sin mí por allí?».

Unos minutos después llega la respuesta. «Aguantamos malamente —y añade el emoticono de guiñar un ojo—. Tú coge fuerzas, que mañana me voy yo y no vuelvo en diez días. Nos escapamos al norte, a ver si el enano duerme mejor por allí».

Mierda, no puede esperar diez días. Coral le envía un «Disfrutad!» y vuelve a valorar sus opciones.

Castro no es una de ellas. Aunque se empiezan a llevar mejor, no tiene la confianza para pedirle algo así, no está segura de cómo puede reaccionar.

La última posibilidad que se le ocurre es Davidescu. No, no es una nueva excusa para escribirle. Él es un profesional del cuerpo,

inteligente, de confianza, involucrado en el caso, pero con la frescura de haber estado al margen de la investigación. Le parece un candidato perfecto.

Tarda varios minutos en redactar el mensaje. No quiere parecer desesperada por volver a verlo (¿lo está?), pero tampoco fría, interesada solo en su ayuda profesional. Después de escribir y borrar varios textos, envía uno con el que está conforme.

Mientras llega la respuesta de David, se prepara una ensalada de cuscús. Su cuerpo le implora algo sano tras el castigo al que lo ha estado sometiendo los últimos días.

Antes de sentarse a comer, mira el móvil y comprueba que el mensaje no ha llegado a su destino. Eso significa que el teléfono de David está apagado o fuera de cobertura. Le parece raro. Él le contó que su móvil personal es el mismo al que le avisan para las misiones, por eso comprobaba la cobertura cada vez que entraban a un garito. Y por eso jamás apaga su teléfono.

Coral intenta disfrutar de su particular versión del tabulé libanés y cuando termina vuelve a comprobar el móvil. Nada. Eso solo puede significar una cosa: David está en una misión.

No se le ocurre nadie más de confianza con quien cotejar su hipótesis. Por un momento piensa en Natalia, pero desecha la idea al instante; una cosa es saltarse ciertas normas contando a un compañero de otro grupo los detalles confidenciales de una investigación, otra muy distinta es hacer eso mismo con un civil.

Queda descartada una segunda opinión externa. ¿Cómo podría ella asegurarse de que está en lo cierto y así acudir a Bosh con un convencimiento pleno?

Se tumba en la cama esperando inspiración. Aunque lo que llega, de la mano del cansancio, es el sueño.

Se despierta a los diez minutos con la respuesta: va a entrevistar a Nuria cara a cara. Sus ojos, su rostro, sus manos, sus palabras y sus silencios revelarán si finge o si, por el contrario, Coral está equivocada.

Leo el mensaje una segunda vez. No sé, me parece un poco raro que una psicóloga de la policía se interese por los familiares de las víctimas a través de su entorno laboral. Contesto a Félix: «No estoy bien, la verdad, pero gracias por escribirme. ¿Recuerdas el nombre de la psicóloga? A lo mejor me viene bien hablar con ella».

Félix responde al momento: «Carmen, creo. Mucho ánimo con todo». Y seguido: «Y si necesitas a alguien para desconectar, sabes que puedes contar conmigo».

Claro, hombre, justo en eso estoy yo pensando. Le pregunto: «¿Te acuerdas del apellido?».

«No me lo dijo».

Vaya. ¿Cómo podría averiguarlo? No me hace falta pensarlo porque enseguida entra otro mensaje de mi patético jefe: «Espera, que voy a bajar a recepción, allí los de control apuntan nombre y DNI de los visitantes».

Y a los cinco minutos: «Ah, pues estaba equivocado. Se llama Coral Soto Lainez».

Qué raro que Félix se haya confundido; no es que sea muy listo, pero tiene buena memoria. En cualquier caso, de momento no puedo sacar más de él. Pero no voy a cerrar la puerta del todo, nunca se sabe.

«Muchas gracias, Félix. Cuando me encuentre un poco mejor, te escribo».

Respuesta inmediata: «Aquí me tienes para cuando quieras».

Me siento delante del ordenador y empiezo la búsqueda por internet de esa Coral. No tardo mucho en descubrir que efectivamente es psicóloga, pero miembro de la Sección de Análisis de Conducta de la Policía Nacional. He estudiado las funciones de las distintas secciones de la Policía Judicial y estoy segura de que los analistas no se dedican a consolar a familiares de víctimas.

Por otro lado, también es extraño que la Sección continúe trabajando en el caso una vez cerrado. ¿Llevará la Policía Judicial en secreto una segunda línea de investigación? Me sorprendería, porque después de haber comunicado de forma oficial a todos los medios y a las familias de las víctimas que el caso se ha cerrado sin cabos sueltos, tendrían mucho de lo que avergonzarse si descubrieran que se han equivocado. Además, los analistas de conducta se dedican a analizar informes de los investigadores, no a investigar a pie de calle. Quizá esta Coral vaya por libre, tal vez se ha olido algo y está buscando por su cuenta. En cualquiera de los casos, lo que tengo que hacer es marcharme. Cuanto antes. Hoy.

Empiezo a hacer la maleta. En el bolsillo interior habilitado para guardar documentos guardo el pasaporte falso que encargué hace seis meses. Al final va a ser un dinero bien invertido.

Cuando termino voy al garaje a cambiar la matrícula del coche. Atornillo la nueva y empiezo a cubrir las cabezas de los tornillos con unos taponcitos cromados, para que simulen los remaches de fábrica. En ese momento suena el teléfono y la pantalla muestra un número desconocido.

Me concentro para impostar la voz débil de viuda compungida y contesto:

—¿Sí?

—¿Nuria Pavón?

—Sí, soy yo.

—Hola, perdona que te moleste. Soy psicóloga de la Policía Nacional y estoy encargada de dar apoyo emocional a familiares de víctimas de crímenes mortales.

Vaya, la fisgona se ha dado prisa en contactarme. Creo que espera alguna reacción de mi parte, así que mantengo el silencio. Un segundo después ella continúa:

—Mira, sabemos que estás pasando por un momento terrible y quizá podamos ayudarte a manejar el duelo. Te propongo una pequeña charla inicial para conocernos y luego tú decides si quieres continuar con reuniones periódicas o no. ¿Qué te parece?

Mi primer impulso es darle largas para terminar de preparar todo y huir esta misma tarde. Pero al escuchar la voz de Coral, no sé por qué, se refuerza en mí la idea de que está sola en esto. Sé que no es lo más inteligente, pero el riesgo siempre me tienta, así que preparo el terreno para un posible encuentro:

—Pues no me veo con demasiadas fuerzas, la verdad.

Tal y como esperaba, Coral insiste:

—Lo comprendo, es natural. Pero créeme que podemos ser de ayuda en estos momentos. Dame quince minutos y después, si no estás cómoda, lo dejamos.

Espero un par de segundos, como si lo pensara. Después simulo un suspiro y contesto:

—Bueno, si hay que hacerlo, vamos a quitárnoslo cuanto antes. ¿Podría ser esta tarde?

—Puede ser, tengo hueco. ¿Quedamos a las siete en alguna cafetería cerca de tu casa?

Trago saliva de forma sonora y hago otra pequeña pausa, como sopesando la opción que me ofrece, antes de decir:

—Buf, no me encuentro con fuerzas de arreglarme y vestirme. ¿Te importaría que fuera aquí?

Ahora es Coral la que guarda silencio unos instantes y en su caso no

creo que esté fingiendo; lo está valorando. Al fin contesta:

—Por supuesto, donde te encuentres más cómoda. ¿A las siete entonces? Tengo la dirección en tu ficha.

Antes de que cuelgue necesito confirmar algo:

—A las siete está bien. ¿Cuál era tu nombre?

—Carmen. Carmen Salcedo —contesta Coral.

Claro, ya me extrañaba que Félix confundiera un nombre de mujer. Satisfecha de que mi intuición no me haya fallado, me despido:

—Vale, aquí te espero, Carmen.

Después del viaje de más de seis horas y antes de embarcar en el Buque de Acción Marítima de la Armada, a las 17:13 David tiene tiempo para encender su móvil. Le saltan dos mensajes nuevos: uno de Esther y otro de Coral.

El de Esther contiene solo una foto sacada en el cuarto de baño de la casa de David. En ella se ve un vaso sobre la repisa del lavabo con dos cepillos de dientes.

Hace pocas semanas habría matado por esa fotografía, pero ahora no siente nada al verla. Quizá un ligero agobio al pensar que a la vuelta de la misión va a tener que adaptar muchas de sus rutinas a la convivencia en pareja. Se repite que ha hecho bien en aceptar la propuesta de Esther de mudarse a su casa. Si van a intentarlo en serio, es la única forma.

Abre el mensaje de Coral, que al parecer le escribió hace más de seis horas: «Hola! ¿Cómo vas? Oye, necesito que me eches una mano con un tema del curre. Así de paso nos vemos, si te apetece».

Buf. Responde: «Perdona, estoy de misión y no sé cuánto va a durar. Pueden ser días o semanas». Lo envía y sigue escribiendo: «A mí también me apetece verte. Mucho».

Borra el «mucho». Aun así no se atreve a enviarlo.

Después de pensarlo unos segundos elimina el mensaje sin mandarlo.

Apaga el teléfono preguntándose si habría accedido a la mudanza de su ex en caso de que Coral no estuviera prometida, pero las cosas son como son y no merece la pena darle más vueltas. Cuando regrese a casa intentará que lo suyo con Esther funcione.

Noventa y uno

Coral finaliza la llamada a Nuria y piensa que es un poco arriesgado ir sola a casa de una probable psicópata asesina. Aunque en realidad es casi imposible que sospeche nada; le ha dado el nombre completo de una de las psicólogas de la Policía Nacional, cuyos datos se pueden encontrar por internet. Además, la visita va a ser a plena luz del día. En cualquier caso, tendrá que rescatar del altillo de su dormitorio uno de los bolsos que le regaló su madre (y que jamás usa) para llevar en él su arma reglamentaria. Y, por supuesto, no perder de vista a Nuria durante el rato que dure la visita.

Hora y media más tarde está frente a la puerta del chalet de Nuria. Nada más llegar a la calle le viene a la cabeza la imagen del pobre Eduardo Subirats, casi partido por la mitad, colgando de dos cadenas. Un escalofrío agorero estremece su cuerpo.

Durante el trayecto en el taxi ha pensado en reforzar aún más su seguridad y ha llamado a Natalia. Ahora, frente a la puerta de Nuria, Coral saca el móvil y escribe a su amiga: «Si en media hora no te he escrito, llama a mis compañeros y diles que estoy en la casa de Nuria Pavón, que vengan a por mí». Y le adjunta los contactos de Bosh, Goiko y Castro.

Espera hasta que su amiga le devuelve un «Ok». Después respira hondo y camina hasta la puerta.

Llama al timbre.

Pasan treinta segundos sin que ocurra nada.

Cuando está a punto de llamar de nuevo, se abre la puerta y en el umbral aparece Nuria con gesto lúgubre. Solo esa mirada sin vida le podría haber bastado a Coral para confirmar sus sospechas. Tendría que haber dado media vuelta y haberse marchado. Ojalá lo hubiera hecho, porque apenas después de decir «¿Carmen?» y Coral asentir forzando la sonrisa, Nuria extiende su brazo derecho y le rocía los ojos con algo muy irritante. Coral, desconcertada, dolorida y cegada en un segundo, se lleva las manos a la cara. Entonces siente un dolor agudo en la cabeza y todo se oscurece.

Al entrar por la puerta de su casa y percibir un silencio inusual, Bosh recuerda que su mujer no llegará hoy hasta la hora de la cena.

Perfecto.

Valora por un momento dedicar ese par de horas a terminar de ver la serie *Godless*, pero finalmente se abre una cerveza, entra al cuarto que utiliza como despacho y enciende el ordenador. Fija a la mesa un volante *gamer*, coloca la correspondiente pedalera a sus pies, se sienta en la silla ergonómica y hace doble clic en la pantalla sobre el acceso directo al juego Onrush.

Sonríe, relajado. Este es, sin duda, de los mejores momentos de la semana.

Al tomar conciencia de esa sensación, le sobreviene un pensamiento incómodo que ya le ha rondado más veces: si las cosas que más disfruta de la vida las realiza solo, ¿va su matrimonio tan bien como quiere pensar? Se repite entonces la retahíla que ya ha urdido en otras ocasiones para convencerse: que el amor evoluciona, que no se puede amar con la misma intensidad tras veinte años de convivencia, que con el tiempo es normal perder parte —o incluso gran parte— de la atracción física que sientes por tu pareja. Pero el diablo que se empeña en amargarle la tarde de ocio le susurra que evolucionar no es lo mismo que enfriar, que si el amor es real se sentirá de distinto modo, pero con la misma intensidad, que no todo el mundo pierde el deseo por su pareja.

Aparta el incómodo diálogo interno de su mente y se concentra en la pantalla. Cuando está a punto de elegir el modo de juego, suena su teléfono móvil. No conoce el número, pero él siempre responde.

—¿Sí?

—¿Enrique Bosh?

—Ese soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Natalia Revuelta, amiga de Coral Soto. Mira, esta tarde ella me ha llamado pidiéndome que estuviera atenta al móvil, que tenía que ayudarla con algo importante, pero que no podía contarme más. A las siete me ha escrito diciéndome que, si en media hora no había dado señales de vida, te llamara y te dijera que está en casa de Nuria Pavón, que vayáis a buscarla.

Bosh se sobresalta y mira la hora: las siete y treinta y seis. Natalia añade:

—Antes de llamarte a ti he intentado llamar al móvil de Coral, pero no da señal.

Bosh coge las llaves del coche y sale de casa a la carrera. Sabe que Coral corre peligro, en caso contrario no habría montado este número. Está seguro de que los días pasados ha continuado con la investigación

del Inquisidor, así que es muy probable que esto tenga que ver con ello. Pero ¿por qué está en casa de Nuria Pavón?

Se sube al coche.

«Joder, solo puede haber un motivo».

Arranca.

«No puede ser».

Acelera.

Ya está todo preparado. En el bolsillo de la chaqueta tengo la inyección con el sedante. En mi mano derecha, el bote de gas pimienta. Apoyado contra la pared, junto a la puerta, el martillo. Voy vestida de calle; en caso de que Coral venga acompañada, le diré que he cambiado de idea y me apetece salir.

El timbre suena dos minutos después de la hora acordada. Dejo pasar unos segundos, abro la puerta y compruebo que Coral está sola. Perfecto. La observo por un momento: tiene un rostro agradable, aunque se la ve algo tensa. No pongo ninguna cara en especial para decir:

—¿Carmen?

Ella asiente, forzando la sonrisa. Sin darle tiempo para más, le rocío el espray antiviolador en los ojos. Ella no se lo espera, claro, y se echa las manos a la cara. Suelto el bote de gas y cojo el martillo. La golpeo con la fuerza justa para que pierda la consciencia pero sin causarle daños graves. Ya tengo práctica.

Arrastro su cuerpo por las axilas y la meto en casa. Cierro la puerta de la entrada, aunque no se ve nada desde la calle. Examino su bolso, en el que hay una pistola. Me la guardo. Busco en los bolsillos de su pantalón y saco el teléfono móvil. Lo apago, lo coloco sobre el suelo y le doy martillazos hasta que queda destrozado por completo. Mi teléfono sufrió la misma suerte hace unos minutos. Le inyecto a Coral el sedante con dosis para unas dos horas de sueño. La desnudo y compruebo que no lleva un micrófono, dispositivo de seguimiento o cualquier otro aparato electrónico pegado a su cuerpo. La arrastro hasta el garaje y allí la meto desnuda en el maletero del coche. Mi equipaje está en los asientos de atrás.

Arranco sin perder un minuto y me dirijo a la casa rural que he reservado con el nombre de mi pasaporte falso.

Coral empieza a despertarse y antes de abrir los ojos toma conciencia de varios dolores; uno agudo, verde musgo, en la cabeza; otros más leves, de un tono grisáceo, en diferentes partes del cuerpo. Siente frío y se da cuenta de que apenas puede mover la cabeza. Abre poco a poco los ojos, desubicada y sin recordar los últimos acontecimientos. Se descubre desnuda, atada por varias partes del cuerpo a una enorme mesa de comedor. No puede abrir la boca; está amordazada. El recuerdo de llamar a la puerta de Nuria y que ella la recibiera con gas pimienta le viene de golpe, como un mazazo. Estira el cuello todo lo que puede y se da cuenta de que ya no está en la casa de Nuria. La ve a ella al fondo de ese salón desconocido. Antes de bajar la cabeza, ve sobre la mesa, en el hueco que dejan sus piernas inmovilizadas, un cúter muy fino y una esponja. Una esfera negra, sin brillo, nace en la garganta de Coral, asfixiándola de terror. Pese a la baja temperatura de la habitación y a estar desnuda, comienza a sudar. Apoya la cabeza en la mesa y trata de desacelerar su respiración, que ahora está desbocada.

«¡Cálmate! Piensa».

Escucha los pasos de Nuria acercándose. Llega a su lado y se sienta en una de las sillas. Nuria tiene un gesto neutro, desprovisto de expresión.

—Hola, Coral, te pongo en contexto: estamos en una casa aislada en el campo, así que gritar no te va a servir de nada. Te lo digo porque quiero hablar contigo un rato, así que te voy a quitar la mordaza, pero si levantas la voz, te la volveré a poner y nuestra conversación habrá terminado. ¿Lo has entendido?

Coral dice que sí con la cabeza. Nuria despega de un fuerte tirón el trozo de cinta americana que tapa la boca de Coral y le pregunta:

—¿Qué te ha llevado a sospechar de mí?

Coral evalúa sus opciones de respuesta, pero no consigue pensar con claridad. Tiene que ganar tiempo. No sabe para qué. Por puro instinto de supervivencia. Para retrasar el inevitable trance de un dolor inimaginable, de una muerte segura.

—Tengo la boca seca, ¿me puedes dar un poco de agua?

—No. Contesta a mi pregunta.

Coral traga saliva, ordena sus ideas y habla:

—Ha sido una suma de varias cosas. La primera fue descubrir que Javier Santotomás no usaba lentillas.

Nuria hace un gesto de incomprensión.

—Julio Delgado declaró que cuando el asesino se le acercó para decirle que la muerte de su mujer era culpa suya, distinguió que llevaba lentillas.

Nuria reflexiona en voz alta:

—Fallo mío, me acerqué demasiado a él. Quería que viera el color azul de los ojos. No imaginaba que fuera a distinguir las lentillas en esa situación y desde esa distancia. Vale, ¿qué más?

Coral coge aire con cierta dificultad y continúa:

—Eso me llevó a dudar de Javier como autor de los hechos. Después, en el vídeo de la ejecución, descubrí que el autor quería matar a tu hijo Jorge en concreto, no era una ejecución al azar como se trataba de simular.

Nuria mueve la cabeza en un leve gesto de admiración.

—Eso sí que no lo esperaba, creía que había quedado convincente. ¿Más?

—Desde el principio me extrañó que el autor dejara vivas a las parejas de las víctimas. Pero lo que me hizo conectar todas las piezas fue el cubo.

—Ah, el cubo, es verdad. Cuando preguntaron por él en el interrogatorio me quedé a cuadros. Imagino que los de la Científica encontraron restos de un cerco, o algo así, ¿no?

—Sí.

—Vale, pero ¿por qué eso te llevó a descubrirme?

—Después de pensar en mil utilidades para el cubo, me replanteé una de las que desechamos en su día. Absurda, en principio: ¿y si el cubo fue usado para recoger el vómito del ayudante forzoso del asesino? No tenía sentido, porque todos creíamos que tú eras la ayudante y tu vómito ya estaba en el suelo. No tenía sentido, a menos que el ayudante fuera Javier Santotomás y no tú.

Nuria repite el gesto de tenue admiración e incluso dice, con voz neutra:

—Impresionante.

Coral necesita seguir ganando tiempo, así que pregunta:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Fue por descubrir que tu hijo era trans?

Nuria la mira ahora con un gesto de ligera decepción antes de hablar:

—Jorge no era trans. Yo fui a la asociación sin que él supiera nada, como parte del plan. ¿Por qué lo hice? Pues, básicamente, porque estaba aburrida de la vida que llevaba. Harta de la vida de esposa y madre. Ninguna de las dos me ha interesado nunca nada.

«Sigue preguntando», se dice Coral.

—Pero ¿por qué un plan tan complicado y arriesgado?

Nuria la mira con un gesto fugaz que podría ser de orgullo y contesta:

—Pues porque hasta hace unos pocos meses, todo el proyecto no era más que una fantasía. Nunca lo vi como una posibilidad real, por eso me podía permitir idearlo tan complejo como quisiera. Hace años,

cuando Jorge era pequeño, ya me había planteado matarlo haciendo que pareciera un accidente. Pero recuerdo que no tenía ninguna confianza en que fuera a salir bien y me echaba para atrás la idea de acabar en la cárcel. Mi fantasía empezó hace unos cinco años, leyendo un artículo en el periódico que se titulaba: «Tener hijos acorta la vida». Trataba sobre una teoría sin demasiada base científica, pero al leerlo se me ocurrió idear, de forma teórica, un plan para matar a Jorge y, ya puestos, también a Eduardo. Soñé con empezar una nueva vida sola, teniendo además para mí todo lo que habíamos ahorrado estos años. Como te digo, al principio y durante mucho tiempo fue solo una fantasía que creía irrealizable; no me veía capaz de ejecutar ni siquiera la parte más sencilla del proyecto que iba diseñando. Pero me atraía el reto de pensar cómo podría hacerlo si tuviera el valor necesario. Y lo más importante, trazar un plan tan complejo, tan ambicioso, me ayudaba a matar un aburrimiento que me estaba carcomiendo. Lo que empezó como un pasatiempo esporádico se fue convirtiendo en mi único *hobby*, al que acabé dedicando todo mi tiempo libre. A mi familia les decía que estaba escribiendo una novela.

Y cuando ya di por terminado el plan, hace algo más de un año, se me generó un vacío insoportable. Entonces empecé a juguetear en mi cabeza con la idea de hacerlo realidad. Decidí ponerme a prueba matando a un mendigo, al azar, en un parque sin cámaras ni vigilancia. Salió bien; estaba dormido y solo tuve que agacharme junto a él y apuñalarlo varias veces en el cuello. Gané confianza. Un par de semanas después invité a una prostituta a subir a mi coche. Con ella probé la inyección sedante y una muerte más lenta en la casa abandonada de Camarma. Después de ese entrenamiento ya me vi capaz de intentar ejecutar el plan. Sabía que las posibilidades de que me descubrieran eran muy altas, pero a esas alturas ya estaba envenenada y decidí asumir el riesgo. Me la jugué y tuve suerte.

Mientras escuchaba el origen del desquiciado plan, Coral ha empezado a girar y retorcer muy despacio la mano que está fuera del campo de visión de Nuria, la única extremidad en la que ha detectado una mínima holgura. Pero la sujeción es firme y Coral necesitaría mucho más tiempo para liberarse.

Nuria añade:

—Por cierto, tú has estado a punto de estropearme la parte económica del proyecto. Ayer me ingresaron el dinero de la venta de la casa y hoy mismo, después de que me llamaras, he tenido que transformar todo mi dinero en criptomonedas. Me has hecho tener una tarde muy activa.

Se hace un silencio y el terror empuja a Coral a seguir preguntando:

—¿Disfrutas matando?

Podría parecer una pregunta estúpida, pero en realidad era una

duda que ya tenía Coral desde que empezó a sospechar de Nuria; su perfil de psicopatía no encaja del todo en el esquema sádico.

Nuria se toma unos segundos para meditar la respuesta.

—En realidad, torturar no me hace sentir nada, me es indiferente. En estos casos lo he hecho porque el plan surgió así. Pero lo que sí me pone es tener en mi mano la vida de alguien, que dependa de mí, que sea yo quien decida cuánto tiempo va a vivir.

Coral siente que la conversación está llegando a su fin. La mano que intenta desatar todavía está demasiado bien sujeta a la mesa como para liberarla. Desesperada, hace una pregunta de la que ya conoce la respuesta:

—¿No sentiste nada al matar a tu hijo?

Nuria la mira con sus ojos desprovistos de vida:

—Nada.

Nuria coge de nuevo el rollo de cinta americana. Coral, aterrada, no consigue pensar en cómo alargar la conversación. Pero Nuria se queda pensativa unos instantes y pregunta:

—¿Tú querías tener hijos?

Coral traga saliva. Tiene que alargar la respuesta, mantener su atención un poco más. Para eso va a tener que sincerarse. Busca en su interior y empieza a hablar:

—Sí, quiero tener hijos. Claro que quiero tener hijos. Hace un año perdí una oportunidad, tal vez porque no estaba con la persona adecuada, pero ahora estoy segura de que quiero tenerlos. Y si no encuentro a nadie con quien me vaya bien, estoy dispuesta incluso a tenerlos sola.

La mano de Coral sigue tratando de liberarse de su atadura, ahora unos milímetros más holgada. Se traba al hablar, le falta el aire:

—Sé que no es algo fácil. Sé, por algunas amigas, que los primeros meses son agotadores en lo físico y en lo mental. Y que después te va llenando la vida de preocupaciones.

Nuria escucha a Coral con la expresión de quien estudia un insecto en un terrario. Esta sigue con la voz temblorosa:

—Pero también sé que es un viaje que no me quiero perder. Darle la vida a alguien, guiarlo en sus primeros pasos por el mundo, ofrecerle tu amor incondicional, pase lo que pase. No les voy a escatimar ninguna muestra de cariño, los voy a abrazar y besar a la menor oportunidad. Voy a estar ahí siempre que me necesiten, siempre, para calmar sus dolores y hacerles olvidar sus miedos. Les voy a mostrar lo mucho que los quiero todo el tiempo.

Se le llenan los ojos de lágrimas

—Sí, sí quiero tener hijos. Con toda mi alma.

Nuria asiente con la cabeza, como si comprendiera sus palabras. Coral alberga por un instante la esperanza de haber despertado cierta

piedad en ella y que pueda cancelar o aplazar su tortura y muerte. Pero Nuria se encarga de destrozar ese anhelo cortando un largo trozo de cinta americana. Coral saca fuerzas del espanto e intenta ganar tiempo con otra pregunta:

—¿Por qué todo el tema de la Inquisición?

Nuria suspira, parece aburrida ya de la charla.

—Esa idea apareció ya bastante al final del desarrollo del proyecto. De hecho, en un principio había imaginado otras formas de matar a los padres. Llamativas también, aunque más sencillas, más funcionales. Pero entonces pensé que necesitaba un tema; una idea que unificara todo, que justificara el odio del asesino en serie hacia el colectivo trans. La respuesta obvia era la religión. Y de ahí fue fácil llegar a la idea de la Inquisición, esos grandes artistas de la tortura y la muerte.

Coral tiene la mano casi fuera de su atadura, pero un movimiento excesivo del antebrazo se traslada al hombro y llama la atención de su captora. Nuria se levanta y descubre la mano que está casi liberada. De un fuerte tirón restablece la atadura férrea, asegurándola además con un nudo adicional. La desesperación más profunda se apodera de una Coral que ve arruinada su única oportunidad de salvación.

Nuria se inclina sobre ella con el trozo de cinta americana entre sus dedos. Coral, desquiciada por el miedo, logra balbucear una última pregunta:

—¿Pero por qué elegiste a los trans?

Nuria se detiene, como decidiendo si responder o no. Un segundo después su rostro dibuja una mueca de desagrado mientras contesta:

—Esa gente siempre me ha dado bastante asco. Los hombres tienen pene y las mujeres vagina. El resto son engendros o enfermos mentales, o las dos cosas. En cualquier caso, son fallos del sistema, errores de la naturaleza que no deberían existir. Y esos padres que en lugar de enderezar a sus hijos alimentan sus mierdas me dan todavía más asco.

Sin dejar tiempo a Coral para decir nada más, Nuria la amordaza con el trozo de cinta americana. Después coge el cúter y se inclina sobre el cuerpo desnudo y tembloroso de su prisionera.

Noventa y cinco

Amador y Bosh están en la casa de Nuria. Llevan horas registrándola en busca de algo que indique dónde ha podido llevarse a Coral. En el cubo de basura estaban los restos de dos teléfonos móviles. Uno de ellos es de Coral; Bosh lo ha reconocido por la pegatina de una marca de cerveza que tiene en la parte de atrás. El otro es probable que sea de Nuria. Uno de los hombres de Amador los ha llevado a la comisaría para ver si consiguen sacar algo.

En la casa no encuentran ningún ordenador, tablet o dispositivo electrónico que pueda contener información. Nada que les pueda dar un indicio.

En el garaje han visto la matrícula del automóvil de Nuria, lo que confirma algo que ya imaginaban: circula con una falsa. El modelo de coche de Nuria es muy común, aun así, han hecho llegar a todas las comisarías la orden de parar cualquier vehículo que coincida en modelo y color. Lo cierto es que tienen poca fe en que eso dé algún fruto. La única esperanza es que Nuria hubiera usado el móvil para hacer la reserva de una casa o similar y los de la Tecnológica puedan descubrirlo.

Amador recibe una llamada. Su cara expectante se ensombrece al escuchar lo que le dicen desde el otro lado de la línea. Cuelga y se dirige a Bosh:

—Nada. La última llamada que ha registrado el teléfono de Nuria ha sido la que le ha hecho Coral hoy, sobre las cinco, para quedar con ella.

Los dos hombres, sin poder hacer nada más, miran al suelo derrotados.

Noventa y seis

Coral ha cerrado los ojos desde el primer momento en que comenzaron los cortes. La mordaza hace que sus intentos de gritar queden ahogados en su propia garganta, incrementando aún más la angustia. Su escasísima capacidad de movimiento lo único que consigue es intensificar el tormento cada vez que el cúter se hunde en la carne. Intenta evadirse, vencer al sufrimiento transportándose con su recuerdo a momentos hermosos. Pero no puede, el dolor lo inunda todo.

Los cortes siguen, inmisericordes. Esa mancha verde de texturas viscosas que empapa su consciencia se oscurece cada vez más, hasta que llega a un punto de anestesia completa. Tal vez se esté desangrando. Antes de perder el conocimiento quiere recordar a la gente que la ha hecho feliz en su vida. Se niega a terminar su existencia con una última vivencia de horror. Evoca una sonrisa cálida de su padre. Un cachete alegre que le da su madre. Una cara burlona de su hermano tras gastarle una broma. Los diminutos brazos y piernas de su sobrino, agitándose contentos en la cuna. Alicia sonrojada por una de sus meteduras de pata. Natalia sacándole la lengua en un gesto cómplice. Un beso tierno de Maksim.

Y en el último instante, antes de abandonarse a la negrura, se cuela fugaz la sonrisa de Davidescu.

Noventa y siete

David se despierta en medio de la noche, sobresaltado por una pesadilla. Le cuesta unos segundos ubicarse; navega en un buque de la Armada por el mar Cantábrico.

Cierra los ojos y piensa en Coral.

Le gustaría estar durmiendo a su lado.

Noventa y ocho

Coral abre los ojos de golpe. Le duele todo el cuerpo, salvo los brazos, que no los siente. Se ha hecho de noche. Sigue desnuda y tendida sobre la mesa, pero ya no está inmovilizada.

¿Qué ocurre?

Se mira los brazos: ambos están vendados, con manchas de sangre que van ganando terreno a la superficie blanca. No ve más heridas en su cuerpo. Se incorpora, quedándose sentada sobre la mesa. El silencio es casi completo. Apenas se oyen los sonidos de insectos nocturnos del exterior a través de la puerta principal, que está abierta. Coral intenta pensar. Sabe que Nuria está jugando con ella; quiere hacerle creer que puede escapar, para volver a atraparla y seguir torturándola. Para alargar su sufrimiento. Pero tiene que intentarlo. Se pone de pie y da unos pasos, calculando sus fuerzas.

Respira hondo dos veces y echa a correr. Atraviesa el umbral de la puerta que da a la calle y sigue por un camino sin asfaltar. Los pies desnudos se desuellan por el roce con la tierra y las piedras. Sus piernas siguen corriendo. No se permite albergar esperanza, teme ser interceptada en cualquier instante, caer en una trampa, ser cazada como un animal.

Llega a una carretera comarcal al final del camino. No se detiene, elige un sentido y continúa destrozándose las plantas de los pies, ya en carne viva, con la nueva superficie, más abrasiva aún. Dos faros de un coche. No se hace ilusiones, tiene que ser ella. Sigue corriendo. El coche se detiene pocos metros delante de Coral y una silueta femenina sale del asiento del conductor. Quiere continuar su huida, pero tropieza, cae de bruces lastimándose las palmas de las manos y sabe que ya no se va a poder levantar.

Pasos.

No se atreve a mirar.

Una voz de mujer pregunta con suavidad:

—¿Estás bien?

Coral cree que es una nueva argucia de Nuria.

Porque esa no es su voz.

Noventa y nueve

Coral se despierta en el hospital y lo primero que ve es a Bosh dormido en una silla junto a su cama. Aún es de noche. Se mira los brazos, que ahora lucen un vendaje blanco sin mácula. Los dos pies, un poco en alto, están también vendados. No entiende por qué sigue viva. Ese gotero conectado a la vía de su muñeca debe de ser el responsable de que apenas tenga una ligera molestia en cada extremidad. Alarga la mano para tocar el brazo de su jefe, que se

despierta sobresaltado. Coral le da un par de segundos para ubicarse y trata de bromear:

—Vamos, Bosh, ¿esta es tu idea de salir un jueves?

El gesto de Bosh se relaja, mostrando un profundo alivio.

—Esto es mi idea de una *rave*; hoy es viernes, llevas dormida más de veinticuatro horas.

Coral no se sorprende del todo. Su viaje a la oscuridad ha sido tan profundo que podría haber pasado un mes. Bosh sonríe:

—Empezabas a preocuparme. ¿Cómo estás?

—Bien, descansada. Me imagino que voy drogada hasta las cejas.

—Imaginas bien.

Coral se mira los brazos.

—Bosh, ¿tú sabes por qué estoy viva?

El rostro de Bosh se ensombrece. Sabe que no le va a servir de nada intentar retrasar la información para cuando ella se encuentre más fuerte. La conoce bien, Coral va a querer saberlo ya. Así que inspira hondo para coger fuerzas antes de hablar:

—Creo que sí. Ayer hablé con los médicos que te curaron. Cuando quitaron los vendajes que traías, vieron que te habían… tallado, es la palabra que usaron, unos números y letras en los brazos. Con cortes anchos y profundos, para asegurarse de que quedara una cicatriz legible.

Coral no termina de comprender.

—¿Letras y números?

—Sí. En el brazo izquierdo, de arriba abajo, pone «43800h+».

Coral recuerda los mensajes escritos con sangre en la pared de la casa de Nuria y en un cartón tras la ejecución de su hijo. Trata de hacer la conversión numérica, pero no tiene la mente tan fresca como para ello, así que pide ayuda Bosh:

—¿Cuánto es eso en años?

—Cinco justos.

Coral recuerda entonces una frase de Nuria: «Lo que me pone es tener en mi mano la vida de alguien, ser yo quien decida cuánto tiempo va a vivir».

Ese monstruo le ha otorgado cinco años de vida. El mismo tiempo que tardó en planear el asesinato de su marido y su hijo. Ahora Coral es su nuevo proyecto, en cuyo plan trabajará desde las sombras para ejecutarlo cuando finalice el plazo. Coral no quiere pensar en ello hasta tener la información completa, así que pregunta a Bosh:

—¿Qué hay en el otro brazo?

—Son solo letras, también de arriba a abajo: T, H, A, L y V.

Coral pone cara de no comprender. Bosh pregunta:

—¿Sabes lo que puede significar? Yo ni idea. Y le llevo dando vueltas desde ayer.

Coral piensa. Solo ha tenido una conversación con Nuria, así que la respuesta tiene que estar ahí. Repasa en su cabeza la charla en la fatídica casa rural.

No tarda en recordar lo que Nuria describió como el detonante de todo; la frase que leyó en un artículo y que ahora Coral repite en voz alta:

—Tener Hijos Acorta La Vida.

Analiza en un momento las implicaciones de ambos mensajes y dice:

—Además de ponerme fecha de caducidad, me amenaza con adelantarla si se me ocurre convertirme en madre.

Ambos se quedan en silencio unos minutos.

Es Coral la que lo rompe, con la mirada puesta en el infinito:

—Dime que vamos a encontrarla.

Bosh contesta:

—Vamos a encontrarla.

Su tono no es tan decidido como siempre y Coral, extrañada, se gira hacia él:

—¿Qué pasa?

—No, no pasa nada. Ayer fue un día muy largo. Amador y yo hablamos con el comisario, esperando autorización para reabrir el caso y empezar con su búsqueda lo antes posible. Pero el comisario no estaba seguro de cómo plantearlo y se reunió con el gran jefe, que tampoco lo vio claro, y se reunieron los dos con el ministro. Después de toda la mañana viendo pros y contras, llegaron a la conclusión de que no podían decir ahora que se habían confundido de culpable y que el asesino sigue libre. Primero, porque eso es algo que todavía habría que probar ante los jueces y después, porque pensaron que esa información no iba a ayudar demasiado y sí a causar mucha alarma entre la población. Así que la consigna fue formar un equipo de investigadores discreto, seleccionados por Amador. Y con nuestro apoyo, por supuesto.

Coral analiza las palabras de su jefe. Comprende que la postura es sensata, pero sabe que, al no darle una visibilidad completa al caso, se reducen las opciones de localizar al monstruo. Bosh también lo sabe; su tono de voz delata que no ve muchas posibilidades de éxito.

Los analgésicos parecen abandonar de golpe a Coral y la molestia con la que se ha despertado se convierte ahora en un dolor de intensidad creciente.

Casi cegada por el agujero negro en que se acaba de convertir su futuro, aún es capaz de percibir la devastación de su jefe. Conociéndolo, sabe que se siente culpable por no escucharla, responsable por no cuidar de ella, impotente por no poder siquiera buscar a esa asesina despiadada con todas las herramientas del

sistema. Coral sabe que se cambiaría por ella ahora mismo y sin pensarlo.

Así que ella vuelve a extender la mano y coge la de Bosh.

Ambos se quedan así unos minutos, sin mirarse.

Bosh trata de contener las lágrimas. Coral llora en silencio.

Cien

El taxi de Coral se acerca al destino. Antes de llegar, ella lee de nuevo el mensaje que ha recibido hace unos minutos de Davidescu: «Acabo de volver de la misión, allí apenas me pude conectar. Si sigue en pie la oferta de echarte una mano, yo encantado. Tengo ganas de verte».

Coral sonríe. Se merece que no le conteste en una semana por ser tan seco en el anterior mensaje, aunque no sabe si conseguirá aguantar tanto. Ha decidido que a él le va a contar la verdad, como lo ha hecho con Natalia. Está segura de que los dos van a mantener el secreto.

Pronto tendrá que pensar qué hacer con las cicatrices. Tiene margen de aquí a que empiece el buen tiempo, hasta entonces puede llevar los brazos tapados sin llamar la atención. Lo más sencillo sería tatuárselos, pero no quiere tomar la decisión todavía. Aún tienen que sanar del todo las heridas.

Se baja del taxi y al caminar todavía siente cierta molestia en la planta de los pies. Llega a la puerta de la nueva casa de Salud. Le genera algo de angustia que sea un chalet, le dan ganas de sugerirle que se muden a un piso, a un ático o a cualquier vivienda menos vulnerable a ser asaltada.

Salud la recibe sonriente y se dan dos besos.

—Álex te espera arriba, en su cuarto. Yo voy haciendo café.

Coral sonríe. Cuando habló con ella por teléfono para concertar la visita, le pidió poder hablar en privado con Álex unos minutos. A Salud en principio le extrañó, pero al explicarle el motivo, lo entendió y accedió sin reparo.

Coral sube las escaleras y se detiene frente a la puerta que tiene el nombre de Álex pintado a mano, cada letra con la forma de un animal.

«Todavía es un niño».

Llama con los nudillos y una voz tímida la invita a entrar. Coral abre la puerta y se encuentra a Álex de pie junto a su escritorio, que la mira avergonzado, sin saber qué hacer con las manos.

«Es un chico muy guapo», piensa Coral, ahora que lo ve consciente, descansado y bien nutrido. Ella rompe el hielo diciendo:

—¿Me puedo sentar?

Álex asiente con la cabeza. Coral toma asiento en la cama y él se sienta en su llamativa silla de *gamer*.

—Sabes quién soy, ¿verdad?

—Sí, mi madre me ha contado que me acompañaste en la ambulancia hasta el hospital. Bueno, y que eres una de las que hizo

que nos rescataran.

Coral se siente una farsante al escuchar eso. Espera no tener que contarle nunca a Álex que su liberación no fue fruto del trabajo policial, que estaba ya planeada por la asesina de su padre, que el monstruo sigue vivo y en libertad.

Respira hondo, dejando marchar esos pensamientos nocivos y sonríe a Álex:

—Más o menos, sí. Pero yo quería hoy contarte otra cosa.

—Vale.

—Mira, ya sabes que los policías, cuando investigamos, intentamos encontrar pistas en cualquier sitio, ¿verdad?

Álex asiente.

—Bien, pues en tu caso, entre otras muchas cosas, encontramos tu diario. Pensamos que teníamos que leerlo, por si entre lo que habías escrito los días anteriores había alguna pista que nos ayudara a rescatarte.

Álex tarda unos segundos en procesar lo que escucha. Traga saliva y pregunta a Coral:

—¿Leísteis los últimos días?

Coral hace un gesto de disculpa.

—Bueno, en realidad yo lo leí desde el principio.

Al escuchar la respuesta, Álex mueve despacio las manos hasta quedar abrazado a sí mismo, como cubriendo una inexistente desnudez. Coral le da tiempo, sonriendo con dulzura. Álex agacha la cabeza y pregunta con un hilo de voz:

—¿Y qué piensas?

—Pues lo primero, que te quiero dar las gracias, porque leer tu diario me ha convertido en mejor persona. —Coral amplía su sonrisa y añade—: También pienso que el protagonista es un chico fantástico y muy valiente.

Álex levanta la cabeza y sus ojos se iluminan, agradecidos. Tras unos segundos de evidente lucha con su propia timidez, logra decir:

—¿Me das un abrazo?

Una pequeña y etérea esfera violeta nace en el pecho de Coral, expandiéndose al instante hasta inundar todo su cuerpo. Ella se levanta y abre sus brazos hacia él. Álex, muy quieto, se deja envolver por ellos. Poco a poco su cuerpo se destensa y unos segundos después se atreve a devolverle el abrazo.

Los dos seres humanos, entrelazados y heridos, son más conscientes que nunca de las cien espadas que penden sobre sus cabezas. Saben que alguno de los hilos que las sostienen se romperá antes o después, pero tienen el valor de mirar hacia arriba, confiando en que, cuando alguna caiga, encontrarán la suerte y los reflejos necesarios para esquivarla.

Agradecimientos

A David, miembro del GEO, por resolver mis dudas y describir el desarrollo de algunas misiones en las que ha participado, así como por haber leído el manuscrito de esta novela y ayudarme a ser lo más fiel posible al funcionamiento del Grupo Especial Operativo.

A Juan Enrique Soto Castro, fundador de la Sección de análisis de Conducta de la Policía Nacional y jefe de esta durante una década, por su generosidad al compartir conmigo información acerca del funcionamiento de la SAC y recordar anécdotas acaecidas durante el tiempo en que estuvo a su mando. Además, sus libros *El método VERA* y *Profiler*, han resultado imprescindibles para mi aproximación al mundo del análisis de conducta.

A Ángel Olgoso, gran maestro del cuento en español, por permitirme incluir en la novela esa joya llamada «Perspectiva», que sirvió primero como inspiración y después como vértebra de la obra.

A Aingeru Mayor, sexólogo y escritor, por haberme abierto los ojos con su obra *Tránsitos*, un libro que me ha hecho mejor persona y que recomiendo a todo ser humano. También por haber leído el manuscrito y ayudarme, con sus aportaciones, a mejorarlo.

A Txema Muñoz, programador de la filmoteca vasca, por su interés y apoyo en todos mis proyectos artísticos y su trabajo de corrección del manuscrito de esta obra.

A Bea, profesora de Literatura y compañera de vida, por sus revisiones y críticas, siempre tan feroces como constructivas.

A María Oset, directora de Ediciones Eunate, por confiar en este proyecto, ayudarme a pulirlo y convertir en realidad mi ilusión de publicar una novela.